SUSANNA HERRERO

SOLO UN CHICO *más*



SUSANNA HERRERO

SOLO UN CHICO *más*



© Susanna Herrero

1ª edición, febrero de 2026

Ilustración de portada: Ariel Escalante.

Diseño de portada: Adyma Design.

Ilustraciones interiores: Mireia Martínez y Ariel Escalante.

Mapa ciudad: Andrés Aguirre.

Corrección: Érika Gael.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La

infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice

Nota de la autora
Relación de personajes al comienzo de esta historia
Terminología del hockey sobre hielo
ANTES

Prólogo
Bienvenidos por última vez a los CAR Jaguars (más conocidos como «los gatitos de Julián»). O bienvenidos a los Demonios de Barcelona. Bienvenidos, sin duda, a la historia de amor de Jonathan y Blake.
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
AHORA
Capítulo 63
Capítulo 64

Capítulo 65
Epílogo
66. Contenido extra: el administrador

Localizaciones significativas del mapa del pueblo y del car
Agradecimientos
Acerca del Autor
Otras obras de Susanna Herrero

Para aquellos a los que se nos dibuja una sonrisa mientras leemos cómo los protagonistas se enamoran sin que tengan la menor idea.

Solo un chico más

Blake Donnelly es el niño dorado de la Liga Europea de Hockey. Guapo, carismático, rico. El novio que todas las madres desearían para sus hijos. Aunque también es un borde de cuidado.

Jonathan Ros es un delincuente en potencia. Macarra, barriobajero, problemático. El novio que ninguna madre querría para sus hijos. Aunque también es guapo a rabiar.

Blake y Jonathan no podrían proceder de mundos más diferentes, y aun así, la gravedad de la Tierra los empuja el uno hacia el otro sin remedio. O quizá sea una proposición para participar en un trío lo que los empuja el uno hacia el otro sin remedio.

Bienvenidos por última vez al equipo de los CAR Jaguars.
O bienvenidos a los Demonios de Barcelona.
Bienvenidos, sin duda, a la historia de amor de Jonathan y Blake.

Nota de la autora

La Liga Europea de Hockey (LEH) es una liga privada de *hockey* sobre hielo formada por franquicias procedentes de doce países europeos (España, Suecia, Finlandia, Chequia, Alemania, Suiza, Austria, Francia, Noruega, Reino Unido, Islandia e Italia) y veinticuatro equipos. Esta liga y sus reglas, tal y como se describen en este libro, no existe. Pero, en un futuro, nunca se sabe…

El nombre oficial del equipo en el que juega Jonathan es Jaguares del Centro de Alto Rendimiento de la Costa Brava, pero, para facilitar la lectura, y a diferencia del resto de los equipos, se ha optado por su nomenclatura en inglés: CAR Jaguars.

Gran parte de los acontecimientos de este libro suceden en el pasado, incluso antes de que Jonathan ingrese en el CAR. Aun así, no es necesario (sí recomendable) leer los libros anteriores (*Solo un juego más* y *Solo un beso más*) para entender y disfrutar de su épica historia de amor.

Nota sobre la corrección: este es un libro sobre *hockey.* Debido a la frecuencia con la que aparecen términos relacionados con este deporte, todos ellos en inglés, se ha optado por su escritura en redonda a lo largo de la novela, en lugar de la cursiva normativa que deben llevar los anglicismos. Esta decisión se ha tomado para facilitar la inmersión en la historia.

Relación de personajes al comienzo de esta historia

Jonathan Ros (17): huérfano de padre y madre. Contendiente habitual en peleas callejeras ilegales. Adora el hockey.

Familia Donnelly

Oskar (49): padre. Viudo. Casado en segundas nupcias con Lili. Director general del Club Social Carles March, ubicado en Avenida de América, donde se encuentra la pista de hielo en la que han entrenado, y entrenan, algunos de sus hijos. Adora el hockey.

Lili (40): madrastra de los siete hijos de Oskar.

Sofía (22): hija. Jugadora profesional de hockey sobre hielo en las London Panthers. Portera.

Blake (20): hijo. Jugador profesional de hockey sobre hielo en los Demonios de Barcelona. Delantero centro.

Fallon (19): hija. Estudiante de Magisterio. Pasa del hockey.

Cannon (17): hija. Estudiante de segundo de Bachillerato. Empollona de la clase. As de las matemáticas. Solía jugar al hockey sobre hielo.

Brandon (15): hijo. Estudiante de cuarto de la ESO. Empollón de la clase. Pasa del hockey, pero acaba de liarse con su mejor amigo, que juega mogollón al hockey.

Chloe (12): hija. Estudiante de primero de la ESO. Le encanta el hielo y quiere ser patinadora artística. También adora el hockey.

Axel (10): hijo. Estudiante de quinto de primaria. Juega a hockey sobre hielo en la liga infantil de Avenida de América. Defensa.

Familia Schmidheiny

Viktor (47): padre. Divorciado de Lili. Embajador sueco en España. No entiende la pasión por el hockey, pero lo intenta.

Lili (40): madre. Casada en segundas nupcias con Oskar Donnelly. Abogada de familia. Adora el hockey.

Elliot (17): hijo. Ex mejor amigo de Cannon Donnelly. Jugador de hockey sobre hielo en el CAR de la Costa Brava. Delantero ala derecha.

Benji (17): mejor amigo de Elliot y, en breve, su hermano adoptivo. Jugador de hockey sobre hielo en el CAR de la Costa Brava. Delantero ala izquierda.

Familia Alcalá

Eduardo (51): padre. Empresario. Adora el hockey.

Belén (49): madre. Médico. Adora el hockey.

Julián (21): hijo. Entrena al equipo de hockey del CAR de la Costa Brava. Es el entrenador más joven de la historia de esta disciplina en particular, y del deporte en general.

Rubén (16): hijo. Estudiante de primero de Bachillerato. Alma libre. Le gusta el hockey lo justo.

Otros personajes relevantes

Álvaro St. Claire (17): deportista profesional en el CAR Natación. Adora el hockey y, por extensión, a Elliot y Benji.

Garikoitz Ibarguren (15): estudiante de cuarto de la ESO. Juega al hockey sobre hielo en los Zorros de América. Mejor amigo (con derecho a roce) de Brandon Donnelly.

Leo Fantoni (20): mejor amigo de Blake Donnelly y jugador profesional de hockey sobre hielo en los Demonios de Barcelona. Ala derecha.

Héctor Salgado: entrenador de los Demonios de Barcelona.

El Justiciero Naranja: 🤭

Terminología del hockey sobre hielo

Palo o ***stick:*** vara larga y fina con una pala en el extremo inferior, construida en madera o carbono, que los jugadores usan para disparar, pasar o conducir el *puck.* Las dimensiones dependen de la altura y el peso de cada jugador.

Pastilla o *puck:* disco hecho de caucho vulcanizado que los jugadores intentan meter en la portería con ayuda del *stick.*

Patines de *hockey:* zapatos especiales que permiten deslizarse por el hielo protegiendo el pie ante posibles lesiones.

Portería: consta de dos barras verticales (postes) y una horizontal (larguero). Mide 90 cm de altura y 130 cm de ancho (no es muy grande).

Portero: cuenta con un equipamiento específico que incluye máscara facial, guardas o protecciones para las piernas y un *stick* más ancho que los del resto de jugadores.

Defensa: cada equipo cuenta con dos sobre la pista. Su cometido, además de organizar la defensa, es impedir que el *puck* salga de la zona de su rival.

Delantero: los equipos cuentan con tres: uno en el centro y dos en las alas. Sus labores incluyen organizar el ataque y ganar los saques, más conocidos como *face-offs.*

Hat-trick: expresión que se utiliza cuando un mismo jugador marca tres goles en un partido. Dicho jugador se lleva el *puck* a casa firmado como recuerdo.

Play-off: fase final eliminatoria en la que solo participan los ocho equipos que acumulen más puntos en la temporada regular. El ganador de esta fase se proclamará campeón de la liga y recibirá la ansiada Copa Titlis.

All you need is love and hockey.

— Origen desconocido

ANTES

Prólogo

JONATHAN

Las oportunidades van y vienen, como ráfagas de viento en esta carretera efímera que es la vida. Pero no siempre soplan a nuestro favor. En ocasiones nos rozan, transversales, como finas cortinas de lluvia. Si intentas atrapar una con la mano, lo más probable es que, al contacto, se disuelva en tu piel. Y aunque logres aferrarla por pura casualidad, a veces… es demasiado tarde.

Mi madre nunca dejaba abierta la puerta del baño. Por eso aquella tarde fruncí el ceño al ver la luz encendida. Me acerqué despacio, con una argamasa de miedo adherida a mi estómago vacío, y posé las yemas en la manilla. Empujé con suavidad y dejé que la inercia hiciera el resto.

Lo primero que vi fue su melena oscura, desparramada sobre el borde de la bañera. Después, el collar con la medalla de oro, regalo de su primera comunión, en el suelo. Por último, el agua teñida de rojo. Me quedé en el umbral, con el corazón a punto de salírseme del pecho y un pitido agudo martilleándome en los tímpanos. Y miedo. Sentí miedo. Más miedo que cuando suspendía un examen de matemáticas y anticipaba la bronca.

No vi los cortes en sus muñecas. Ni los surcos que las lágrimas habían dejado en sus mejillas. Ni el peso del dolor instalado en su

frente, invisible y, al mismo tiempo, tan corpóreo como las cortinas finas de agua. Porque el dolor es como la lluvia: imprevisible. Y caprichoso. A veces incluso te apuñala por la espalda.

Yo tenía nueve años cuando mi madre se quitó la vida. A mi padre lo habían encarcelado unos meses antes, por intentar robar unos cuantos miles de millones en el banco donde trabajaba de administrativo. Qué osado por su parte, ¿verdad? ¿Quién iba a pensar que la avaricia no sienta bien a los oficinistas? La estupidez humana no conoce límites. Ojalá yo hubiera tenido ocasión de decírselo, pero ya he hablado de la naturaleza veleidosa de las oportunidades. Mi padre murió antes de que yo entendiese siquiera qué había hecho mal.

Apenas dos horas más tarde de enterrar a mi madre, en un día de mierda, lleno de lluvia, lágrimas y barro en los zapatos, descubrí que mi abuelo no me quería. Me culpaba de su muerte, y solo él sabía el motivo. A mí nunca me lo dijo. Media vida después, sigo utilizando el verbo «querer» cuando pienso en él, a pesar de que no se trata de querer, sino de odiar. Lo aprendí a golpes, y para cuando cumplí los diez años, no quedaba una pizca de ingenuidad en mí.

Las oportunidades van y vienen, dicen. A mí solo me rozaron. Y se fueron.

Bienvenidos por última vez a los CAR Jaguars (más conocidos como «los gatitos de Julián»). O bienvenidos a los Demonios de Barcelona. Bienvenidos, sin duda, a la historia de amor de Jonathan y Blake.

1

JONATHAN (diecisiete años)

31 de diciembre. 23:49

Lo recuerdo como si fuera hoy. Tenía la cara tan cerca del suelo que con un simple mohín habría terminado de besarlo. Pero los mohínes nunca han sido lo mío, así que en su lugar, escupí la sangre que se acumulaba en mi boca y me incorporé en un visto y no visto. No iba a perder la pelea. Por mis santos cojones. Oh, pero entonces… me comí otro puñetazo.

«Joder».

Mi concepto de «visto y no visto» no coincidía con el de mi contrincante, quedaba claro. O quizá no fui tan rápido. No debería haberme fumado un porro antes de la pelea, eso seguro.

Ahuequé la mandíbula y dejé que mi lengua recorriera el terreno, asegurándome de que todo seguía en su sitio. «Ajá. Todo bien». Sacudí la cabeza y sentí que se me desencajaban las neuronas. ¿Demasiado brío? «Joder, Jonny, que no te sobran. Controla».

Olía a sangre. A la mía, sobre todo. Escupí de nuevo, pero el regustillo había anidado en mi paladar, como un inquilino molesto. Me limpié la boca con el dorso de la muñeca y fijé la vista en el armario ropero que tenía enfrente. Otro puñetazo igual que el anterior y se me saltarían los dientes. Y ya no eran los de leche.

La multitud que nos rodeaba rompió con sus gritos la quietud del callejón en el que nos batíamos *a muerte.* Este apenas estaba iluminado por una prehistórica farola a punto de extinguirse. El sonido de los golpes, la música de *Gonna fly now* (que salía del teléfono de algún gilipollas) y la voz del árbitro eclipsaron durante un par de horas la mendicidad y la delincuencia que a diario bañaban las calles vecinas.

Vale, lo de «a muerte» quizá fuera una exageración, pero sí era cierto que uno de los dos acabaría con la cara y el cuerpo reventados, y que no había cuerdas delimitando el *ring* ni barreras que mantuvieran a los boxeadores dentro del área de combate. No había leyes. Ni tregua. Sí un delicioso puñado de billetes para el que se proclamara vencedor. Y ese iba a ser yo. Por eso dejé de marear la perdiz: me abalancé contra mi rival, cuyo nombre desconocía y me importaba menos que la paz en el mundo, y me dejé los nudillos en sus pómulos, hasta derribarlo.

«¿Quién besa el suelo ahora, eh?».

Me senté a horcajadas sobre sus caderas, lo inmovilicé y me incliné hacia su oído, respirando a trompicones.

—Venga, di que soy el puto amo y quizá te deje vivir para la revancha.

—Q-que te jodan —balbuceó.

Torcí los labios en una sonrisa. Me encantaba que no quisieran ahorrarse la humillación final. Le daba sentido a la vida, de alguna manera. Le asesté un último golpe en la mandíbula, seco y certero, y me puse en pie. El árbitro se agachó junto a él y arrancó tanto la cuenta atrás como el último hálito de optimismo al que se aferraba el pobre idiota que se había atrevido a desafiarme.

—¡Cinco! —Levantó la mano derecha con todos los dedos extendidos y la multitud coreó con él—. ¡Cuatro! —Cuatro dedos extendidos, y esa misma multitud se apelotonó a nuestro alrededor, excitada—. ¡Tres! ¡Dos! ¡Unooo! —El árbitro se levantó y alzó uno de mis brazos; el calor de su mano me quemó la piel, magullada—. ¡Y ya tenemos a nuestro vencedor, Jonathan Rooos!

El público, enfervorizado, prorrumpió en aplausos al tiempo que las campanas de la iglesia que quedaba a la vuelta de la esquina

repiqueteaban el fin de año. Aunque más bien parecía el fin del mundo. Me acaricié con la lengua el carrillo lacerado. El aire apestaba a sudor, sangre y adrenalina. La música retumbaba en las paredes del callejón y todos se abrazaban. La ilegalidad y la euforia unen lo que no está escrito.

—¿Te veo la semana que viene? —me preguntó uno de los organizadores, y me metió la pasta en el bolsillo derecho del pantalón de chándal.

Era el segundo al mando de una de las mafias más célebres de Barcelona, un pieza de cuidado, pero buen tío siempre que no te cruzaras con él y su navaja. Ambos resultaban más letales que un cóctel molotov en una gasolinera.

—Claro —respondí—. Mientras sigamos viviendo bajo el yugo del capitalismo y haya pasta de por medio, aquí estaré. Un chico necesita comer.

Esbozó una sonrisa y me dio una palmada amistosa en la espalda.

—Buena pelea, Ros.

Le guiñé un ojo y me abrí paso a empujones entre el público, que me felicitó como si fuera el tío más valiente en cien kilómetros a la redonda. Cuánto daño ha hecho el siglo xxi.

Me alejé a buen ritmo, y me llevó dos pasos de cebra perder el eco de sus voces. Mientras recorría las calles que me conducían al centro de la ciudad, me desprendí de las vendas que me cubrían los nudillos, aún manchados de sangre, y extendí y moví en círculos los dedos. Me detuve en la primera fuente y dejé que el agua los limpiara y anestesiara.

De pronto, me vi rodeado de gente y de luces parpadeantes. De risas, de cánticos, de música y del estruendo de unos fuegos artificiales que iluminaron el cielo nocturno. Hacía un calor de la hostia para ser 31 de diciembre. El cambio climático.

Hasta que no sentí cierto alivio en las heridas no proseguí mi camino. Me detuve en un supermercado abierto las veinticuatro horas y, unos minutos más tarde, con una lata en el bolsillo, llegué al local de moda entre la flor y nata de la sociedad barcelonesa, donde trabajaba uno de mis colegas: Richi. No éramos uña y carne, pero

solía sacarme un par de cubatas por la cara. Obsequio por mi grata compañía. O porque las tías —y algunos tíos— siempre han revoloteado a mi alrededor en masa. Debo de tener una cara bonita.

La cola serpenteaba hasta la siguiente manzana, pero el gorila de la puerta me reconoció y descorrió la cinta para dejarme pasar, a pesar de las protestas de la muchedumbre, de que sabía que yo era menor de edad y de que mi atuendo de gala consistía en un raído pantalón de chándal negro y una sudadera del mismo color, de un grupo de música del siglo pasado. También era colega.

—Feliz año, Jonny —me felicitó, y me dio una palmada en la espalda.

Todo el mundo me daba palmadas en la espalda. La confianza da asco.

Entré, y la música de Tiësto me envolvió en el acto, con su remix de *Somebody that I used to know.* Eché un vistazo al ambiente erótico-festivo, tenuemente iluminado por luces led que cambiaban de color y toscamente desbordado por globos en tonos rojos, dorados y plateados, serpentinas y confeti. Estaba saturadísimo. Saturadísimo de chicas y chicos con mucho dinero, sombreros de fiesta cutres y un par de copas de más. Con los brazos en alto, cantaban el estribillo como si no hubiera un mañana. Disfrutaban de su mutua compañía, encantados de haberse conocido, a sí mismos y a los que eran como ellos. Brindaban como si hubieran descubierto el secreto de la felicidad. Qué suerte la suya. Cogí aire. A ver lo que me costaba llegar a la barra…

Sorteé a la exaltada muchedumbre como mejor pude, sin fijarme en nadie en particular, hasta que, por azares de la trayectoria (sí, por azares de la trayectoria), mis ojos se dieron de bruces con el niño más bonito del lugar. Alto, grácil, porte encantador y sonrisa de anuncio. Si buscas la palabra «carisma» en el diccionario, lo más seguro es que aparezca su perfecto y fotogénico rostro al lado. Lo más rebelde que tenía era el pelo, rubio oscuro, que le bailaba en varias direcciones debido al festejo y el sudor. Cantaba «*now you're just somebody that I just to know*» y saltaba como el que más. No elevé los ojos al cielo porque me dio mucha pereza.

El chico a su izquierda, con cara de pánfilo y pelo similar, le gritó algo al oído, por encima de la música a máximo volumen, y él se rio. Hasta que sintió el peso de mi mirada y levantó la vista. Entrecerró los ojos y me observó con curiosidad, no supe si a causa del chándal raído o de los golpes en mi cara, los cuales empezaban a adquirir un tono azulado a juego con mis ojos.

Fingí tropezar con la chica que iba con ellos, y que estaba buenísima. Melena morena por debajo de los hombros. Alta. Cuerpazo. Ojos verdes. Rasgos orientales. A ella también debió de gustarle lo que vio, porque nos comimos con los ojos durante unos largos segundos. Esbocé mi mejor sonrisa de disculpa mientras le metía la mano en el bolsillo trasero a su colega, el pánfilo. Ella me hizo un mohín cuando seguí adelante. Yo le lancé un beso. Un juego de niños.

Cuatro corrillos y otras tantas zancadas después, alcancé la barra, donde Richi preparaba una ronda de diez chupitos de tequila. Le lancé el billete que acababa de birlarle al moreno.

—Lo de siempre. Hoy pago yo.

—¡Jonny Ros! —me saludó, divertido—. ¡Feliz año nuevo! Ya pensaba que no venías.

—Me han entretenido por el camino.

—Buena pelea, por lo que veo. —Señaló el dinero con la barbilla.

—Pan comido.

Rio.

—Eres una máquina.

—Se hace lo que se puede.

Mientras me preparaba la bebida, me acodé en la barra, de espaldas a él, crucé las piernas a la altura de los tobillos y observé el panorama. Robe, el exvocalista de una de las mejores bandas de la historia, cantaba «no puedo perder nada, que vengo de la nada. No puedo caer más bajo, que vengo del fracaso». El tío había debido de inspirarse en mí para escribir la letra. O quizá solo hubiese estado igual de jodido que yo.

Advertí a otro de mis colegas al fondo a la derecha, a la entrada de los baños, vendiéndoles unos porrillos a dos rubias que parecían hermanas. Las rubias y los rubios siempre me han parecido

imposibles de distinguir, como las hormigas. Observé a mi amigo con atención, buscando su mirada para saludarlo e invitarlo a una copa, pero una silueta enfundada en un vestido dorado se me plantó enfrente y me privó de la vista. Desvié los ojos, perezoso. Era la morenaza con la que había fingido tropezar. La de rasgos orientales que estaba buenísima. La amiguita del gilipollas que me estaba sufragando la bebida gracias a su buena disposición a que un desconocido le tocara el culo. La chica se mordió el labio inferior mientras me recorría de arriba abajo despacio, con descaro, lascivia y una mirada tan profunda que tuvo que verme hasta la médula ósea. Cuando sus ojos encontraron los míos, curvó los labios en una sonrisa.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. ¿Tengo monos en la cara?

—Tienes una cara por la que muchos matarían.

Sonreí sin poder evitarlo.

—¿Matarías tú?

—Sin dudarlo. —Se acodó a mi lado en la barra, su brazo derecho pegado al mío izquierdo, a propósito, y me tendió la otra mano—. Me llamo Núria. Encantada.

Núria. Un nombre que olvidé al instante. No lo recordé hasta mucho tiempo después.

Miré hacia atrás, alcancé mi copa y le di un trago, mirando a Núria a los ojos. Ella dejó caer el brazo y sonrió de nuevo mientras a mí el alcohol me quemaba la garganta y aliviaba el apetito. Que sí, que era guapísima, pero…

—No voy a invitarte a una copa —le aclaré—, así que puedes volver con tus amigos.

Volvió a reír.

—No quiero una copa gratis.

—¿Y qué quieres?

Volví a llevarme la bebida a los labios.

—A ti, desnudo en una cama, mientras me follas taladrándome con esos ojazos azules que cortan la respiración.

Lo de ir al grano los pijos lo llevan a otro nivel. Eso sí, no me quedó claro si quería que la follara con la polla o con los ojos.

Richi, que seguía sirviendo cócteles detrás de nosotros, se atragantó. Yo no. Hace falta mucho más que una proposición indecente para que se me atasque algo en la garganta. Pero arqueé una ceja, malherida y todo. Ay. Dolió un poco.

—No me mires así —continuó ella—, seguro que recibes ofertas por el estilo a diario.

—A diario, sí —respondí, sardónico. No te jode…

—Estoy dispuesta a pagarte.

—¿Tengo cara de puto? —me indigné.

Que no es que me quedara mucha dignidad, pero prostituirme era lo que me faltaba. Ya tenía las puertas del infierno abiertas de par en par, lo último que necesitaba era lanzarme de cabeza a los brazos del puto Lucifer. No, gracias.

—Ya te he dicho de lo que tienes cara. Y por cierto…, no estaríamos solos.

Eso captó mi atención. Porque si me estaba proponiendo un trío con alguna de sus amigas, la respuesta era: SÍ. La respuesta a una invitación para hacer un trío siempre era sí. Que yo tenía diecisiete años e iba de adrenalina y hormonas hasta el pico. Y además, nunca sabías cuándo iba a volver a presentarse la oportunidad. Hasta entonces, lo más cerca que había estado de hacer uno había sido un año atrás, cuando compartí cuatro besos libidinosos con dos chicas en la misma pared de un callejón. Épico.

Seguí su mirada hacia el centro de la pista en busca de la tercera pata, que ojalá estuviera tan buena como ella, pero una vez más, unos cuerpos me privaron de la vista. Eran el rubio de pelo rebelde y el amigo pagafantas, que se acercaban a nosotros sin dejar de reír ni de juguetear como solo saben hacerlo un par de universitarios que se han pasado con el alcohol. El pagafantas rodeaba el cuello del rubio con un brazo mientras con el otro intentaba alborotarle el pelo —ya alborotado de por sí—, como si fuera la cruzada de su vida, hasta que una pelirroja se le puso a tiro y perdió el interés. No era la cruzada de su vida, estaba claro. Con cara de gilipollas, fue tras la chica. Entonces sí, elevé los ojos al cielo.

El rubio levantó la mirada y me vio.

—¿Él? —exclamó, señalándome con el dedo índice—. ¡Ni de coña!

¿Perdona? Primero me sentí insultado y luego até cabos. Giré la cabeza y miré a su amiga. Que quizá no era su amiga. Quizá era su novia y el trío que me estaba proponiendo era con el rubiales.

—¿Él? —repetí.

—Él —afirmó ella, con una sonrisa triunfante.

—¿Tengo pinta de que me gusten los rubios?

—Tienes pinta de muchas cosas, y una de ellas es ser menor de edad —dijo el rubio, que había llegado a nuestra altura, y me señaló de nuevo con el índice.

—Mira quién habla —respondí. Le bajé el dedito de los huevos. Sentí un chispazo y fruncí el ceño, molesto. Maldita electricidad estática.

—Tengo veinte —me aseguró, y sacudió la mano, supuse que para aplacar el calambre—. ¿Le has pedido el carné de identidad? —le preguntó a su novia.

—Dos veces —respondí yo—. Junto con el pliego de mis servicios. Hago de todo menos chupar pollas de rubios.

—¿Culos de rubios, sí chupas?

Chasqueé la lengua. Imbécil. Me disgustó desde el principio, aunque admito que ahí estuve a punto de amagar una sonrisa. A ver, no súper a punto. Solo un poco a punto.

—No servimos alcohol a menores de edad —intervino Richi, todo solemne, señalando con la barbilla, y en ese orden, mi copa, a mí y el enorme cartel que colgaba de una de las paredes, con la prohibición escrita en negrita y mayúsculas—. Así que mucho ojo con las acusaciones. Podrías meterme en un lío, tío.

Yo no sé cómo reprimí la carcajada. Joder, no sé ni cómo la reprimió Richi. Habíamos jugado unas cuantas veces al póker, pero no éramos *tan buenos*.

—No tendrías que chupar ninguna polla —me aseguró entonces Núria—. Si no te apetece…

—Oh —reí—, ya entiendo. Quieres que folle contigo delante de tu novio. Tenéis las necesidades básicas cubiertas y salís cada noche a la calle en busca de nuevas y excitantes aventuras.

—Más o menos —dijo ella.

—Yo paso —dijo él—. Esta aventura es demasiado *excitante* para mí.

—Blake…

—¡¿Blake?! —Solté una carcajada—. No pienso follar con un Blake. Ni por todo el oro del mundo.

«¿Quién coño se llama Blake en este país? De locos».

Blake se acercó a mí e inclinó la cabeza. Era más alto que yo. Apenas unos milímetros. «Once centímetros, para ser exactos. Lo que equivale a ciento diez milímetros». «Oh, cállate, siguen siendo milímetros».

Nos mantuvimos la mirada y descubrí que tenía los ojos de color azul oscuro. Me dio un buen repaso, de arriba abajo, como su novia unos minutos antes, pero con tal descaro que me entraron ganas de devolverle el favor. O de partirle la nariz. O ambas. Me llevé la copa a los labios y me estiré para que tuviera la mejor panorámica.

Recuerdo la ropa que llevaba. Camiseta azul marino con una gruesa raya blanca a la altura del pecho; pantalones vaqueros ajustados en la zona del muslo, que se ensanchaban desde las rodillas hasta los pies, y zapatillas blancas de marca, de esas que sirven para todo menos para caminar.

—Déjame pensar —me dijo él, llevándose el dedo a la barbilla. En la muñeca lucía un reloj de oro amarillo que me llamó la atención —. Barriobajero, propenso a las peleas, prepotente, chándal y lenguaje mediocre. ¿Jonathan?

Escupí la mitad de la bebida mientras el resto se me iba por el otro lado. Tosí sin poder evitarlo y lo miré con ojos medio divertidos, medio fuera de sus órbitas. Para que luego digan que los estereotipos no existen… Él ladeó una sonrisa, pagadísimo de sí mismo.

—¿He acertado? —me preguntó, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Ni de lejos —respondí, de la misma manera.

—Ya. ¿Sabes una cosa, *Jonathan*? No podrías follar con un Blake ni por todo el oro del mundo.

Aunque no entraba en mis planes a corto o medio plazo, y mucho menos con un niñato que me miraba por encima del hombro y se

creía el rey del mundo, soy incapaz de resistirme a un desafío, y Blake me estaba tocando las pelotas —no en el buen sentido—, así que, por primera vez en el transcurso de la velada, me lo planteé. Me lo planteé de verdad. Las pollas no me daban miedo. Manejaba la mía de puta madre, de modo que no creí que supusiera el reto de mi vida encontrarme frente a la suya. Y le daría una lección. Quizá incluso podría enseñarle un par de trucos.

—Mil pavos —decidí.

Bufó y rio al mismo tiempo.

—No tienes mil pavos.

¡Qué gilipollas!

—Son los que vas a pagarme tú por follarme a tu novia, taladrándola con estos ojazos azules que cortan la respiración.

Me miró de nuevo. Mi nombre lo adivinó enseguida (de pura chiripa, tengo que decir), pero el color de mis ojos le había pasado desapercibido.

—No se me ha cortado la respiración —dijo, envalentonado, con otra de esas sonrisas de anuncio.

—Solo funciona si me saco la polla.

Giró la cabeza hacia su novia y me señaló.

—No estoy lo bastante borracho.

—Eso tiene solución. —Núria llamó la atención de Richi, que no nos quitaba la vista de encima—. Tres chupitos de tequila, por favor.

Le hice un gesto a Richi para que sirviera las bebidas y él alcanzó tres vasos de una de las baldas bajo la barra. Nos los puso enfrente, en línea, y los llenó con el contenido transparente de una de sus mejores botellas, sin dejar de mirarme a los ojos. Blake se llevó el suyo a los labios antes de que a mí me diera tiempo a coger el mío.

—Otro —le pidió a Richi tras devolver el vaso a la barra, con estrépito.

Mi colega le sirvió otro y Blake, de nuevo, se lo bebió de un trago.

—Al final no se te va a levantar… —insinué.

—Vamos a comprobarlo, Ojos Azules Que Cortan La Respiración —respondió, y emprendió el camino hacia la salida.

Núria fue detrás y yo… yo miré a Richi. Mi vida era de todo menos aburrida.

—Eres mi ídolo, tío —me dijo, y sacudió la cabeza, sonriente.

Me acabé la copa de un trago, cogí aire y los seguí.

Me pregunté en qué momento había aceptado follar con ellos.

Supongo que las hormonas adolescentes y la adrenalina son una mala combinación.

Malísima. Te hace cometer locuras .

2

BLAKE (veinte años)

¿Que si los ojos azules de Jon me cortaron la respiración?

Lo hicieron.

Lo hacen.

Lo harán siempre.

Porque no son solo azules. Son un precipicio. Y yo he estado condenado a saltar desde el primer momento.

3

JONATHAN

—¿Estás seguro de que sabes hacerlo?
—Llevo haciéndolo desde los doce.
—Eso no implica que sepas hacerlo.
—Sé hacerlo.
—Deberíamos esperar a Núria.
—Está tardando mucho.
—Lo mismo que tú.

Bufé y me arrodillé en la alfombra. Nunca había estado tanto tiempo en cuclillas, y mis músculos comenzaron a protestar. No entendía por qué se me resistía tanto, y eso me frustraba y molestaba a partes iguales. Lo había hecho decenas de veces. Forzar cerraduras formaba parte de mi identidad desde que me colé en la sala de profesores del instituto en busca de mi último examen de matemáticas. El destrozo que habían sufrido las ecuaciones de segundo grado no se lo merecían ni ellas, así que tuve que darles el cambiazo. A partir de ahí fue pan comido. Las cerraduras, porque las ecuaciones de segundo grado siguen sin ser mi fuerte.

Sin embargo, la cerradura del lujoso hotel de Barcelona al que me llevaron se me estaba resistiendo. De todas formas, habría sido más fácil si no hubiera tenido a Blake pegado a mi espalda comiéndome la orej…

—Pero ¿qué hacéis? —preguntó Núria en cuanto salió del ascensor, con la llave en la mano.

Nos vio, a mí arrodillado frente a la puerta 1604, y a su novio agachado detrás de mí, y frunció el ceño, claro.

—La paciencia no es una de sus virtudes —respondió él sin dignarse a mirarla.

Seguía notando su aliento en la oreja. Blake es muy de invadir espacios personales sin pedir permiso, sobre todo si se trata del mío. Y entonces la cerradura hizo clic. Justo a tiempo. Me levanté y sonreí con socarronería.

—*Voilà* —dije conforme abría la puerta.

—Te pongo un diez en delincuencia —respondió Blake, y se adentró en la habitación sin mirarme tampoco, con esos andares indolentes que tanto me tocan los huevos.

Le cedí el paso a Núria y entré en último lugar. La habitación no tenía nada de especial, salvo un sofá de dos plazas blanco junto a una cristalera con unas vistas de la hostia sobre la ciudad, además de a una pareja a punto de follar con un desconocido. Una incipiente sensación de incomodidad se adueñó del ambiente. Pese a ello, olía de puta madre. A naranja y a jazmín. Llevaba un buen rato inundándome de ese aroma, y supuse que emanaría de Núria.

Los tres nos miramos a la cara sin saber qué hacer; de fondo sonaba el bullicio de la calle, donde la gente celebraba la llegada del año nuevo, y algún que otro cohete; la incomodidad aumentó. Y el calor. El calor que hacía en esa habitación no era normal. Así que empezábamos bien. Menudo cóctel.

Yo contaba con que ellos sabrían lo que hacían, o que se comunicarían telepáticamente, que para algo eran pareja, pero nada más lejos de la realidad. Estábamos los tres igual de perdidos, aunque pretendiéramos fingir lo contrario. Blake, con esa expresión suya entre divertida, prepotente y curiosa; Núria, acariciándose los muslos de manera inconsciente, y yo, empapado en sudor. Un hilo me bajó por la espalda y se perdió en algún lugar recóndito de mi culo. Estuve a punto de carraspear, pero Núria se llevó las manos a los tirantes del vestido, los deslizó y dejó al descubierto un par de

hombros perfectos. Me empalmé un poco. Tenía diecisiete años, insisto.

Me animé y me desprendí de la sudadera. La tiré al suelo. Blake se soltó el botón y se bajó la cremallera de los pantalones, a lo loco. Seguimos mirándonos. Entonces ya no era incómodo. Era raro. Y empecé a dudar de que fuera a salir bien. No iba a echarme atrás, antes muerto que retroceder, pero empecé a dudar de que fuera a salir bien, es decir, que los tres nos corriéramos.

Blake, como si me hubiera leído el pensamiento, clavó sus ojos en los míos y curvó los labios en una sonrisa, antes de quitarse la camiseta y lanzarla a la cama en un desafío silencioso. Siguiendo su ejemplo, me despojé de la mía al tiempo que lo escudriñaba de arriba abajo. Lo tenía justo delante.

Como llevaba la bragueta abierta, le vi todo el paquete. No parecía empalmado. No sé, no le presté la suficiente atención. Sí me fijé en que el vello que recorría la línea invisible entre el pubis y el ombligo era bastante oscuro. Y me fijé por una razón: era la primera vez que veía esa parte de la anatomía en alguien de pelo rubio, y una vez un compañero de la escuela, sin dejar de mirar a la rubia por excelencia de la clase, me preguntó de qué color creía yo que tenía el pelo «ahí abajo». Me encogí de hombros. Pero me quedé con la duda. Bien, pues misterio resuelto. Como el resto del mundo, más o menos, tal vez un poco más claro que la media. Por lo demás, no vi nada excepcional en Blake. Su apariencia era la del típico veinteañero obsesionado con su aspecto. Cintura estrecha, abdominales marcados, pecho definido y unos brazos bastante musculosos, supuse que de jugar al golf. Pero entonces algo en su rostro sí me llamó la atención. Una minúscula cavidad en una de las mejillas. Un hoyuelo. Nunca había visto a nadie que tuviera uno. Era curioso. Incluso bonito. Y no le sale siempre. Solo cuando esboza esa mueca entre divertida y prepotente. Seguí ascendiendo y me di de bruces con sus ojos, que por la forma en que me recorrían, también me examinaban en detalle, sobre todo mi antebrazo derecho, tatuado.

Dejé que se recreara y centré mi atención en Núria. Nos miraba a los dos con los ojos llenos de deseo. Se desabrochó el vestido,

ceñidísimo, en cuanto sintió el peso de mi mirada, y dejó que cayera al suelo, igual que en las películas. Lo juro. Hizo plaf, y todo. Debajo llevaba un sujetador de color beis, sin tirantes, y un minúsculo tanga a juego, y, joder, qué cuerpazo. Era de infarto. Jodidamente impresionante. Piel de porcelana, tetas de tamaño perfecto, y las caderas más curvilíneas que yo había visto en la vida. No era delgada, era… atlética. Delicada y sólida al mismo tiempo. Los brazos. Los muslos. Daban la impresión de estar preparados para afrontar mil desafíos físicos. Una puta fantasía. Se me hizo la boca agua y noté cómo todo el flujo sanguíneo se me iba directo a la polla (bastante empalmada ya, por lo que pude comprobar de un vistazo rápido).

Blake se situó detrás de Núria, le apartó la melena a un lado y, sin dejar de mirarme, comenzó a besarle la nuca, arrastrando los labios hacia abajo. Lento. Erótico. Hipnotizante. Le desabrochó el sujetador y lo dejó caer al suelo. Deslizó las manos por los brazos y le acarició las tetas, despacio. Le atrapó los pezones con los dedos y jugó con ellos, arrancándole un primer gemido que me sacudió incluso a mí, a dos metros de distancia. Después las apretó mientras le hundía los dientes en el hombro. Todo el cuerpo de Núria se estremeció. Incluso se le puso la piel de gallina. O no. Espera. Fue a mí al que se le puso la piel de gallina. La visión de los dos juntos…, joder, era lo más sensual que yo había vivido en mis para nada tiernos diecisiete años. Ni siquiera sabía que el sexo podía ser sensual. Y mucho menos, algo más que una simple liberación efímera y destinada al olvido. Me pregunté si así era como follaban los ricos. Si siempre era todo tan sereno y erótico al mismo tiempo, como si en el mundo no existieran los conflictos, el miedo o el hambre. Solo ellos.

Busqué de nuevo la mirada de Blake: sus ojos seguían clavados en los míos. Me mantuve ahí mientras Núria le metía la mano por debajo de la ropa interior y comenzaba a masturbarlo. Me mantuve ahí mientras él le gemía al oído sin dejar de mirarme a mí. Y mientras ella se llevaba una mano al pecho y comenzaba a acariciarse los pezones. «Joder». Tragué saliva varias veces, hasta que Blake se separó de Núria.

—A ver lo que sabes hacer, Ojos Azules —me retó, y se sentó en el sofá junto al ventanal con vistas a la ciudad, en plan rey del mundo, reclinado sobre el cristal, con un brazo detrás de la cabeza, una pierna doblada y la punta de la polla, erecta, fuera de la ropa interior. Solo le faltaba un plato con uvas. Y que se las lanzara yo a la boca, claro.

Blake carraspeó y yo arrojé el plato de uvas imaginario por la ventana. Regresé al presente. Lo miré. Él arqueó una ceja. Núria me indicó con el dedo que me acercara a ella. Todo al mismo tiempo. Y yo, abducido por el deseo sexual de mi polla, espabilé y acudí como lo que no había sido en mi miserable vida: un animalito obediente. Envalentonado una vez más, llevé ambas manos a sus tetas y las acaricié mientras ella y yo nos mirábamos, nuestros rostros más cerca que nunca. Resultaba un tanto intimidante, así que incliné la cabeza, me metí en la boca su pezón derecho y giré la lengua alrededor del capullo. Este se endureció y un latigazo de placer me cruzó la columna vertebral. Sabía de puta madre.

Ella levantó las manos y me tiró del pelo para acercarme más, si acaso era posible. Nunca me habían tirado del pelo para nada que no fuera darme un par de hostias. Le mordisqueé el pezón, excitado; lo impregné con mi saliva y le arranqué el primer gemido. «Bravo, Jonny. ¿Ves como sí sirves para algo?». Luego desplacé la boca a su otro pezón y le arranqué el segundo. «Eres una máquina». Y apenas acababa de empezar. Quería tomarme mi tiempo. Nunca había tocado a nadie sin prisas, así que me propuse disfrutar de cada caricia. Sin correrme antes de tiempo, claro. Me sobraba Blake, pero nada es perfecto.

Me arrodillé y esbocé una sonrisa al oler su excitación a través del tanga de encaje de color beis. El aroma también envió una descarga a mi polla, que empezaba a doler de lo dura que estaba. Le besé el abdomen, dibujando un camino de saliva hacia su ombligo; a ella se le puso la piel de gallina, *otra vez*, y un nuevo escalofrío nos recorrió a ambos. Empujó las caderas hacia mí y volví a sonreír. Le deslicé las bragas hasta sus tobillos, al tiempo que dejaba besos suaves y sensuales por su cadera y muslos.

Me coloqué entre sus piernas, con una mano en su espalda y la otra en su vientre, liso, y deslicé la lengua a lo largo de su hendidura, robándole el gemido más profundo y gutural de la noche. Le abrí los labios con la lengua y hundí la nariz en su clítoris. Su sabor era salado y picante, como una bocanada de agua de mar, pero agradable, y su olor era limpio. Llevé un dedo a su entrada, lo hundí y, joder, juro que sentí cómo sus paredes se apretaban a mi alrededor. Le chupé el clítoris con suavidad. No quería follarla con la boca, sino tantearla. Excitarla. Saborearla. Me guie por los sonidos que emitía y…

—Oh, joder —susurró, y me agarró fuerte del pelo para que me levantara—. Quiero probarte. Me muero por probarte.

Cayó de rodillas, enganchó los dedos en la cinturilla de mi pantalón de chándal y de mis calzoncillos y tiró hacia abajo, con brío. Casi se sale del bolsillo la lata que había comprado en el supermercado. La polla me golpeó la tripa, y todo. Sentí la ropa descender por mis piernas, y cómo se me ponía de nuevo el vello de punta. Experimenté cada sensación multiplicada por mil. Y sentí los ojos de Blake clavados en nosotros. La temperatura de la habitación estaba por las nubes, a punto de la combustión, pero ¿a quién le importaba?

Escuché un gemido suave, contenido. Estoy casi seguro de que procedió de ella, al verme el *piercing* en la polla. La perforación me había dolido hasta el alma, pero cuánto mereció la pena. Núria acarició una de las bolitas con la lengua y un gemido ronco sonó a mi izquierda, rompiendo el trance en el que ella me tenía sumido. Ladeé una sonrisa y clavé los ojos en Blake. Lo vi mirándome, presa de la excitación, y me pregunté si era por mí.

Núria eligió ese momento para agarrarme la polla con una mano y metérsela entera en la boca. Gemí y cerré los ojos. Quería disfrutar de cada segundo. De cada puto segundo. Quería que desapareciera el mundo, aunque solo fuera durante unos instantes, mientras recibía la mejor mamada de mi vida —hasta el momento—. Pero otro gemido estrangulado resonó a mi izquierda y abrí los ojos. Miré de nuevo a Blake, que se masturbaba lentamente, como si paladeara cada roce, y ya no pude apartar la mirada. Tensaba el vientre cada

vez que dibujaba círculos alrededor del glande con la yema del pulgar. Joder. Ojos azules, pelo rubio oscuro, cuerpo alto y atlético, hoyuelo en la mejilla, polla grande… Puse los ojos en blanco por lo mal repartido que está el mundo. También moví las caderas bruscamente hacia delante y choqué con la parte posterior de la garganta de Núria.

—Perdón —susurré.

—Me voy a correr —respondió ella—. Y no quiero correrme así. Quiero que me folléis. Los dos. En esa mesa.

Señaló el escritorio de madera maciza, se puso en pie y se acercó. Mi polla se frustró en el acto; estaba siendo una mamada de la hostia. Pero se le pasó en cuanto Núria se tumbó en perpendicular, con las piernas abiertas. Su cuerpo cupo a la perfección, como si ese escritorio lo hubieran fabricado para que ella follara encima de él.

Tragué saliva de nuevo y me revolví inquieto en medio de la estancia, con la polla a punto de reventar y la respiración agitada. Reparé en que Núria no se había quitado los tacones. No me corrí por el canto de un duro.

Blake se acercó a mí y volví a ser consciente de su presencia. Me olvidaba de él por momentos. Aún llevaba puestos los pantalones, pero tenía la polla fuera, dura como una roca, y se la miré sin querer. Una sonrisa tiró de sus labios. Me había pillado. Bueno, él también me la había mirado a mí.

—Tú primero —me dijo, y me lanzó un preservativo, que cogí al vuelo.

—¿Estás preparado para ver cómo follo con tu novia? —pregunté, socarrón.

—Vamos a ver lo que sabes hacer —respondió él, escéptico.

Imbécil.

Recorrí los pasos que me separaban de la mesa. Llevaba la ropa interior y los pantalones por debajo de las caderas, así que podía caminar sin parecer un pingüino. Me coloqué en el lado donde reposaban las piernas de Núria, con los tacones sobre la madera. No había visto nada más erótico en mi puta vida.

Blake se situó enfrente, al lado de su cabeza. Abrí el envoltorio del preservativo con los dientes y comencé a desenrollármelo sobre la polla, pero en ese preciso momento ella envolvió con sus labios la de Blake y se la metió hasta la garganta. Se me atascó el condón. Joder, temblaba como un flan. Como no fuera capaz de ponérmelo, iba a darme cabezazos contra la pared durante el resto de mi vida. No es que me hubiera puesto cientos; hasta ese día, había follado tres veces, con tres chicas diferentes (quizá había exagerado un poco con eso de enseñarle un par de trucos al rubio…), pero no era *tan* difícil, ¿no? Era un puto preservativo.

Comencé a sudar como un cerdo, lo cual tampoco ayudaba. Para cuando conseguí ponérmelo —gracias a Dios—, esos dos se estaban divirtiendo de lo lindo. Blake jadeaba, se le había acelerado la respiración y tenía las mejillas sonrojadas. Núria no dejaba de chuparle la polla como si su vida dependiera de ello.

Sin poder esperar más, me alineé con su entrada y empujé. El glande se deslizó dentro y Núria gimió, su boca llena con la polla de Blake. Le agarré las piernas, las alcé hasta mis hombros y me hundí del todo. Resbalaba…, joder, resbalaba que flipas. Entonces fui yo el que profirió un gemido. Ambos me miraron. Yo seguí a lo mío. Estaba en la gloria.

Aceleré el ritmo y bombeé con fuerza. Núria, cuyas tetas se movían arriba y abajo por la fuerza de mis estocadas, gimió de nuevo. Me incliné todo lo que mi cuerpo daba de sí y enterré la cabeza entre ellas. No podía ver esos movimientos tan jodidamente sexis y no desear acercarme. ¿Quién podría? Las acaricié y saqué la lengua para saborearlas una y mil veces. Percibí el olor a naranja y jazmín más fuerte que nunca. Y Blake y yo estuvimos más cerca que nunca. Su estilizado abdomen, a tan solo unos centímetros de mi rostro. Flipé con el golf. ¿En serio se conseguían semejantes abdominales? No había visto tanta perfección en mi vida. Porque si el cuerpo de Núria era atlético, el de Blake era de otra galaxia. Un ideal de belleza, como las estatuas de los putos dioses griegos. Pero que nadie se lo diga, por favor. Sería fatal para su ego.

Noté que se tensaba.

—Tranquilo, que la pobreza no es contagiosa —le dije.

—Tampoco el carisma, así que no te me acerques tanto —respondió, muy entero.

Alcé la cabeza y nos miramos a los ojos. Le lancé un beso, por imbécil. Y le habría dicho un par de verdades, pero no quise romper el momento. Blake no me iba a joder el orgasmo. Eso sí, nos quedamos enganchados el uno en la mirada del otro. Mientras follábamos con la misma chica. No supe cómo gestionarlo, tantas miraditas me pusieron nervioso, así que saqué la polla del coño de Núria y le cedí el puesto a Blake. Tampoco quería correrme tan rápido. Estaba casi al límite, y por mis huevos que no iba a terminar antes que él.

Pensé que íbamos a intercambiar posiciones, pero Blake giró el cuerpo de Núria ciento ochenta grados. Joder, qué profesional. Me quito el sombrero. Nunca me había liado con alguien mayor que yo. Las cosas que sabían hacer, joder. Estaba deseando llegar a los veinte. Volvió a maravillarme lo bien que follaban los ricos, como si hubieran nacido para gozar y la única función del resto de nosotros, los pobres mortales, fuera la procreación.

Entonces las piernas abiertas de Núria estaban frente a Blake, y su rostro, transfigurado por el placer, debajo de mi polla. Blake se puso un preservativo (vergonzosamente rápido, para mi gusto), se mordió el labio inferior, agarró las caderas de Núria y, con los pantalones aún puestos, empezó a follarla, justo por el mismo lugar donde había estado yo hacía apenas unos segundos. Me estremecí. Núria me cogió la polla y comenzó a masturbarme al mismo tiempo que Blake la embestía sin descanso. Nuestras respiraciones se entremezclaron, convirtiéndose en una sola, y los gemidos se volvieron cada vez más fuertes y necesitados.

Cerré los ojos y cuando los abrí, eran los labios de Blake los que se deslizaban por el pecho de Núria, hasta aferrarse a su pezón. Sacó la lengua y la arrastró por el capullo. El escalofrío que me recorrió fue sobrenatural, celestial incluso, si me pusiera en plan ñoño. Estaba tan cerca del orgasmo que evitarlo resultaba doloroso. La verdad es que aquella noche deberían haberme dado un premio.

Apoyé las manos en la mesa y… volvimos a intercambiar posiciones.

Y otra vez.

Y otra vez.

Joder, los putos niñatos iban a acabar conmigo. Núria no perdió el tiempo en quitarle el preservativo a Blake tras el último intercambio y meterse su polla en la boca mientras yo me introducía en ella en un envite lento pero profundo. Empujé, y Blake y yo comenzamos a follárnosla sin descanso, él por la boca y yo por el coño, embistiendo erráticamente sin apartar los ojos el uno del otro. Entrábamos y salíamos de ella con fuerza. Sus gemidos y nuestros gruñidos llenaban el aire. No escuchábamos las celebraciones de la calle. No escuchábamos ni los cohetes. Estábamos a punto de correrno. Los orgasmos de los tres flotaban en el ambiente, y ya no habría intercambio que los evitara. Ya ni siquiera me importaba ganar. Solo quería descargarme en el preservativo. Lo necesitaba como el aire para respirar.

El cuerpo de Núria se tensó, lo noté, y aceleré el ritmo. Se corrió sin dejar de gritar. Yo seguí moviéndome sin descanso y, segundos después, me corrí a lo grande. Épico. En serio. ÉPICO. Me incliné y descansé la frente en el pecho de Núria, ambos impregnados en sudor; no dejé de moverme, despacio, profundo, saboreando los últimos espasmos del pedazo de viaje que acababa de disfrutar.

Levanté la vista, vi a Blake morderse el labio más fuerte que nunca y supe que estaba a punto de correrse. Dos respiraciones después, sacó la polla de la boca de Núria y se corrió encima de ella. De sus tetas, para ser más exactos. El problema fue que mi rostro descansaba justo al lado de esas tetas, así que su semen me salpicó. En toda la barbilla. Miré a Blake con los ojos como platos. Él me devolvió la mirada, los suyos fuera de las cuencas. El pecho de ambos subía y bajaba casi al unísono. Núria gimió debajo de mí y comenzó a moverse; mi polla aún estaba dentro de ella, así que, técnicamente, comenzó a follarse. O a follarme. O a follarnos. Yo qué sé. Y entonces *algo* se apoderó de mí. *Algo* que obligó a mi cuerpo a actuar. Y ese acto me cambiaría la vida, aunque no lo supe hasta muchísimo más tarde. Llamémoslo curiosidad, desafío, exploración, adrenalina, enajenación transitoria o la intención de que el gilipollas de Blake se tragara su propio puto semen.

Sin apartar los ojos de los de él, me llevé el dedo índice a la barbilla y me limpié su eyaculación con la yema; me la acerqué a los labios, saqué la lengua y me la metí dentro de la boca. La saboreé y la retuve todo lo posible, hasta que tragármela se hizo inevitable. Dicen las malas lenguas que el sabor del semen es salado. Y es verdad, pero también es dulce. Y limpio. O al menos, el de Blake me lo pareció. Me supo a un campo de flores. Fue mi primera vez. Richi me había contado que él había probado el suyo. Recuerdo que esbocé una mueca de asco. Me pareció un despropósito. Pero probar el semen de Blake se me antojó de todo menos un despropósito.

—Sabes a niño pijo —le dije, por tocarle la moral. Y porque no iba a decirle que me había sabido a un puto campo de flores.

—Joder —gritó Núria, y se corrió de nuevo mientras se movía con mi polla dentro.

Cogí a Blake por la nuca y la muñeca, acerqué su boca a la mía y lo besé. Lo pillé tan desprevenido (incluso a mí me pilló por sorpresa) que no le dio tiempo a reaccionar, y para cuando quiso darse cuenta, tenía mi lengua dentro de su boca y se estaba saboreando a sí mismo. Y yo a él. Y él a mí, junto con el semen, supongo. Y entonces me agarró del pelo y del cuello, con fuerza, y giró la cabeza para devolverme el beso. O para brutalizarlo. O para quedar por encima, no lo tuve claro. Fue una lucha de titanes, eso seguro. A ver quién metía la lengua más adentro. Y mientras nos explorábamos, valientes pero un tanto inexpertos, caí en la cuenta de que en toda la velada no había habido más beso que el nuestro. Si es que podía llamarse beso.

Blake gimió y yo recuperé la cordura. Me separé al instante, tanto de él como de Núria, y juro que vi más esperma brotando de su polla.

Tardé unos segundos en recobrar el aliento. Unos segundos durante los que no dejamos de mirarnos, asediados por un montón de preguntas para las que no teníamos respuesta. Su pelo lucía más rebelde que nunca. Me felicité por ello. Y carraspeé. Me quité el condón a la primera (bien), le hice un nudo y lo tiré a la impoluta papelera que había bajo el escritorio.

Núria seguía tumbada sobre la mesa, incapaz de moverse.

—Dios, cuánto lo necesitaba —exclamó.

Me quedé observándola. Se la veía aliviada. Desahogada. Como si se hubiera quitado de encima un peso que la oprimía. Entonces pensé que quizá… quizá todos follábamos de la misma manera. Quizá no existía diferencia entre ricos y pobres. Quizá no importaba el dinero que tuvieras en el banco. O el que tuvieran tus padres. El sexo no es solo sexo. Siempre es más. Y en ese momento no vi a Núria como la niña pija que me había ofrecido dinero en el bar para que me acostara con ella, sino como alguien que necesitaba *algo*. Algo que el sexo podía darle. Algo de lo que solo ella era consciente. Y tal vez también Blake.

Fuera lo que fuese, esa noche se lo dimos.

Me subí los calzoncillos y el pantalón y fui en busca del resto de mi ropa. Me vestí a todo correr sin delatar demasiado mis prisas. Blake no me quitaba la vista de encima, yo notaba el peso de su mirada azul oscuro en cada palmo de mi cuerpo, y no quería que pensara que estaba huyendo. Aunque lo hacía.

Abrí la puerta. Ya no pintaba nada allí.

—¿Ya te vas? —me preguntó ella, y se incorporó, un tanto decepcionada.

—Cierro la barra por esta noche.

—No te he pagado —me dijo, apurada.

Estuve a punto de responderle que no me refería a eso, joder, que no tenía que pagarme, pero Blake se me adelantó.

—¿En serio le has ofrecido dinero? —preguntó, entre estupefacto y enfadado—. Joder, Núria. Cómo te pasas.

—Tranquilos, hoy invita la casa —dije—. Y agradecedle a vuestro amiguito los cincuenta pavos de antes. —Les guiñé un ojo e hice amago de abandonar la habitación, pero me detuve en el último momento—. Por cierto, Blake —él me miró. Seguía junto al escritorio, desnudo de cintura para arriba—, se te ha cortado la respiración mientras te taladraba con mis ojazos azules. Cuando me he tragado tu semen —le aclaré—. Feliz año nuevo.

Y me largué.

Bajé en el ascensor y salí del hotel. Aún había gente en las calles, celebrando, pero yo los veía en un segundo plano, como casi todo

en mi vida.

Eché a andar y se me dibujó una sonrisa. Los pijos me habían alegrado la noche, contra todo pronóstico. Lo que habíamos hecho…, cómo habíamos follado… No tenía nada que ver con el porno que yo había visto en el teléfono de Richi. Fue sexo desordenado, pero tan real y excitante como la mejor película subida de tono que te puedas echar a la cara. Fue mi primer trío. También el último. Nos puse un notable alto. ¿Y los golpes de la pelea? Ni me acordé de ellos.

No fui directo a casa, sino que me desvié por un callejón que había una manzana antes. Me senté en el suelo, saqué la lata de gelatina de atún de mi bolsillo y la abrí. El animalito tardó menos de un segundo en aparecer.

—Hola, pequeñajo —lo saludé.

No me respondió. Nunca lo hacía. A ver, era un gato. Devoraba la comida que yo le compraba desde que, hacía un mes, lo había encontrado hambriento, mojado y muerto de frío detrás de un contenedor, pero no me permitía ni acercarme.

—El atún es rico en proteínas, ácidos grasos y nutrientes esenciales, ¿sabes? —le expliqué—. Y es beneficioso para tu salud. Lo pone en la tapa. Desde luego, tienes mucho mejor aspecto que el mes pasado. Y has crecido. Ya mides dos palmos. Felicidades. —Tampoco me contestó a eso; seguía devorando el atún. Suspiré—. En fin, ¿qué tal tu noche? ¿Bien? ¿Sí? ¡No me digas! ¿Todo eso te ha pasado? Te supero. He hecho un trío. Sexual. ¿Sabes lo que es el sexo? ¿No? Mejor. Aún eres muy joven. Sí, ya sé que yo también lo soy, pero la edad no solo se mide en años. ¿Que por qué lo he hecho? Tengo más sangre en la polla que en el cerebro. Ya lo entenderás. Supongo.

»Había un chico. Nunca había tocado a un chico. Sexualmente, me refiero. Que no es que haya tocado a Blake sexualmente, pero… Sí, Blake, ¿te lo puedes creer?

—Miau.

Lo miré, sorprendido. El gatito se había acercado a mí y me estaba olisqueando. Su húmeda naricita rozó mi mano por primera vez.

—Vaya, ¿ahora me hablas? —Se restregó contra mí. Lo interpreté como un sí—. ¿Es por lo del trío? Eres un gato cotilla, ¿eh? ¿Perdona? ¿Cómo que cobras por horas? ¿Psicoanalista de qué? Tienes mucho morro, me parece a mí. Pues le he metido la lengua en toda la boca. —Necesitaba soltarlo, quedaba claro. También me recordé que no debería haberme fumado el porro antes de la pelea. Ahora estaba haciendo terapia con un puto gato callejero—. ¿Cómo que a quién? A Blake. No, nunca había besado a un tío. Yo qué sé. No había surgido. Siempre ha sido con chicas. ¿Raro? No, no ha sido raro. Ha sido… Una lengua es una lengua, ¿sabes? Aunque sea la lengua de un Blake. En fin…

Suspiré, me puse en pie y abandoné el callejón. Entré sigiloso en mi casa, con el corazón bombeando a mil por hora, como cada noche, pero me relajé en cuanto vi que mi abuelo se había quedado dormido en el sofá, con una botella de vodka en la mano.

Dejé sobre la mesa el dinero que había ganado en la pelea y me fui a mi dormitorio. No me molesté en encender la luz: la luna proyectaba la suficiente como para que yo no tropezase. Me tumbé bocarriba en la cama, deshecha. Saqué del bolsillo el reloj de oro que le había birlado a Blake mientras nos metíamos la lengua hasta la garganta y lo observé atentamente. Tenía una inscripción en la parte de atrás. Su nombre y una fecha: 22 de diciembre. ¿Su cumpleaños? A saber.

Cerré los ojos, pero solo lo justo. Nunca del todo. Nunca de verdad. Jamás cerraba los ojos de verdad cuando dormía cerca de mi abuelo.

Era un reloj realmente bonito. El más bonito que yo había visto.

BLAKE

Esa noche, por primera vez en mis veinte años, me corrí dos veces seguidas. Una mientras follaba con Núria, mirándolo a los ojos a él, y otra mientras exploraba su boca con mi lengua.

4

BLAKE

Tres días más tarde, iba a cargarme a Ojos Azules Que Cortan La Respiración con mis propias manos. A la mierda los dos orgasmos seguidos y a la mierda todo.

Me había robado el reloj. ¡ME HABÍA ROBADO EL PUTO RELOJ! No me di cuenta hasta que Leo me preguntó por él de casualidad, después de un partido, mientras nos cambiábamos en los vestuarios. Me lo había regalado la dirección del equipo como bienvenida, y siempre lo usaba cuando me enfundaba en el traje para acudir a los partidos, al menos durante los primeros años. Fruncí el ceño y traté de hacer memoria. ¿Dónde lo habría dejado?

—Lo llevabas en Nochevieja —aseguró Leo.

En Nochevieja llevaba muchas cosas. El reloj, mis vaqueros favoritos, unas copas de más y mucha predisposición a cometer estupidec… «Oh, joder». Entonces lo recordé. Recordé a Jonathan, su mano rozando mi muñeca, su lengua en mi boca, y supe que había sido él. Solo lo supe. Negué con la cabeza.

La pregunta era… ¿cuándo? No estuvimos *tan* cerca, apenas nos tocamos, salvo en ese arrebato suyo en el que me agarró de la nuca y me metió la lengua en la boc…

—Hijo de… —exclamé en voz alta.

—¿Hijo de qué? —me preguntó Leo. Entonces fue él quien frunció el ceño—. ¡¿Blake?! —gritó, al ver que yo abandonaba el vestuario a toda pastilla.

Me presenté en el bar donde Núria y yo habíamos tenido la *suerte* de conocer a Ojos Azules y fui directo a la barra. El ambiente no tenía nada que ver con el de Nochevieja. Eran las diez de la noche, y *Carrie*, de Europe, sonaba de fondo, en lugar de los grandes éxitos de las últimas décadas. Los clientes tomaban cafés e infusiones, en vez de copas de champán. Sin embargo, el camarero… el camarero era el mismo. Limpiaba la barra con un trapo y tenía la cabeza agachada; aun así, lo reconocí de inmediato. Tengo buena memoria. Me acerqué a él y recordé a Jonathan acodado en la barra, de cara a la pista. Me habría estremecido si no hubiera estado tan cabreado.

—¿Qué te pongo? —me preguntó el chico, educadamente.

Parecía un buen tío, pero siendo amigo del delincuente en potencia…, ni de coña iba a fiarme. Eso sí, esperaba haber acertado con el nombre.

—A Jonathan.

—¿Perdona?

—Alto. Moreno. Ojos azules. *Muy azules.* Varios moretones en la cara. Una ceja magullada. Chándal negro. Actitud cuestionable. El otro día me fui con él. Necesito encontrarlo.

A ver…, quizá debería haber omitido lo de «actitud cuestionable». Lo de «muy azules» se me escapó.

—No sé de qué me hablas —me dijo, muy seguro, y siguió limpiando.

No coló. Y sí que acerté con el nombre. Lo supe en ese momento. Carraspeé, me acodé en la barra y acerqué mi rostro al suyo.

—Oye —dije en tono amistoso, ese que mostraba siempre que fingía ser el niño más bueno del planeta y alrededores—, sé que te acuerdas de mí y que sabes quién es Jonathan. Solo quiero encontrarlo. Él… —«piensa, Blake, piensa rápido». Recordé la medalla religiosa que llevaba colgada al cuello, por debajo de la ropa, y me la jugué—: se dejó una cadena. De oro. Llevaba una

medalla. Se le debió de caer cuando… —carraspeé—, ya sabes, se desnudó para follar. Por lo poco que pude observar, es importante para él. —Un tipo como Jonathan no la llevaría si no lo fuera—. No quiero su número de teléfono ni la dirección de su casa. Ni siquiera su apellido. Solo necesito que me digas dónde puedo encontrarlo para devolvérsela. Por favor.

—Puedo dársela yo.

Reí con suavidad. «Ni de coña».

—Y lo harías si yo confiara en ti, pero no te conozco de nada. Lo siento. Tengo que hacerlo yo.

Me sostuvo la mirada. Yo apenas respiré. Dudó. Dudó mucho. Pero cedió. «Bien». Alcanzó un papel y un bolígrafo de una de las baldas, escribió algo rápido y me lo tendió. Era el nombre de una calle que no me sonaba de nada.

—Al final del paseo hay unas pistas de patinaje —me aclaró—. Puede que lo encuentres allí. No hagas que me arrepienta.

Fruncí el ceño. No por la amenaza velada, que me la pasé por el forro de los cojones, sino porque, ¿qué mierda hacía el delincuente en unas pistas de patinaje? ¿Robar a los pobres incautos que se atrevían a patinar cerca de él? ¿Trapichear con droga? ¿Malvender mi reloj al mejor postor?

Enseguida lo averiguaría.

—Gracias.

Di un suave golpe en la barra y me largué. Crucé la ciudad y aparqué a medio kilómetro de distancia. Me acerqué caminando y me sorprendió hallar unas pistas corrientes para patinar y jugar al hockey; estaban tranquilas y vacías. Nada de drogas ni de trapicheos. Y no sé lo que esperaba encontrar esa noche, pero desde luego, no lo que vi.

Al fondo, en la pista de hockey, había un chico subido a unos patines de línea. Lo reconocí enseguida. Un chico que lanzaba a la portería. Se desplazaba con soltura sobre las ruedas y manejaba el stick con una precisión que me habría gustado no percibir. Fruncí el ceño de nuevo. ¿Hockey? ¿¿En serio?? Tenía que ser una puta broma del destino. Y me pregunté qué le había hecho yo al destino.

Acorté la distancia y me quedé observándolo, apoyado en una columna: llevaba unos pantalones de chándal grises, una camiseta oscura y una gorra con la visera hacia atrás. Qué cuco, ¿verdad? Parecía inocente, y todo, el muy gilipollas.

JONATHAN

Metí gol y escuché varias palmadas a modo de felicitación. Giré sobre los patines, sorprendido, y me di de bruces con el rostro cabreado de Blake. Lo de los aplausos había sido pura pantomima: no se lo veía especialmente contento de verme. Con todo lo que habíamos compartido… Qué picajoso.

Estaba igual de alto y grácil que la última vez, el mismo porte encantador, pero no había ni rastro de la sonrisa de anuncio. A juzgar por sus pintas, fijo que venía de algún evento benéfico. Vestía un pantalón de traje azul marino, camisa clara y esas zapatillas blancas, de marca, que tanto le gustaba calzar. El pelo, ondulado, lo llevaba peinado hacia la derecha y no se le dispersaba en todas direcciones, como en Nochevieja, ni quedaba rastro del sudor limpio que lo había empapado y pegado a la frente y las sienes. Sus ojos azul oscuro me miraban como si quisieran atravesarme (no en el buen sentido), y… ¿cómo coño me había localizado?

—Tienes algo que es mío —me dijo, sin preliminares, y no sé por qué, pero me enfadé. Habíamos follado juntos. ¿Saludar era de pobres o qué?

—Me parece que no —respondí, con el mismo tono indiferente—. Tu semen lo mee hace días. —Le di la espalda y volví a por la pelota. No quería perder un segundo más con él.

—Mi reloj, puto delincuente. Dámelo. Ahora.

Retrocedí sobre mis pasos y lo miré de nuevo. Blake había extendido la mano, con la palma hacia arriba, y apretaba la mandíbula. También me disparaba rayos láser por los ojos. Vale, acepto que yo le había robado el reloj; sin embargo…, no sé si fue el tono o que me insultase en mi cara, pero me hirvió la sangre como hacía tiempo que no ocurría.

—¿Este? —Le mostré la muñeca, con una sonrisa torcida—. ¿Lo quieres? Cógelo.

Me lo quité en un ademán rápido, tiré de la cinturilla de mi pantalón de chándal y de la ropa interior y lo dejé caer dentro. A ver

si tenía él los huevos de sacarlo de ahí, ya que iba de sobrado por la vida.

Blake se acercó a mí sin titubear; nuestros rostros se encontraron a tan poca distancia que distinguí cuatro motas verdes desordenadas nadando en sus iris azul oscuro. Lo *poquísimo* que me sacaba en estatura lo suplía yo con mis patines.

—¿Crees que no voy a meter la mano? —me preguntó, con la mandíbula apretada—. No me das miedo. Ni tú ni veinte como tú.

—¿Y qué diría tu novia?

—Me felicitaría. Tenemos una relación abierta y, por alguna razón que escapa de mi entendimiento, le resultas llamativo.

¿Llamativo? ¿Se había referido a mí como «llamativo»? Resoplo solo de acordarme. Tócate los huevos.

—¿Sabes lo que creo, *Blake*? Creo que si tuvieras intención de meter la mano, ya lo habrías hecho.

Entrecerró los ojos y me miró una vez más como si tuviera ganas de partirme la cara. Supongo que en verdad las tenía, pero lo que hizo fue, sin apartar la mirada de mí, meter la mano en mis partes más íntimas.

Entró directa en busca de su objetivo, que creo que era el reloj. Sin embargo, cuando no lo encontró, Blake frunció el ceño y rebuscó, todo concentrado. Y rebuscando, se topó con mi *parte más íntima,* la cual, contra mi voluntad, había comenzado a crecer. Tener diecisiete años y ser una hormona andante era una putada. Mi erección de caballo no entendía que Blake y yo éramos dos chicos que estaban a punto de matarse. Que yo estaba furioso porque él me había insultado. Al parecer, tampoco lo entendió mi garganta, que eligió ese momento para arrancar un gemido de lo más profundo de mi pecho.

Intenté gruñirle a Blake, en plan «voy a reventarte por tocarme la polla», pero ¿a quién quería engañar? Estaba más cachondo que un quinceañero con una revista porno. Más cachondo que *yo* a los quince años con una revista porno. A ver, que me estaba haciendo una paja. Y una paja es una paja. La verdad es que no me lo cuestioné demasiado. Eso sí, podríamos haber cambiado de estación y no me habría dado cuenta. Podría haber despuntado el sol por el

oeste y no me habría dado cuenta. Joder, podría haberse salido de su órbita la puta luna llena que brillaba sobre nuestras cabezas y no me habría dado cuenta. Perdí la noción en cuanto uno de sus dedos me rozó los testículos.

—¿Dónde coño está el reloj? —preguntó tras masturbarme durante no sé cuánto tiempo.

Esbocé una sonrisa lobuna.

—Te ha costado, ¿eh? —respondí, y…

… y Blake se cabreó un montón. Eso, sumado a que ya venía caliente de casa —y no en el buen sentido—, con los ojos en llamas me estrujó los huevos, me elevó unos centímetros del suelo y me arrastró por media pista. Yo iba de puntillas sobre los patines; las luces de la pista pasaron por mi lado en manchas borrosas, hasta que mi espalda impactó con una columna. «Ay». Esa puta fuerza suya. Debía de echar bien de horas en el campo de golf.

Afianzó el agarre en mis huevos hasta que dolió. Dolió de verdad, pero no sentí que me atravesaba de punta a punta, como el daño que yo abrazaba cada día en casa de mi abuelo. Este era un dolor distinto, que quemaba por dentro pero que sabía a vida. Este era un dolor placentero. Tan placentero que empujé mis caderas hacia su mano en un movimiento inconsciente. Juro que fue inconsciente. Y enseguida me encontré al límite. Yo y mi ritmo cardiaco. Y mi respiración. Volví a gemir. Iba a correrme en su mano.

—¿Te gusta? —me preguntó Blake, con voz ronca. Estuve a punto de contestar que sí contra toda mi voluntad, pero apartó la mano justo en el instante en que iba a precipitarme por la cuesta del orgasmo, sin frenos—. Ni en tus mejores sueños, imbécil.

Tardé unos segundos en reaccionar. Y me jodió no correrme, pero no tanto como habría esperado. Incluso me hizo gracia. Tiempo de correrse hay de sobra. ¿De reír? No tanto. Y sonreí. Vaya si sonreí.

—Dijiste lo mismo sobre follar contigo y…

—No has follado conmigo —terminó por mí.

Me miró con ira y un poco de repulsión y se dio media vuelta, dispuesto a abandonarnos a mis doloridos testículos y a mí sin remordimientos. Imperdonable.

—¡Eh! —lo llamé, antes de que desapareciera del todo.

Se giró, desconfiado. Flexioné la rodilla y levanté el pie izquierdo con soltura, metí la mano por debajo del pantalón, a la altura del tobillo, y alcancé la razón de la disputa.

—Te olvidas del reloj.

Le guiñé un ojo y se lo lancé; él lo cogió al vuelo, a pesar de que no lo esperaba. Era un chico de buenos reflejos, me quedó claro. Y con un par de cojones. O tremendamente estúpido. Le podía haber partido esa cara tan bonita.

Volvió a dar media vuelta y se marchó sin mirar atrás.

Y yo reparé en que era él quien olía a naranja y jazmín, en que me había quedado sin reloj y en que la paja había sido épica, a pesar de no haberme corrido.

Sonreí de nuevo.

5

BLAKE

Dos meses después. Marzo

—¿Dónde estamos? —preguntó Leo, con el ceño fruncido, cuando fuimos conscientes de la atmósfera que nos rodeaba: edificios en mal estado, contenedores llenos de basura, desorden, iluminación escasa, ambiente hostil y una peste a orina y humedad que echaba para atrás.

Núria nos había subido en su coche, a una de sus mejores amigas, a Leo y a mí, y luego arrastrado a lo que parecía uno de los peores barrios de la ciudad. Yo apenas llevaba dos años viviendo en Barcelona, y la mayoría de los días estaba fuera por trabajo, así que ignoraba dónde nos encontrábamos, pero todo gritaba peligro.

—Tengo una sorpresa para Blake.

—No sé si me gustan las sorpresas —pensé en voz alta.

—Esta sí. Tienes mi palabra.

Dejó el coche mal aparcado, al igual que los otros cuarenta que ya estaban allí, y cruzamos la carretera esquivándolos como pudimos, en dirección a la marea de gente que, enfervorecida, se congregaba alrededor de… algo. ¿El qué? Yo no lo sabía. Pero la excitación se había adueñado de la calle y los rugidos te retumbaban en el pecho. «¡Ros!, ¡Ros!, ¡Ros!, ¡Ros!», gritaban. Billetes de

cincuenta euros volaban de mano en mano, y *7 rings*, de Ariana Grande, atronaba desde algún altavoz que fui incapaz de localizar. «*Raindrops on roses and whiskers on kittens*». Miré al cielo, oscuro y cubierto de estrellas. Joder, ¿cuál era la probabilidad?

Intentamos colarnos entre la multitud, pero era imposible dar un solo paso.

La música cesó de pronto y una aguda voz masculina se adueñó de los altavoces.

—Bienvenidos una noche más a nuestra humilde morada, damas y caballeros. El espectáculo está a punto de comenzar, así que ocupen sus asientos y prepárense para disfrutar de otra velada celestial. —Puse los ojos en blanco. No era una morada, y mucho menos celestial: estábamos en medio de una calle inmunda y los asientos brillaban por su ausencia. Apenas gozábamos de espacio para respirar—. *Hoy se enfrentarán a muerte dos de nuestros pesos pesados: Luis Rioja y Jonathan Ros*.

—¡Ros!, ¡Ros!, ¡Ros!, ¡Ros!

—¿Nos has traído a una pelea callejera ilegal? —preguntó Leo al tiempo que a mí me daba un vuelco el corazón.

Jonathan.

Giré la cabeza, busqué los ojos de Núria y obtuve la confirmación que necesitaba. Era él. Espera. ¿A muerte?

Me olvidé de mis amigos y, a empujones, me abrí paso entre la multitud. Mi metro noventa y dos de estatura y mi fuerza física me facilitaron la faena. Llegué a la segunda fila y lo vi. Estaba de espaldas a mí, pero lo reconocí. Llevaba el mismo chándal oscuro y la misma actitud de mierda que en Nochevieja. Bueno, eso explicaba los golpes que decoraban su cara aquella noche. Y con «eso» no me refiero a la actitud de mierda —que también podría haber sido—, sino a la participación en peleas callejeras ilegales.

El tal Luis Rioja era un armario empotrado, ataviado con camiseta blanca de tirantes, expresión rabiosa y sed de sangre.

Jonathan se arremangó y la pelea comenzó antes de que me diera tiempo a digerirlo. Él asestó el primer golpe. Un puñetazo que podría haberle roto la nariz a su adversario; sin embargo… No soy experto en peleas callejeras, pero ese primer golpe me pareció

descuidado, presuroso, poco calculado. Y el que recibió él a continuación… Fue como si lo deseara. Como si lo necesitara. Fruncí el ceño. Algo no encajaba.

Un par de golpes después, juro que vi volar la sangre de la nariz de Jon. La muchedumbre se volvió loca. La sangre salpicó el asfalto y el olor a hierro llegó hasta mí. No moví un solo músculo, ni en ese momento ni en los minutos que lo sucedieron, cuando la lucha se volvió rápida y mortal. Cuando los golpes de ambos se volvieron rápidos y mortales. Y luego dicen que el hockey es un deporte *rápido y mortal*…

Mi teléfono vibró en el bolsillo del vaquero, pero lo ignoré.

—¿Te gusta? —me susurró Núria al oído. Había logrado abrirse paso entre el gentío. Su mejor amiga y Leo estaban a su lado, con la boca abierta, y no despegaban los ojos del espectáculo.

—¿Cómo? —le pregunté.

—¿Cómo lo he encontrado? Tengo mis contactos. Por cierto, ¿quieres apostar? Por lo que dicen, es el meollo del asunto.

—Claro.

Le susurré mi apuesta a Núria y entonces fueron mis billetes de cincuenta euros los que volaron de una mano a otra. Yo no perdí de vista la pelea, que fue de mal en peor para nuestro *querido* Ojos Azules Que Cortan La Respiración.

No me dolieron los golpes que le dieron esa noche a Jon. Ni siquiera cuando recibió uno fortísimo en el hombro derecho y cayó de bruces, gimiendo, un sonido muy diferente al que le brotaba de la garganta cuando se corría; no obstante, sentí un latido extraño en la base del cuello, un tic molesto que deseché enseguida.

Él no era capaz ni de pestañear, mucho menos de moverse, pero algo debió de llamarle la atención, porque se dio la vuelta, hasta quedar en posición fetal, y sus ojos se cruzaron con los míos. Los suyos se abrieron de par en par. Los míos… los míos no sé lo que hicieron.

Nos mantuvimos la mirada mientras uno de los organizadores comenzaba la cuenta atrás, levantaba el brazo del cuatro por cuatro para ratificar su victoria y nuestro entorno explotaba en gritos de euforia, frustración, aplausos, empujones y abucheos. Y durante un

segundo, durante un brevísimo segundo, vi vulnerabilidad en sus ojos azules, pero fue tan fugaz que, no sé, pensé que quizá solo había sido un reflejo de otra emoción. Jon era de todo menos vulnerable. Fue lo que me pareció en un primer momento.

—Vamos a saludarlo —me propuso Núria poco después, cuando la marabunta comenzó a dispersarse.

—Paso.

—¿No quieres que le propongamos otro tr…?

—No.

—¿Te vas ya? —Leo me miró a los ojos, preocupado—. ¿Estás bien?

Me limité a entregarle el justificante de mi apuesta y le guiñé un ojo.

—Para ti.

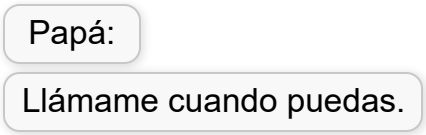
—Pues yo sí quiero —me dijo Núria—. ¿Te importa?

«¿Te importa que folle con él?», era lo que me estaba preguntando.

—Para nada. Todo tuyo. Solo procura que no te deje tan hecha polvo como está él.

Señalé a Jon, que seguía en el suelo con los ojos cerrados, intentando recuperar el aliento. Tenía los nudillos malheridos y la cara cubierta de sangre. El pelo, como si acabara de follar. Lo habían jodido de lo lindo, pero no en el buen sentido. Me despedí de Leo y me alejé sin mirar atrás. Que consiguiera levantarse no era el drama por el que yo iba a perder mi sueño.

Estaba a punto de girar en la primera esquina cuando mi teléfono vibró de nuevo, rompiendo el eco de los últimos gritos. Suspiré y lo saqué del bolsillo para distraerme en el camino de vuelta a casa. Tenía un montón de mensajes, cuatro llamadas perdidas de mi padre y dos de mi hermana mayor, Sofía. ¿Qué mierda habría pasado ahora?



Papá:

¿¿Dónde estás??

Papá:

Es urgente, Blake.

Ha pasado algo con Brandon.

Necesito tu ayuda.

¿Dónde narices te has metido?

Papá:

Llámame en cuanto leas esto.

Urgente.

La paciencia de mi padre siempre la he medido en minutos. Esa noche fueron veintitrés: los que tardó en pasar de «llámame cuando puedas» a «deja de hacer lo que estés haciendo y llámame ya».

Sofía:

Emergencia familiar.

Papá ha pillado a Gari haciéndole una mamada a Bran.

El drama…

LLÁMAME.

Sofía:

Dios, Blake. ¿Dónde estás?

Papá me está volviendo loca y ahora vivo a más de mil quinientos kilómetros. ¿Qué espera que haga desde aquí?

Abandona la orgía en la que andes metido y LLÁMAME.

Tuve que leer lo de la mamada tres veces. Garikoitz Ibarguren era el mejor amigo de mi hermano. Siempre andaban pegados el uno al otro desde que, cuando Gari tenía cuatro años, trasladaron a su padre de Bilbao a Madrid para que asumiese la dirección financiera de una de las farmacéuticas más potentes a nivel mundial. Yo ignoraba que también compartían mamadas. Qué bonito. Si eso no era hermandad, que bajara Dios y lo viera.

Fallon:

¿Qué es una mamada?

Soy Axel.

Fallon:

El niñato me ha cogido el teléfono.

Por cierto, papá no me ha dejado explicarle a Axel lo de la mamada y nos ha prohibido bajo pena de muerte hablarle sobre ello. Solo para que lo sepas.

Axel tenía diez años. «¿En serio, Fallon?».

Chloe:

No veía a papá tan nervioso desde que Axel se escondió dentro de aquella alfombra en el centro comercial. SOS.

Cannon:

Ánimo…

Brandon:

Flipo mucho con esta familia.

Joder, y yo. Decidí llamar en primer lugar a Sofía, por eso de hacer control de daños… Por primera vez en su vida, descolgó al primer tono. Sí que debía de estar desesperada.

—Ya era hora. Papá…

—Hola, Soph. Yo también te quiero.

—… ha entrado en la habitación de Brandon sin llamar a la puerta y lo ha pillado sentado en el borde de la cama, con los pantalones en los tobillos y la cabeza de Gari entre las piernas. Brandon ya se estaba corriendo y no ha podido parar. Gari estaba tan enfrascado en su tarea que ni ha reparado en su presencia. Papá ha cerrado los ojos unos segundos, para darle un poco de intimidad al niño mientras se corría, o para tomar aire, no sé, y luego ha enganchado a Gari por la sudadera y lo ha apartado del pito de Bran. Y digo «pito» porque es imposible que tenga polla a su edad. Yo ni siquiera sabía que pudieseis correros siendo tan pequeños. Luego ha cogido a Bran y…

Mi hermana no paraba de hablar, pero yo me había quedado atascado en la imagen mental de *mi hermano pequeño corriéndose delante de mi padre*. Dios, eso tiene que ocasionarle un trauma a cualquiera, y ya era lo que nos faltaba en la familia. Aún nos estábamos recuperando del hecho de que mi padre se hubiera enamorado de la madre del mejor amigo de mi hermana Cannon. Que ya no era su amigo, sino su hermanastro y enemigo mortal.

Me adentré en un callejón, apoyé la frente en la pared y cerré los ojos.

—¿En serio papá te ha contado todo eso? —interrumpí a mi hermana.

—Le podían los nervios y se ha descargado del todo. Mierda. Mala elección de palabras. Lo siento. Y no necesito esa imagen de mi hermano pequeño, ¿sabes? ¿Por qué narices no le has respondido a papá? Eras su primera opción.

—Porque tengo una vida. Y yo tampoco necesito esa imagen de mi hermano pequeño, que, por cierto, tiene quince años.

—¿Quince? ¿Ya? Entonces no es tan grave, ¿no? Los dramas que se montan en esta familia por nada, la madre…

—Ya, qué me vas a contar… ¿Y Lili?

Lili es la madre del mejor amigo de mi hermana, la mujer de la que se enamoró mi padre. Se había divorciado de su marido, casado con nuestro progenitor y mudado a vivir con nosotros a la casa de

mi infancia. Lili solía apañárselas bastante mejor que mi padre en estos *enredos familiares*.

—En Toledo. De viaje por trabajo.

Pues lo que le esperaba cuando volviera…

—OK. Continúa.

—¿Por dónde iba?

—Papá ha apartado a Gari de la entrepierna de Brandon.

—Ah, sí. Papá les ha echado la bronca del siglo. Les ha dicho que han roto su confianza bla, bla, bla, y la de los padres de Gari bla, bla, bla, y que se suponía que estaban estudiando bla, bla, bla. Brandon se ha cabreado y le ha contestado que no debería haber entrado en su cuarto sin llamar a la puerta bla, bla, bla, a lo que papá le ha repetido que *se suponía que estaban estudiando* y que a partir de ahora tiene *expresamente* prohibido cerrar la puerta de su habitación. Luego ha empezado a hablarles de sexo seguro, de enfermedades de transmisión sexual, y de amor, Blake, papá les ha hablado de amor. Sexo y amor. Les ha preguntado si estaban enamorados. Brandon ha enloquecido por completo. Los gritos se oían por toda la casa, así que Fallon, Cannon, Chloe y Axel han ido a ver qué pasaba y, claro, se han enterado de todo. Axel ha preguntado lo que era una mamada y… Dios, ¿cuántos años tiene Axel?

—Diez.

—Vale, eso me encaja. El caso es que papá ha entrado en pánico por que Brandon esté experimentando a tan temprana edad y… ¿A qué edad hacéis esas cosas los tíos?

—¿Follar? A la misma edad que las tías.

—Mentira. Mi primer beso con lengua fue a los catorce y no supe lo que era una mamada hasta los veinte.

—Eso no te lo crees ni tú. Te pillé en el portal de casa magreándote con el delegado de tu clase en primero de Bachillerato.

—¿Qué edad se tiene en primero de Bachillerato?

—Dieciséis o diecisiete. Depende del mes de nacimiento.

—Pues sí que somos precoces en esta familia. Papá debería tenerlo asumido. ¿Bran qué es? ¿El hijo número cinco?

—Sí. Pero es uno de los *buenos*.

Cannon y Brandon son los listos de la familia. Los demás sobrevivimos como podemos.

—Cierto. Después de esto, si yo fuera papá, encerraría a cal y canto a Chloe y Axel. Aunque dudo que hagan algo peor que correrse en la boca de su mejor amigo delante de su padre.

Guardamos silencio, ambos tratando de borrar esa imagen, supongo, hasta que rompimos a reír sin poder evitarlo. Retiré la frente de la pared y apoyé una de las manos.

—Brandon va a recordar su primera mamada durante el resto de su vida —dije.

—No sabemos si ha sido la primera.

—Ni queremos saberlo. Oye, ¿y Gari?

—Después de la bronca de papá se ha marchado con el rabo entre las piernas. Mierda. Otra vez, mala elección de palabras. No sabía que Gari y Bran se gustaban, sexualmente hablando.

—Yo tampoco. Aunque no tienen que gustarse, *sexualmente hablando*, para hacerse mamadas. Quizá sentían curiosidad y… yo qué sé. Siempre han hecho todo juntos.

—Ya, pero esto es llevarlo a otro nivel. En fin, resumiendo: Bran está con un mosqueo que flipas, y papá, además de tener quemadas las retinas, se culpa de que su bebé esté experimentando *esas cosas* siendo tan joven. No recuerda si le ha dado la charla sobre sexo, y ahora Bran no quiere escucharlo, así que papá necesita que alguien le asegure que su niño de… ¿has dicho quince?

—Sí.

—Pues necesita que alguien le asegure que su niño de quince años va a tener cuidado, en todos los sentidos.

—Es un chico listo. Más listo de lo normal. Lo tendrá.

—Díselo a papá cuando hables con él, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Y respecto a Bran…, alguien tiene que decirle que se lo tome con calma y que en esta vida hay tiempo para todo. A mí no me coge el teléfono. Supongo que el sexo es uno de esos temas que tenéis que hablar entre vosotros, no sé.

—Hablaré con él.

—Genial. Oye, tengo que dejarte. Mañana te llamo y nos ponemos al día, ¿vale?

—Vale.

—¿Tú estás bien?

—Sí. ¿Tú?

El equipo londinense de la LEH la había fichado y mi hermana se había trasladado a Inglaterra hacía apenas dos meses, sola. Llevaba toda la vida rodeada de siete hermanos, y aunque vayamos de emancipados, somos bastante dependientes los unos de los otros.

—Todo en orden. Estabas en una orgía, ¿verdad?

Reí.

—Nada más lejos de la realidad.

—Ya. No me lo creo. El otro día me saltó en no sé dónde la noticia de que eres el tío más deseado del momento.

—En todos los momentos soy el tío más deseado del momento —bromeé.

Sofía rio.

—Chao, hermano pequeño.

—Chao, hermana mayor.

Colgamos. Me quedé en la misma posición. Necesitaba procesar la conversación con Sofía y prepararme mentalmente para llamar a mi padre y a Bran. Suspiré y…

—¿Te ibas sin despedirte?

6

JONATHAN

Blake se giró y torció el gesto. No sé si por verme con la cara destrozada o por verme, sin más. Lo repasé de arriba abajo. Vestía unos vaqueros y una sudadera azul marino con capucha blanca, muy corriente, pero, igual que una puta flor de verano enterrada en una tierra sombría y desprovista de la calidez del sol, desentonaba con cada elemento que lo rodeaba. Incluido yo.

Elevé los ojos al cielo y maldije en mi interior. Me dolía mover los ojos. Me dolía hasta respirar, joder. Y el hombro derecho me estaba matando. El imbécil de turno me había hecho daño de verdad. Necesitaba irme a casa, vendarlo y dormir durante un día entero, pero ahí estaba, sin saber muy bien por qué, cuidando del idiota de Blake, que no tenía ni idea de lo cerca que había estado de verle las orejas al lobo.

—¿Me has seguido? —me preguntó, de malas maneras.

—¿Yo a ti? —respondí, perplejo—. ¿No será al revés?

—Ya te gustaría —murmuró.

—Estás en mi territorio. ¿Has llegado hasta aquí por casualidad?

—Puede.

—No sabía que apostar en peleas callejeras fuera lo tuyo.

—Porque no sabes nada de mí.

—Sé que tienes los pelos de los huevos más oscuros que los de tu linda cabecita rubia. —Estiré mi pobre mano magullada para revolverle los de dicha cabecita, pero se apartó en cuanto rocé las primeras hebras—. Sé la cara que pones cuando te corres mientras gritas mi nombre y…

—No me corrí gritando tu nombre, imbécil.

—… sé que hoy has palmado pasta.

Arrugó la frente.

—¿No has apostado? —le pregunté.

—Claro que he apostado.

—Entonces me temo que sí has palmado past… —Enmudecí en cuanto reparé en las implicaciones de sus palabras—. ¿Has apostado contra mí? —Flipé en colores. ¿En serio? Que el pijo y yo compartíamos un pasado.

—Sí. Y he ganado —respondió, con una sonrisa de oreja a oreja.

¿Se estaba pavoneando? Inspiré hondo.

—No declares las ganancias —le dije, indiferente, encubriendo la mala hostia que se fraguaba en mi interior—. Son ilegales, y podría caerte una buena multa.

—¿Te preocupan mis finanzas?

—Me roban el sueño cada noche.

—Ya. Dime una cosa: ¿por qué has dejado que ese tío te diera una paliza? —Su dedo índice apuntó hacia mi cara, señalando con despreocupación el cuadro renacentista de cortes y moretones que debía de ser.

—No he dejado que me diera una paliza —mentí—. Me ha dado una, y ya.

Me miró durante unos segundos, sin emitir palabra, y me sentí más desnudo que cuando follamos con Núria codo a codo. Basculé el peso de un pie a otro, incómodo. Blake tenía razón. Esa noche yo me había dejado ganar. Necesitaba sentirme menos en deuda con la vida. Los gravámenes no se pagan solo con dinero. Hay monedas de cambio mucho más valiosas, como la sangre o el dolor. Equilibran la balanza entre lo bueno y lo malo. Aunque no hicieron que esa noche la sintiera más inclinada a mi favor. Ni de lejos. Así que, mirándolo

en retrospectiva, supongo que solo fui un gilipollas que dejó que lo machacaran por nada.

—¿Quieres que te cuente algo gracioso? —dijo él por fin. Se acercó a mí e invadió mi espacio personal, una vez más. No respondí. No moví un solo músculo—. Le he dado la pasta a Leo. ¿Sabes quién es Leo? ¿No? —preguntó al ver que yo fruncía el ceño —. ¿Te refresco la memoria? Le robaste cincuenta pavos en Nochevieja. Hoy lo has hecho más rico. ¿No es poético?

—Poético de cojones —respondí entre dientes. No sé si fue en ese momento cuando comenzó mi animadversión hacia Fantoccini. Quizá fue más tarde. O tal vez había sido antes, en Nochevieja, cuando lo vi tocar al niño más bonito del lugar como si fuera suyo, pese a que *claramente* no lo era.

—Buenas noches, Jonathan.

Se alejo de mí e intentó pasar por mi flanco derecho, pero reaccioné en el último segundo, cuando me envolvió ese aroma a naranja y jazmín. Puse los brazos en jarras y se lo impedí, obstruyéndole el paso con mi propio cuerpo.

—¿Por qué estás tan enfadado conmigo? —le pregunté, con verdadera curiosidad, mirándolo a esos ojos tan excepcionales que hacían de menos el azul corriente de los míos.

—¿Porque me robaste el reloj?

—Seguro que tienes más.

—No se trata de eso.

—¿Y de qué se trata?

—De que me lo robaste mientras me metías la lengua hasta la campanilla.

—Ah, vale. Herí tu orgullo.

—Me tomaste por imbécil.

—No te tomé por imbécil. Solo por alguien al que le sobra el dinero.

—¿Y eso te da derecho a quitármelo?

—Redistribución de la renta, lo llaman.

—Redistribución de mi polla.

Casi me reí, lo admito. Blake tiene su aquel, de vez en cuando. Muy de vez en cuando.

—Qué boca más sucia, Blake. ¿No te da vergüenza?

—Mira, no voy a abrirme en canal contigo y a contarte mi vida —continuó, ignorando mi comentario—, pero ¿adivina? Los *pijos* también tenemos sentimientos. Lloramos, sufrimos, fracasamos y nos asustamos. También somos personas. Dale una pensada.

Recuerdo preguntarme qué coño podría saber Blake acerca del sufrimiento. Ahora ya no me lo pregunto.

—Vale, lo pillo —acepté, y alcé las manos—. Has tenido un mal día y lo estás pagando conmigo.

Blake bufó de incredulidad.

—No he tenido un mal día. ¿Acaso has oído algo de lo que te he dicho?

—Te oí discutir por teléfono. Algo sobre una mamada y un tal Brandon… ¿Quién es Brandon y quién le ha hecho una mamada?

—¿Me estabas escuchando a escondidas?

—Hablabas en voz alta y justo pasaba por aquí.

—Qué casualidad. ¿Tú solo?

Miré a mi alrededor y extendí los brazos. Mala idea. Un ramalazo de dolor me atravesó de lado a lado. Ya he comentado que me dolía hasta respirar, aunque lo disimulaba bien. La experiencia es un grado.

—Eso parece.

—¿Y Núria?

Fruncí el ceño de nuevo.

—¿Quién?

—Morena. Alta. Ojos verdes. Follaste con ella sobre una mesa hace un par de meses. Me ha arrastrado hasta aquí con la intención de acostarse contigo una vez más.

—Tu novia —afirmé. Ahora lo entendía todo—. Ha sido ella la que me ha buscado y encontrado. Cuántas molestias para un polvo, ¿no? Supongo que soy así de irresistible. Le he dicho que no. Está como un tren, pero no tanto como para repetir.

—Tú te lo pierdes.

—¿Yo me lo pierdo? ¿Acostarme con tu novia? Sí que tenéis una relación abierta, ¿eh?

Blake puso los ojos en blanco.

—Abierta de cojones —me parafraseó—. Adiós, Jonathan.

Pasó por mi lado una vez más y no quise impedírselo, pero noté un pinchazo en el pecho. Un puto pinchazo en el pecho. Me sentía en deuda con él por lo del reloj, ¿vale? Joder, qué gilipollas era. Me acordé de todos mis antepasados. Luego lo detuve.

—Espera.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó, hastiado de compartir aire conmigo.

—Si vuelves a aparecer por aquí, no esperes que te proteja de nuevo.

—¿Perdona?

—¿Te has visto la pinta? —Lo señalé de la cabeza a los pies—. Te estaban esperando a la salida del callejón.

—¿Quiénes?

—Los que viven en este lado de la ciudad. Y no iban a conformarse con el reloj.

Blake me miró con sorpresa, pero con menos miedo del que debería haber tenido. No supe si era por ignorancia o por exceso de confianza en sí mismo. Quizá un poco de ambas.

—¿Por eso me has seguido? —me preguntó.

—Sí, Blake. Por eso te he seguido —confesé, un poco exasperado. Ni siquiera sabía por qué lo había protegido. En cuanto vi a cuatro de los míos acechándolo, los cogí por la pechera y los obligué a que se largaran con viento fresco—. De nada, por cierto.

Suspiró frustrado e incluso dio otro par de pasos, en un nuevo intento de abandonar el callejón, pero retrocedió.

—¿Qué quieres de mí? —Levantó los brazos en señal de rendición —. ¿Qué coño quieres de mí?

—Unas palabras de agradecimiento no estarían de más. Y podrías dejar de mirarme con esa condescendencia de mierda. Por muy puto delincuente que creas que soy…

—¡¿Que creo que eres?! —repitió, con voz aguda—. Me robaste el reloj…

—… te he salvado la vida, gilipollas.

—… mientras me metías la lengua hasta la garganta.

Y entonces me vine arriba.

—Y ya que estamos, hacerme una reverencia, besar el puto suelo que piso y jurarme obediencia y amor eterno.

—Claro. ¿Y una mamada no quieres? —preguntó, con ironía.

—Pues no me vendría mal —bromeé, y me señalé la cara, que aún palpitaba como un pulmón en busca de aire. No me había mirado en un espejo, pero intuía moretones, un ojo hinchado y una ceja y el labio partidos. Y eso solo en el rostro—. He tenido una noche de mierda.

—Oh, joder —Blake miró hacia el cielo—, esto tiene que ser una broma.

—*Quid pro quo*. Yo me tragué tu semen. Qué menos, ¿no?

—Fue una gota.

—¿Qué quieres que te diga? Aún me repite.

—Me dijiste que ya lo habías meado.

—Te mentí.

—¿Me mentiste? —Se llevó la mano al corazón, muy teatrero—. Apenas estamos empezando, Jonathan. ¡¿Cómo te atreves?! Me partes el alma.

Crucé los brazos en el pecho, divertido sin entender muy bien por qué. La sonrisa que esbocé me dolió en las mejillas, maltrechas. Blake, contra todo pronóstico, mejoraba mi humor. Eso, o la perspectiva de una mamada me había devuelto el buen humor de golpe. Llevaba un día de mierda y necesitaba…, no sé, sentir. Lo que fuera. Y que te chupen la polla te hace sentir. Siempre mejora el día. Y si tengo que ser del todo sincero…, me encantaba sacar a Blake de sus casillas.

—Me lo debes —insistí.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Verás…, hay un ligero problema, y es que no eres mi tipo. No puedo hacerte una mamada si no eres mi tipo. Nos encontramos en un callejón sin salida, me temo.

Sí que nos encontrábamos en un callejón sin salida, sí.

—Cierra los ojos.

—Sigues sin ser mi tipo.

Sonreí.

—Oh, vamos. Soy el tipo de cualquiera.

—Y un poco creído.

—Realista.

Suspiró.

—Muy bien.

—Muy bien.

Espera, ¿qué?

Con aire decidido, mientras yo lo miraba boquiabierto, se acercó a la pared del fondo y se dejó caer al suelo, justo al lado de unos contenedores de basura, con el culo bien plantado en el asfalto y las piernas, enfundadas en esos vaqueros que tan de puta madre le quedaban, abiertas y extendidas. Fue sexi (me niego a reconocer que fue la imagen más erótica que había visto en mi vida, y que superaba con creces a la de su novia desnuda y abierta de piernas encima de una mesa), y comencé a empalmarme.

—¿Qué haces? —le pregunté mientras me acercaba, todavía flipando.

—No pienso arrodillarme ante ti, y soy lo bastante alto como para que tu bragueta me quede a la altura de la boca si me siento. Vamos —me llamó con el dedo índice—, bájate los pantalones.

¿En qué momento había creído que podía darme órdenes? Bufé…

—Qué romántico.

—No tengo toda la noche.

… y estuve a punto de mandarlo a la mierda. En serio. A punto. Pero me acerqué porque algo en él me atraía sin remedio. Era como un agujero negro. Además de jodidamente sexi que un niño de papá quisiera chuparme la polla.

Me situé de pie frente a él y, en efecto, mi bragueta quedó a la altura de su boca. Tenía buen ojo.

—Vamos, no tengas miedo —me dijo, otra vez con esa condescendencia suya que me ponía de los nervios—. Ya te la he visto y no tienes nada de lo que avergonzarte. El tamaño está sobrevalorado.

—Que te jodan.

—Eso intento, pero te me estás resistiendo.

Me entraron ganas de meterle la polla en la boca y que se atragantara, y claro, como de *eso se trataba*, sin pensármelo llevé ambas manos a la cinturilla de mi pantalón de chándal y lo deslicé hacia abajo junto con la ropa interior. Sus ojos siguieron el movimiento, y tragó saliva de sopetón cuando mi erección quedó a milímetros de su boca. Se me puso dura del todo en tiempo récord. Y el vello, de punta. El poder de las mamadas cuando uno tiene diecisiete años… es la hostia.

Me subió la camiseta, aproximó la boca a mi cuerpo y, con la nariz casi rozando mi ombligo, se llenó los pulmones de aire. Por poco no me corro del gusto. Con Blake, el sexo era puro erotismo: se lo tomaba con una calma envidiable, ya fuera en un hotel de lujo o en un callejón de mierda en el peor barrio de la ciudad. Cerré los ojos, preparado para la mamada de mi vida, pero los abrí en cuanto posó los labios en mi cadera.

—Eso no es mi polla —le advertí, con una sonrisa.

—Estoy tanteando el terreno. Y cállate. ¿Crees que podrás? Tu voz…, joder, es muy cansina.

Hice el gesto de cerrarme la boca con una cremallera imaginaria y él elevó los ojos al cielo. No podía ni verme. Era excitante. «No podía ni verte, pero ahí estaba, a punto de chuparte la polla». Cierto. Pero ya he dicho que yo debía de tener una cara bonita.

Llevó las manos a mi cintura y me acarició con suavidad, deteniéndose más de lo necesario en los cardenales que me había dejado el tío con el que acababa de pelear. Blake tenía las manos cálidas. Más cálidas de lo esperado, dado que era marzo, medianoche y llevaba una sudadera como único abrigo.

Deslizó los labios por mi piel, impregnándome de besos delicados y saliva. Su lengua me quemaba y excitaba a partes iguales. Hice un gesto de dolor cuando me chupó una zona demasiado magullada. Lo noté suspirar.

—Ponte luego un poco de hielo —me dijo, y se apartó.

Arqueé una ceja.

—¿Estás preocupado por mí?

—No —respondió, con naturalidad, y puso sus manos en mi culo, desnudo—. Voy, ¿vale?

Intenté reír, pero lo cierto es que me vibró todo el cuerpo.

—Dale —susurré.

Sacó la lengua y la arrastró alrededor del *piercing*. Lo acarició despacio, provocando que se desplazara, y, joder, el placer chisporroteó a través de mí. Se me calentaron hasta las orejas.

Después abrió la boca y yo permanecí muy quieto, presa de la anticipación, con el pulso acelerado. Cerró los ojos al tiempo que sus labios se cerraban sobre mi polla; comenzó a succionar de manera rítmica alrededor de mi punta. Empezó suave, pero enseguida adoptó un ritmo frenético. Dejé de respirar y recé para que no me flaquearan las piernas. A ver, que yo tenía diecisiete años y no me estaba sujetando a nada.

Estiré la mano para hundir los dedos en su pelo perfecto y ya de paso, despeinárselo, pero me topé con sus hoyuelos. Enmarcaban mi polla y fue… fue un puto placer verlos, la verdad. Incluso el dolor se desvaneció. Me entraron ganas de meter los dedos dentro, pero hubiera sido raro, y además, estaba demasiado ocupado con su pelo, que resbalaba terso en las yemas de mis dedos. Se lo revolví sin descanso, para un lado y para otro. No entendía qué tenía de especial para que me gustara tanto. En serio, no lo entendía. Resultaba exasperante. Entre mis dedos en su pelo y su boca en mi polla…, no pude reprimir los gemidos, así que grité con fuerza. Me importaba una mierda que Blake se vanagloriara del buen trabajo que estaba llevando a cabo.

De puro milagro, caí en la cuenta de que estábamos en medio de la calle. Los contenedores de basura nos mantenían ocultos, pero si alguien se adentraba en el callejón, nos vería de pleno. Aunque poco nos importaba. Ambos estábamos atrapados en una burbuja de lujuria imposible de estallar. Además, cuanto más ruido hacía yo, más espoleaba a Blake, que bombeaba en mi punta henchida como si no hubiera un mañana.

Me pregunté si yo era su primer chico. O el quinto. ¿Blake era bisexual? ¿Era *yo* bisexual? ¿Empezaría ahora a fijarme en los tíos? ¿Blake había abierto la veda? ¿Era esa su primera mamada? Me costaba creerlo. Aunque es cierto que la técnica brillaba por su ausencia. Pero daba igual. Nunca me había sentido tan bien. Nunca

había estado tan excitado. Y él, tampoco. Puede que en ese momento yo no entendiera una mierda acerca de los tíos, pero reconocía el deseo cuando lo tenía delante. Se veía y *oía* a leguas, en los gemidos estrangulados que salían de su garganta mientras mi polla desaparecía centímetro a centímetro en su boca, caliente y húmeda. Y el *piercing* lo volvía loco. Se atragantó y me llenó de saliva. Yo jadeé. «Sexi».

—Relaja la mandíbula —dije. Abrió los ojos, me miró indignado y dejó de chupármela—. Eh, solo es un consejo.

—Métetelo por el culo.

—Métetelo tú, y así le hace compañía al palo que ya tienes dentro.

Estábamos discutiendo, pero ni yo dejé de mecerle el pelo ni él de sobarme el trasero.

—Mi palo y yo estamos a punto de levantarnos y largarnos.

—¿Otra vez vas a dejarme a medias?

—Hazme una reverencia, besa el puto suelo que yo piso, júrame obediencia y amor eterno, y quizá me lo piense.

Se me escapó una carcajada. Joder. Puto Blake.

—Tú ganas. Haré lo que quieras, pero termina lo que has empezado.

—Eso está mejor.

Se metió de nuevo mi polla en la boca. Afiancé las manos en su pelo, cerré los puños en torno a varios mechones y comencé a mover las caderas. Dentro y fuera. Dentro y fuera. Para cuando quise darme cuenta, le estaba follando la cara, hundiéndome sin cesar en el calor húmedo de su boca. «Oh, Dios». Me temblaron los muslos. Y el pecho. El corazón. Me temblaron hasta las orejas. ¿Qué me pasaba esa noche con las orejas? Miré las de Blake. Eran bonitas. «Mierda». Entonces la saliva comenzó a desbordársele por la boca. Estaba en todas partes. En su barbilla. En mi polla. Fue brutal. Yo nunca había pensado que la saliva de otro tío pudiera ser brutal. O la saliva, a secas.

Blake resopló por la nariz mientras me chupaba más y más fuerte. Dios, qué cerca estaba y qué pocas ganas tenía de correrme.

Quería que durara para siempre, y sin embargo, todo estaba pasando demasiado rápido.

Entonces dejó de magrearme el culo y llevó las manos a su regazo. Se soltó el botón del vaquero, se bajó la cremallera del pantalón, se sacó la polla —superempalmado— y exhaló el gemido más sensual del mundo. Comenzó a masturbarse. Su puño volaba arriba y abajo, a lo largo de su longitud, y a mí el placer me recorrió la espalda, me inundó el pecho y me estrujó el corazón. Se me tensaron las pelotas a medida que el cuerpo comenzaba a hormiguearme. El calor se propagó por todas partes y se apoderó de mí. Me acercaba al orgasmo sin remedio. En realidad, me acercaba a él desde el mismo instante en que Blake había puesto sus manos en mis caderas. Mi fuerza de voluntad era sobrehumana.

—Joder. —Incliné la cabeza hacia atrás mientras seguía empujando dentro y fuera de la boca más talentosa del puto universo—. Me voy a correr —le advertí, y di un leve tirón a mis caderas, para apartarme, pero él no me lo permitió.

Intenté aguantar un poco más, pero el orgasmo me atravesó como una brisa fresca en mitad del verano. Me corrí dentro de su boca, gimiendo como un desquiciado. Y él se corrió en su mano unos segundos más tarde, gimiendo como otro desquiciado.

Su semen me salpicó los pantalones. Él escupió el mío, que cayó al suelo, junto a nuestros pies. Se limpió la boca y me fijé en sus labios, inflamados. Estaba guapo. Blake era guapo, de un modo objetivo. Y yo estaba totalmente relajado. No me dolía nada; me encontraba en la gloria. Benditos orgasmos.

Lo miré anonadado, sin saber qué decir y con la respiración acelerada. Blake me cogió del cuello de la camiseta, me obligó a agacharme y tuve que apoyar una mano en la pared, por encima de su cabeza, para sostenerme. Arqueé una ceja, inquisitivo, un segundo antes de que su otra mano me agarrara del pelo y Blake estampara su boca contra la mía. Separé los labios y me metió la lengua. Y juro que incluso mi pobre polla, consumida, se retorció mientras el sabor de mi propio semen saturaba mis sentidos. Gemí. O gimió Blake. No sé. Se me revolvió el cuerpo por dentro, como si se hubiera desatado una tormenta eléctrica, y me pregunté si él

sentiría lo mismo. Entonces rompió el beso, con la misma agresividad con la que lo había iniciado. Tenía las mejillas sonrojadas, los —hábiles— labios mucho más magullados que antes y la respiración agitada. Yo busqué mi reloj con los ojos, por si acaso me lo había birlado. No le hizo gracia. No sonrió. Solo se levantó con energía.

—Me he tragado una gota. Ahora ya estamos en paz. Odiaba sentirme en deuda —me dijo. Se guardó la polla, se subió la cremallera y se abrochó el botón. Se sacudió la parte trasera de los pantalones y se encaminó hacia la entrada del callejón, sin mirar atrás—. Adiós, Jonathan.

—Adiós —respondí, en modo automático, aún con la polla fuera.

No me dio tiempo a reaccionar. Y seamos francos…, ¿qué más íbamos a decirnos? ¿Qué iba a decirle yo? ¿Que me había hecho la mejor mamada de mi vida? ¿Que me había hecho darme cuenta de que quizá me gustaban los tíos? ¿O los Blake? Ni de coña. Me seguía pareciendo un gilipollas. Y más gilipollas me pareció al día siguiente, cuando descubrí que el chupetón que me había hecho en la tripa me aliviaba el dolor.

BLAKE

Dejé el callejón atrás, muy atrás, y todavía me temblaban las piernas. No soy impulsivo. Nunca lo he sido. Lo que me llevó a hacerle la mamada a Jon esa noche no lo sabía ni yo. Necesitaba contárselo a alguien. Joder, necesitaba contárselo a Leo.

Blake:

Le he hecho una mamada a un tío.

Sofía:

Guau.

Espera. Pero ¿qué…? ¡¿Por qué respondía mi hermana al mensaje que le había mandado a Leo?! Espera. ¡¿El mensaje que le había escrito a Leo se lo había mandado a mi hermana?! ¿Cómo coño pude confundir «Fantoni» con «Sofía»? NO SE PARECÍAN EN NADA. ¿El semen del delincuente me había vuelto gilipollas, o qué? Intenté borrarlo, pero…

Eliminaste este mensaje

Sofía:

Tardeee.

Blake:

El mensaje no era para ti.

Sofía:

Y déjame decirte que te tomas demasiado en serio tu papel de hermano mayor.

No era necesario que experimentaras para hablar de ello con Bran.

Blake:

Vaya por Dios.

¿Y ahora me lo dices?

Sofía:

¿Leo?

Blake:

Sí. El mensaje era para Leo.

Sofía:

Me refería a la mamada.

Blake:

No. No lo conoces.

Sofía:

Pero me gustaría.

Te ha puesto de rodillas.

Blake:

No me ha puesto de rodillas.

Blake añadió a Fantoni

Sofía:

Ahórrate los detalles.

¿Por qué añades a Fantoni a la conversación?

Blake:

Mierda.

Solo quería hablar con él en nuestro chat. En privado.

Pero ¿qué me pasa hoy?

Sofía:

El poder de las pollas.

Bienvenido.

¿Lo sabe papá?

Blake:

No, joder.

Sofía:

No se lo digas.

Está sobrepasado de mamadas.

Blake:

Justo iba a llamarlo.

No sé qué haría sin tus consejos.

Sofía:

De nada.

Ya sabía yo que andabas en una orgía.

Blake:

No andaba en una orgía.

Sofía:

¿Era guapo?

Blake:

¿Quién?

Sofía:

Joder, sí que estamos obtusos. El afortunado chico al que le has chupado la polla, Blake.

Blake:

No estaba mal.

Sofía:

¿Del uno al diez?

Blake:

Un veinte.

Sofía:

GUAU.

¿Y cómo te encuentras?

Blake:

¿En qué sentido?

Sofía:

En el de que te has enrollado con un tío.

Por primera vez, que yo sepa.

Blake:

Me he corrido mientras se la chupaba.

Sofía:

Bravo.

Fantoni:

¿Es el día de los Inocentes y no me he enterado?

Sofía:

El otro…

Estamos en marzo.

No sé en Italia, pero en España lo celebramos en diciembre.

Fantoni:

Nací y me crie en España.

Sofía:

¿Quieres mi enhorabuena?

Fantoni:

Y una mamada.

Sofía:

Esa pídesela a tu amigo…

Blake:

Joder, no sé para qué os cuento nada.

Fantoni:

Tío, ahora en serio. ¿Es una broma?

Blake:

No.

Fantoni:

He estado contigo todo el día y parte de la noche.

¿Cuándo? ¿Cómo? ¿A quién?

Blake:

Cuando ha terminado la pelea.

Sentado en el suelo, al lado de un contenedor de basura.

A Jonathan.

Sofía:

¡Te he dicho que no quería detalles, Blake!

se atraganta con su propia saliva al leer «pelea», «contenedor de basura» y «Jonathan»

¡¿Es el día de los Inocentes y no me he enterado?!

Fantoni:

No entiendo a las tías.

¿Y quién coño es Jonathan?

Espera.

¿El guaperas de ojos azules?

Blake:

El mismo.

Fantoni:

¿Por eso te has largado tan pronto?

Blake:

No exactamente.

Sofía:

Me estáis creando unas expectativas de la pera con el chaval.

Fantoni:

No es para tanto.

Sofía:

Lo has llamado «guaperas» hace un par de mensajes.

Fantoni:

Era una forma de hablar.

Es más guapo que un tío del montón.

Pero insisto en que no es para tanto.

Blake:

Sí es para tanto.

Mierda.

Quería decir que no es para tanto.

Pero ¿qué me pasa?

Sofía:

¿El Jonathan te ha dado un pollazo en la cabeza, además de metértela en la boca?

Fantoni:

¿Por qué has metido a tu hermana en la conversación?

Blake:

Ha sido sin querer.

Sofía:

Pero ya que estoy aquí…

Ahora hablando en serio: ¿estás bien, Blake?

Blake:

La verdad es que sí.

Sofía:

Bien.

Te quiero.

Estoy aquí para lo que necesites.

Por cierto, ¿lo conocías de algo?

Al chico, me refiero.

Blake:

Hace un par de meses me metió la lengua en la boca.

Sofía:

Y tú le chupas la polla en contraprestación.

Sí que debió de dársele bien…

Blake:

Oh, cállate.

Sofía:

Ja, ja, ja.

Buenas noches.

Blake:

Buenas noches.

Sofía:

Vaya día más raro, ¿no?

Será «el día de las mamadas» para la posteridad.

Fantoni:

¿Cuándo te metió Ojos Azules la lengua en la boca?

Blake:

Te llamo en diez minutos y te lo cuento todo.

Fantoni:

Ven a mi casa.

Voy sacando unas cervezas.

Blake:

Del frigorífico subcero, por favor.

Fantoni:

Por supuesto.

Sofía:

Joder, qué profesionales.

Fantoni:



7

BLAKE

No me cuestioné los motivos por los que tres días después pedí ayuda en favor de Jon. Solo lo hice. Llamé por teléfono a Julián Alcalá. Él y yo no éramos amigos, ni siquiera nos caíamos bien, pero nos conocíamos de toda la vida. Incluso habíamos sido compañeros de equipo durante varios años.

—¿Sí? —Él respondió al segundo tono, en su tono aséptico de siempre.

Cogí aire.

—Soy Blake.

—¿Donnelly?

—¿Conoces a alguno más?

Suspiró.

—¿Qué quieres? —me preguntó, seco.

Julián siempre había sido parco en palabras, como si un ente superior le cobrara por pronunciarlas, o como si el resto de los mortales no fuéramos merecedores de su atención; sin embargo, tras el fallecimiento por sobredosis de su mejor amigo sus pocas ganas de entablar conversación se habían reducido al mínimo. También dejó de jugar al hockey, y no hubo fuerza de la naturaleza ni ser humano que lo hiciera entrar en razón. Y eso que muchos lo intentaron. Una pena, porque habría hecho historia, *estaría* haciendo

historia. Julián era, con tan solo diecisiete años, el mejor jugador de nuestro país, pero prefirió darle la espalda al hielo, como si este tuviera la culpa de lo que le había pasado a Tobías. O como si la tuviera él. Ahora reclutaba a críos problemáticos para el Centro de Alto Rendimiento de una prima lejana de su padre.

—Tú siempre tan encantador. Cualquier día de estos te conceden un premio por tu simpatía.

—Me lo han hecho llegar esta mañana al despacho. Es dorado. Y muy brillante.

—Pues qué básico. Te mereces algo mejor.

—¿Qué quieres, Blake? —insistió, hastiado de hablar conmigo. Apenas había transcurrido un minuto. Récord.

Cogí más aire.

—¿Sigues buscando chicos con problemas para tu equipo?

—Sí. ¿Por qué?

—He conocido a uno que podría interesarte.

—¿Tú, el niño dorado de nuestro sistema solar, has conocido a un chico que quizá pueda interesarme? ¿En qué contexto, Donnelly? No eres de los que se meten en el fango.

Qué mierda sabría él.

—A veces piso charcos. Ya sabes, para sentirme humano. ¿Y tú? ¿Te importan esos chavales o solo buscas limpiar tu conciencia?

Fue un ataque despiadado, lo reconozco, y me arrepentí un segundo después.

—Tienes un elevado concepto de mí, chico de los charcos. ¿En qué contexto, Donnelly? —insistió.

Suspiré.

—El azar, supongo.

—Ya. ¿Nombre?

—Jonathan.

—¿Apellidos?

—¿Ros? Aunque puede que sea un apodo.

—¿Dirección?

—Ni idea.

—¿Teléfono?

—A saber. Robado, eso seguro.

—¿Dirección de correo electrónico?

—No tiene pinta de tener correo electrónico.

Entonces fue Julián el que suspiró.

—¿Conoces algo de él, Blake?

—El tamaño de su polla y el sabor de su semen.

Mierda. Cerré los ojos y negué con la cabeza. Debía aprender a mantener la boca cerrada, *en todos los sentidos*, pero a lo hecho, pecho.

—Gracias por la información, pero dudo que vaya a localizarlo con esos datos. ¿Puedo decirte una cosa en confianza?

—No.

—No tengo ni idea de lo que tienes con ese chico, pero…

—No tengo nada con él —lo interrumpí—. Él te necesita. Te necesita de verdad. No tengo su dirección, pero sé de un par de sitios donde puedes ubicarlo. Búscalo, obsérvalo y sácalo de ese pozo autodestructivo si puedes, ¿vale? Está pidiendo ayuda a gritos y ni siquiera se ha dado cuenta.

Julián se mantuvo en silencio. Un latido. Dos. Tres. Cuatro.

—OK —aceptó al quinto.

—Gracias.

—De nada.

Se hizo un silencio incómodo.

—Supongo que te debo una.

—No me debes nada. Es mi trabajo.

—Ya. Escucha, él… no te lo pondrá fácil.

—Tengo a Elliot Schmidheiny comiendo de mi mano —bromeó.

Solté una carcajada sin poder evitarlo. Elliot Schmidheiny, el ex mejor amigo de mi hermana Cannon, e hijo de Lili, la mujer de mi padre, siempre había sido un grano en el culo, pero desde el divorcio de sus padres a causa de la infidelidad de su madre estaba más insoportable que nunca. Él era uno de los chicos problemáticos a los que Julián entrenaba. Yo no entendía el motivo. Era uno de los mejores jugadores de la liga juvenil, e hijo de un acaudalado diplomático sueco. ¿Qué problemas podía tener para que Julián lo hubiera reclutado en su equipo? Que no se hablara con su madre no

me parecía motivo suficiente. De hecho, era una actitud bastante infantil.

—Eso me gustaría verlo —le dije.

Además de niñato, Elliot era tremendamente indisciplinado. Hacía lo que le daba la gana, cuando le daba la gana y con quien le daba la gana. Y que se jodiera el mundo.

—Blake —repuso Julián, serio, segundos después—. Si ese chico tuyo tiene problemas de verdad…

—No es mi chico —lo interrumpí de nuevo—. Solo es un chico más. Y Elliot no tiene problemas de verdad y, sin embargo, ahí está, bajo tu ala.

—No tienes ni idea de lo que hablas.

Bufé. Julián siempre daba la cara por él.

Elliot no era santo de mi devoción. Por su culpa, Cannon había dejado de jugar al hockey y Lili lloraba cada noche. En cambio, sí lo era de la de Julián. Siempre lo había sido. Su predilecto, si es que Alcalá tenía uno. A menudo también me preguntaba qué los unía. No tenían nada que ver el uno con el otro.

—Y tú sí, ¿no?

Suspiró otra vez.

—Haré cuanto esté en mi mano con Jonathan.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Bien. No le hables de mí, ¿vale? No pronuncies mi nombre ni de pasada.

—De acuerdo.

—Vale.

—¿Blake? —me llamó antes de colgar.

—¿Qué?

—¿Sigues acostándote con él?

—No. Fue solo…

—¿Una noche?

—Tres.

—Esas son muchas noches. Te mantendré informado.

—No es necesario.

Colgué con un suspiro. Entonces sonó mi teléfono de nuevo. Miré la pantalla. Pero ¿qué…?

Abuela (mamá Lili) creó el muro «La familia unida jamás será vencida»
Abuela (mamá Lili) añadió a Lili
Abuela (mamá Lili) añadió a Oskar Donnelly
Abuela (mamá Lili) añadió a Elliot
Abuela (mamá Lili) añadió a Benji
Abuela (mamá Lili) añadió a Sofía
Abuela (mamá Lili) te añadió
Abuela (mamá Lili) añadió a Fallon
Abuela (mamá Lili) añadió a Cannon
Abuela (mamá Lili) añadió a Brandon

Abuela (mamá Lili): Portaos bien.
Abuela (mamá Lili): Os veo a todos en Navidad.
Abuela (mamá Lili): Y que no me entere yo de que alguno sale de aquí.

Abuela (mamá Lili) abandonó el muro

Blake: 😳
Sofía: 🙄
Axel: 🤔
Brandon: ¿WTF?
Chloe: 🤷‍♀️
Fallon: Con un par de 🥚, la señora.
Oskar Donnelly: Ni una palabrota o comentario fuera de lugar en este muro. Os lo advierto.
Fallon: ¿De la mamada de Bran podemos hablar?
Brandon: ¡No! Papááá…
Oskar Donnelly: ¡Fallon!
Fallon: Vale, vale.
Fallon: Dios, qué sensibilidad. ¿Y este quiere ser médico?



Dos semanas después

—¿Sí?

—¡Voy a acabar contigo!

Fruncí el ceño y, con el teléfono en la oreja, me retiré a uno de los rincones del vestuario.

—¿Julián?

—Tiene diecisiete años. ¡Tu Jonathan tiene diecisiete años!

—No es mi Jonatha…

—¿Has oído lo que te he dicho? ¡Diecisiete años! Tú tienes veinte. ¿En qué pollas estabas pensando? —Apoyé la frente en la pared y cerré los ojos. Joder, si es que lo sabía. Me acordé del camarero y del dichoso cartelito que, quedaba claro, se pasaba por el forro. «No servimos alcohol a menores de edad»; mis cojones. Me cagué en el Richi, en el Jonathan y en la madre que los parió a los dos—. Has mantenido relaciones sexuales con un menor de edad, Blake. Con un puto menor de edad.

—Él y yo no hemos mantenido relaciones sexuales, técnicamente hablando. Fue a Núria a la que se tiró. Yo solo…

—¿Qué? Pero ¿qué me estás contand…? —Se hizo el silencio—. ¿Has hecho un trío? ¡¿EN SERIO HAS HECHO UN PUTO TRÍO CON UN MENOR?!

Mierda.

—Me aseguró que era mayor de edad. ¡Se suponía que era mayor de edad! Había un cartel que…

—¿Se suponía? ¿Se te ha ido la puta olla? —Joder, no había oído a Julián soltar tantos tacos juntos en mi vida—. Y por cierto, chuparle la polla a alguien hasta que se corre en tu boca es mantener relaciones sexuales.

—Nosotros no…

—Si conoces el sabor de su semen es porque se corrió en tu boca, Blake.

«No necesariamente», pensé al acordarme del momento en que Jon se tragó mi semen cuando yo lo salpiqué sin querer.

—Lo sé —respondí, aun así—, yo estaba allí y era mi boca, joder…

—Joder. Sí, *precisamente*. ¿Habéis estado juntos de nuevo?

—No. Solo fueron esas tres veces.

—¡¿Tres tríos?!

—No, joder. ¿Por quién me tomas?

—No quieres que te responda a eso.

—Un trío, una paja a medias y una mamada.

—Dios…, podría matarte ahora mismo.

—Ya, bueno, perdóname la vida. Me gustaría verte a ti en esa situación.

—¡¿En qué situación?! ¿En esa en la que un menor se te insinúa y a ti se te pone dura? No te pongas a la defensiva conmigo, Blake. La has cagado a lo grande.

—No voy a buscarlo, y él tampoco sabe dónde encontrarme. Ni siquiera sabe mi apellido. No tiene ni idea de quién soy.

—Gracias a Dios que no debe de ver la televisión. Porque podrías haber mandado tu preciosa carrera a la mierda. Y sí he estado en esa situación, que lo sepas.

Me colgó sin despedirse y yo me di de nuevo contra la pared. Mis compañeros ya se habían marchado, así que podía recrearme a gusto.

Puto Jonathan. Puto yo. Y puta la hora en la que me crucé con él.

Espera, ¿a Julián se le había insinuado un menor y a él se le había puesto dura?

Cuatro meses después. Julio

La segunda vez que Julián me llamó para hablar de Jon, me pilló en casa, sentado en el sofá con varios de mis compañeros de equipo, cenando pizza con mucho queso y viendo la final de Wimbledon, liderada por Chris Lacoste.

—Lo he investigado —me dijo en cuanto descolgué. Me levanté del sofá y me dirigí a la cocina en busca de intimidad—. Lo sé todo. Nombre y apellidos. Dirección. Teléfono. *Correo electrónico*. Historial familiar. Historial delictivo. Y un montón de mierdas más muy jodidas, incluida la que lo lleva a darse de hostias por dinero prácticamente cada sábado.

—Qué eficiente. ¿Has contratado un detective privado?

—También he preguntado por ahí. No imaginas lo que los vecinos llegan a ventilar por un puñado de billetes. ¿Quieres saberlo?

—¿Lo que los vecinos llegan a ventilar por un puñado de billetes?

—Lo de las mierdas jodidas, incluida la que lo lleva a darse de hostias por dinero prácticamente cada sábado.

¿Quería saberlo? Tardé un minuto y tres segundos en responder. Julián se mantuvo a la espera, en silencio.

—No.

—Blake…, mañana voy a buscarlo. Voy a hablar con él e intentar que venga al CAR conmigo. Si acepta, tarde o temprano sabrá quién eres.

—Lo sé.

—¿Y?

—Ya lidiaré con él cuando ocurra.

—Estás dispuesto a arruinar tu carrera por una paja a medias y una mamada. Va a resultar que no es solo un chico más.

Apreté los párpados. Entonces fui yo el que colgó. Suspiré y regresé al salón. Lacoste acababa de ganar el segundo set consecutivo con una dejada épica, aunque no tanto como la de su novio, Arturo Claramunt, un par de años atrás.

—¿Todo bien? —me preguntó Leo.

Asentí con la cabeza. Todo iba de maravilla. Mejor que nunca.

8

JONATHAN

Julián Alcalá apareció en mi vida una noche de julio, bajo un cielo cuajado de estrellas. Poético, ¿verdad? Qué va. Solo lo recuerdo así porque, minutos antes, me había dejado caer bocarriba en el suelo y había perdido la mirada en el firmamento, pensando en si mis padres serían alguna de esas luces o si ni siquiera como estrellas habrían brillado. A veces lo pensaba. Para convencerme de que estaban en algún sitio. Para no sentir que me habían dejado solo del todo. Imperdonable. Y patético. Lo sé.

Julián se sentó en la última fila de las gradas que limitaban la parte derecha de la pista, me observó y censuró mi juego con la mirada. Julián es tremendamente expresivo cuando quiere. Y muy de censurar con la mirada. Me tocó las pelotas. Y no las de hockey.

Me detuve, apoyé los brazos en la cintura y lo miré con acritud.

—¿Tienes algún problema? —le grité. Me guardé la coletilla de «gilipollas» porque, no sé, supongo que me pilló en un buen día.

—¿Yo? —Se señaló y puso cara de no haber roto nunca un plato. Julián pone ese tipo de caras—. Pues ya que lo dices… —Se levantó, cogió el stick y la bolsa de patines que había dejado en el suelo, junto a sus pies, y bajó las escaleras con andares de quien se cree el rey del mundo. Últimamente, todos venían a mí. Sería a causa de mi

colonia nueva; debía cambiarla con efecto inmediato—. Te sobra actitud y te falta aire.

Arqueé una ceja.

—Y a ti te sobran huevos para venir a decírmelo.

Se acercó a mí. Era de mi estatura y estaba musculado, pero tenía cara de crío. No le eché más de veinte años. Podría tumbarlo en cuatro golpes.

—Diez minutos de juego y ya respiras como si te hubieran dado una paliza.

Una paliza iba a darle yo a él. De gratis.

Sacó los patines de la bolsa, se calzó uno a toda velocidad, sin apenas esfuerzo, y pasó al siguiente.

—Pero… —continuó— creo que tienes la mejor puntería que he visto en mi vida, y he visto disparar a mucha gente, créeme. Claro, que con una portería vacía cualquiera puede acertar. Vamos a ver lo que puedes hacer conmigo en ella.

Se ajustó el segundo patín, dejó caer de la bolsa un montón de pelotas y se encaminó hacia la portería, muy seguro de sí mismo.

—¿Quién coño eres tú? —pregunté, aún con los brazos en la cintura. Era todo surrealista.

—Alguien a quien meter goles.

Iba a metérselos por la boca.

Agarré el stick y lancé con todo lo que tenía. La pelota pasó por su lado, casi rozándole la pantorrilla, y se clavó en la red. Se dio la vuelta, ofendido.

—Aún no estaba preparado.

—Uno. Y agradece que no te la haya metido por el culo.

—No es tan fácil meterme algo a mí por el cul…

Lancé otra pelota y marqué otro gol.

—Dos.

—¡Seguía sin estar preparado! —gritó. En contra del orden natural de las cosas, me hizo reír.

—Aprende a colocarte, rey del patín.

Me miró como si hubiera reconocido algo en mí. Noté los engranajes funcionar dentro de su cabeza. Pero no lo entendí.

Entonces tomó posición.

—Por fin —exclamé.

—Lánzamelas de cintura para abajo —me ordenó, el muy gallo—. No llevo protecciones.

Señor, sí, señor; no te jode. Pero lo hice. Quizá porque el hockey me podía. Quizá porque Julián es el tío más carismático que me he echado a la cara.

Jugaba de puta madre, y patinaba como yo nunca había visto patinar a nadie, pero, aun así, conseguí meterle gol las dieciséis veces que lancé a lo largo de los cuarenta minutos siguientes. Eso sí, casi expulsé los pulmones por la boca. Julián no solo *intentó* proteger la portería, sino que también salió a arrebatarme la pelota. Y yo no la hubiera recuperado de no ser porque él acababa cediéndomela, como el que le da una piruleta a un niño tras un gran esfuerzo.

—¿De dónde coño sales tú? —le pregunté, con los brazos apoyados en las rodillas, intentando recobrar el aliento.

A él no se le había movido un solo pelo de la cabeza ni alterado la respiración un ápice. A mí me sudaba hasta la raja del culo.

—Te lo he dicho —se me acercó—, diez minutos de juego y respiras como si te hubieran dado una paliza.

—Eso no han sido diez minutos.

—Apenas has cubierto un tiempo reglamentario.

—¿Un tiempo reglamentario de qué?

—De hockey. ¿De qué va a ser?

Miré en derredor al tiempo que comenzaba a desprenderme de los patines.

—¿Hay una puta cámara oculta o algo?

—«Puto/puta» es como una coletilla para ti, ¿no? —Arqueé la ceja de nuevo y él extendió la mano—. Me llamo Julián y soy entrenador de puto hockey. Te quiero en mi puto equipo.

Se me escapó una carcajada.

—¿Es una broma?

—No. Entreno en el CAR de la Costa Brava. Tienes mucho que aprender, pero con tiempo y disciplina puedes llegar a ser bueno. La resistencia se entrena. El talento se tiene o no se tiene. Y tú lo tienes.

No sabía si iba en serio o no. Yo seguía buscando la cámara oculta mientras me ponía las deportivas de forma automática.

—Paso —respondí, rotundo.

Agarré los patines por los cordones, me los colgué al hombro y di media vuelta. Un par de segundos después, él me agarró el brazo libre. Casi le crucé la cara por instinto.

—¿Ni siquiera vas a escucharme? —preguntó.

—¿Por qué coño iba a hacerlo? No te conozco de nada.

—Porque es una gran oportunidad. Y porque es hockey.

Fingí una risa.

—Subestimas mi amor por el hockey.

—Sin embargo, eres tú el que ha usado la palabra «amor».

No me molesté en responder. Me alejé de la pista, sin mirar atrás y sin perder un minuto más de mi tiempo con él. Caminé a paso ligero hacia mi casa. El barrio dormía a oscuras: las farolas llevaban días muertas, y alguien había dejado botellas rotas en la acera. Olía a orín y a fritanga fría, como siempre. Apenas llegué al portal, me di de bruces con un hombre que ya había dejado atrás los sesenta, alto y en una forma física envidiable. Había sido policía durante toda su vida. Pero no uno de los buenos. Ni de lejos. De lo contrario, no encajaría tan bien en un barrio como ese.

También era mi abuelo.

—¿Dónde estabas? —me preguntó.

—Por ahí.

Lo sorteé e intenté entrar, pero, como de costumbre, no llegué ni al primer escalón. Me puso la mano en el pecho, me empotró contra la pared y acercó su boca a mi oído. Dejé caer los patines y cogí aire.

—Repítelo, pero con educación. Esa que llevo inculcándote toda tu puta vida.

—¿Inculcar?

—Sí, inculcar. ¿Tienes algún problema, hijo?

—Primero, no soy tu hijo —repuse, tajante—. Segundo…, ¿«inculcar» es una palabra nueva que has aprendido en el bar o una que no tienes ni idea de lo que significa?

Vi venir la mano en mi dirección. Aun así, no la esquivé. Llevaba ocho años sin esquivarla. Aún me pregunto por qué. Quizá fuera porque me lo merecía. Quizá, porque creía en sus palabras. Quizá… vete a saber.

Me crujió la tráquea y me atraganté con mi propia saliva. Se me cortó la respiración durante un minuto la hostia de largo. Me ardía el cuello. Que mi abuelo me lo sujetara como si quisiera estrangularme no ayudó a la causa. Se me anegaron los ojos de lágrimas mientras luchaba por recuperar el aliento.

—A lo mejor tengo que *inculcarte* más y más fuerte. ¿Qué te parece?

—De puta madre —susurré. Había aprendido a respirar sin aire a los nueve años.

—No me repliques, Jonathan. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? ¿Estás sordo?

—No, señor —dije, con un hilo de voz.

—¿Sabes por qué no estás muerto? —preguntó, presa de la ira. Su tufo a alcohol se me coló en los pulmones, a pesar de que tenía la mandíbula apretada y el conducto respiratorio obstruido. Y la suya era una buena pregunta, pero me mantuve en silencio—. ¿Te ha comido la lengua el gato de repente o quieres que responda yo por ti?

—Responde… tú.

—No es porque la vida tenga un plan para ti. Es porque no has pagado tu deuda. Que no se te olvide. —No se me olvidaba. Nunca se me olvidaría. Tragué saliva a duras penas—. Eres veneno, Jonathan. Haces daño a la gente que te rodea. —Me golpeó la sien con el dedo índice—. Métetelo en ese cerebro de mierda. Tú matas, hijo. Destruyes todo lo que tocas.

—Suéltalo —dijo alguien detrás de nosotros.

—Piérdete —respondió mi abuelo, sin mirar, asumiendo que era un vecino metomentodo.

Yo sí alcé la vista.

—¿Qué haces… aquí? —alcancé a decir al ver a Julián—. ¿Me has seguido?

—He dicho que lo sueltes —insistió él, ignorándome. No apartaba la mirada de mi abuelo.

Mi abuelo me liberó, más curioso que molesto, y se giró. Yo tosí y apoyé las manos en las rodillas, en un intento por recomponerme.

—¿Y tú quién coño eres?

—Alguien que, a diferencia de ti, sabe tratar a un ser humano.

—Repite eso —ordenó, y dio varios pasos hacia él, hasta que las puntas de sus zapatos tocaron las deportivas de Julián. Este permaneció estático, con el stick sobre el hombro.

—Voy a ofrecerte una salida fácil —dijo—. Voy a llevarme a Jonathan al CAR de la Costa Brava. ¿Sabes lo que es un CAR?

—Sé lo que es un puto CAR. ¿Me tomas por imbécil?

—Tengo permiso para incluirlo en el programa de hockey —continuó, sin entrar al trapo—. Aún es menor de edad, así que necesito tu autorización. Solo eso. Tú dámela, yo miraré hacia otro lado, y todos contentos.

—No voy a firmar una mierda para que se largue de aquí a hacer el tonto con un palo y una pelota. Y mucho menos voy a pagárselo.

—Se llama stick. Y no tendrías que pagar nada. Accedería con una beca completa para deportistas.

—Una beca para deportistas nunca será suficiente para saldar su deuda.

—Tiene diecisiete años. Dudo mucho que acumule una deuda tan grande.

—¿Cuánto se gana en ese CAR? —pregunté yo, tratando de que el intercambio no se les fuera de las manos y se dieran de hostias allí mismo—. ¿Hay sueldo, aparte de la beca? ¿Y prima por ganar?

Julián asintió.

—Hay ambas cosas —dijo—. Sueldo y prima por ganar. Pero nada para tirar cohetes.

—Interesante. Eso es muy interesante. Entiendo que también hay casco para la cabeza —apuntó mi abuelo, y señaló mis golpes permanentes en el rostro. Me miró a los ojos—. Serás capaz de ganar dinero sin acabar con las pocas neuronas que te quedan. Creo que me gusta. Lo consideraremos un ascenso.

—Todavía no he decidido nada —respondí, con la mandíbula apretada—. A lo mejor no me da la gana de ir. A lo mejor prefiero acabar con las pocas neuronas que aún me quedan.

—Sí que te da la gana de ir, *hijo*. Sí que te da la gana de ir. Y vendrás a visitarme una vez al mes, cuando cobres.

—No puedes seguir utilizándolo como un cajero automático —le reprochó Julián a mi abuelo. Después, posó los ojos en mí—. No tienes que aceptarlo. Podemos esperar a que cumplas los dieciocho.

Negué con la cabeza. Me dolían el cuello y el pecho. La garganta me ardía. Y mi abuelo ya había decidido por mí, así que…

—Acepto —me rendí. Dejar de luchar también era una forma de alivio.

—De acuerdo —aceptó Julián—. Mañana traeré el papeleo para que lo firmes. Jonathan se viene conmigo ya.

Recogí los patines del suelo y pasé junto a mi abuelo sin rozarlo, sin siquiera mirarlo, sabiendo que no era una despedida. Ojalá lo fuese.

—Mi coche está por ahí —dijo Julián al ver la dirección que yo tomaba, y señaló con la mano la calle contraria.

—Antes necesito coger mis cosas —le expliqué.

Observó el callejón que se abría ante mí y frunció el ceño.

—¿Tus cosas no están en tu casa?

Mi casa. Ya. No sabía si reír o llorar. A esas alturas de mi vida no es que no tuviera casa, es que ni siquiera sabía lo que significaba tener una. Negué de nuevo. Él asintió y echamos a andar en silencio. Me llevé dos dedos a la boca y silbé en cuanto nos acercamos al contenedor. La bola de pelo naranja apareció al instante.

—¿Qué hay, pequeñajo? ¿Quieres venir conmigo? —le ofrecí.

No respondió, obviamente, pero tampoco se marchó al comprobar que yo no le llevaba comida, así que me lo tomé como un sí. Me agaché y lo cogí en brazos. Aceptó sin rechistar. Al girarme, Julián me miraba como si me hubieran crecido tres cabezas.

—Es un gato —constaté.

—Gracias por la aclaración, pero no se permiten animales en el CAR.

—Pues es una pena, porque o vamos los dos o no vamos ninguno. —Me encogí de hombros—. Tú decides.

—Joder, mi tía va a matarme. —Se masajeó los lagrimales—. Está bien —accedió, segundos más tarde—, pero trata de que no haga demasiado ruido.

—Es el gato más tranquilo del mundo —mentí.

—Seguro…

Abandonamos el callejón y el gato y yo seguimos a Julián unos metros, en silencio, hasta que se plantó frente a un deportivo negro. Un puto deportivo negro.

—¿Quién eres? ¿El puto Batman?

Julián, con pena, esbozó media sonrisa.

—No tenías que haber aceptado sus términos —me dijo—. Estás a punto de cumplir los dieciocho. Ha sido culpa mía. Debí haber esperado. Lo siento.

Dejé al gato encima del capó y me apoyé a su lado, con los brazos y las piernas cruzadas.

—¿Debería preocuparme que sepas la fecha de mi cumpleaños?

Se colocó junto a mí en una postura similar.

—Me sé la tuya y la de un montón de chicos más.

—Oh, eso me deja mucho más tranquilo. Sin duda.

—Es mi trabajo. Encontraros y llevaros al CAR. Entrenaros y canalizar todo ese poder de autodestrucción.

—Pensaba que me reclutabas por mi puntería.

—Eso también. Pero lo de la autodestrucción es lo que de verdad me pone.

Nos miramos y reímos. Después, guardamos silencio.

—Habría sido igual con los dieciocho ya cumplidos —susurré al cabo de unos segundos—. Se lo debo.

—No le debes nada.

—Tú no tienes ni idea.

—Sé que un chaval de diecisiete años nunca le deberá nada a su abuelo.

—No quiere el dinero. Quiere que yo se lo dé. La primera vez que gané algo en una pelea me exigió que se lo entregara en cuanto crucé la puerta de su casa. Nunca supe cómo se enteró tan rápido. Radio Patio, supongo. Yo tenía catorce años. Le pregunté por qué tenía que dárselo y me respondió con un puñetazo en la cara. No volví a cuestionar. Así que no te fustigues.

—No te imaginas cuánto me está costando mirar hacia otro lado. —Meneó la cabeza—. No te lo imaginas.

—Oye…, no te metas en mi vida si quieres que esto salga bien, ¿de acuerdo?

Me observó durante unos segundos interminables.

—De acuerdo. Vamos, subid.

Lo hicimos. El motor rugió y yo perdí la mirada en la ventanilla. El barrio quedó atrás.

9

JONATHAN

Lo que más me llamó la atención al pisar el CAR por primera vez fue el aroma. No era el típico olor a cloro que despiden los polideportivos, ni tampoco el hedor rancio de los gimnasios de barrio. Era una mezcla de salitre y brisa marina; de algas, tierra caliente y roca; de pino y matorrales. Era… limpio. ¿Esa iba a ser mi cotidianidad a partir de ese momento? Desde luego, suponía una novedad. Por lo demás, nada reseñable. Un Centro de Alto Rendimiento situado en lo alto de un acantilado sobre el mar Mediterráneo. Y yo llevaba toda mi vida viendo el puto mar Mediterráneo.

La noche aún lo envolvía todo, y el silencio, denso, solo se rompía por el murmullo de los insectos nocturnos y el rumor lejano de las olas contra la roca.

—Bienvenido —me dijo Julián al bajar del coche—. De momento dormirás solo en la habitación. Después deberás compartirla, como el resto. Vamos, voy a enseñarte la pista antes de que te instales.

Debí haber sospechado que algo no iba bien cuando el frío me golpeó nada más entrar en el edificio. O cuando percibí el olor metálico del hielo. El vaho de mi respiración, en pleno verano. O el eco del compresor a lo lejos.

Era una pista de hielo. Una puta pista de hielo. Yo no había patinado sobre hielo en mi vida. Me giré hacia Julián.

—¿Es una puta broma? ¿Hockey sobre hielo?

—Tranquilo, el hielo es pan comido. Yo mismo te enseñaré —me aseguró, con esa seguridad irritante suya—. De gratis —añadió, y me guiñó un ojo. Ni puta gracia me hizo—. Ahora ve a descansar. Nos vemos aquí a las seis.

—A las seis me echo la siesta.

—A las seis de la mañana, Jonathan.

Solté una carcajada.

—Muy gracioso —dije, divertido. Porque era broma, ¿no?

—No llegues tarde. No soporto la impuntualidad. —Pues no, no era broma—. Por cierto, tienes que elegir tu número.

—¿Mi número?

—El que irá serigrafiado en tu camiseta.

—¿Puede ser cualquier número?

—Siempre que esté entre el uno y el noventa y ocho.

—¿Y qué pasa con el noventa y nueve?

—Nadie lo elige. La última vez perteneció a un hombre que hizo historia en el hockey. Es una manera de honrar su carrera.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace cincuenta años.

—Ya. Pues me lo quedo.

Julián suspiró. «Debí imaginármelo», decía su cara.

—Hasta mañana, Jonathan. Descansa. Lo vas a necesitar.



La habitación era simplona. Una cama de noventa, un escritorio con una silla, un armario y una ventana con vistas a la pista de atletismo. Me senté en el colchón y dejé que el gato inspeccionara. Suspiré. ¿Qué coño hacía yo allí?

Al día siguiente llegué puntual. Y enseguida aprendí que a Julián, en el hielo, o lo respetas o acabas queriendo escupir tus propios pulmones. Joder, con el pijo con complejo de Batman.



Patinamos sin descanso. Día tras día. Noche tras noche.



A veces Blake me venía a la cabeza. A saber por qué. Solo a veces. Y solo un poco.



Un mes y medio después, el 5 de septiembre, cumplí dieciocho años. No me sentí diferente. Mucho menos, libre.

—Mañana voy a presentarte a los chicos —me anunció Julián mientras nos desabrochábamos los patines. Yo seguía sin dominar el hielo—. Irá genial.

Spoiler: no fue genial.



Las presentaciones pasaron sin pena y sin gloria. Había chicas y chicos, ya que era un equipo mixto. Parecían todos buena gente. Patrick, el preparador físico, era de esas personas a las que se ve a leguas que se la suda todo. Me inspiró confianza. Los jugadores parecían un poco trastornados, pero lo dicho: buena gente. Hasta que conocí a Elliot Schmidheiny, la *estrellita* del equipo. Rubio, alto, ojos azules y actitud de mierda. El típico sobrado de manual. Y de rancio abolengo. Esos detalles se notan. ¿No se suponía que era un equipo de chavales con poder de autodestrucción? ¿Qué poder de autodestrucción podía tener el niñato ese? Entró en la pista como si le perteneciera, presumiendo de cómo se deslizaba por el hielo, como si hubiera nacido para ello. Hacía que pareciera fácil y, joder, no lo era. Me miró, frunció el ceño y se volvió hacia Julián.

—¿El cervatillo recién nacido es el nuevo, Juls?

¿Qué acababa de llamarme? Imbécil. Mi postura era perfecta. ¿Y «Juls»? ¿En serio? Sonreí, crucé los brazos y esperé la ira de *Juls*. A esas alturas, lo conocía lo suficiente como para saber que no iba a permitir que un mocoso lo tratara con esa familiaridad. Iba a cagarse.

—Cállate, Elliot.

Transcurrieron un par de segundos y yo aún tenía la sonrisa y los brazos cruzados. Y otro par. Entonces la sonrisa se me borró de golpe. Dejé caer los brazos. Espera. ¿Y ya está? Miré a Julián, que patinaba por la pista dando órdenes a diestro y siniestro. Fruncí el ceño.

—Incluso si fuera la mascota del equipo, debería saber patina…

—¡Cállate, Elliot! —insistió, sin mirarlo—. Y salúdalo como Dios manda. Sé que puedes hacerlo.

Elliot calló. Julián siguió a lo suyo. Yo los miré a ambos. El primero sacó un plátano del bolsillo mientras el resto patinaba en círculos por la pista, despertando del letargo del verano. Lo peló y comenzó a comerlo con calma, sin dejar de mirarme. Se le notaba el pedigrí hasta en la forma de masticarlo.

El destino quiso que un puck aterrizara justo al lado de mi pie. Sin pensarlo, lo empujé con el stick, con fuerza, directo a su careto.

O directo al plátano. Porque lo atravesó como mantequilla. Una mitad cayó al suelo y la otra permaneció en su mano.

—Pero ¿qué…? ¿De qué vas, imbécil? Casi me das en la cara.

—¿Qué quieres que te diga? Con las personas soy como con el pan de molde. No me gustan los bordes. Da gracias de que no me haya fallado la puntería.

Me miró con los ojos como platos. Luego me lanzó rayos láser con las pupilas. Le dediqué un guiño. Si buscaba guerra, desde luego que iba a encontrarla. Putos rubios, joder.

Horas más tarde, salí de la ducha, secándome el pelo con una toalla, y enseguida noté que algo no iba bien. Primero fue el olor dulzón. Luego, la textura viscosa cuando introduje mi pierna derecha en los calzoncillos.

—¿Qué…?

La saqué a medias y miré. Era plátano. Un montón de papilla de plátano esparcida dentro de mi ropa. Escuché una carcajada detrás de mí. Me giré. Elliot. Lo miré con ganas de estrangularlo y…

—¿Qué quieres que te diga? —me parafraseó, sentado a horcajadas en el banco—. Es la guerra de la fruta.

… algo en mi cabeza hizo clic. O más bien, CLIC.

Presa de la rabia, lancé al suelo la ropa interior, crucé el vestuario en bolas (esquivé a dos compañeros que se descojonaban), le arranqué de la mano el plátano que se estaba comiendo y se lo estampé en la cara. Alguien gritó. Otro alguien rio. Y varios más se apartaron para darnos espacio. Elliot se levantó de un salto y me empujó por el pecho. Le devolví el empujón y le propiné un puñetazo en la mandíbula, que ni de coña él se esperaba. Me agarró del cuello y en cuestión de segundos rodábamos por el suelo, intentando arrancarnos la cabeza el uno al otro.

—¡Eh, eh, eh!

—¡Parad ya!

—¡Estáis locos, joder!

Tres tíos lograron separarnos. Yo tenía la respiración agitada. Elliot, medio plátano pegado en la cara, un labio partido y una nariz que sangraba a borbotones. Un chico de pelo castaño y ojos verdes, que había andado todo el entrenamiento detrás de su culo, se puso

en medio, protegiéndolo. O intentándolo. Me desembaracé, cogí la camiseta embadurnada y se la arrojé a Elliot, que la esquivó sin problema.

—Vas a limpiar esto, gilipollas —gruñí.

—Ni de coña.

Los tenía bien puestos. Acababa de recibir una paliza y pedía otra a gritos. Entonces entró Julián en el vestuario y colocó los brazos en jarras.

—¿Qué mierda está pasando aquí?

—Que te lo explique tu consentido —escupí, antes de que reparase en el estropicio que le había hecho en la cara, y me dirigí a las duchas con mi ropa entre las manos.

Empezábamos bien. Me sorprendió que no me echaran a la calle, la verdad. Eso sí, me encasquetaron a un flipado de waterpolo como compañero de habitación.

BLAKE

—Adivina con quién ha encajado *mejor* Jonathan de entre todos los chicos y chicas del equipo —me preguntó Julián una noche. Me llamaba casi a diario. Fingí meditarlo durante un par de segundos.

—¿Con Elliot?

—Bingo.

—Era de esperar. Son dos gallos en un mismo corral.

—Han llegado a las manos.

—Joder. ¿Mucho?

—Le ha partido un labio a Elliot. Y la nariz. Al parecer, tu chico no se toma bien las novatadas. Y no le gustan los plátanos.

—No es mi chico. ¿Va a suponer un problema?

—Espero que no —suspiró—. Eso sí, los tiene a todos acojonados.

—Menos mal que eran lo peor de cada casa… Y a propósito de eso, ¿no tenías a Elliot comiendo de tu mano? Me apuesto cincuenta pavos a que ha empezado él.

—Voy a colgarte ahora.

—Oh, vamos, reconoce que tu chico es un macarra.

—No es mi chico. Y solo es un poco macarra. Por cierto, lo he nombrado capitán.

—¿A Elliot?

—Sí —rio—, más quisiera. A Jonathan.

—¿En serio?

—Solo por el momento. Le vendrá bien. Necesita un chute de autoestima. Y después de la paliza que le dio a Elliot, los chicos lo respetan.

—Lo temen.

—Es lo mismo.

—Ya. Oye, ahora que nos estamos haciendo amigos…

—Ni en tus mejores sueños.

—… podrías resolverme una duda que tengo. El menor que se te insinuó y te la puso dura…, ¿es uno de tus chicos descarriados?

Me colgó. Empezaba a convertirse en rutina.

JONATHAN

Joder, con el Patrick de los cojones. Cuando dije que se la sudaba todo, no me refería a nuestra integridad. Pero debí haberlo hecho. Yo no había estado tan cansado en mi puta vida.



Enseguida descubrí el talón de Aquiles de Elliot. No resultó difícil. Podía hacerle las putadas más inverosímiles, que él apenas se inmutaba. Podía romperle la nariz, que volvía a por más. Pero si se me ocurría decirle: «Cállate, Elliot», ardía Troya. Así que se lo decía cada vez que se presentaba la ocasión, que era unas veinte veces al día. Lo sacaba de sus casillas, lo cual suponía música para mis oídos. Si no fuera por Benji, el morenito de ojos verdes que parecía su sombra, habríamos rodado por el suelo más de una vez.

—Vamos, Schmidheiny —le pedí unas semanas después de nuestro primer encuentro, en uno de mis días malos, en los que solo quería largarme de allí—, déjame decírtelo sin que te cabrees, aunque solo sea una vez. Dame esa satisfacción.

—Vamos, Ros, estampa tu estúpida cara contra el suelo, dame esa satisfacción.

—¿Te gusta mi cara, rubio?

—Tanto como tu carácter de mierda, morenazo.

—¿La quieres? La tienes. Intenta estampármela tú, a ver si puedes.

—Te espero en el aparcamiento —me dijo, sin titubear—. Antes de comer. Trae la bolsa de hockey.

Arrugué la frente. ¿La bolsa de hockey? ¿Íbamos a arrearnos con las bolsas de hockey? ¿En serio? Putos pijos.

Media hora después, cuando llegué al aparcamiento, Elliot ya estaba allí, sentado sobre su bolsa, con unos patines de línea

colgados al hombro. Benji y dos más —Caylin Aston, una de las chicas del equipo, y Álvaro St. Claire, de natación— los acompañaban. Andaban los cuatro siempre juntos. Elliot me propuso un reto: alinear nuestras bolsas en el suelo y que yo pasara por encima de todas de un solo salto, en patines de línea.

—¿Me ganaré tu respeto si lo consigo? ¿El mismo que le tienes a Julián? —pregunté.

—Claro —mintió.

—Ponte tú en el lugar de las bolsas y te ganarás el mío —lo reté.

—Hecho —aceptó, sin pensárselo dos veces, y me ofreció los patines.

Reconozco que me sorprendió. Elliot le daba muy poco valor a su vida. Pero yo en ese momento no lo sabía. Así que me sorprendió.

Se tumbó en el suelo mientras yo me ajustaba los cordones. Benji se colocó a su lado. Y luego Caylin. Y luego Álvaro. La longitud de los cuatro juntos era de unos dos metros y medio. Pan comido. Y, poniéndome en lo peor, caería encima de Benji o de Elliot. Podría vivir con ello.

Patiné hacia atrás; el sonido de las ruedas sobre el asfalto después de tanto tiempo me dio la vida. Cogí aire y arranqué. Salté. Durante un segundo, pensé que iba a lograrlo. Sin embargo, el gilipollas de Elliot se incorporó en el peor momento y se subió encima de Benji para protegerlo. Tuve que estirarme en plancha para no darle con los patines en toda la cabeza. Aterricé mal y me pegué una hostia de campeonato contra el suelo. El impacto me dejó sin aire en los pulmones. Gemí y rodé sobre mí mismo.

—Así estás mucho más guapo —me dijo Elliot cuando vino a socorrerme.

—Cállate, Elliot —respondí, cabreado.

Nos sostuvimos la mirada y… sonreímos. Era la primera vez que yo reía con alguien que intentaba matarme.

Sigo sin saber por qué. Sigo sin entender lo fácil que fue. Supongo que algunas guerras no se ganan, se rinden. Y cuando sucede, la paz resulta aún más especial.

Lo cierto es que encajé con Elliot y con Benji, con Caylin y con Álvaro, como con nadie en mi vida. Aunque no me diera cuenta en

ese momento. Pensé en la frase más manida de mi abuelo: «Tú matas, hijo. Destruyes todo lo que tocas». Pero ¿qué daño podría infligirles siendo solo su amigo? No me acercaría demasiado, y asunto resuelto.

Un par de semanas más tarde, supe que Elliot y Benji eran hermanos. El padre de Elliot, un diplomático sueco con mucha pasta, había adoptado a Benji meses atrás. Y supe también que la madre de Elliot se había casado en segundas nupcias con el hombre con el que le había sido infiel a su marido el diplomático, y que Elliot tenía siete hermanastros. Siete. En serio. Yo ni siquiera sabía que en estos tiempos la gente se aventurara a traer tantos hijos al mundo. Los Gremlins, los llamaban. Gremlin Uno, Gremlin Dos… No hace falta que siga, ¿no?

—¿Es por el carisma del rubio? —le pregunté esa noche a Julián, refiriéndome a Elliot—. ¿Por eso supiste que me quedaría?

No fue necesario que le aclarara a quién me refería con «el rubio».

—¿Carisma? Yo lo llamo «puto carácter de mierda».

Reí. Ya… Entre esos dos había tema del bueno. Era tan evidente como mi suspenso en Matemáticas en el instituto.



Queridos deportistas:

Queremos compartir una noticia con todos vosotros.

Nuestro compañero Cristian Montaño se retira de la competición.

Como sabéis, en los últimos años Cristian ha atravesado un proceso largo, de lesiones encadenadas y recuperaciones exigentes. A pesar de su espíritu inagotable y de su compromiso ejemplar, su cuerpo le ha pedido un cambio de ritmo, y él ha sabido escucharlo con valentía.

Y por suerte para nosotros, ha aceptado comenzar una nueva etapa como entrenador de atletismo en el CAR.

Cristian conoce mejor que nadie lo que significa estar en vuestra piel. Y esa experiencia lo convertirá en un entrenador excepcional. Porque os va a guiar desde un lugar auténtico, real, de alguien que ha pasado por lo mismo que vosotros estáis viviendo ahora.

¡Enhorabuena, Cristian, por esta nueva etapa!

@Dirección

Hablo en nombre de todos (y no es una forma de hablar, absteneos de repetiros como el ajo, por la salud de mi pelo): ¡enhorabuena, tío!

@Víctor.Cañas

¿Ahora tenemos que tratarlo de usted?

@Elliot.Schmidheiny

Sí. Y en tu caso, arrodillarte cada vez que me veas

@Cristian.Montaño

Señor, sí, señor

@Elliot.Schmidheiny

Cállate, Elliot

@Julián.Alcalá

Por cierto, ahora que veo a los del hockey, y hablando de todo un poco… El gatito nuevo, cómo lo peta, ¿no?

@Pilar.SantaMaría

Pelo oscuro y ojos azules. Levanta pasiones sin siquiera abrir el pico

@Dorita.Aroca

De hecho, cuando lo abre es cuando la caga. Lo conocí el otro día

@Yesenia.Pedrerol

Tiene loco a medio CAR. No lo entiendo

@Tadeo.Jenaro

Está buenísimo. ¿Qué es lo que no entiendes?

@Saida.Molina

Tiene una pinta de malote que no puede con ella

@Dulce.Gallego

¿Por qué os gustan tanto los malotes? Son unos rompecorazones

@Miguel.Asenso

¿Lo dices por experiencia?

@Nerea.Cabaleiro

¿Con quién comparte habitación?

@Cristian.Montaño

Con Freddy

@Yesenia.Pedrerol

¿Quién es Freddy?

@Ángel.Santana

Ni idea

@Tadeo.Jenaro

Otro nuevo. Tiene un melenón

@Víctor.Cañas

¿En la cabeza?

@MaríaLuisa.Crespo

En el culo, no te jode

@Néstor.Tomé

Néstor Tomé. Cuenta bloqueada por infringir el código de conducta. Comuníquese con administración, por favor

@Administrador

😬

@Víctor.Cañas

¡Al hoyo!

@Elliot.Schmidheiny

Cállate, Elliot

@Julián.Alcalá

Sí, señor

@Elliot.Schmidheiny

Buah, ahí hay tema que te quema

@Matías.Lozano

Llevo años diciéndolo, pero nadie me tiene en cuenta

Por cierto, ¿alguien sabe cómo va mi petición para lo de las lechugas?

@Dorita.Aroca

🙄

@Víctor.Cañas

Leí hasta tres veces los mensajes.

—¿Qué mierda es esto? —pregunté en voz alta.

—Tío, el Senticar —respondió uno de mis compañeros.

—¿El qué?

—Es el chat interno del centro. Para tratar los temas deportivos y eso… ¿No te dieron usuario y contraseña cuando entraste?

Entrecerré los ojos. Me sonaba algo de un usuario y una contraseña, sí.

—Aparte del mensaje sobre el tal Montaño, no han dicho una sola palabra que tenga que ver con el deporte —señalé.

—Ya. —Me dio una palmada en el hombro—. Te acostumbrarás.



Un día me percaté de las muescas que había en la pared del vestuario.

—¿Qué coño es eso? —pregunté.

Benji se llevó un dedo a los labios, para que me mantuviera en silencio, e inició una cuenta atrás con los dedos. Tres, dos, uno…

—¡Cállate, Elliot! —escuchamos al otro lado del vestuario.

Él sonrió y dibujó otra muesca.



Julián me *invitó* a dejarme caer por el despacho de Fernando, el psicólogo del CAR. Julián era mucho de invitar. Pero no dijo nada de que debiera obedecerlo.

El hombre y yo no empezamos con buen pie, a pesar de que respondí a todas sus preguntas.

ME PREOCUPA...
Mi gato.
ESTOY FELIZ CUANDO...
Veo a mi gato.
MI RESPONSABILIDAD ES...
Mi gato.

—Tengo mucha paciencia, Jonathan —aseguró.

Me encogí de hombros.



El primer día que regresé a casa de mi abuelo desde que había entrado en el CAR, con mi sueldo de deportista en el bolsillo, me lanzó contra la pared. Me asestó un puñetazo en el ojo. Y me miró con ganas de querer matarme. El mundo se me dobló durante un segundo. Inaceptable, lo sé. Qué rápido se olvida uno de los malos hábitos. Los suyos, quiero decir.

Después fui a hacerle una visita a Richi y nos fumamos un porro a medias.

—¿Dónde te metes últimamente? —preguntó.

—Por ahí.

—¿Estás bien, tío? —Señaló el golpe en mi ojo con un movimiento de barbilla.

—Claro.

Nos terminamos el porro en silencio. No volví a verlo. Así funcionaba el barrio: un día estás y al siguiente, no.

BLAKE

—Elliot y Jonathan se han hecho amigos.

—No te creo.

—Uña y carne. Te lo juro.

—¿Cómo ha ocurrido?

—No lo sé. Supongo que han encajado. Por cierto, es cuestión de tiempo que tu nombre salga a la luz.

—Me sorprende que no lo haya hecho ya —suspiré—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Puedes.

—¿Echas de menos jugar al hockey?

Julián se lo pensó. Durante nueve segundos.

—No.

Ya. No me lo creí.

—¿Y en serio no vas a hablarme nunca del menor que se te insinuó?

Me colgó. A mí se me escapó una carcajada. Julián es un buen tío. No sé, las primeras impresiones no siempre son las acertadas, supongo.

10

BLAKE

Un año después. Septiembre

Sofía:

¿En serio el Jonathan aún no sabe quién eres?

No me puedo creer que ni el hermanastro ni el hermano del hermanastro hayan dicho tu nombre delante de él.

Blake:

No.

Y no lo llames así.

Sofía:

¿Un año sin verlo y todavía das la cara por él?

Sus habilidades con la lengua y con la polla tienen que ser extraordinarias, insisto.

Fantoni:

Y ya debe de ser mayor de edad, y todo.

Saliste del grupo

Sofía:

Ni de coña.

Sofía te añadió

11

JONATHAN (diecinueve años)

—Jonny, Jonny, Jonny, Jonny —escuché de fondo a mis compañeros, inclinados hacia delante y pegados los unos a los otros, formando una «L» con sus cuerpos, con las manos sobre la valla, los culos en pompa y las piernas alineadas. Todos juntos erigían una muralla azul y roja, y comencé a patinar.

Un empujón con el pie derecho, otro con el izquierdo, derecho, izquierdo, y fui ganando velocidad. El hielo rugió bajo mis cuchillas (meses atrás el hielo por fin había comenzado a rugir bajo mis cuchillas) y el aire frío me azotó la cara. Bien. Porque tenía una misión: llegar hasta el último de la fila empujado solo por la fuerza de la inercia.

Apreté los dientes. Iba a toda leche cuando casi alcancé a mi primer compañero. Me lancé en plancha, los brazos por delante, y me dejé ir.

Los primeros metros fueron como la seda. En los últimos tres, la física, qué capulla, decidió que ya era suficiente diversión y comencé a perder velocidad. Las risas de mis compañeros retumbaron dentro de mi casco, amortiguadas pero cálidas. Yo seguía deslizándome, apenas rozando el suelo con los guantes, mientras el aire helado se colaba por mi camiseta.

—¡Vamos, capi, que no llegas! —gritó Benji.

—Jonny, Jonny, Jonny, Jonny.

—¡Lo tienes, lo tienes, lo tien…!

La inercia me frenó justo a los pies de Caylin, la última de la fila. ¡Mierda, casi!

—¡Récord! —exclamó ella.

—¡Ese capi! —Emilio me dio un golpecito con el stick en el casco.

—Te han faltado quince centímetros —apuntó Elliot—. Pero bueno, medio más y te comes el cristal, así que yo lo considero una victoria parcial.

Puede que Elliot y yo nos hubiéramos vuelto inseparables, pero seguía siendo un gilipollas.

—Si te hubieras engrasado el pecho, habrías llegado —añadió Caylin, y todos rompieron a reír.

Jadeando, comencé a reírme también.

—¿Se puede saber qué demonios estáis haciendo?

Todos giraron la cabeza al mismo tiempo. Yo, aún tumbado en el hielo, bocabajo, levanté la mirada. Julián nos observaba desde la puerta, con los brazos cruzados y esa expresión suya de «¿qué coño hago con ellos?». Patrick, a su lado, contenía la risa.

—Calentando, señor —improvisó Elliot—. Trabajo de velocidad y deslizamiento.

—Técnica pura —secundó Patrick, divertido—. Y coordinación de grupo. Míralos, qué alineaditos. Y Jonathan supervisando desde abajo, como el buen capitán que es.

Julián parpadeó, se agachó y ladeó la cabeza hasta que sus ojos se encontraron con los míos. Suspiró.

—Cállate, Elliot —dijo al fin, ignorando todo lo demás—. Y tú —me miró—, ya que estás tan técnico, te vas a deslizar hasta el vestuario. De espaldas.

Las risas estallaron.

—Es una broma, ¿no? —Me puse en pie y resbalé de inmediato. Mierda—. Su puta madre, cómo resbala.

—Qué observación tan aguda, capi —ironizó Caylin—. ¿También te has dado cuenta de que hace frío?

—¿Y de que patinamos sobre hielo? —añadió Benji.

—Me estáis hundiendo —murmuré.

—Venga, todos al vestuario —ordenó Julián—. Tenemos partido en menos de media hora. ¿Creéis que podéis comportaros?

—Sí, entrenador —respondimos todos al unísono.

—Seguro… —resopló él, y se giró para marcharse.

Elliot me dio un codazo mientras recogíamos los sticks.

—Bueno, técnicamente, has batido un récord.

—Y sin despeinarme —respondí, con una sonrisa.

Media hora más tarde, en las gradas no cabía un solo alfiler. Eran pocos asientos, unos cien, todos ocupados por compañeros del CAR que venían a desconectar de su propio entrenamiento, a pasar el rato y a ver a Elliot. Aun así, era un subidón.

—Hoy voy a lucirme, Juls —anunció Elliot antes de entrar en el hielo, y echó la cabeza atrás para ponerse el casco, muy a lo anuncio de champú.

—Hoy voy a sacarte del hielo por exceso de ego, rubio —replicó Julián.

—Ya veremos —respondió el otro, y le guiñó un ojo.

—Y si fallas el primer gol, te lo voy a recordar hasta Navidad.

—Si fallo el primer gol, te rindo obediencia durante el resto de mi vida.

«Ja. Eso me gustaría verlo», dijo Benji, en código morse, golpeando el suelo con el stick.

«Y a mí», añadió Caylin.

Tanto ellos como Elliot lo dominaban desde los catorce. Lo habían aprendido para comunicarse a escondidas del profesor, cuando estudiaban secundaria en el CAR, y les vino de perlas para comunicarse también a escondidas de su entrenador. A mí me lo habían enseñado unos meses atrás. Curioso lo mucho que me costó aprender a patinar sobre hielo y lo rápido que dominé el morse.

«Cuidado, rubio», dije yo, «a ver si se va a correr del gusto».

Yo aún no había hablado con Elliot acerca de su relación con Julián, pero tampoco hacía falta. Saltaba tanto a la vista que había que estar ciego para no verlo. Y en cuanto a mi comentario…, tuvimos que tragarnos una carcajada. Los cuatro.

«Eres muy imbécil», respondió Elliot, con una sonrisa que ni pudo ni quiso evitar.

—¿Qué os resulta tan gracioso? —preguntó Julián.

—Nada —respondimos los cuatro a la vez, quizá demasiado *a la vez*, viéndolo ahora en retrospectiva.

—Cincuenta vueltas a la pista después del partido, Jonathan.

—¿Qué? —repliqué, en un tono muy agudo—. ¿Por qué? No he hecho nada.

—Es para que aprendas a patinar de una santa vez. El resbalón de antes me ha recordado lo verde que estás.

Bufé de indignación. Flipaba con Julián.

Apenas habían pasado tres minutos de partido cuando Elliot marcó el primer gol.

—¡Uno! —le gritó a Julián, y le mostró un dedo.

Y Julián sonrió. ¿Por qué? Pues porque no podía evitarlo cuando se trataba de Elliot. Y a mí me tocaba dar cincuenta vueltas a la pista. Eso sí, la siguiente jugada fue mía. Emilio me pasó el puck y yo avancé, con todo el espacio del mundo. El portero se movió hacia la derecha, vi el hueco en la izquierda y lancé. Gol.

—Buena, Jonathan —me gritó Julián desde el banquillo.

Antes de que acabara el primer tiempo, Elliot marcó el tercer gol. Y el segundo tiempo fue incluso peor para los Toros, que nos miraban desconcertados, y eso que no era la primera vez que nos enfrentábamos. ¿Acaso no habían aprendido nada?

Elliot se hizo con el puck, atravesó la pista en solitario y metió su tercer gol mientras dos defensas se comían el hielo, en un intento de detenerlo.

Hat-trick en el minuto veintiocho.

—¡Tres! —le gritó a Julián.

—¡No quiero ver a nadie relajado! —respondió este—. Esto no ha acabado todavía. ¡Va sobre todo por ti, Elliot!

El aludido elevó los ojos hacia el cielo y Benji metió el quinto gol después de que yo le lanzara un pase perfecto desde detrás de la portería. Jorge marcó el sexto y Benji asistió el séptimo. El portero de los Toros golpeó el hielo con el stick, desesperado.

Hacia el final del segundo tiempo, uno de sus delanteros me empujó cuando yo ni siquiera tenía el puck en mi poder. Me empotró contra la valla; mi hombro derecho, contusionado desde hacía un

año, se llevó la peor parte. En cuestión de segundos, Elliot estaba a mi lado.

—¡Eh! —gritó Julián—. ¡Cabeza, Elliot! ¡Cabeza!

—¿Acaso no lo has visto? —gritó Elliot, hacia el banquillo.

—Lo he visto —respondió Julián—. Y yo me encargo. Tú sigue jugando.

Elliot resopló, se giró y volvió a su posición.

El tercer tiempo fue un mero trámite. Metimos dos goles más: uno de Caylin, que jugó un rato de delantera, y otro mío, para completar la humillación. Ocho a cero. Cuando sonó la bocina final, nos abrazamos en el hielo. Elliot me golpeó el casco con el stick y yo le devolví el golpe. Benji se lanzó sobre nosotros, casi tumbándonos.

Cuando volvimos al vestuario, Julián nos esperaba con los brazos cruzados.

—Ha estado bien —nos dijo—. Pero no os confiéis.

—¿«Bien»? —protestó Caylin—. Hemos ganado ocho a cero.

—Precisamente por eso. La próxima vez van a salir a matar. Quiero que estéis preparados.

Me dejé caer en mi cubículo, exhausto. El ruido de los patines sobre el hielo aún resonaba en mi cabeza. La sensación de volar, de controlar algo, aunque solo fuera durante unos míseros minutos, me hacía sentir bien. Elliot se sentó a mi lado, se retiró el casco y se sacudió el pelo, sudado. Benji comenzó a cantar y Diego, nuestro segundo portero, se quejó de que le iban a reventar los tímpanos. Me apoyé en la pared y esbocé una sonrisa.

—Mañana os quiero a todos en la sala de vídeo —nos dijo Julián —. A las seis.

—¿De la mañana, entrenador?

—Cállate, Elliot. Y tú, Jonathan, a la pista.



¿De quién es el gato que se cuela en las cocinas cada mañana y me roba los espaguetis? Porque estoy a punto de meterlo en la cazuela. Primer aviso

@Comedor

¿Qué gato?

@Víctor.Cañas

¿Es un eufemismo para referirte a alguno de los chicos del hockey o es un gato de verdad?

@Tadeo.Jenaro

Es un gato de verdad. Naranja y con muy mala baba. Si alguien lo ve por el centro, que lo coja y lo lleve a Dirección

@Comedor

¡Es Garfield!

@Elliot.Schmidheiny

¡Cállate, Elliot!

@Julián.Alcalá

Benji es alérgico a los gatos

¡No se lo acerquéis!

@Jonathan.Ros

🧟

@Benji.Schmidheiny

¿Benji es alérgico a los gatos o es un zombi?

@Mikel.Ayuso

Es la cara que se le queda cuando ve a uno

@Álvaro.StClaire

Será un pobre gato callejero. Dejadlo vivir en paz

@Frederick.Christensen

Qué activista, el Freddy

@Tadeo.Jenaro

De pobre no tiene nada. Me la lía en la cocina día sí y día también. Y de callejero tiene menos aún. Está demasiado gordo

@Comedor

¡Es Garfield!

@Elliot.Schmidheiny

¡Cállate, Elliot!

@Julián.Alcalá

Que alguien adjunte una foto, por favor

@Dorita.Aroca

🐈

@Comedor

🙄

@Víctor.Cañas

Si alguien lo ve, que se lo lleve a Freddy

@Cristian.Montaño

¡No! ¡A Dirección!

@Comedor

A ver si va a ser Freddy el que roba los espaguetis…

@Elliot.Schmidheiny

Confirmo que come pasta a la carta. Sus exigencias son altas

@Jonathan.Ros

Joder, qué puta paciencia…

@Julián.Alcalá

Si el gato ocupa cama, ¡que firme contrato de convivencia!

@Tadeo.Jenaro

Yo, si lo encuentro durmiendo en mi almohada, no lo devuelvo

@Yesenia.Pedrerol

Recordatorio sanitario: no está permitido el acceso de ningún animal a zonas de preparación de alimentos. Si el gato entra en la cocina, cerrad puertas y ventanas y avisad a Dirección inmediatamente

@Administrador

🙄

@Víctor.Cañas

¿No van a sancionar a Julián por la palabrota?

¡Favoritismo!

@Paola.Álvarez

🙄

@Víctor.Cañas



—Tengo una buena noticia —anunció Julián al día siguiente, pletórico, de pie frente a nosotros en la sala de vídeo.

Eran las seis de la mañana y yo aún tenía legañas en los ojos. Él irradiaba energía. Elliot lo achacaba al bol de cereales que se metía entre pecho y espalda en cada desayuno, pero yo apostaba a que se chutaba otra cosa, fijo.

—Sois conscientes de lo mucho que hemos luchado para que este equipo llegue a…

Bla, bla, bla. Desconecté. Los discursos de Julián se estiran más que un chicle, así que calculé que la noticia saldría a la luz en unos once minutos. Mientras él seguía enlazando metáforas sobre la superación y el espíritu de equipo, yo me dediqué a inspeccionar al mío. Elliot, sentado entre Benji y yo, tomaba notas en un cuaderno. Fruncí el ceño. Elliot no es de los que toman notas en un cuaderno. Es de los que dibujan pollas en los márgenes para no dormirse. Caylin, delante de nosotros, escuchaba a Julián sin apenas pestañear. Puse los ojos en blanco. Benji jugueteaba con su móvil. Habría apostado una mano a que nos estaba mandando memes absurdos para que a alguno se le escapara una carcajada. Yo había aprendido unos meses atrás la lección de no sacar el teléfono del bolsillo, durante una bronca de Julián. Porque suelta unas broncas que flipas.

Diego fue el primero en caer.

—Perdón —se disculpó, y carraspeó—. Justo me he acordado de algo.

Julián lo fulminó con la mirada (primer aviso) y siguió con el discurso. Entonces fue el turno de Diego de fulminar a Benji con la mirada y este le guiñó un ojo. Después nos miró a nosotros.

—Va por la tercera metáfora en menos de dos minutos —murmuró, en voz baja.

Elliot nos enseñó su cuaderno de notas. Había escrito una lista de palabras —«esfuerzo», «familia», «sudor», «pasión», «sacrificio» y «orgullo»— en uno de los márgenes.

—Bingo motivacional —susurró—. Tenéis que elegir tres y tacharlas cuando Gordiflakes las diga. El primero que complete la línea gana.

«Gordiflakes» era el apodo con el que nos referíamos a Julián.

—¿Y qué ganamos? —pregunté yo.

—La última barrita de chocolate que tengo en la taquilla.

Cogí el bolígrafo de Elliot y apunté las tres mías en un folio. Un minuto más tarde, Julián dijo «familia», y los tres tachamos a la vez. Después, «orgullo»; ninguno la teníamos. Y «sudor», que fue solo mía.

—Sacrificio y pasión —susurró Benji, como si invocara a un dios antiguo—. Vamos, Gordiflakes, no me defraudes.

—«Sacrificio» cae seguro —alegó Elliot, y justo entonces Julián golpeó la pizarra.

—¡Sacrificio! —tronó.

Elliot y Benji levantaron el puño en silencio, como cuando ganan al parchís. Yo sonreí de medio lado y la taché también. Era mi última palabra.

—Quiero mi chocolate —dije, y les mostré el folio.

—Y POR ESO —Julián alzó tanto la voz que incluso saltamos en la silla. Cuando nos dimos cuenta de que nos miraba, nos enderezamos. Yo carraspeé— os he reunido aquí hoy. Porque dentro de dos semanas jugaremos nuestro primer partido contra un equipo de la LEH: los Demonios de Barcelona.

Elliot bufó, la sala vibró de emoción y Julián me miró de reojo (supuse que para asegurarse de que aún tenía mi atención). Todo a la vez. No estaba yo muy puesto en hockey sobre hielo, de hecho me la sudaba bastante, a pesar de jugarlo, o de intentarlo, pero sí sabía que la LEH era la meca del hockey europeo. La primera división, por explicarlo de alguna manera; compuesta por veinticuatro equipos de doce países europeos. Nosotros jugábamos en segunda, o incluso en tercera, si esto funcionara por divisiones, en una liguilla cutre, contra otros equipos nacionales igual de cutres.

Vamos, que jugábamos en otra liga, literalmente. Los Demonios de Barcelona eran el único equipo español en la LEH, eso también lo sabía. Nunca nos habíamos cruzado; estábamos tan cerca de jugar un partido contra ellos como de llegar a Plutón en un cohete. O eso creíamos.

Uno de los infames hermanastros de Elliot, Gremlin Dos, era un Demonio. Elliot no hablaba mucho de sus hermanastros, la relación era muuuy tensa, así que yo no hacía preguntas. Y tampoco teníamos ese tipo de relación donde te abres en canal y vomitas tus mierdas. No todavía.

—Será un partido amistoso —continuó Julián—, como recompensa por la pasión con la que hemos jugado en los últimos años, dando lo mejor de nosotros.

—¡Bingo! —exclamó entonces Benji, triunfante.

Elliot y yo apenas contuvimos la sonrisa. Julián no se inmutó, concentrado en su discurso.

—Es una gran oportunidad. Tendremos el honor de enfrentarnos a los mejores y aprender de ellos. —Julián me miró de nuevo y tomó aire. Yo me removí inquieto en la silla. ¿Qué coño pasaba? ¿Iba a decirme que yo aún no estaba preparado? Llevaba meses jugando partidos como uno más. Mi destreza en el hielo iba viento en popa a toda puta vela, y mi puntería era inigualable—. He recopilado unos cuantos vídeos de los Demonios para que analicemos su juego, sus fortalezas y sus debilidades. Mirad.

Julián reprodujo el vídeo y la cámara siguió el recorrido de los jugadores. Se notaba que eran profesionales. Joder, se notaba un montón. Y no solo por el equipamiento o por el control con que se movían. El puck apenas se paraba. Entraba un jugador y otro salía en el mismo instante, sin mirar siquiera al banquillo. Los sonidos no eran ruido, sino ritmo. Música. Y la estructura era perfecta. Todos sabían dónde y cuándo estar. No era cuestión de instinto, sino de coordinación y disciplina. El corazón me saltó dentro del pecho cuando mis ojos se posaron en el número veintiséis. Qué digo me saltó. Me dio un vuelco tan grande que me dejó sin aire. Y ese pitido en los tímpanos, que no soporto.

—¡Donnelly! —gritaron por ahí.

Elliot bufó de nuevo. Elliot. Bufó. De. Nuevo. Y eso solo podía significar una cosa. Que Donnelly era Gremlin Dos. Su hermanastro.

Donnelly —eso ponía en su camiseta— estaba de espaldas, cubierto de pies a cabeza por la equipación de hockey, pero sus movimientos se me antojaron conocidos. Lo observé con atención. Lo estudié en silencio. La manera en que giraba, la arrogancia en cada paso, la postura de las piernas cuando se detuvo. La estatura. El pelo rubio que sobresalía del casco. Joder, todo.

—No. Me. Jodas.

Tragué saliva y el corazón comenzó a latirme muy rápido. No, imposible. Ni de coña. Ni de puta coña. No podía ser. Mis distorsionadísimos recuerdos me estaban jugando una mala pasada. Sí, eso era. Una mala pasada.

Me puse en pie y bajé las escaleras. Caminé hacia la pantalla a cámara lenta, o eso me pareció, sin apartar la vista de ella.

—Jonathan —me llamó Julián, pero lo ignoré.

Jamás había visto a Blake jugar al hockey, ni siquiera sabía que Blake jugaba al puto hockey, pero era él. Joder, era él. En ese momento se desprendió del casco y… ahí estaba, tan rubio como siempre, con el pelo sudado disparado en todas direcciones, como de costumbre.

—Jonathan —insistió Julián.

Cuando llegué a su lado, aparté la mirada de Blake y me fijé en la expresión compungida de Julián. Entonces comprendí sus miradas. Él lo sabía. La pregunta era desde cuándo. Y cómo. Y por qué. Y ¿en serio?

—Dime que no tienes ni puta idea de por qué me he levantado. Vamos, dímelo —casi supliqué.

—No puedo. Lo siento.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Desde el principio.

Guau. Desde el principio. Era peor de lo que pensaba. Y me lo había ocultado. Me lo había ocultado durante un año entero. Un puto año entero. Trescientos sesenta y cinco días. Eso son muchos días, ¿verdad? Dolió. En el mal sentido. Me sentí traicionado. Como si una grieta silenciosa se hubiera abierto en un muro que creía

sólido. Justo cuando había comenzado a confiar en Julián. Justo cuando había decidido que quizá quería quedarme para siempre.

—Eres un mentiroso —le espeté, más dolido que enfadado.

Julián suspiró y posó el mando sobre la mesa.

—¿Podéis dejarnos solos, por favor? —pidió al resto de mis compañeros, que habían comenzado a susurrar. Ninguno hizo amago de ponerse en pie. Luego se volvió hacia mí—. Y tú cálmate y escúchame. Siéntate y te lo explico todo.

—¡No voy a sentarme! —grité.

—¡He dicho que todos fuera! —gritó él también, y entonces sí salieron escopetados—. Jonathan —dijo cuando por fin nos quedamos solos—, Blake y yo jugamos juntos en Madrid. Nos conocemos de toda la vida; él sabía de los Jaguars. Solo me pidió que te diera una oportunidad. Nada más.

—¿Que me dieras una oportunidad? —respondí, con la voz rota —. Te llamó para que me dieras una oportunidad, como si yo… ¿como si yo fuera un puto caso perdido?

—No. Como si fueras alguien con talento que merecía estar aquí.

—¿Y qué mierda sabía él? ¡No se molestó ni en preguntarme mi puto apellido! ¡No se molestó ni en mirarme!

—Sí te miró, créeme. Y te vio jugar una noche.

—Me vio jugar durante un mísero minuto antes de meterme la mano en los pantalones.

—Suficiente, para un jugador profesional.

—¡No necesito su puta caridad! —grité de nuevo. No terminaba de creerme lo que estaba pasando.

—No fue caridad. Yo vi en ti lo mismo el día qu…

—¡Y puede meterse su puta opinión por donde le quepa! —continué, ignorando a Julián—. ¡Ambos podéis meteros vuestras opiniones por donde os quepan! No necesito que nadie me salve. ¡Joder!

Di media vuelta, dispuesto a marcharme.

—Jonathan. ¡Jonathan!

Subí los escalones de dos en dos y empujé la puerta con tanta fuerza que incluso golpeó la pared. Casi impacté con Elliot, Benji y Caylin.

—¿Qué coño está pasando? —me preguntó Elliot—. ¿De qué conoces a Blake?

Bonito momento para llamarlo por su puto nombre. Sin responder, introduje la mano en el bolsillo de su pantalón de chándal y le cogí las llaves del BMW. Salí pitando de allí, sin dar explicaciones, directo al aparcamiento. Busqué en internet la dirección y la tecleé en el GPS, con dedos temblorosos. Aceleré con tanto brío que el asfalto lloró bajo las ruedas. Conduje con el corazón golpeándome las costillas.

Llegué al estadio de los Demonios en menos de una hora, un récord, y conseguí colarme en sus entrañas. Puede que no supiera sujetar una copa de champán de la manera adecuada, pero en meterme donde no debía era el puto rey. Recorrí los pasillos, que olían a hielo limpio y a metal; el eco de mis pasos me calaba los huesos. Accedí a la pista de hielo y busqué a Blake al otro lado de la cristalera, entre la marabunta de jugadores, todos vestidos de blanco, rojo, negro y gris.

—¡Eh, tú! —me llamó alguien—. No puedes estar aquí. Es un entrenamiento privado. ¿Cómo has entrado?

—Si me tocas —le dije, sin mirarlo, cuando amagó agarrarme de la muñeca—, te parto las piernas.

—¡Seguridad! —gritó, un tanto asustado.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó un tío alto, pelirrojo, con una chaqueta de los Demonios, cara de mala hostia y una tabla en la mano. Supuse que era el entrenador. Se acercó a mí, patinando—. ¿Quién eres tú?

—Estoy buscando a alguien —respondí, sin apartar la mirada del hielo. «¿Dónde estás, Blake?».

—Oh, ¿estás buscando a alguien? —replicó, sardónico, al tiempo que los murmullos se desataban detrás de él: «Eh, ¿qué pasa?». «¿Se ha acabado el entrenamiento?». «¿Quién es ese?».

—Yo me ocupo —dijo entonces Blake.

Oh, ahí estaba, detrás de una de las porterías. Se quitó el casco y se acercó a mí. Llevábamos más de un año sin vernos. Podría haberme fijado en tantos detalles…, como en lo largo que tenía el pelo, o en el corte que lucía en una de las mejillas. Podría, incluso,

haber reparado en la reacción de mi cuerpo ante su presencia, en el latido errático de mi corazón o en el pulso en mis oídos, pero el cabreo me nubló la vista. Solo pude mirarlo con la mandíbula apretada y unas ganas locas de acabar con él y toda su maldita estirpe.

Blake salió de la pista y, sin quitarse los patines, se encaminó hacia uno de los pasillos, bajo la atónita mirada de su entrenador y sus compañeros, con la seguridad de que yo iría detrás. Y claro que fui detrás, joder. Iba a cantarle las cuarenta como no se las habían cantado en su puta vida.

El silencio que nos siguió por el pasillo fue ensordecedor.

—¿De qué vas? ¡De qué coño vas, joder! —grité en cuanto entramos en el vestuario y cerré la puerta de un portazo.

—Hola, Jonathan. —Blake apoyó el stick contra la pared y se giró —. ¿Cómo te ha tratado la vida últimamente? Te veo bien. Un poco más gordito. Yo también lo estoy; bien, me refiero, no más gordito; gracias por preguntar.

—Déjate de chorradas, Blake. No tenías derecho a inmiscuirte en mi vida. —Le clavé un dedo en el tórax—. Joder, no tenías ningún derecho.

Blake fijó sus ojos en los míos y retiró mi dedo.

—Era una mierda de vida.

—¡Era mi mierda de vida! ¿Quién coño te crees que eres?

Suspiró, se sentó en uno de los cubículos y comenzó a desatarse los cordones de los patines como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Puedes volver a ella cuando quieras. Nadie te lo impide.

—A lo mejor lo hago.

Levantó la mirada conforme se descalzaba uno de los patines y lo arrojaba al suelo sin contemplaciones. En sus ojos destelló algo que no supe descifrar.

—¿Sabes cuántos pagarían por tener una oportunidad como la tuya? Y no solo por lo obvio: comida; techo; vivir de algo que te gusta. Julián…

—A lo mejor darme de hostias en un callejón también me gustaba.

—… es uno de los mejores jugadores de hockey que ha…

—¡Me la suda Julián! Yo no te la he pedido. No necesito tu caridad.

—No es caridad. —Se deshizo del otro patín y lo lanzó al suelo con otro golpe seco. Yo me llevé las manos a la cintura.

—¿Y entonces qué coño es? —escupí.

—No lo sé. Lo que se espera de mí, supongo.

—¿Lo que se espera de ti? ¿Qué mierda significa eso?

Se puso en pie de nuevo y se sacó la camiseta por la cabeza.

—No importa —dijo mientras se desprendía de las protecciones del pecho—. Si no te gusta, coge la puerta y lárgate. Nadie te retiene, ya te lo he dicho. Yo te di la oportunidad; lo que hagas con ella no es asunto mío.

El tono. El tono fue lo que me sacó de mis casillas. Y la condescendencia, claro. Lo apunté con el dedo, dolido. Joder, más dolido que nunca. Y mira que había pasado por situaciones dolorosas en mi vida.

—Eres un gilipollas, Blake. Eres un puto gilipollas.

Me miró, enfadado.

—Y tú eras menor de edad.

Arrugué la frente.

—¿Qué?

—¿Qué? ¡¡¡¿Qué?!!! —Se quitó el pantalón y se concentró en las medias y las protecciones, de mala hostia—. Me podías haber arruinado la vida. ¡Mi carrera! Yo era mayor de edad y lo sabías. —Lanzó al suelo una de las protecciones—. Pero, claro, para ti todo es un juego. Encadenas un subidón de adrenalina con otro. Y que le den por el culo al mañana. ¡Al después! ¿Eres consciente de lo que habría pasado si hubiese salido a la luz que mantuve relaciones sexuales con un menor de edad? —Lanzó la otra—. ¡Esto es importante para mí, Jonathan! El hockey es importante para mí. Es de las pocas cosas que tengo. Y podías habértelo cargado. Así que ahórrate el discurso moral.

—¿De las pocas cosas que tienes? Tú lo tienes todo en la vida.

—No sabes nada. —Rio sin ganas al tiempo que se desabrochaba la coquilla.

—¿Vas a quedarte en bolas o qué? —pregunté, sin poder evitarlo.

Entonces se acercó mucho a mí. Tanto que su aliento me rozó la cara. Olía a resina y a algo que me resultaba insoportablemente familiar.

—¿Te supone algún problema? —preguntó.

—Puede.

—Nada que no hayas visto antes, ¿no?

—No me gusta que invadan mi espacio personal, y tú lo haces siempre.

—Pero bien que querías que te chupara la polla.

Abrí la boca para replicar, pero alguien aporreó la puerta.

—¡Blake! —lo llamaron.

—¡Un minuto! —respondió este, y me miró. No teníamos nada más que decirnos, así que me di media vuelta y enfilé hacia la salida —. No me debes nada, Jonathan —dijo, a mi espalda—. No desaproveches una oportunidad como esta. Te vi jugar al hockey y sabía que Julián reclutaba chavales para su equipo. Solo le comenté que fuera a verte. El resto lo hiciste tú solo.

Abrí la puerta sin mirar atrás. Al otro lado nos esperaba un puñado de jugadores sudorosos, que nos observaban sin saber qué pensar. Y un entrenador que me miró con los ojos entrecerrados. Debía de haber acabado el entrenamiento.

—Joder, ya sé quién eres —exclamó el pagafantas de Fantoni al verme la cara. «Ojos Azules», vocalizó hacia Blake, como si yo no supiera leer los putos labios.

—Yo también te quiero —respondí.

Y me marché, cabreado y con golpe de hombro a Fantoni incluido. Salí del estadio con un zumbido en los tímpanos. Ni siquiera recordaba dónde había aparcado el coche de Elliot, así que tuve que buscarlo.

Cuando, una hora más tarde, llegué al CAR, Julián me esperaba sentado en el bordillo del aparcamiento, que estaba a reventar, dada la hora punta. Se puso en pie en cuanto me vio.

—Es ilegal conducir sin carné —me dijo, con una sonrisa, en cuanto me bajé del coche, para templar mi humor—. Supongo que lo sabes.

—Elliot guarda el suyo en la guantera —respondí, seco, y empujé con fuerza la portezuela para cerrarla.

—Sois igualitos. Mismo pelo y mismos ojos. ¿Qué tal con Blake, por cierto?

—Directo a la yugular, ¿eh?

—No soy de los que se andan por las ramas.

—Permíteme dudarlo…

—Jon…

—Cuando apareciste en la pista aquella noche —lo interrumpí, porque no quería escuchar sus excusas de mierda— y me retaste para que jugara contigo, ¿lo sabías todo sobre mí?

—Sabía lo tuyo con Blake. Sin detalles —me aclaró en el acto—. Sabía que tus padres habían fallecido y en qué circunstancias. Sabía que vivías con tu abuelo desde que tenías nueve años. Que peleabas los sábados por la noche y le entregabas todo el dinero a él. Sabía que te maltrataba física y emocionalmente.

Cogí aire. Asentí. Reí sin ganas. Creo que incluso se me humedecieron los ojos. Qué vergüenza por mi parte, ¿eh?

—Eso es saberlo todo sobre mí —observé—. ¿Y Blake?

—¿Blake, qué?

—¿También lo sabe todo sobre mí?

—No.

—¿Por qué? ¿Por qué? —insistí, al ver que no respondía.

—Porque no quiso saberlo.

No respondí. Pasé por su lado, sin querer escuchar una sola palabra más, y fui directo a mi dormitorio con la firme intención de coger a mi gato y largarme de allí. Entré: la minúscula salita que compartíamos el sobrado de waterpolo y yo estaba desierta, así que supuse que me encontraba solo. Algo lógico, dado que eran las diez de la mañana y los entrenos estarían a pleno rendimiento. Pero me equivoqué. Porque dentro de mi dormitorio, sentados encima de mi cama, todos con la espalda apoyada en el cabecero, como si les perteneciera, me esperaban Elliot, Benji y Álvaro. Suspiré. Y volví a cerrar de un portazo.

—¿Qué mierda hacéis aquí? —pregunté, cabreado.

—Esperarte —respondió Benji—. Le hemos hecho la trece catorce a Patrick. Caylin se ha quedado para cubrirnos.

—¿Y tú? —le dije a Álvaro. No acababa de convencerme su presencia.

—Le he hecho la trece catorce a Nicki. Cree que sigo debajo del agua. Va a ser la apnea más larga de la historia.

Joder, casi me reí. Álvaro tenía su gracia. A veces.

—¿Dónde está mi gato?

—Encerrado en el cuarto de Freddy —me respondió Benji—. No quiero morir a los diecinueve.

Elevé los ojos hacia el cielo.

—Nunca has llamado a tus hermanastros por sus nombres —le eché en cara a Elliot, sin florituras.

—Sí que lo he hecho.

—«Gremlins» no son sus nombres, Elliot, joder.

—¿Quién lo dice?

Me dejé caer bocarriba en el colchón, como pude, pues sus larguísimos cuerpos lo ocupaban todo. Me clavé las piernas de Benji y de Elliot en la espalda y la parte trasera de las rodillas, pero apoyé la cabeza en las de Álvaro.

—Conozco a Blake —confesé—. No sabía que se apellidaba Donnelly. Mucho menos, que era tu hermano.

—Hermanastro.

—Ni que jugaba de forma profesional al puto hockey. Joder, no tenía ni idea. Follamos hace un año.

Elliot se atragantó, a Benji se le desencajó la mandíbula y Álvaro ahogó un grito. Yo les hablé de la Nochevieja en que nos conocimos, de la proposición indecente que me hizo su novia y…

—Blake no tiene novia —me interrumpió Elliot.

—Sí que la tiene.

—Te aseguro que no. Jamás ha tenido una pareja estable. Normal, si no hay quien lo aguante. Vaya estómago tienes, por cierto. Y luego le haces ascos a la coliflor.

—Entonces mantienen una relación abierta.

—Blake *jamás* tendría una relación abierta. Nunca en la vida. Es demasiado tradicional. Y su concepto del amor está muy

romantizado a causa de su madre.

—«Jamás» y «nunca en la vida» son sinónimos —apuntó Benji justo antes de estornudar—. ¡Achís! Joder. El pelo de ese gato tuyo traspasa las paredes.

—Te lo merecías —le dijo Elliot—, por lo de los sinónimos. Listo, que eres un listo. ¿Cómo se llamaba la chica? —me preguntó a mí.

—No me acuerdo.

—¿En serio, tío? —intervino Álvaro.

—En serio. Ocurrió hace un año.

—¿Cómo era? —insistió Elliot—. Físicamente, me refiero.

—Guapísima —recordé—. Pelo moreno. Rasgos orientales. Cuerpo de escándalo.

Elliot frunció el ceño.

—Tiene que ser una de sus amigas. Vamos a cotillearle en las redes sociales.

Benji cogió su teléfono y entró en el perfil de Blake. Deslizó el dedo por la pantalla. Elliot y Álvaro acercaron la cabeza. Yo me incorporé e hice lo mismo. La mayoría eran fotos suyas. Algunas jugando al hockey. Otras, haciendo el imbécil. Había varias con sus amigos, o con quienes supuse que eran sus amigos. Fantoccini salía en casi todas, con su careto de pánfilo. Oh, había fotos de Nochevieja y…

—¡Esa es! —exclamé en cuanto la reconocí.

—¿Esta? —Elliot la señaló con el pulgar—. ¿En serio? Joder, tío. Es Núria Lacour, una de las patinadoras sobre hielo más importantes del panorama nacional. Gremlin Dos y ella son amigos desde hace varios años. Se conocieron cuando Blake entró en los Demonios. También fue entonces cuando conoció a Leo, y se hicieron íntimos casi al instante.

—Pues se sentían muy cómodos el uno con el otro, sexualmente hablando. Me refiero a Núria y Blake. No era la primera vez que follaban, te lo aseguro.

—Te digo yo que son solo amigos. Cero dudas. Follarán de vez en cuando, pero no son novios. Ni de coña.

A ver…, cabía la posibilidad de que Elliot tuviera razón. Y si yo lo pensaba en frío, tenía todo el sentido que a Blake se la sudara que

yo follara con ella.

—Tío, ¿en serio follaste con Núria? —me preguntó Álvaro—. Eres mi puto ídolo. Es una de las mujeres más deseadas del momento.

—Yo sigo sin creerme que te hayas tirado a Blake —añadió Elliot.

—¿Ahora lo llamas Blake? —bufé—. Increíble. Y no me lo he tirado. Hicimos un trío.

—¡Mi puto ídolo!

—¿No os tocasteis?

Suspiré de nuevo. No me apetecía una mierda sincerarme con ellos. Y mucho menos en lo concerniente a Blake, que dolía más que el puto *piercing* en la polla. Además, para hablar de mis movidas ya tenía a mi gato. Lo sabía hasta Fernando, el psicólogo, que, tras un año de terapia, *casi* me había dado por imposible.

—¿Y qué si lo hubiéramos hecho?

—Nada. Solo que no tenía ni idea de que a Gremlin Dos le gustaran los tíos. Siempre lo he visto con tías. Con muchas tías. No sé qué coño le ven, la verdad.

Me mantuve en silencio. Yo tampoco lo entendía.

—Quizá fuera su primera vez —apuntó Álvaro—. Con un chico, quiero decir.

—A saber.

—¿Era la tuya? —inquirió Benji.

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —me preguntó Elliot.

—No lo sé. Largarme, supongo.

—¿Largarte? ¿Del CAR? Me refería a qué ibas a hacer con Blake.

—No voy a hacer nada con Blake.

—No puedes dejar el CAR —añadió Álvaro.

—¿Por qué?

—Porque te echaríamos mucho de menos.

Su respuesta me pilló por sorpresa. Porque podía haber dicho tantas cosas, podía haber dado tantos motivos, pero eligió ese. Nos sostuvimos la mirada durante un par de segundos. Casi me permití una sonrisa. Luego me dirigí a Elliot:

—¿Tú cuándo te diste cuenta de que te gustaban los tíos?

—Un día me gustó uno. Y ahí lo supe.

—A mí un día me gustó una chica —dijo Benji.

—Y a mí —añadió Álvaro—. No la misma que a ti —aclaró.

—A lo mejor sí es la misma y no lo sabéis —señaló Elliot.

—Lo dudo mucho —respondió Álvaro—, teniendo en cuenta que Benji no conoce a mi prima.

—¿Te gusta tu prima? —preguntamos los tres al unísono.

Álvaro se reclinó contra el respaldo de mi cama y se tapó los ojos con un brazo.

—Mogollón. Pero ella no me mira de esa manera. Ni siquiera cuando me pongo la ropa de follar.

—¿La ropa de follar? —volvimos a preguntar al unísono, esa vez con el ceño fruncido.

—Mierda, se me ha escapado. Mis tíos van a matarme. Es un secreto familiar. Pantalones vaqueros y camiseta blanca. Es lo que se ponían siempre que querían ligar con alguien. Al parecer, es infalible. Hasta que he llegado yo, claro. Y Paris y yo no compartimos sangre, por cierto. Mis tíos la adoptaron cuando éramos muy pequeños.

—Como si eso lo mejorara…

—¿Pantalones vaqueros y camiseta blanca? ¿En serio?

—Te lo juro.

—Tú estás colado por tu entrenador —le dije a Elliot—. No eres el más indicado para juzgar.

—Qué mentira. ¡Y tú has follado con un Gremlin!

—¡No es un Gremlin de verdad!

—Seguro que tiene la polla verde, y todo.

Quise replicarle, pero en su lugar estallé en una carcajada espontánea.

—¿Pantalones vaqueros y camiseta blanca? ¿En serio en serio? —insistió Benji.

—Yo quiero saber más de ese trío —añadió Álvaro—. Y quizá tomar apuntes.

—Ni de coña —respondí—. Además…, ¿los tíos hablan de estas cosas?

—¿De tríos? Constantemente.

—*De tías y de otros tíos*. De sentimientos.

—Ah, de eso no. Qué va.

—Ni de coña.

—Yo tampoco lo creo.

Me mostré de acuerdo, pero ahí estábamos los cuatro, hablando de tías, de otros tíos y de sentimientos.

—¿Llevabas pantalones vaqueros y camiseta blanca la noche del trío?

—No. Un chándal negro del pleistoceno.

—¡Mi puto ídolo!

Mi compañero de cuarto eligió ese momento para hacer acto de presencia. Lo escuché entrar e inicié la cuenta atrás en voz baja. Cinco, cuatro, tres…

—¡Ros! —gritó—. Tu gato está durmiendo en mi almohada. ¡Otra vez!

… dos, uno. Abrió la puerta de mi dormitorio con mi bolita de pelo naranja en brazos. La dejó caer en la cama. El gato empezó a bufar a diestro y siniestro, claro. No le gusta la gente.

—Eh, eh, eh —se quejó Benji, flexionando las piernas y encogiendo el cuerpo—. Apártalo de mí, joder. ¡Achís!

—¿Tú no deberías estar en la piscina? —le preguntó Álvaro a mi compañero.

—Mira quién habla —respondió el otro, y se largó dando un portazo.

—Puto borde.

—¿Por qué a él no le bufa el puto gato?

—No llames puto a mi gato.

—¡Achís!

—¿Y cómo se llama?

—Freddy, tío.

—El de waterpolo no, joder. El gato.

—No tiene nombre.

—¡Achís! Dios, me pican los ojos.

—¿Cómo no va a tener nombre? Tenemos que ponerle un nombre.

—No tenemos que hacer nada.

—Yo prefiero seguir hablando de Blake. Me mata la curiosidad.

—Miau.

—Eh, ¿qué ha dicho?
—No ha dicho nada, tío. Es un puto gato.
—¡Que no llames puto a mi gato, Elliot, joder!
—Ha reaccionado a algo.
—Ha sido cuando habéis dicho «Blake».
—Miau.
—¿Veis? ¡Ahí está de nuevo!
—¿Te gusta Blake?
—Miau.
—Creo que ya tenemos nombre.
—Ni de coña voy a llamar Blake a mi gato.
—¿Y Blaky?
—Tampoco.
—Miau.
—Creo que le gusta. Blaky, entonces.
—Ni de coña.
—¡Achís! Dios, voy a morir a los diecinueve.
—Hay que contárselo todo a Caylin.



Benji no murió a los diecinueve. Pero casi. Tuvimos que llevarlo a la enfermería. Resultó que no solo era alérgico a los gatos. Era *muy* alérgico a los gatos. Y mientras la enfermera nos daba indicaciones para que no le pasara nada, que básicamente consistían en que no se acercara a mi gato, me di cuenta de que me había abierto con ellos como con nadie, por primera vez en mi vida. Y me sentí bien. Joder, me sentí de puta madre. Así que decidí que me quedaba en el CAR. Al menos, por el momento. No porque creyese que era mi lugar, ni siquiera porque quería seguir jugando al hockey, sino porque quizá yo también iba a echarlos de menos a ellos.



Buenas tardes. Informamos de que el deportista Benjamín Schmidheiny ha sido atendido esta tarde en la enfermería por un episodio alérgico agudo. Se encuentra estable y fuera de peligro

Recordamos a todos los residentes que no está permitido tener animales dentro de las instalaciones, especialmente en zonas comunes o de descanso

Rogamos colaboración para localizar al gato que circula por el centro y evitar así nuevos incidentes

Gracias

@Enfermería

Digo yo que si Benji ha sufrido un ataque severo de alergia es porque ha estado cerca del gato. Que diga dónde lo vio, y listo, ¿no?

@Dorita.Aroca

Me asaltó de pronto. Se me subió al pecho, me lamió y se marchó

@Benji.Schmidheiny

No es tonto el gato, ni nada

@Arantxa.Serrano

🙄

@Víctor.Cañas

12

BLAKE

Doce horas antes

Julián:

Mañana voy a enseñarles un par de vídeos a los chicos.

De los Demonios.

Por lo del partido amistoso…

Quería ponerte sobre aviso.

Blake:

OK.

Julián está escribiendo...
Julián está escribiendo...
Julián está escribiendo...

Blake:

Suéltalo ya, Juls.

Julián:

¿Estás preparado?

Blake:

Claro.

¿Por qué no iba a estarlo?

Julián:

Tú sabrás.

Blake:

Sí, yo sabré.

Julián:

¿Nos hemos levantado con el pie izquierdo?

Blake:

¿En qué momento has pensado que iba a hablarte de mis asuntos cuando tú no me hablas de los tuyos?

Julián:

Nos hemos levantado con el pie izquierdo.

Blake:

O dime, ¿echas de menos jugar al hockey?

Julián:

O tal vez Jonathan no sea solo un chico más. Dale una vuelta.

Blake:

O mejor, ¿quién coño se te insinuó siendo menor de edad?

Esperé por su respuesta. Y esperé. Hasta que el móvil se quedó frío en mi mano.

Blake:

Eso pensaba.



Ahora

Fantoni:

Me siento en la obligación de informar de que Ojos Azules ya sabe quién es Blake.

Se ha presentado hoy en el entrenamiento, lanzando rayos láser a discreción.

Pum. Pum. Pum.

Blake:

Gracias, tío.

Sofía añadió a Julián

Fantoni:

¿Por qué añades a Alcalá?

Sofía:

Porque quiero enterarme de los detalles y sé que mi hermano no me los va a contar.

Blake:

¿Y de verdad crees que Julián sí va a hacerlo?

Julián abandonó el grupo

Sofía:

Ni de coña.

Sofía añadió a Julián

Julián:

¿Qué hermana eres y de dónde has sacado mi número de teléfono?

Sofía:

Sofía.

De la agenda de Blake.

Mi padre nos obliga a compartir todos nuestros contactos en la nube familiar.

Por si se presenta alguna emergencia…

Fantoni:

Qué buena idea.

Julián:

¿Y tú eres?

Fantoni:

Adivina adivinanza.

Blake:

Es Leo.

Fantoni:

Tío…

Sí que te ha dejado de mal humor Ojos Azules.

Sofía:

¿Me lo vais a contar?

Blake:

No.

Julián:

No.

Sofía:

Pero míralos, ya hablan coordinados, y todo, los gemeliers.

Jamás pensé que vería algo así.

Fantoni:

Ojos Azules los ha unido.

Julián abandonó el grupo

Sofía:

Ni de coña.

Sofía añadió a Julián

Sofía:

Ahora vivo en Londres, lejos de mi familia.

Apenas conozco a nadie.

Tengo mucho tiempo libre, Juls.

Podemos estar jugando a esto eternamente.

Puse los ojos en blanco. Y recibí un mensaje de Julián en nuestro chat privado.

Julián:

Te ha reconocido antes de que te quitaras el casco.

Blake:

Me habrá delatado el pelo rubio.

Julián:

Claro. En contraposición con el pelo de tus compañeros, todos morenos.

Ah, no. Espera.

Que hay unos cuantos rubios más.

Blake:

La ironía se te da fatal.

Julián:

Ya.

Jonathan acaba de llegar al CAR, por cierto.

Pero como no nos contamos nuestros asuntos, supongo que te da igual.

Solo espero que no se vaya.

Porque sería una pena.

Blake:

Te quedarías sin capitán. Menos mal que dijiste que era algo temporal.

Julián:

Ha resultado ser el mejor de los capitanes.

Pero no lo digo por eso.

Blake:

¿Le has cogido cariño, Juls?

Julián:

Bastante, sí.

Y a ti también.

Blake:

Quién te ha visto y quién te ve.

Julián:

😘

Pues vale. Joder, vaya día. Preferí no pensarlo. Tampoco tenía fuerzas. Mis encuentros con Jon solían dejarme sin aire. En todos los sentidos. Y yo también estaba enfadado, joder.

13

JONATHAN

Una semana más tarde, Julián nos obligó a todo el equipo a acudir a un evento sobre hockey que se celebraba en el estadio de los Demonios. Para limar asperezas y que nos acostumbráramos al mundillo, dijo. Un tributo a no sé qué jugador que se retiraba. Y que habían nombrado a Blake capitán.

Había un montón de gente. Todos vestidos de punta en blanco, con una copa de vino en la mano y sonrisa de anuncio.

—Portaos bien —nos advirtió Julián en cuanto las puertas principales se cerraron detrás de nosotros.

—Siempre nos portamos bien —respondió Elliot.

Se ganó una de esas miradas de nuestro entrenador que te calan hasta los huesos, antes de que Julián desapareciera entre la multitud como pez en el agua. Eché un vistazo en derredor y enseguida localicé a Blake, con un traje beis, camisa blanca y esas deportivas que tanto le gusta llevar. Charlaba animadamente con varias personas. Fantoni incluido. Sonreía. Hoyuelo en la mejilla incluido. Parecía hasta simpático, y no un puto borde metomentodo de cuidado. Elevé los ojos hacia el cielo y alguien carraspeó cerca de mí. Giré la cabeza. Era un chaval alto, con el pelo oscuro y los ojos azules. No le eché más de diecisiete años. Me miraba con la frente arrugada y los brazos cruzados en el pecho. Junto a él había otro

niño, de aspecto similar, pero con el cabello más claro. Y bastante más joven. ¿Doce años? Trece, como mucho.

—¿Y tú qué miras? —le pregunté, incómodo.

—Estás mirando fijamente a mi hermano y no me gusta que la gente mire fijamente a mi hermano —me dijo, todo antipático—. ¿Eres uno de sus rivales?

Suspiré, irritado.

—No estoy mirando fijamente a tu hermano. No sé ni quién es tu hermano.

—Blake Donnelly. Y sí lo estabas mirando.

Abrí mucho los ojos y *miré fijamente* al chaval. Lo cierto es que nos quedamos un rato mirándonos, el uno al otro. Era guapete. Tenía ese aire de adolescente atormentado. Y eso siempre pone. A mí, no; el único chico que me había puesto cachondo en toda mi vida era su hermano mayor, pero pillaba el concepto. Por cierto, no se parecía en nada a Blake, al menos físicamente. Aunque sí compartían color de ojos. El mismo azul oscuro.

—¿Eres hermano de Blake?

—Eso he dicho.

De carácter sí se daban un aire, ¿eh?

—¿Y cómo te llamas?

—Claro, a ti te lo voy a decir, que no te conozco de nada. ¿Por qué mirabas a mi hermano?

—Claro, a ti te lo voy a decir, que no te conozco de nada.

—Entonces, ¿reconoces que lo estabas mirando?

—No lo estaba mirando.

—Sí lo estabas mirando, y voy a averiguar por qué.

—Muy bien. Yo, mientras tanto, te llamaré… —hice un cálculo mental a partir de los cientos de datos absurdos que con el paso de los meses había recopilado involuntariamente sobre la familia Donnelly. Eran siete hermanos, tres de ellos aún menores de edad— Gremlin Cinco. —Me dirigí al pequeñajo que estaba a su lado, y que, ahora que lo miraba bien, era clavado a Blake—. Y a ti, Gremlin Siete.

—¡Eh! —se quejó—. Me llamo Axel.

—Bien por ti. Y ahora, ¿por qué no os vais por ahí a buscar a vuestro padre, que seguro que os anda buscando?

—No tengo diez años —me dijo el mayor.

—Ya. ¿Y cuántos añitos tienes?

—Diecisiete en noviembre.

—O sea, que tienes dieciséis.

—Estoy más cerca de los diecisiete que de los dieciséis.

—Pero tienes dieciséis.

—*De hecho*, una vez que cumplimos los años, entramos ya en la era de los siguientes. Así que, técnicamente…

—Dieciséis.

Eso lo irritó. Bien. Sonreí para mis adentros. Era un poco sabiondo.

—¿Vas a decirme ya por qué mirabas a mi hermano? ¿Eres uno de sus rivales?

Joder, qué pesado.

—No te lo tomes como algo personal si te ha machacado en el hielo —añadió Gremlin Siete, sacando pecho—. Lo hace con todos.

—Ya veremos. Por cierto —una vez más, recordé la información aleatoria que mi cabeza almacenaba sobre los Donnelly—, ¿qué hacéis aquí? ¿No vivís en Madrid?

—¿Y tú cómo sabes eso? —me preguntó Gremlin Cinco, con el ceño fruncido.

—Hemos venido con papá a ver a Blake —respondió Gremlin Siete al mismo tiempo—. Lo han nombrado capitán del equipo —dijo de nuevo, hinchado como un pavo—. El capitán más joven de la historia de los Demonios.

—No te importa —le dije al primero—. Y *ya lo sé* —me dirigí al segundo, en tono de burla.

—Definitivamente, es un rival —le dijo el pequeño al mayor.

Este me miró de arriba abajo y arrugó la frente de nuevo.

—Mmm. No sé —exclamó, pensativo.

Puse los ojos en blanco.

—Hasta la próxima, enanos —me despedí.

Me abrí paso entre la gente y localicé a Elliot y Benji escondidos detrás de una planta gigante. De camino hacia ellos cogí una copa

de vino de las que ofrecían los camareros en bandejas de plata.

—¿Tenéis el teléfono de Blake? —les pregunté a mis amigos, directo.

Probé el vino.

—Sí. ¿Por?

Puaj. Casi lo escupo. Asqueroso. Le di la copa a Benji.

—Pásamelo.

—¿Para qué?

Benji probó la bebida y puso la misma cara de asco que yo. Se la cedió a Elliot.

—Para escribirle.

Elliot la olió y dio un sorbo. Se encogió de hombros, así que no debió de parecerle tan mala.

—¿Para escribirle el qué?

—No te importa.

—No confraternices con el enemigo —me advirtió Benji antes de compartir conmigo su contacto.

—Ni te lo folles —añadió Elliot.

Elevé de nuevo los ojos hacia el cielo.

—¿Qué hacéis aquí escondidos? —pregunté conforme agregaba el número de Blake a mi teléfono.

—Evitar a mi padrastro.

Levanté la mirada.

—Muy maduro, rubio. ¿Quién es, por cierto? Me pica la curiosidad.

Elliot abrió la boca para contestar, pero…

—¡Eres uno de ellos! —escuchamos de pronto, a nuestra espalda —. ¡Un gatito de Julián!

Los tres nos giramos a la vez. Eran Gremlin Cinco y Gremlin Siete. Debían de haberme seguido.

—Pírate, Brandon —ordenó Elliot.

—¡Brandon! —exclamé yo, en voz alta, a lo que el chico puso cara de fastidio.

Espera. ¿Brandon? Recordé la conversación con Blake en el callejón, más de un año atrás. La recordé porque aquella noche me quedé con la curiosidad. «Brandon va a recordar su primera

mamada durante el resto de su vida». ¿Este era Brandon, el de la mamada?

—Oh, ya sé quién eres —le dije, con una sonrisa socarrona, y le guiñé un ojo.

También me largué, dejando a Elliot y Benji con el marrón de aguantarlos. Al fin y al cabo, eran sus hermanastros.

Mandé un mensaje a Blake.

Jonny:

Hoy en día nombran capitán a cualquiera, ¿eh?

Te espero en la salida en diez minutos.

El del Rolex:

Sí, claro.

Como me pone un montón que me infravaloren, ahora mismo lo dejo todo y voy corriendo.

Jonny:

No hace falta que corras.

El del Rolex:

Era ironía.

Jonny:

No me digas.

El del Rolex:

Aunque es cierto que hoy en día nombran capitán a cualquiera.

Jonny:

No me digas.

El del Rolex:

Conozco un caso que te dejaría con la boca abierta.

Jonny:

¿Y con el culo prieto?

El del Rolex:

Apúntalo como efecto secundario.

¿Quién eres, por cierto?

Ya que voy a salir corriendo en tu busca, qué menos…

Jonny:

Soy el tío más guapo de toda la fiesta.

El del Rolex:

Incorrecto. Tengo al tío más guapo de toda la fiesta justo al lado y no ha sacado el teléfono del bolsillo. Así que es imposible que esté escribiendo. Mi conversación lo tiene ensimismado.

Levanté la mirada y escaneé la estancia. Rubio con traje beis, rubio con traje beis, rubio con traje beis… Oh, ahí estaba, fingiendo escuchar a un señor octogenario, asintiendo con la cabeza cada pocos segundos. Esbocé una sonrisa.

Jonny:

Ese no es el tío más guapo de toda la fiesta.

Es el segundo más guapo.

El primero soy yo.

Vi cómo ojeaba con disimulo su teléfono, en su mano derecha, y se le escapaba una sonrisa.

Jonny:

Te daré otra pista.

Alto, moreno, ojos azules que cortan la respiración…

Escribió su respuesta sin que se le moviera una facción de la cara. Así que había sabido desde el principio que era yo. El señor octogenario seguía parloteando como si nada.

El del Rolex:

Lo siento, pero no caigo.

Jonny:

OK. Pista definitiva: solías correrte gritando mi nombre.

Entonces sí reaccionó. Resopló.

El del Rolex:

Jamás me he corrido gritando tu nombre, imbécil.

Y no eres tan alto.

De hecho, soy más alto que tú.

Jonny:

¿Ves como sí sabías quién era?

Alzó la vista y me buscó por la sala. Me encontró. Y regresó a su teléfono.

El del Rolex:

¿Cómo has conseguido mi número?

Jonny:

La duda ofende.

Diez minutos, Blake.

Por cierto, bonito reloj.

Me enseñó el dedo corazón en respuesta, el de la misma mano que el reloj. El que le robé. Reí, guardé el teléfono en el bolsillo y me di media vuelta. Miré de reojo a Elliot y Benji: aún discutían con

Brandon y Axel. Me daba mucha pereza volver allí y pedirle las llaves del coche a Elliot, así que ideé un plan alternativo. Un préstamo.

Me escabullí del salón principal y enseguida localicé el aparcamiento subterráneo. Y, joder, fue como ver una competición de deportivos de lujo en vivo y en directo.

Caminé entre ellos, admirándolos, casi tocándolos, hasta que di con el elegido. Fue amor a primera vista. Casi me declaro, y todo. Podría haberme incluso arrodillado. Lo juro. Era un Porche Panamera de color azul eléctrico. Precioso. Único. Se me hizo la boca agua.

Me hubiera encantado observarlo más en detalle, pero tenía prisa, así que me puse manos a la obra. Tardé siete minutos en forzar la cerradura y arrancar el motor. Salí pitando de allí, con los engranajes rugiendo bajo mis pies y un aroma que se me antojaba conocido filtrándose en mis fosas nasales; di la vuelta a la manzana y me detuve en la salida del estadio. Blake me esperaba con los brazos cruzados, como si me estuviera perdonando la vida, pero en cuanto me vio, se le abrieron los ojos como platos. El efecto del coche. Es que, joder, era un cochazo.

—¿Me estás vacilando? —exclamó, y se acercó al Porsche, mosqueado.

Joder, qué mierda de humor tenía siempre. Le hacía falta un polvo. O dos.

—Lo he tomado prestado, no te vuelvas loco. Vamos, sube. —Abrió la puerta, con mala leche. Se sentó. Cerró la puerta con más mala leche aún. Y me miró como si quisiera arrancarme la cabeza de cuajo—. Dios —protesté—, relájate. Luego lo dejo en su sitio. Nadie va a enterarse.

—¿Cómo coño lo has arrancado?

—Con mucho esmero.

—Si le pasa algo…

—No le pasará nada. El dueño ni lo notará.

—Eso lo dudo.

—Relájate y disfruta del viaje, finolis. —Metí primera y abandoné las inmediaciones del estadio—. No iremos muy lejos. Joder, ¿has oído cómo suena el motor? —pregunté—. Es una puta fantasía. Creo que me he enamorado. —Giré la cabeza y vi que Blake seguía

mirándome con ganas de arrancarme la cabeza—. Venga, hombre, sácate el palo del culo y reconoce que es un cochazo.

—Es un cochazo —admitió, como si me estuviera perdonando la vida por segunda vez. Me incorporé a la autovía y aceleré—. Controla, Jonathan —me dijo entonces—. No queremos que multen al dueño.

Reí.

—¿Qué? —me preguntó.

—Nadie me llama Jonathan. Solo Julián y tú.

—¿No es tu nombre?

—Sí, pero todos me llaman Jonny.

No respondió. Yo seguí conduciendo. Eran más de las once de la noche y había poco tráfico. Tardamos quince minutos en llegar a uno de mis lugares favoritos. Tiene unas vistas impresionantes de toda la ciudad. No sé por qué llevé a Blake allí, la verdad. Supongo que porque no se me ocurrió otro lugar tranquilo en el que pudiéramos hablar.

Estacioné el coche en el pequeño aparcamiento, apagué el motor y miré a Blake. Cogí aire.

—Siento haberte mentido con lo de mi edad —aseguré—. No medí las consecuencias.

—¿Me has traído hasta aquí para disculparte? —preguntó, sorprendido.

—Sí. ¿Algún problema?

—No, joder. Relájate un poco, ¿quieres? Y luego el del palo en el culo soy yo.

—Es la primera vez en mi vida que me disculpo con alguien, ¿vale?

—¿En serio? —preguntó, socarrón, y se le dibujó un hoyuelo tan profundo que me entraron ganas de meter la lengua dentro. Solo por probar, que conste—. ¿Y qué tal la experiencia?

—No ha sido para tanto. De todas formas, jamás se me habría pasado por la cabeza denunciarte.

—No es cuestión de que tú me denunciases a mí, sino de que alguien nos hubiera visto. La gente me reconoce por la calle.

—A mi favor debo decir que no tenía ni idea de que fueras un deportista famoso. Pensé que tus músculos eran por jugar al golf.

Sopló con fastidio.

—Yo no juego al golf.

—Tampoco te disculpas, por lo que veo.

—¿Por qué tendría que disculparme?

—Por meterte en mi vida, por ejemplo, y…

—No voy a disculparme por eso. Volvería a hacerlo.

—… por mentirme.

—¿Qué? No te he mentido.

—Me hiciste creer que Núria era tu novia.

—Yo no hice que creyeras nada. Tú asumiste.

—Y tú me seguiste la corriente.

—¿Qué puedo decir? Soy mucho de seguir la corriente.

—Joder, tendría que haberte extorsionado. Por gilipollas.

—Claro, porque robarme el reloj y el coche no era suficiente.

—No te he robado el coche.

Espera. Espera, espera. Lo miré alucinado. No podía ser. Ni de coña. Negué. No. No. Ni de coña. Blake abrió la guantera, sacó los papeles del seguro y me los enseñó. Estaban a su nombre. Joder, pues sí que era su coche. Mierda, ¿cuál era la probabilidad? En serio, ¿cuál?

—¿En serio es este tu coche?

—Sí, joder, y más te vale que no le hayas hecho nad…

Sin vacilación ni sutileza, lo agarré del pelo con ambas manos y le metí la lengua en la boca. El contacto me provocó un chispazo. O un golpe del corazón contra la caja torácica, no lo tengo claro. Quizá ambos. Algo saltó dentro de mí, eso seguro. Blake gimió, apoyó una mano en mi hombro —no para alejarme, sino como si necesitara sujetarse a algo porque acababa de perder el equilibrio— y empujó su lengua dentro de mi boca. Clavé los dedos en sus brazos y gemí también. Nunca había experimentado un placer como ese. Tan potente, tan excitante, tan distinto. Me había enrollado con varias chicas del CAR en el último año, y no había sido así ni de lejos. Incluso me había planteado enrollarme con algún tío, por comparar, pero ninguno me había llamado lo suficiente la atención como para

meterle la lengua. Supongo que los besos de Blake no eran solo besos. Eran algo más. O mucho más.

Ese beso en concreto lo considero el primero. Las otras veces solo jugábamos a pasarnos el semen de una lengua a la otra. Sin infravalorarlo, ¿eh?, que fue la hostia. Pero no había intención de besar. Ni de explorar la boca del otro. En cambio en esa ocasión sí la hubo.

Colé una mano debajo de su camisa y sentí temblar los músculos lisos de su estómago. Dejó escapar otro jadeo mientras yo deslizaba las yemas arriba y abajo. Era una sensación embriagadora tener a Blake en la punta de mis dedos. Soltó mi hombro y me aferró por la cintura, para acercarme más, y perdí el control. Blake me ponía cachondísimo. Más que cualquiera. Más que ver a dos tías enrollándose, y eso ya era la hostia. Me incorporé como pude y me lancé contra él, clavándome en el proceso la palanca de cambios en la rodilla. Tiró de mí y me senté a horcajadas sobre sus caderas, alineando nuestras pollas, duras. Comencé a empujar. Ya he dicho que tener diecisiete años y ser una hormona andante suponía una putada durante mis interacciones con Blake. «Diecinueve, Jonny. Ahí tenías diecinueve años». «Es lo mismo».

Enredó los dedos en mi pelo mientras nos besábamos como posesos. Yo introduje una mano entre nuestros cuerpos y solté el botón de su pantalón de pinzas. Le bajé la bragueta y le saqué la polla, húmeda de líquido preseminal. Gimió. Gemí. Él hizo lo mismo con mi ropa y mi polla. Y comenzamos a frotarlas de nuevo, una contra otra. Nuestra piel, sudada, resbalaba y favorecía el deslizamiento. Era *la polla*.

—El *piercing* —me dijo—. Estoy sintiendo el *piercing*. Es… ahhh…, joder…

Esbocé una sonrisa de medio lado.

—Yo también lo siento. Se mueve dentro de mí cada vez que empujas.

—Dios…

Hinqué los dedos en sus caderas, me moví contra él y, con los ojos cerrados, disfruté del momento. No sé qué tenía la boca de Blake, o el cuerpo de Blake, que lo borraba todo. Incluso lo mal que

me seguía cayendo. Y las pollas… Joder, las pollas. Sentir una contra la mía era tan diferente a todo lo que había experimentado que apenas podía reprimir el zumbido de placer que se disparó dentro de mí. No quería correrme tan rápido. Nunca quería correrme tan rápido con Blake. Pero es que juntar nuestras pollas era lo puto mejor. ¿Cómo no lo había pensado antes?

Empujamos más fuerte, más rápido, montándonos el uno al otro, en una fricción perfecta de nuestras erecciones.

—Me voy a correr —me advirtió Blake.

Bajé la boca hacia la suya, porque en algún momento habíamos dejado de besarnos para jadear, y lo besé, tragándome sus gemidos mientras me acercaba más y más al precipicio. El cuerpo de él se tensó debajo del mío. Sentí sus brazos alrededor de mi cintura, agarrándome con fuerza. Los muslos me temblaron y las pelotas me palpitaron. Arqueé la espalda a medida que el orgasmo más potente de mi vida se apoderaba de mí. Pero no dejé de empujar. Y entonces Blake también se corrió. Y gritó. No mi nombre, pero… tiempo al tiempo.

Unos segundos después, había semen caliente, y pegajoso, sobre nuestras tripas. Y seguíamos besándonos. Lo hicimos hasta mucho después de que nuestros cuerpos se sosegaran. De que se nos bajara la erección. De que se enfriaran las eyaculaciones. Lo hicimos hasta mucho después de que el aliento y nuestros pechos se estabilizaran. Entonces unté el dedo índice y el corazón con el semen de ambos y los llevé a su perfecta cara, para no perder la costumbre.

—¿Qué haces?

Los restregué por su frente…

—Jonathan.

… por sus mejillas…

—Jonathan, joder.

… por su nariz…

—Eres un puto guarro.

… y por sus labios. Blake arrugó la nariz, mostrando desagrado, pero no se apartó. Metí los dedos dentro de su boca, para que nos

probara juntos, y luego la lengua, para probarnos yo. Él seguía sabiendo a un puto campo de flores.

—Vas a limpiármelo con la lengua —me dijo.

—Eres un puto guarro —lo parafraseé— y este es un coche realmente bonito —solté entonces, sin pensar. Su carcajada me rebotó en la boca.

—Nunca me lo había montado en mi coche —pensó en voz alta —. Y mucho menos, después de que me lo robaran.

—¿En serio? —pregunté, en broma.

—Te lo juro.

Casi sonreí. Ya he dicho que Blake a veces tenía su punto.

—¿Lo habías hecho alguna vez? Esto —aclaré, señalándonos.

—¿Correrme? Sí.

—Con un chico, idiota.

—¿Correrme con un chico idiota? Sí. Contigo. —Le di un golpe suave en el hombro—. Ah, ¿te refieres a con uno que no fueras tú? Solo un beso libidinoso en una fiesta, en el juego de la botella, unas semanas antes de conocerte.

¿En el juego de la botella? ¿Qué tenían, quince años?

—¿Con un desconocido?

Me miró a los ojos.

—No. Con Leo.

Se me atascó la saliva en la garganta.

—¿El pagafantas?

—No es un pagafantas. Es mi compañero de equipo. Mi mejor amigo. Y un buen tío.

Qué va. Solo era un gilipollas.

—¿Y te gustó?

Blake suspiró.

—Lo suficiente para darme cuenta de que no me desagradaba enrollarme con un tío, pero no lo bastante como para repetir con él. ¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿Te quedas en el CAR?

—De momento.

—Bien.

—Bien.

Nos miramos. Yo seguía sentado a horcajadas sobre sus muslos, con la polla fuera y el vientre lleno de semen. Me sentía raro. No a causa del semen o de tener la polla fuera. Me sentía raro porque jamás me había quedado con ganas de más después de correrme. Pero esa noche sí. Esa noche sí me quedé con ganas de más.

—¿Te llevo a algún sitio? —pregunté, para romper el hielo.

Soltó otra carcajada.

—Ni lo sueñes. Te llevo *yo* a algún sitio. No vas a volver a conducir mi coche. Sobre mi cadáver.

Spoiler: por supuesto que conduje su coche de nuevo.

14

JONATHAN

Varios días después, tuve que volver a Barcelona. Era día de paga. Me gané otro puñetazo de mi abuelo, en la mejilla. No debía de gustarle mi cara. El golpe me dejó en el oído ese pitido tan desagradable, que yo odiaba, y un sabor metálico en el paladar. Salí escopetado de su casa, con la piel al rojo vivo y los ojos húmedos, más por rabia que por dolor. Me eché por encima la capucha y…

—¿Jonny? —me llamaron.

Giré la cabeza, todavía con la respiración agitada, y vi a Álvaro. A Álvaro St. Claire Cabana. Con sus zapatillas impolutas. Ni un solo mechón de pelo fuera de su sitio. Abrí mucho los ojos.

—¿Qué coño haces tú aquí? —le pregunté, y lo agarré del brazo para alejarlo lo máximo posible del portal de mi abuelo.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —Señaló mi mejilla, clavando los talones en el suelo.

—Nada.

—¿Cómo que nada? Eso es algo. ¿Qué coño te ha pasado?

—¡He dicho que nada!

El portal se abrió detrás de mí. El sonido de la cerradura me heló la sangre. Entonces mi abuelo me llamó. Y me advirtió no sé qué mierda sobre dejar la luz del pasillo encendida. Y Álvaro, simplemente, comprendió. Le cambió la expresión. Se zafó de mi

agarre y fue a por él. Así, sin más. A dar la cara por mí sin apenas conocerme. O su concepto de lealtad entre compañeros era estratosférico o él era gilipollas. Empujó a mi abuelo, lo amenazó, y tuve que ponerme en medio.

—¡Vale ya, joder! —le grité—. ¿Puedes calmarte?

—¡No vuelvas a ponerle una mano encima! —continuaba gritándole a mi abuelo.

—¿Es tu novio, hijo? —escupió mi abuelo, con una sonrisa perversa, inmune a las amenazas de Álvaro—. ¿Ahora te ha dado por ahí? No puedo decir que me sorprenda. Siempre has sido una nenaza. A ver cuánto tiempo tardas en destruirlo, como todo lo que tocas. Porque más pronto que tarde acabarás destruyéndolo. Lo sabes, ¿verdad?

—Vámonos —dije entre dientes, y tiré del brazo de Álvaro, que seguía clavado en el sitio, con la respiración agitada y las manos cerradas en puños.

—Que no vuelva a acercarse a mí, Jonathan —me advirtió mi abuelo.

—Vámonos, joder —insistí, y esa vez tiré de Álvaro con tanta fuerza que tropezó. Pero conseguí que cruzáramos la carretera, casi corriendo. No paré hasta doblar la esquina. El corazón me martilleaba en las sienes—. ¿Qué coño hacías en mi barrio, St. Claire? —le pregunté, sin mirarlo, cuando estuvimos lo bastante lejos, todavía con el pulso acelerado.

—Me he perdido.

—¿Qué?

—Me dirigía a otro lugar, a comprar unos gorros especiales de natación, y de pronto no tenía ni idea de dónde estaba.

—Joder —mascullé—. Pues no vuelvas a perderte por este lado de la ciudad, ¿vale?

—¿Quién era él? ¿Por qué te ha hecho eso?

—Porque no todos tenemos una familia de ensueño como la tuya.

—Esa es una respuesta de mierda.

—Ya. Pues es la única que vas a obtener.

—¿Ha sido él todo este tiempo? ¿Cuando amanecías de pronto con un golpe en…?

—No se lo cuentes a los chicos —lo interrumpí—. Por favor.

Álvaro me miró. Y me miró. Y me miró.

—Vamos a curarte esa herida, anda —dijo.

Se acercó y me apartó el flequillo con la punta de los dedos. El roce me escoció, y retrocedí.

—No es necesario.

—Sí lo es. Si no la curas bien, te quedará marca de por vida. Y no quieres estropear una cara tan bonita. Dejarías de enamorar a todo bicho viviente.

Sonreí sin remedio.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—¿Lo de que tienes la cara bonita? Porque tengo ojos. Y porque mis compañeras de natación están locas por ti. Y algún compañero.

—Me refería a lo de la marca.

—Ah, por mi hermano.

—¿Es de los que se meten en líos?

—Algo así.

—Quizá él y yo nos llevaríamos bien.

—Sin duda —rio.

—¿Y tú, qué? ¿Vas pegando a la gente por ahí?

Álvaro volvió a mirarme fijamente.

—Solo a los que hacen daño a los míos. —Me cogió de la mano —. Anda, vamos a casa.

Fuimos a casa. Y me curó la herida. Yo no acababa de entender del todo a ese chico, pero él sí parecía entenderme a mí. Creo que llegó antes, bastante antes, al punto donde nos encontramos.

15

JONATHAN

Y dos días más tarde, Jaguars y Demonios nos enfrentamos en un partido por primera vez. Se suponía que era uno amistoso, pero lo cierto es que no volaron cuchillos por el canto de un duro. Si por un momento pensamos que los Demonios iban a competir a medio gas por eso de ser unos profesionales contra unos pobres chavales problemáticos que solo jugaban para canalizar su rabia…, nos equivocamos. Lo dieron todo, los muy abusones.

Entramos los primeros en el hielo para el calentamiento. Las gradas estaban abarrotadas con sus aficionados. Y eran muchos asientos. Nada que ver con nuestra pista. Allí cabían veinte mil espectadores, por lo menos. La gran mayoría vestía sus colores —negro, blanco y rojo— y hacía ondear banderines al ritmo del famoso «la, la, la, la, la» de *Don't you*, de Simple Minds. Cuando, segundos después, los Demonios entraron en el hielo, todos se pusieron en pie.

—*Morning*, Boo —me dijo Blake, con su sonrisa de medio lado y su pelo rubio asomando por debajo del casco, en cuanto me vio.

Julián nos había explicado incontables veces que durante los quince minutos de calentamiento teníamos que permanecer en nuestro lado de la pista, sin cruzar la línea azul. Se ve que su entrenador, el pelirrojo de mirada entrecerrada, no se lo había

advertido, porque Blake pisaba un par de milímetros de dicha línea, junto a su grano en el culo, Fantoni.

Y por cierto, ¿«*Morning*, Boo»? ¿Boo? Mi dominio del inglés brillaba por su ausencia, así que me giré hacia Elliot con el ceño fruncido.

—¿Qué coño me ha llamado?

—Cariño. Ha dicho: «Buenos días, cariño».

No habíamos hablado desde que nos enrollamos en su coche y, ahora que me tenía enfrente por primera vez en una pista de hielo, ¿lo primero que me decía era eso? Exhalé con fastidio.

—Voy a machacarte, guapito de cara —respondí.

La carcajada en la que tanto él como Fantoni estallaron fue estrepitosa. De esas que nacen desde lo más profundo, que vibran en las paredes y laten en el pecho. Sí. De esas.

—Qué mono eres, Ojos Azules —me dijo el imbécil de Fantoni, muy condescendiente. Después se dirigió a Elliot—: Explícaselo, Schmidheiny.

—Que te jodan —respondió Elliot, en su línea.

—Ya se lo explico yo —dijo Blake, animado—. A ver cómo te lo digo para que lo entiendas. —Se llevó un dedo a la boca, pensativo. Lo miré de arriba abajo. Estaba guapísimo vestido con la equipación, joder. Y su cuerpo parecía en perfecta armonía con el hielo. Como si hubiera nacido para ello. Estuve a punto de hacerle la zancadilla—. Oh, ya lo tengo: vosotros jugáis a las casitas en vuestro dormitorio y nosotros construimos rascacielos en la vida real.

¿Casitas? ¿Había dicho «casitas»? Empecé a calentarme, y no en sentido sexual.

—Qué poético —repliqué—. Pero…

—Poético de cojones, ¿eh?

Y encima se atrevía a parafrasearme de nuevo.

—… ten cuidado, que quizá te derrumbo el rascacielos de un solo tiro.

Rio de nuevo. A carcajadas.

—Inténtalo. Pero luego no llores cuando te caiga encima el edificio entero. Hoy no juegas por un caramelo de consolación o

para que Julián te dé una palmadita en la espalda. Hoy juegas en nuestra pista, contra nosotros. Y vamos a hacerte pedazos.

¿Perdona? ¿En qué mundo los pijos de la fiesta de Nochevieja se habían convertido en unos matones e iban a hacerme pedazos *a mí*? Era todo surrealista. Blake me guiñó un ojo y yo estuve a punto de cruzar la dichosa línea azul, pero Benji se interpuso.

—Si vais a liaros a hostias, esperad al primer tiempo. Así al menos nos sacan en la tele. Nos vendrá genial la publicidad.

—Dame un par de años —le dije a Blake.

—Claro. Oh, espera, ¿ya has aprendido a patinar sobre hielo? Intenta no romperte nada antes, cervatillo valiente.

Me lanzó un beso y se piró. Lo miré, sin terminar de creérmelo. Era un gilipollas de manual. A ver, yo ya sabía que lo era aun en condiciones normales, pero en una pista de hockey su imbecilidad se multiplicaba por mil. Elliot se situó detrás de mí, metió una de sus piernas entre las mías y recolocó mi postura.

—Así ya no pareces un cervatillo —me dijo.

Joder…

Tras el calentamiento, ambos equipos nos posicionamos en el hielo, en dos hileras, uno frente a otro. Las luces se apagaron de golpe y el estadio se sumió en un silencio casi absoluto. Solo se oía el eco del marcador y el roce de los patines contra la pista. Entonces un rugido atravesó el aire, como si algo despertara bajo nosotros. El videomarcador cobró vida. En la pantalla emergió una figura solitaria, envuelta en sombras. Blake. Aunque lo taparan con un saco, lo reconocería. Su forma de apoyar las piernas es inconfundible. Destellos rojos y naranjas prendieron a su alrededor, y el hielo bajo sus patines se abrió como una grieta del infierno. Una respiración profunda llenó el estadio, y los primeros acordes de *Heart of courage* estallaron por los altavoces. Claro. Si no entraba como un dios escapando del averno, no era Blake. Elevé los ojos al cielo.

En la pantalla, descendía por una pendiente de hielo que se resquebrajaba a su paso, dejando tras de sí rastros de fuego. A su alrededor brotaban columnas ardientes, rocas flotantes, hielo negro, lava burbujeante, vientos abrasadores. El sonido era tan real que

incluso la pista tembló. Todo parecía moverse con él. Las luces. El aire. El público. Era todo tan exagerado y absurdo que tuve que morderme el labio para no sonreír. Resoplé y cuando volví a mirar al frente, Blake —el real, no el de la pantalla— me estaba mirando.

«Te he pillado», me dijo, moviendo apenas los labios. Intenté mantener la compostura, pero me lo estaba poniendo muy difícil, joder. «¿A que mola?».

«Eres un imbécil», respondí.

Sonrió y me lanzó un beso. Yo me concentré en la pantalla. Su versión virtual patinaba hacia una puerta gigantesca de hierro forjado que le bloqueaba el paso. Frente a ella descansaban los sticks y los pucks, en un círculo de fuego. Blake esquivó llamas y saltó lagos de lava hasta llegar a los sticks. Cada vez que cogía uno, lo envolvía una explosión de energía, y el hielo temblaba como si lo reconociera.

—Dios —mascullé, y Blake arqueó una ceja en mi dirección.

«No me refiero a ti», susurré, y él casi rompe en una carcajada.

Caylin, a mi lado, me golpeó la pierna con la suya.

—Deja de tontear con el enemigo.

Bufé. No estaba tonteando con el enemigo, pero me concentré de nuevo en la pantalla. Blake lanzaba los sticks uno a uno a sus compañeros, que surgían de las sombras como guerreros saliendo del abismo. Entonces disparó el puck hacia Fantoni (ni en el mismísimo infierno se libra uno de verlo) y avanzaron todos juntos, rodeados de destellos de fuego y hielo, hasta que se dieron de bruces con una muralla de lava. En ella había una fisura y Blake —cómo no— lanzó el puck hacia la rendija justo antes de que el fuego los devorara. La cámara siguió su trayectoria hasta que el disco desapareció por el agujero. Todo quedó congelado. Y un instante después, un halo de luz los envolvió. Buuum. El hielo y el fuego se fundieron en un resplandor cegador, la puerta del infierno se cerró de golpe y, cuando el humo se disipó, el equipo reapareció en la Tierra. Habían vencido al mal. Claro que sí.

Con una sonrisa triunfante —de esas con hoyuelo incluido, que vendían camisetas a puñados—, Blake levantó el stick hacia el cielo,

y el logo del equipo se proyectó en la pantalla. La música alcanzó su clímax. Y el público tronó.

¿En serio? Miré a Elliot y a Benji, a mi derecha, más allá de Caylin, quienes pusieron los ojos en blanco a la vez. Las luces volvieron a encenderse de golpe. La voz del presentador cantó la alineación inicial y los titulares nos ajustamos los guantes y los cascos; Elliot y Blake se deslizaron hasta el círculo central, tensos, clavando los patines en el hielo. El árbitro dejó caer el puck y comenzó el partido.

No habían pasado ni dos segundos y Blake ya volaba por la pista con el puck pegado a su stick. Yo seguía aturdido por el vídeo de presentación, o por lo bien que le quedaba la puta equipación, y apenas me dio tiempo a reaccionar cuando su hombro impactó contra mi pecho. Perdí el equilibrio y mi espalda golpeó el hielo. Ay.

—No te quedes parado ahí en medio, Jonathan —me dijo, y luego se inclinó, para que solo lo escuchara yo—: Y bienvenido a la LEH.

Él se largó y yo permanecí inmóvil un segundo, mirando las luces del estadio, que giraban sobre mí. Joder, prefería lo de «*Morning*, Boo».

Elliot acudió a mi rescate y me tendió la mano para ayudarme a ponerme en pie.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí —respondí, conteniendo las ganas de matar a Blake.

—Menos mal que estáis liados, ¿eh?

Sí, menos mal. Iba a destrozarlo, joder.

Por desgracia, enseguida fui consciente de mi inferioridad a la hora de patinar, en comparación con ellos. Aún no estaba al mismo nivel que mi equipo, mucho menos al nivel de uno profesional. Ni siquiera Elliot y Benji, que eran los más veloces, conseguían alcanzarlos para arrebatarles el puck. Aunque también es cierto que Elliot estaba más preocupado en estampar a Blake contra las vallas que en quitarle el puck.

Pese a todo, fui directo a por Blake en cuanto tuve ocasión. Y podía haberle robado el puck, o haberlo intentado, pero preferí embestirlo como un huracán. Hasta yo sentí el impacto en los

huesos. Joder, menuda hostia nos dimos. El stick de Blake salió por los aires, el puck se deslizó hasta la banda y uno de los árbitros pitó antes de que yo pudiera saborear el momento.

—¡Carga ilegal! —gritó, y me señaló el banquillo de penalización.

Me giré hacia Blake, tirado junto a mí en el hielo. Estaba guapo, todo despatarrado. Respiraba con dificultad y me miraba con ganas de querer matarme.

—Parece que te ha caído un edificio encima, Boo —le dije, con sorna.

—Eres un macarra —respondió, y se incorporó ágil como una gacela.

Me limité a enseñarle el dedo corazón mientras patinaba hacia el banquillo de penalización. El juego se reanudó y Blake robó el puck con un movimiento tan limpio que ni siquiera sonó el golpe del stick contra el hielo. Luego bajó la cabeza y comenzó a patinar como un poseso. Sus zancadas eran largas, potentes y seguras. Tres de nuestros defensas trataron de cerrarle el paso, pero los dejó atrás como si patinaran a cámara lenta. Para cuando llegó a la portería, ya estaba solo. Frenó en seco, levantó un poco el puck y se lo coló a Caylin por encima del guante, con una elegancia ofensiva. Y eso que Caylin era la mejor portera de nuestra liga. No había quien le metiera un gol.

Ese día los Demonios se los metieron todos.

Mierda.

El estadio rugió y sus compañeros corrieron a abrazarlo. Fantoni, el primero. Unos segundos después, cuando yo ya había abandonado el banquillo de penalización, volvió a hacerlo: otra carrera, otro regate imposible y otra asistencia, que Fantoni solo tuvo que recoger para marcar.

Benji me dio un codazo en las costillas.

—Nos está humillando un poco, ¿no? —dijo.

—¿Un poco?

El partido siguió y los Demonios pasaron por encima de nosotros una y otra vez. Blake estaba en todas partes. Robaba, defendía, asistía y marcaba goles. A mitad del segundo tiempo, tuve la oportunidad de encararme de nuevo con él. Vi el puck rodando en la

banda y me lancé. Blake llegó a la vez y, al girarse para proteger el puck, su codo se incrustó en mi boca. Sentí el sabor metálico de la sangre, y el mundo se redujo a un dolor agudo en el labio. Caí de rodillas sobre el hielo, escupí el protector bucal y me limpié la sangre con el guante. Blake frenó a unos metros y me miró con el ceño fruncido y la respiración acelerada.

—No ha sido aposta —dijo.

—No te preocupes. Ahora no tendré que sentirme mal cuando te parta la cara.

Blake negó con la cabeza y volvió al juego como si nada.

Terminamos el partido con un marcador de escándalo. No en el buen sentido. Nos dieron una paliza de las que hacen época. Nos destrozaron.

El vestuario bullía de indignación. Éramos los mejores de nuestra liga. ¿Qué coño había pasado?

—Nos han machacado.

—No hemos conseguido acercarnos a su portería ni una sola vez.

—Yo no he tocado el puck.

—Yo ni lo he olido.

—Ni siquiera Elliot ha podido romper su defensa.

—Y Jonny tiene una puntería envidiable. Mejor que la de cualquiera. No entiendo qué ha ocurrido.

—¿Habéis terminado de lamentaros? —nos preguntó Julián, que acababa de entrar en el vestuario. Nadie respondió—. ¿Sí? Bien. Porque Elliot no puede cargar con el peso de todo el partido. Por muy bueno que sea, necesita un equipo que lo respalde. Y además, estaba tan empeñado en pelearse con su hermano que me temo que perdió de vista el juego.

—Hermanastro —puntualizó Elliot, molesto.

Julián lo ignoró.

—Y la puntería no lo es todo —continuó—. Jonathan ni siquiera se ha acercado a la portería. ¿Y sabéis por qué? Porque eso que habéis visto ahí fuera —estiró el brazo y señaló la puerta del vestuario— es hockey de verdad. Es lo que pasa cuando un equipo vive para esto. Cuando cada segundo de su vida lo dedican a ser los mejores. Y ellos lo son. Los ganadores de la copa Titlis.

»Hoy nos han arrollado. Y está bien que duela. Si no lo hiciera, no estaríamos en el lugar correcto. Pero quiero que os quede clara una cosa: esto no es más que el principio. Si trabajáis como yo sé que podéis, si dejáis el ego fuera del hielo y dais el cien por cien, volveréis a enfrentaros. Y seréis vosotros los que pasaréis por encima de ellos. Los Demonios desearán no haberse cruzado con vosotros. Serán ellos los que vendrán intimidados a nuestra casa. Pero para llegar ahí, no basta con quejarse porque son mejores. No basta con decir que duele. Hay que entrenar. Hay que sudar. Y hay que dejarse la piel. ¿Entendido?

Nadie se atrevió a hablar durante unos segundos. Benji golpeó el stick suavemente contra el suelo.

«Veinte pavos a que Gordiflakes le ha pedido a Gremlin Dos que nos machaque», dijo, en código morse.

«Gordi jamás nos traicionaría de esa manera», respondió Elliot. «Ya te vale».

«Es verdad. Fustígame, Elli».

«Abre las piernas».

Benji abrió las piernas en el acto. El resto seguía en silencio, y Elliot le dio un golpe con el stick. Todos los miraron. Julián arqueó una ceja y yo tuve que aguantarme la risa.

—¿Por qué nosotros no tenemos un vídeo de presentación como el de ellos? —pregunté, para disimular.

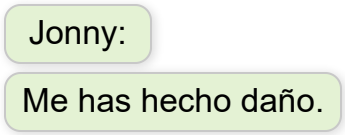
Julián rio. Yo me levanté y di un golpe en el suelo con el stick. Uno de verdad. Uno a uno, los demás me imitaron, hasta que el vestuario vibró con el sonido de todos nuestros palos. Acabábamos de comernos una derrota de escándalo y yo tenía el labio hinchado y dolorido, pero me descubrí sonriendo. Julián tenía razón. Quería volver a ver a los Demonios en la pista. Quería hacerles tragar hielo. Iba a entrenar hasta que las piernas me ardieran y las manos se me llenaran de ampollas. Hasta que el hielo me reconociera como suyo.

—¿Tú también jugabas así? —le pregunté entonces a Julián. Había algo especial en la manera de jugar de Blake, Fantoni, Elliot… Se notaba a leguas que habían mamado hielo desde pequeños. Y estaba seguro de que Julián era uno de ellos.

—Sí —respondió Elliot por él, sin titubear.

Asentí. Giré despacio el casco en mis manos; observé mi reflejo deforme en la visera y me di cuenta de que el hockey me importaba. Al principio solo había sido una excusa para no estar en casa. Una forma de ocupar las horas, de cansarme lo suficiente para no pensar en nada más. Pero ahora era otra cosa. Era el hielo bajo mis pies, frío y sólido, que me recordaba que no me iba a hundir aunque el mundo me pasara por encima con los patines puestos. Era el golpe seco del puck contra el stick, que me hacía pensar que podía dirigir algo en mi vida, aunque fuera una pequeña pieza de goma. Era el ruido de mis compañeros en el banquillo, las bromas estúpidas, los insultos cariñosos y el sudor mezclado con la risa. Era lo más parecido que había sentido nunca a pertenecer a algo. Lo único que me hacía levantarme a las seis de la mañana sin mandar a la mierda a Julián. No sabía si me haría mejor persona. No sabía si algún día dejaría de sentir que estaba en el sitio equivocado. Pero en la pista, aunque solo fuera durante unos minutos, todo era simple. O marcabas o defendías. Caías y te levantabas. Y yo me estaba levantando. Cada día un poco más.

Reparé en mi labio hinchado, en la sangre seca pegada a la barbilla, y le mandé un mensaje a Blake.



Miré la panalla del móvil durante un buen rato. No respondió. Ni siquiera con un emoji. Capullo. Y para colmo, media hora más tarde, en el aparcamiento, cuando nos dirigíamos al autobús, me crucé con él y con Fantoni. Este último vino a tocarme la moral, a decirme no sé qué del partido, y fui a darle un par de hostias. ¿Qué puedo decir?, mis raíces seguían ahí. Ni siquiera voy a intentar justificarme. Quería reventarle la cara. Joder, quería reventársela desde la primera vez que lo vi, pero mi animadversión hacia él había crecido en cuanto supe que había metido su estúpida lengua en una boca que no le correspondía. Sin embargo, Blake —el dueño de la boca— enseguida se puso en medio, y se acabó la diversión. Nos fuimos cada uno por nuestro lado.

16

BLAKE

Julián:

¿No crees que os habéis pasado un poco?

Blake:

Me llamaste por teléfono para pedirme que los machacáramos sin piedad y los hemos machacado sin piedad.

¿En qué quedamos?

¿Los machacamos o no los machacamos?

Julián:

Joder. Los machacamos, los machacamos.

Es solo que me han dado un poco de pena.

Pero esto los pondrá en perspectiva.

Estaban demasiado cómodos creyéndose los mejores.

Blake:

De nada.

Por cierto, ¿cuál es el número de la habitación de Jonathan?

Julián:

Blake…

Blake:

¿Qué?

Ya no es menor de edad.

Y solo quiero darle una cosa.

Julián:

¿Otra mamada?

Blake:

¿Con esa boca besas a tu madre en la mejilla?

Julián:

Con esta boca beso el culo a tu padre.

Blake:

Siempre has sido un lameculos.

Julián:

Aprendí del mejor.

¿Estás en el CAR?

Blake:

Cruzando el aparcamiento, de camino a recepción.

Julián:

Habitación 305.

No hagas que me arrepienta.

Blake:

Sí, señor.

Julián:

Y que no te reconozca nadie.

No quiero ver tu nombre en el Senticar.

Blake:

¿Dónde?

Julián:

Tú procura que no te vean.

Tápate ese pelo rubio.

Blake:

🫡

No me tapé el pelo. Pregunté al primero que pasaba por allí dónde residían los deportistas y seguí sus indicaciones. Subí las escaleras del edificio hasta el tercer piso y encontré la habitación de Jonathan al final del pasillo. Toqué a la puerta y unos segundos después, me abrió en persona Ojos Azules Que Cortan La Respiración, sin camiseta y en ropa interior.

Bum. Directo al pecho. El tatuaje era jodidamente sexi, ahora que lo veía bien. Empezaba en el hombro y se perdía brazo abajo, hasta los nudillos. A primera vista parecía un caos de tinta negra y líneas repasadas que se cruzaban sin sentido formando una vegetación espesa. Pero si lo mirabas con atención, ese caos tenía un orden propio. Había una calavera con una corona torcida, un reloj sin agujas, un par de alas que parecían arrancadas y una hora: las 17:07. No era un tatuaje bonito. Ni caro. Se veía a leguas que lo había hecho por partes, en distintos momentos y con distintas manos; algunas profesionales, otras no tanto.

—¿Qué haces aquí? —me soltó, de mala gana.

—¿Puedo pasar?

Chasqueó la lengua, pero también entornó la puerta, en una clara invitación.

Entré. Lo primero que noté no fue la luz ni el orden. Fue el aroma. Jon en estado puro. Jabón neutro, mezclado con algo cálido que nunca supe identificar, y vainilla. Después… Tengo que admitir que la estancia era más bonita de lo que me esperaba, para ser un CAR. El salón era pequeño pero acogedor, con un sofá biplaza de color gris, una mesita de madera blanca con un montón de videojuegos encima, la mayoría abiertos de par en par, y un televisor de pantalla plana colgado en la pared. Las cortinas, rojas, estaban descorridas, y la luz de media tarde se filtraba por la ventana, que daba a la pista de atletismo. El suelo era de tarima y estaba impecable. La puerta del dormitorio, frente a la entrada, estaba entreabierta y alcancé a ver una cama revuelta. En la esquina, un stick de hockey descansaba contra la pared, junto a sus patines, así que di por hecho que era su habitación. Había un cuenco con comida al lado de la puerta. Y un gato. Joder, había un gato. Apareció de pronto, se estiró en medio del salón y me miró con el ceño fruncido (si los gatos pueden fruncirlo, él es uno de ellos).

—¿Tienes un gato?

—¿Qué quieres, Blake?

—¿Cómo se llama?

—Tutankamón.

—¿Como el faraón?

—Como su padre.

Tuve que tragarme la sonrisa antes de que se me escapara.

—¿Y quién es tu compañero? —Señalé la habitación pegada a la suya—. ¿Alguien del equipo?

—No. Un sobrado de waterpolo que se pasa el día en taparrabos y apestando a cloro.

—¿Y el baño?

—No huele a cloro. Ni va de sobrado.

Entonces sí, sonreí sin poder evitarlo.

—Me refiero a que dónde está.

—Ahí —señaló la última puerta, cerca de la ventana—. ¿Por qué? ¿Te estás meando?

Sin responderle, me abrí camino hacia allí. Entré, empapé la toalla que colgaba del toallero y cogí el jabón. Después fui a la habitación de Jon. Cerré la puerta cuando él entró detrás de mí.

—Siéntate —le ordené, y señalé la cama.

—¿Por qué?

—Porque voy a curarte ese labio.

—¿Por qué?

«Porque me siento culpable y no sé el motivo. Los jugadores de hockey nos peleamos y nos empotramos contra las vallas. A veces nos hacemos daño unos a otros. Forma parte de su encanto».

—Porque quiero —respondí—. ¿Quieres sentarte de una vez?

No lo hizo. Suspiré y vertí un poco de jabón en la toalla. Froté para que se mezclase con el agua. Le sujeté la barbilla con una mano, firme pero suave, y le limpié el labio partido con la otra. Entonces se sentó en el borde de la cama.

—No fue aposta —insistí—. Lo siento.

No respondió. Ni se movió. Solo clavó los ojos en los míos mientras yo le pasaba la toalla por la boca; mientras sentía el calor de su aliento rozándome los dedos y el latido de mi corazón en la garganta. Jon me hacía experimentar emociones extrañas. Entonces lo vi. El golpe en la mejilla, apenas visible. No era de ese día. Era de antes. Pero de después de la gala. Fruncí el ceño.

—¿Por qué me miras así? —me preguntó—. ¿Tengo algo en la cara?

—Dos ojos de escándalo, una nariz perfecta y un golpe en la mejilla. ¿Quién ha sido?

—Tú —respondió, sin titubear.

—He dicho en la mejilla, Jonathan, no en el labio. Y no es de hoy. Apenas se ve. No habría reparado en él si no me hubiera acercado tanto.

—Eso es porque siempre estás invadiendo mi espacio.

—¿Es del entrenamiento? ¿O sigues dándote de hostias por dinero en un callejón?

—No es asunto tuyo.

—¿Perdona?

—Tú gestionas tus mierdas a tu manera y yo gestiono las mías a la mía. No es tan difícil de entender, Blake.

Asentí y seguí curándole la herida, en silencio. Pero percibí el cambio. Fue como ver una puerta cerrarse entre nosotros hasta oír el clic del cerrojo. Ya no había espacio para colarme ni rendijas por donde espiar. Jon erigió su muro esa noche, ladrillo a ladrillo, hasta dejarme al otro lado. Fue la primera vez. No la última. Ni de lejos.

—No te muerdas el labio o no se curará bien —le dije cuando terminé.

—Gracias, doctor Donnelly —respondió, con sorna. Intentaba hacerse el gracioso, supongo.

—De nada.

Me incliné y le di un beso suave en la boca. Nuestro primer beso suave. Y el primero de mi vida. ¿Que por qué lo hice? Supongo que porque los besos lo curan todo, o eso me enseñó mi madre. Lo que no me enseñó fue lo que hice después.

Jon y yo nos quedamos mirándonos a los ojos y… no sé qué me poseyó: la adrenalina que aún arrastraba del partido o el simple deseo sexual de un chaval de veintiún años que empezaba a experimentar con su cuerpo de una manera en que nunca lo había hecho, pero lo besé de nuevo, más fuerte. Más potente. Y se suponía que iba a ser corto, pero nuestros labios se pegaron, porque Jon y yo acabábamos pegados siempre que nos veíamos, desde el puto primer momento, y cuando, tiempo después, incalculable, nuestros labios se alejaron, ambos jadeábamos. Me cogió la mano y me acercó a él, instándome a sentarme en la cama y a entrar en su espacio, ese que tanto se quejaba de que yo invadiera, y estrechó sus labios contra los míos.

Perdí la camiseta dos minutos más tarde. Jon dejó de besarme la boca y deslizó la lengua por mi mandíbula y por el cuello. Llegó a los pezones y también los besó. Nunca me habían besado los pezones. Siempre se besaban los pezones de la chica, como si nuestras únicas zonas erógenas fueran las pelotas y la polla. Y, joder, los pezones también lo eran. Lo descubrí ese día, cuando el placer chisporroteó a través de mí como esas corrientes de verano que te erizan la piel. Escuchaba el sonido de nuestras respiraciones como si fueran una

voz en *off*. Como si alguien me hablase en susurros, cerca de mi oído. No lo veía, pero nos rodeaba, llenando el espacio sin ocuparlo, igual que una neblina que se interpone entre lo que miras y lo que piensas. Eclipsaba todo lo demás. ¿Dónde estábamos? ¿En el CAR? ¿En un mundo alternativo?

Me puso a mil. Tanto que me apreté más contra él. Enterré la cabeza en el hueco de su cuello y comencé a besarlo de arriba abajo. Llegué hasta su oreja, mordí el lóbulo, y luego lo besé en el centro mismo de su garganta y más abajo, más abajo, más abajo. Mis labios cubrieron su pecho centímetro a centímetro hasta que encontré su pezón. Jon jadeó. Bajé la mano por su espalda y alcancé la cinturilla de su ropa interior. Colé la mano dentro y me pregunté hasta dónde era capaz de llegar. Me atraían los chicos, eso era indudable, y quería experimentar, pero… Me dije que no se trataba de Jon *per se*, sino el que él fuera un chico. Aunque el tirón invisible que sentía cuando estaba a su lado no se mitigaba.

—Joder —jadeó de nuevo, y se deshizo de su ropa interior en un visto y no visto.

Él también quería experimentar, quedaba claro. Mi mirada se escurrió por su cuerpo. Llevaba toda la vida jugando al hockey y había visto a cientos de tíos en bolas en los vestuarios, pero nunca había observado a uno a conciencia. El cuerpo de Jon era precioso. Los hombros eran anchos y el torso, amplio y firme. La piel, tensada sobre músculos y tendones, dibujaba relieves que cambiaban con cada movimiento, y el abdomen se contraía y expandía a un ritmo tranquilo, casi hipnótico. La curva de su cadera conducía hacia las piernas. Incluso en reposo, irradiaba una energía latente, un equilibrio perfecto entre fuerza y fragilidad. Y el *piercing* en la punta de la polla era de otro mundo. Cada bolita metálica asomaba por un lado de la punta. Me flipó desde el primer momento. El cuerpo masculino es la hostia. O quizá Jon en bolas es la hostia. Quién sabe.

De su polla goteaba líquido preseminal, y estuve a punto de preguntarle cómo podía mear con ese *piercing* ahí, si se le separaba el chorro en dos o no, pero, joder, la mía también goteaba y se me olvidó. Acerqué de nuevo mis labios a los suyos y nos besamos

mientras nos deshacíamos con prisa del resto de mi ropa. Su lengua, segura, presionó mi boca, haciendo que me abriera a él, mientras sus manos exploraban mi espalda y tiraban de mi pelo. Jon tenía fijación por mi pelo. Esas cosas se saben.

Nos tumbamos en la cama, yo de espaldas, él encima de mí, y rozamos nuestras pollas, una con otra. Jadeamos. Y nos tocamos por todas partes, estudiando cada palmo. Y la voz en *off* de nuestras respiraciones se intensificó. Enrosqué las piernas en su cintura y enlacé mis brazos alrededor de su cuello. Lo acerqué tanto que apenas podíamos respirar. Comencé a chuparlo por todas partes. El sabor era tan único que no tengo forma de describirlo. Había dulzura, así como salinidad, pero también algo más, algo que yo nunca había probado. Lo mordí, lo bastante fuerte como para hacerlo gemir, y en un acto reflejo, abrí más las piernas y empujé mis caderas contra las suyas. Entonces fue él quien tembló, quien jadeó, quien intentó empujarme más contra el colchón.

—Joder, hueles de puta madre —masculló.

¿Yo olía de puta madre? No. *Él* olía de puta madre. Tan de puta madre que yo quería lamer, morder y besar todo su cuerpo. Lo agarré por los hombros, tratando de acercarlo más. Mis caderas se movían por cuenta propia, arriba y abajo, buscando la fricción contra su cadera. Y, mierda, la fricción también era de otro mundo.

—¿Quieres hacerlo? —me preguntó entonces entre jadeos, sin dejar de besarme la barbilla.

—¿Hacerlo? —respondí, de la misma manera.

—Follar.

Me quedé congelado. ¿Quería follar con Jon? Joder, no lo sabía.

—¿Tú quieres?

—Sí —respondió, sin titubear, clavándome la mirada.

Me perdí un poco en esos profundos ojos azules y…

—Vale —acepté.

—¿Sí?

—Sí. Pero ¿quién va a follar a quién?

—Podemos echarlo a suertes. A…

—No vamos a echarlo a suertes.

—… piedra, papel o tijera.

—Ni de coña.

—¿Tienes miedo a perder?

—No tengo miedo a perd… —comencé, pero antes de que pudiera acabar la frase, Jon escondió una mano tras su espalda.

—Piedra, papel o tijera —dijo.

Saqué papel en el acto. Él, tijera. Mierda. Se incorporó y abrió el primer cajón de la mesita. Sacó una caja de preservativos y un bote de lubricante.

—Es para cuando me masturbo —me dijo, en referencia al lubricante.

Casi suelto una carcajada, pero estaba demasiado nervioso. Daba vértigo permitir que alguien entrara por primera vez. Daba vértigo que fuese él. Jon vertió un buen chorro de lubricante en su mano y fue directo a mi trasero, virgen, aunque por poco tiempo. Gemí al notar el frío. O sus yemas. O yo qué sé. Gemí, eso seguro. Jon introdujo un dedo y resultó incómodo, pero no doloroso. Aun así, recuerdo apretar las nalgas. Recuerdo tensarme. Y sentirme lleno. O invadido, no sé. Y recuerdo comenzar a masturbarme, para que se transformara en placer. Él apenas había metido un fino dedo dentro de mí y yo ya lo sentía en todas partes. No quería ni pensar en lo que sería cuando me metiera la polla.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —le pregunté, al borde de un ataque de nervios.

—No —respondió. Lo miré con ojos desorbitados, estoy seguro—. Es broma. He estado viendo porno. Porno gay —me aclaró.

Se me escapó una risa floja.

—Genial. Me quedo mucho más tranquilo.

Retiró el dedo, aplicó un poco más de lubricante y volvió a penetrarme con dos, dilatándome como nunca en mi vida. Seguía resultando incómodo, pero excitante al mismo tiempo. Tenía dos dedos de Jon metidos en el culo. No, espera. Tres. Ya tenía tres.

—Joder —jadeé.

Entonces retiró los dedos, sacó un condón de la caja y abrió el envoltorio con los dientes. Fue sexi. Casi me corro, y todo. También es cierto que aún me estaba masturbando, con los labios

entreabiertos por el placer de verlo desenrollarse el preservativo en la polla y embadurnarla con lubricante.

—Creo que es mejor si te pones bocabajo —sugirió, y yo obedecí. No sé si porque estaba de acuerdo o porque hacerlo cara a cara suponía demasiada intimidad.

Me giré y cogí postura, con las piernas ligeramente abiertas y los brazos estirados. Sentí que se alineaba con mi entrada y el corazón comenzó a martillearme dentro del pecho.

—Oye, ten cuidado, ¿vale? —rogué, sin aliento, agarrándome a las sábanas, impregnadas de su olor—. Ve despacio.

—Estoy nervioso —confesó.

Miré hacia atrás y me di de bruces con sus ojos, rebosantes de deseo y lujuria. ¿Él estaba nervioso? Yo estaba nervioso. Joder, *alguien* iba a penetrarme por primera vez. Alguien que tenía un *piercing* en la punta de la polla, recordé de pronto, y me tensé aún más.

—Si quieres, cambiamos las tornas y verás lo que es estar nervioso.

Jon sonrió, auténtico, como no lo había visto sonreír antes, y recuerdo pensar, en el furor del momento: «Joder, qué puta sonrisa». Porque era un tío guapo. El más guapo que me había echado a la cara.

Volví a esconder el rostro en la almohada.

—Iré despacio —me aseguró—. Prometo no buscar el palo ese que tienes escondido dentro. —Reí. Imbécil—. Dime que pare si algo te molesta.

Asentí con la cabeza, como pude, e intenté relajarme. Mantuve una mano alrededor de mi erección mientras sentía la polla de Jon adentrarse en mi cuerpo. Era surrealista. Y dolió. Joder, dolió. Dolió mucho. ¿En serio a la gente le gustaba que se la metieran por el culo? No lo entendí. Pero mis oídos latían con fuerza, al unísono con los latidos de mi corazón, y mi mente giraba en una espiral descontrolada. Nunca había estado más excitado que en ese momento. Me sentía mareado, tanto por la lujuria como por el miedo de lo que estábamos haciendo. Si alguna vez me había sentido de ese modo en el sexo, no lo recordaba. ¿Aquello era normal? ¿Así era

como se suponía que debía ser? Porque nunca había sido así con nadie.

—Joder —susurré.

Él se quedó quieto.

—Respira hondo. ¿Estás bien?

—Sí. Siento el *piercing* en todas partes, joder.

—Creo que en realidad sientes mi polla.

Fuera lo que fuese, hacía mucho calor.

—¿Qué sabrás tú? Sigue.

Jon se deslizó un poco hacia atrás y entró de nuevo. Sentí su tamaño dentro de mí. Sentí lo duro que estaba a medida que se sumergía más hondo. Con cada movimiento, mi cuerpo lo devoraba más, y más, hasta que estuvo dentro del todo. Sus muslos se encontraron con mi culo y ambos gemimos.

—Ya está —susurró, apenas un suspiro.

Se retiró una fracción y volvió a entrar por completo. El placer me irradió.

—Estás dentro de mí —dije—. Joder, qué fuerte. No duele tanto, ¿eh?

Jon ladeó los labios.

—Eso es porque ni siquiera me muevo. ¿Puedo moverme?

—Sí. ¿Tú estás bien?

—De puta madre.

—¿Te… gusta?

Me miró a los ojos.

JONATHAN

¿Que si me gustaba? Bueno, no iba a decirle que era el mejor polvo de mi vida y que estar dentro de él era lo puto mejor que había sentido, porque luego seguro que se lo creía, así que…

—Sí —respondí, sin más.

—Sí —respondió, sin más.

Y comenzó a follarme. Al principio, con las palmas apoyadas en el colchón, de manera que su cuerpo no tocaba el mío. Entraba y salía. Empujaba. Entraba y salía. Empujaba. Y a mí cada vez me resultaba menos incómodo y más placentero. Pero debió de cansarse, porque de pronto lo tuve totalmente pegado a mí, respirando a trompicones en mi oído. Noté el peso de su cuerpo contra el mío. Y los músculos de su torso rígidos a lo largo de mi espalda. Y su piel estaba resbaladiza por el sudor. Abrí más las piernas. Sus manos recorrieron mis brazos y llegaron a mis muñecas. Su ingle golpeó contra mí; un relámpago de placer atravesó mi pecho, y gemí de nuevo. Después mantuvo un ritmo constante, haciendo que mi polla se frotara contra el colchón, contra su sábana. Extendió la palma sobre mi coxis y la deslizó por mi columna vertebral hasta mi hombro, el cual apretó mientras tiraba de sus caderas hacia atrás. Deslizó su polla hacia fuera; luego invirtió el movimiento y volvió a introducirse en mí.

—¿Te duele?

—No.

Se inclinó, me rodeó el pecho con uno de sus brazos, afianzando los dedos en mi axila, y tomó mi boca de nuevo. Me metió la polla hasta dentro, todo lo que daba de sí. Mi cuerpo se desplazó hacia arriba por el colchón, y su *piercing* tocó ese punto en mi interior que me hizo enloquecer de placer.

—Oh, Dios. Ahí. Ahí.

Jon repitió el movimiento.

—¿Ahí?

—Sí —jadeé.

Podía sentirlo palpitar. Podía sentir la sangre corriendo dentro de él. Pero lo necesitaba más profundo. Así que me incorporé, ayudándome de mis brazos, clavé las rodillas en el colchón, eché las manos atrás y aferré sus nalgas. Jon se posicionó justo detrás de mí, también de rodillas, y comenzó a masturbarme con una mano y a manosearme los abdominales con la otra. Oh, Dios. Empujó tres

veces más y me corrí a lo bestia, sin esperármelo, humedeciendo su mano y mi vientre. A Jon debió de gustarle lo que vio, porque se corrió apenas unos instantes después, sin dejar de jadearme al oído.

Caímos en la cama, agotados, sudorosos y con las sábanas húmedas de mi semen. Mi cabeza zumbaba por lo que acababa de ocurrir entre nosotros. Él apoyó los brazos detrás de la suya. Nos giramos al mismo tiempo y me encontré con sus ojos azules. Algo revoloteó en mi pecho.

—Joder —susurró Jon—. ¿Estás bien?

¿Bien? Me sentía «de puta madre», como diría él.

—Sí —respondí, sin aliento—. ¿Tú?

—De puta madre.

Reí.

—La próxima vez te toca a ti debajo —le dije.

Porque acabábamos de follar y ya quería hacerlo de nuevo. Jon no solo me la ponía dura. Jon hacía que se me desbocara el corazón…

—Eh. Al final sí he follado con un Blake.

… aunque seguía siendo un gilipollas.

Lo empujé y casi lo tiré de la cama, pero le dio igual. Rio a carcajadas. Mis labios se curvaron en una sonrisa involuntaria.

Cuando, más tarde, después de vestirme, abrí la puerta de su dormitorio, me di de bruces con su compañero, el sobrado de waterpolo que iba en taparrabos y apestaba a cloro. También era rubio. *Vestía* un chándal del CAR y jugaba a la videoconsola, sentado en el pequeño sofá del salón, con el gato junto a él, muy tranquilo. Ambos giraron la cabeza y me miraron de arriba abajo. El humano arqueó una ceja y volvió a lo suyo. El gato continuó escrutándome. Yo me volví hacia Jon, todavía despatarrado en la cama como Dios lo trajo al mundo, excepto por la cadena y la medalla de oro que nunca se quitaba, y… ¿Cómo podía estar tan guapo? Casi me dejó sin aire.

«El de waterpolo tiene un pelazo», le dije, articulando con la boca para que el otro no me oyera. «Y va en chándal».

Jon puso los ojos en blanco. Yo le dediqué un guiño.

—¡Ros! —gritó entonces el del pelazo—. ¿Vienes o no?

—¡¿*GTA*?! —gritó Jon, de vuelta.

—¡Sí!

—¡Ahora voy!

Negué con la cabeza y me marché. El teléfono me vibró dentro del bolsillo del pantalón mientras bajaba las escaleras de la residencia. Vi que tenía varios mensajes tanto en el chat que compartía con Sofía, Leo y Julián como en el privado que mantenía con mi hermana. Leí primero los del grupo.

Sofía:

¿Cómo ha ido el partido?

¿Tal y como esperábamos?

Fantoni:

Sí.

Los hemos machacado.

Sofía:

Eso ya lo suponía.

Abusones.

Me refería a si tenemos ya una foto de Ojos Azules.

Fantoni:

No.

Y tenías que haberle visto la cara.

Pobre Boo.

Sofía:

¿Boo?

¿Por qué lo llamas Boo?

Fantoni:

Es como lo ha llamado Blake.

Supongo que porque es un poco fantasma.

Ja, ja, ja.

Me gusta.

Sofía:

¡Consígueme la foto!

Fantoni:

Tampoco es para tanto el chico.

Yo aviso.

Sofía:

Lo tendré en cuenta.

Mierda. Suspiré y abrí los mensajes privados que me había mandado mi hermana.

Sofía:

Lo has llamado Boo.

¿Por qué?

Blake.

¡Blake!

Contéstame.

Oh, muy maduro por tu parte.

Guardé el teléfono en el bolsillo y crucé el aparcamiento en busca de mi coche. La dichosa palabra había escapado de mi boca antes de que mi cerebro lo procesara. Jamás me había ocurrido. Jamás. Recuerdo pensar qué mierda pasaba conmigo.

La segunda vez que lo llamé de esa forma, también me cagué en mí. Y la tercera, la cuarta y la quinta. A partir de la sexta, dejé de reprochármelo.

17

JONATHAN

Una semana después de follar por primera vez, volvimos a hacerlo. Cinco veces en siete días. Blake y yo apenas nos conocíamos, ni siquiera nos caíamos bien, pero en el sexo encajábamos. Era como si las respuestas a todas mis preguntas estuvieran en él. Pensé que, si seguíamos enrollándonos, tal vez las cosas se volvieran más claras. Mientras no fuéramos a más. Enamorarse es como lanzarse al vacío sin paracaídas. «No, gracias».

18

JONATHAN (veinte años)

Un año después. Septiembre

A Julián le encantaba llevarnos a cada evento que organizaba la LEH en España. *Networking*, lo llamaba. Así que ahí estábamos de nuevo, trajeados de pies a cabeza, a punto de morir estrangulados por el cuello de la camisa si no fuera porque llevábamos dos botones sueltos, abriéndonos paso en la recepción del estadio de los Demonios al ritmo de *(Love I like a) Heat wave*.

—¡Música del siglo pasado! —exclamó Álvaro, alegre. Solía acompañarnos siempre que le cuadrara en su ajetreada agenda de nadador—. A mi tía Álex le encanta esta canción.

Cogimos cada uno una copa de cava en cuanto un camarero pasó por nuestro lado y, cuando íbamos a llevárnosla a la boca, Julián apareció de la nada, como siempre. Es una de sus habilidades más destacadas.

—No tan rápido. —Puso una mano sobre el pecho de Elliot y comenzó a quitarnos las copas y a depositarlas de nuevo en la bandeja. Señaló los refrescos con un movimiento de barbilla—. ¿De naranja o de limón? —nos preguntó.

—¿Qué? ¿Por qué? —se quejó Elliot.

—Porque lo digo yo.

—No tienes ese tipo de autoridad conmigo —terció Álvaro, muy pagado de sí mismo.

La mirada que le dirigió Julián fue demoledora. Casi lo sepulta bajo tierra.

—¿Naranja o limón? —insistió, en un tono que dio un poco de miedo, si tengo que ser sincero.

Álvaro tragó saliva.

—Limón.

Julián cogió el refresco y se lo tendió con una sonrisa falsa.

—Excelente elección —dijo.

Entre suspiros, Elliot, Caylin, Ben y yo nos hicimos con los nuestros. Naranja, limón, naranja y naranja. Elliot probó el suyo.

—Qué asco —exclamó, reprimiendo las ganas de escupirlo—. Es puro azúcar.

—Sobrevivirás —apuntó Julián, condescendiente. A continuación nos pidió con el dedo índice que nos acercáramos y unió su cabeza a las nuestras—. Escuchadme bien: media LEH se encuentra aquí esta noche. No quiero que llegue a mis oídos una sola queja sobre vosotros. No es solo que paséis desapercibidos. Quiero que seáis invisibles. No me obliguéis a que os separe. ¿Entendido?

Di unos golpes en el suelo.

«Elli, te doy cien pavos si consigues que Gordiflakes pierda los papeles y te meta mano esta noche».

«No tienes cien pavos».

«Mierda, es verdad».

—He preguntado si lo habéis entendido —reiteró Julián—. ¿Estáis sordos?

—Sí, señor —respondimos casi todos, al unísono.

—¿Sí estáis sordos o sí lo habéis entendido?

Qué gracioso, ¿no? Debía de haberse merendado a un par de payasos antes de la gala.

—Sí lo hemos entendido, señor —respondimos de nuevo casi todos, al unísono.

—No te oigo, Elliot.

—Sí, entrenador.

—¿Sí, qué?

—Sí te he entendido.

«También está un poco sordo de tanto masturbarse», añadí yo, en morse.

Contuvimos la risa a duras penas.

—Estupendo —dijo Julián, y esbozó de nuevo esa sonrisa falsa—. Que paséis una buena velada.

—Tirano —murmuró Elliot en cuanto Julián se perdió entre los invitados. Observó su refresco con cara de asco.

Menos mal que para ese momento yo ya conocía a Julián de sobra e iba dos pasos por delante de él. Introduje la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta y alcancé la petaca que había escondido, llena de vodka. Vertí un chorro en cada vaso.

—Eres un malote.

—De nada, rubio.

—Oh, me encanta esta canción —dijo Álvaro cuando sonaron los primeros acordes de *Love shack.* Colocó un puño bajo su boca, a modo de micrófono, y comenzó a cantar y a bailar—. «*If you see a faded sign at the side of the road…*».

Reí y fui detrás de él, imitando sus pasos. Había comenzado a ir detrás de él y a imitar sus pasos meses atrás.

Nos mezclamos entre la multitud; el recinto estaba hasta los topes. No solo por los mandamases de la LEH; allí había de todo un poco: jugadores, entrenadores, políticos, millonarios… e incluso los padres (muy educados y elegantes) y el hermano de Julián, que tenía una ligera pinta de revolucionario. Y los Donnelly casi al completo. Gremlin Dos, Tres, Cuatro, Cinco, Seis, Siete y su señor padre. Era sábado y habían venido a Barcelona a pasar el fin de semana. Supe enseguida quiénes eran. No solo porque reconocí a Brandon y Axel, ni siquiera porque el padre era clavado a Blake, sino porque eran un montón. Casi todos rubios. Y escandalosos. Oh, pero a ellos Julián no les dijo nada. Al contrario, fue a saludarlos con una sonrisa *de verdad*. Pelota.

Cogí un pastelito relleno de crema y me lo comí de un bocado. Eché un vistazo alrededor. Las mesas eran altas, redondas y estaban cubiertas con manteles negros y copas de cava. Los camareros, ataviados con chaquetas blancas, se movían entre los asistentes con

bandejas de bebidas y canapés sofisticados. El ambiente era refinado y, al mismo tiempo, informal, como si el lujo y el deporte hubieran encontrado un equilibrio perfecto. El escudo de los Demonios presidía la entrada, iluminado desde atrás con un resplandor escarlata que lo hacía parecer aún más imponente. A ver, que era una puta rata. Cogí otro pastelito. Estaba buenísimo.

En el centro, dominando el espacio, había una pantalla gigante de última generación. Allí iban apareciendo, una tras otra, las fotos que la gente se sacaba en el fotomatón que habían instalado en una esquina, sobre una alfombra roja y un fondo lleno de logotipos de patrocinadores. Y no era cualquier cabina cutre: tenía flases profesionales, accesorios (sombreros, boas de plumas, gafas ridículas con forma de sticks de hockey, incluso cascos de portero) y un asistente animando a que todo el mundo posara.

Cada foto que se proyectaba en la pantalla llevaba, en la parte inferior, un contador en directo. Los invitados escaneaban con sus móviles el código QR que aparecía junto a la imagen y, mediante un simple clic, daban su *like*. Cada *like* equivalía a un euro donado por los patrocinadores. Así que la sala bullía de risas y cuchicheos mientras los asistentes se picaban entre sí para ver quién lograba más *likes*. En la base de la pantalla, una barra horizontal mostraba el total acumulado y, cada vez que se alcanzaba un nuevo objetivo, un estallido de confeti llenaba la estancia, arrancando aplausos de la muchedumbre. La música era suave, lo justo para estimular sin entorpecer las conversaciones. El murmullo de las voces competía con las risas y los aplausos cada vez que una foto batía un récord.

—¡Vamos, que la foto de los gemelos ya va por trescientos sesenta y cinco! —gritó alguien.

—¡Pues la nuestra va por cuatrocientos! —respondió otro mientras su imagen se proyectaba en la pantalla, con un casco de portero puesto del revés.

Cogí un tercer pastelito y me prometí que sería el último. Álvaro, a mi lado, mantenía una videollamada con su hermano pequeño y su primo, por lo que pude deducir de la conversación. Al parecer, el padre de Álvaro y su tío, un tal River, los habían castigado a ambos el verano próximo, por no sé qué mierda que habían liado. Uno tenía

que trabajar como socorrista en la playa y el otro, en la piscina de un restaurante. Dramas de pijos.

—Tienes que hablar con papá. Por favor —le suplicaba su hermano—. No puedo pasarme todo el verano trabajando.

—Y con mi padre —le rogaba el primo, que tenía cara de ser un pieza de cuidado—. Tienes que interceder por nosotros.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Porque eres mi hermano!

—¡Y mi primo!

—Tío, ¿y qué coño estás bebiendo? —le preguntó su hermano—. ¿Un zumo de limón?

—Adiós —respondió Álvaro, y colgó.

Entonces divisé en un rincón, cerca de nosotros, a Blake bailando con Fantoccini, acompasados como si llevaran toda la vida danzando juntos. Reían, una vez más, como dos universitarios que se habían pasado con las copas. Unos meses antes, habían vuelto a ganar la copa Titlis, el trofeo que recibían cada año los vencedores de la LEH, así que estaban más insoportables de lo normal.

—No lo aguanto —expresé en voz alta.

—¿A Fantoni? —me preguntó Álvaro.

—A Blake.

—Sí, ya —se mofó, y yo le di un empujón.

Blake y yo seguíamos enrollándonos aquí y allá (sobre todo, en su coche y en mi dormitorio). A ver, aquí y allá… Nos habíamos follado tantas veces y nos habíamos metido la lengua por tantos *lugares* que yo conocía su cuerpo como la palma de mi mano.

—Buenas noches, Boo —me saludó Fantoccini, con su estúpida sonrisa socarrona de siempre, en cuanto entré en su campo de visión.

—¿Te has cortado el pelo o te ha crecido la frente? —pregunté—. Espera. —Llevé una mano a su pelo y tiré de él—. ¿Eso son entradas? ¿Tan joven?

—Van en proporción con las que vendo cada vez que juego un partido. Oye —entonces fue él quien estudió mi cabeza—, a ti ni te asoman.

Le aparté la mano en un movimiento brusco. Joder, no lo soportaba.

—Que no llegue la sangre al río. —Blake medió una vez más.

Me cogió de la muñeca, tiró con fuerza de mí —tanta que casi derramo el vodk… digo el refresco— y me alejó de su amigo del alma. Mientras me arrastraba por el salón, a saber hacia dónde, le dediqué a Fantoni la seña mundialmente conocida de «te estoy vigilando». Él me enseñó el dedo corazón. Y de pronto me vi empujado dentro de la cabina del fotomatón. Las cortinas rojas se cerraron tras nosotros y el murmullo del vestíbulo quedó fuera. El espacio era ridículamente pequeño: un banco acolchado, una lámpara circular y el montón de accesorios embarullados en un cesto. Sonreí mordaz.

—¿Me has traído aquí para que nos enrollemos, Donnelly?

—No aguantaba ni un segundo más sin tener tu cara cerca de la mía.

Capté la ironía, pero la ignoré.

—¿Quieres meterme mano? Porque…

—Quiero que…

—… este banco no da para mucho meneo.

—… dejes de meterte con Leo.

Se me borró la sonrisa de golpe.

—Pero ¡si ha empezado él! —exclamé.

Me senté, indignado. La pantalla frente a mí inició una cuenta atrás sin que yo pulsara ningún botón. Tres…, dos…, uno… y el flas me explotó en la cara. El blanco me cegó durante unos segundos; cuando recuperé la visión, la instantánea salió impresa por una ranura. Vi mi cara de pánfilo. Aunque el pelo engominado me había quedado de puta madre. Me daba un aire a Superman. Ojo, no a Clark Kent. A Superman.

—La cámara debe de activarse de forma automática en cuanto alguien se sienta —comentó Blake, el listo de la familia, y tomó asiento a mi lado.

Tres…, dos…, uno… y el flas explotó de nuevo. Blake salió con el ceño fruncido.

—Has salido con cara de idiota —señalé.

—Eh —se quejó, y me dio un empujón.

Dejé escapar una carcajada y el flas saltó por tercera vez.

Posé para la siguiente. Blake también. Infló las mejillas como si fuera un pez globo y yo abrí la boca en una mueca exagerada, sacando la lengua como si estuviera muerto en vida. El flas capturó la escena y, segundos después, escuchamos risas en el exterior. Algo divertido debía de estar pasando. A saber, con esos pijos…

Tres…, dos…, uno… Blake bizqueó y enseñó los dientes en una sonrisa grotesca, mientras yo me apretaba la nariz con dos dedos y me estiraba la cara hacia abajo, como si me hubieran derretido.

En la siguiente, pegamos la frente a la cámara: él con expresión de psicópata y yo, con gesto de estar aplastado contra el cristal.

Tres…, dos…, uno… Blake puso cara de modelo intenso: mandíbula marcada, mirada seductora. Yo puse los ojos en blanco, saqué la lengua y me tiré de las orejas hacia fuera, como un mono.

El séptimo disparo nos pilló en medio de un forcejeo y el octavo, en un brote de carcajadas espontáneo. Sonreí al ver la foto y Blake rio también, suave, cerca de mí. Giré el rostro hacia él y nuestras bocas quedaron a pocos centímetros. El flas nos atrapó así, congelados en un casi beso.

Tres…, dos…, uno… Blake se inclinó hacia mí, con la sonrisa torcida. Blake siempre estaba demasiado cerca. Pero en esa cabina directamente lo tenía encima. Y mi cuerpo… joder, mi cuerpo reaccionó antes que yo y se acercó a él por puro instinto. El objetivo captó la imagen de nuestras frentes tocándose y los labios, aún más cerca que la vez anterior.

En la siguiente, Blake sacó la punta de la lengua y rozó mi labio inferior justo en el instante en que saltaba el flas.

Tres…, dos…, uno… Le devolví la jugada, sacando la lengua y rozando la suya.

Tres…, dos…, uno… Nuestras bocas se encontraron al mismo tiempo que nos encontraba el flas. Yo había besado a Blake mil veces ya, y aun así, cada vez que nuestros labios se tocaban, me temblaba el estómago y me quedaba un poco sin aire. Era ridículo. Y raro.

—¿Has comido algo con crema? —me preguntó, paladeándose—. Sabes que la odio.

—Qué va —mentí.

Tres…, dos…, uno… Blake me sujetó la cara con una mano, firme, y me besó de verdad, con lengua. Yo hundí los dedos en su pelo. Y entonces se abrieron las cortinas, de sopetón.

—Pero ¿qué coño os pasa? —exclamó Benji, con los ojos fuera de las órbitas—. ¿Estáis locos?

Ambos nos pusimos en pie, no sin que antes Blake cogiera la ristra de fotos y se las guardara en el bolsillo del pantalón de pinzas. Lo miramos con sorpresa.

—¿Qué pasa? —preguntó Blake, tranquilo. Sabía que mis amigos estaban al tanto de que nos liábamos cada vez que teníamos ocasión.

—No habéis visto el cartel, ¿verdad?

—¿Qué cart…?

Benji me agarró del hombro y me sacó de la cabina. Señaló el cartel que había en la pared, y que obviamente Blake y yo habíamos pasado por alto.

ATENCIÓN. LAS FOTOS SON AUTOMÁTICAS Y SE MOSTRARÁN AL INSTANTE EN EL PROYECTOR.

¿Cómo que se mostrarán al instante en el proyector? ¿Qué quería deci…?

Ben me tomó de la barbilla y giró mi cabeza hasta que mis ojos se toparon con *el proyector*. Y ahí estábamos Blake y yo, lamiéndonos mutuamente. Oh, joder.

—Mierda —exclamó Blake, detrás de mí.

—Creí que habría un botón para compartir las fotos —susurré.

Los murmullos que nos rodeaban me hicieron retirar la mirada de la pantalla y observar en derredor. Todos nos miraban. TO-DOS. Y había como doscientas personas. El presidente de la LEH y su cúpula al completo, directores deportivos, responsables de *marketing* y comunicación, jefes de arbitraje, árbitros, jugadores históricos de la

liga, jugadores actuales, nuestros dos equipos al completo, entrenadores, familiares… Y mucho más. Miré la hora (esa noche llevaba el reloj de oro de Blake) y vi que aún no eran ni las doce. Julián iba a matarme.

Me dieron ganas de tirarme por el balcón. O de tirarme a Blake otra vez, que venía a ser lo mismo. Me eché hacia atrás por puro instinto e impacté con Blake, que hundió los dedos en mis caderas. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que *toda su familia* nos observaba *fijamente*, algunos con la boca abierta, otros con la ceja arqueada, su padre con el ceño fruncido, y dejó que sus manos cayeran a los costados.

—Tarde, Blake. Muy tarde —señaló una de sus hermanas.

—Fallon… —le advirtió su padre.

Elliot y Álvaro eligieron ese momento para salir del baño. El primero se llevó la bebida a la boca y…

—¿Qué coño estáis mirando tod…?

… se atragantó.

—Jo-der —exclamó.

—Tío —me regañó Álvaro—, no puedo dejarte solo ni cinco minutos.

—Sí puedes —respondió Fallon—. O nos habríamos perdido esta joya.

Brandon y otra de las hermanas de Blake se acercaron a nosotros.

—¡Eres el mismo que miraba fijamente a mi hermano el año pasado! —me dijo Brandon. Qué listo era…

—¿Has cumplido ya los diecisiete? —respondí.

—¿Cuáles son tus intenciones con Blake? —cuestionó entonces la chica.

—¿Qué número haces tú? —le pregunté yo.

—La sexta por arriba, la segunda por abajo.

Gremlin Seis, entonces. Chloe. Fui a replicarle, pero Julián nos dio alcance.

—¿Estáis locos? —nos dijo a Blake y a mí, un tanto enajenado—. Ahora tenéis que explicarlo. —Alternó el dedo índice entre los dos—. Ah, es verdad, que ni siquiera vosotros lo sabéis. Pues id pensando

en una respuesta, porque… —Se detuvo de pronto, lívido—. Pero ¿qué coño…? —exclamó, con los ojos fijos en la pantalla.

Todos miramos hacia allí. Oh, joder. Elliot y Ben se estaban enrollando dentro de la cabina. A lo grande. Con lengua, y todo. Escuché un chasquido. Procedía de otra de las hermanas de Blake; deduje que era Cannon, por descarte. Observaba a Elliot y Benji y negaba con la cabeza. Julián, con las aletas de la nariz hinchadas, introdujo el brazo y sacó a Elliot de un solo tirón. Benji salió detrás.

—Pero ¿estáis borrachos o qué cojones os pasa? —gritó.

—Son tontos, sin más —apuntó Fallon.

—Estamos salvando la situación —respondió Elliot.

Julián le arrebató el vaso y dio un sorbo. Julián le arrebataba a menudo el vaso a Elliot y daba un sorbo.

—¿Vodka? ¿En serio? —Con todo el descaro del mundo y muy poca vergüenza, comenzó a meterle mano a Elliot por todas partes. Y el otro se dejó, encantado—. ¿Dónde lo has escondido? —preguntó. Como si alguno de los dos quisiera que lo encontrase. Ja.

¡No! Espera. Elliot me miró con socarronería y golpeó el suelo con el pie.

«Me debes cien pavos».

«Mierda».

—Se me han caído ahí unas cuantas babas —Elliot señaló con el mentón la bebida que Julián aún sostenía en las manos— mientras le chupaba la cara a Benji.

—Muy gracioso.

—No, no, lo digo en serio.

Julián cerró los ojos, cogió aire y… miles de confetis manaron desde el techo, llenándolo todo de colores. Una de mis fotos con Blake lo había petado.

—¡Has comido crema! —me echó en cara el susodicho—. Joder, siento el regustillo.

Dios…

BLAKE

Sofía: ¿Qué tal la gala?

Fallon: Inmejorable.

Fallon: No te imaginas lo que te has perdido.

Sofía: ¿Qué?

Fallon: A Blake enrollándose con un morenazo en el fotomatón, DELANTE DE TODO EL MUNDO.

Brandon: Es un gatito de Julián. Y amigo íntimo del hermanastro y del hermano del hermanastro.

Brandon: Axel y yo lo conocimos el año pasado.

Brandon: Es un poco gilipollas…

Sofía: Dime que tenéis una foto.

Brandon: ¿De ellos dos enrollándose?

Sofía: DEL MORENAZO.

Fallon: Por supuesto que tenemos una foto. ¿Por quién nos tomas?

Sofía: GRACIAS.

Sofía: Te quiero, Fallon.

Fallon: Imagen

Sofía: Guau. Está muy bueno. Tengo que reconocérselo.

Fallon: En persona gana.

Sofía: ¿Más?

Brandon: Sí.

Fallon: Así que imagínate.

Fallon: Tiene unos ojazos que no son normales. A mí casi me embaraza con una de sus miradas.

Cannon: Fallon, por Dios…

Fallon: ¿Qué?

Fallon: Y el hermanastro y el hermano del hermanastro también se han metido la lengua.

Cannon: Patético…

Sofía: 😳

Sofía: Pero ¿qué os han dado de comer en esa gala?

Fallon: Lengua.

Oskar Donnelly: Esta conversación está totalmente fuera de lugar.

Oskar Donnelly añadió a Abuela (mamá Lili)
Abuela (mamá Lili) añadió a Chloe

Abuela (mamá Lili): Portaos bien.
Abuela (mamá Lili): Os veo a todos en Navidad.
Abuela (mamá Lili): Y que no me entere yo de que alguien sale de aquí.

Abuela (mamá Lili) abandonó el muro

Sofía: 🙄
Brandon: ¿WTF?
Fallon: Con otro par de 🥚, la señora.
Sofía: Alguien debería decirle que ni su nieto ni el hermano de su nieto han dado señales de vida en este muro.
Brandon: Hablando de no dar señales en este muro… Qué callado está Blake.
Sofía: Le habrá comido la lengua el gato.
Blake: 🖕
Fallon: Y tú deberías callar más, Bran, en lo que a ponderar lo bueno que está el rollo de tu hermano se refiere.
Brandon: ¿Por qué?
Fallon: El otro día te pillé enrollándote con Gari en el portal. ¿Seguís experimentando o, dos años después de la épica mamada, podemos considerarlo ya un miembro de la familia?
Brandon: No pienso hablar de mi vida privada en este muro.
Blake: Pero de la mía bien que opinas siempre que puedes.
Sofía: Ay, el portal de casa. Qué recuerdos…
Brandon: Y para vuestra información, Gari se muda a EE. UU. Lo han fichado en un equipo de la NHL y ha aceptado. Es una oportunidad tan jodidamente buena que no he podido permitir que dijera que no.

Sofía: ¿Es en serio, Bran?
Fallon: Joder…
Oskar Donnelly: Ya vale. No quiero leer una palabra más sobre este asunto.
Fallon: ¿Te refieres al asunto de Blake o al de Brandon?
Oskar Donnelly: Ambos.
Blake: Bran…, ¿me puedes coger el teléfono, por favor?
Chloe: POR FIN.
Chloe: Holaaa.

Sofía:
¿Delante de todo el mundo, Blake?

Blake:
Un resbalón.

Sofía:
Ya…
Dime que la LEH no ha tomado represalias.

Blake:
Jon no pertenece a la LEH, así que les ha dado igual.

Sofía:
Qué suerte la tuya, ¿eh?
Vais a poder seguir enrollándoos.
En fin…
¿Has conseguido hablar con Brandon?

Blake:
Aún no.

Sofía:
¿Crees que Gari y él lo van a dejar?

Blake:

Lo dudo.

Están locos el uno por el otro.

Sofía:

Pero apenas tienen dieciocho años.

Bran ni los ha cumplido aún.

Y un océano entre ellos es mucha distancia.

19

JONATHAN

Octubre

Tuve que confesarle a Julián que solía dolerme el hombro, cuando me acorraló en una esquina tras percatarse de que algo no iba bien.

—¿Desde cuándo? —me preguntó.

—Desde hace tres años.

Se pilló un cabreo de cojones. No gritó, pero le tembló la vena de la sien. Y eso siempre significa: apocalipsis.



Noviembre

El del Rolex:

¿Puedes venir a Barcelona?

Jonny:

¿Cuándo?

El del Rolex:

Ahora.

Jonny:

Ni de coña.

Tengo una vida.

El del Rolex:

Hoy no tienes entrenamiento.

Estás tirado en el sofá jugando a la videoconsola.

Julián te ha obligado a reposar.

Por lo del hombro.

Jonny:

¿Para qué quieres que vaya a Barcelona?

El del Rolex:

Estoy en el dentista.

Acabo de hablar con Leo y no puede venir a buscarme.

Jonny:

¿Y por qué tenía que ir a buscarte?

El del Rolex:

Porque van a operarme y no sé si seré capaz de salir por mi propio pie. Mucho menos, conducir.

Jonny:

Coge un taxi.

El del Rolex:

No quiero coger un taxi en un momento tan vulnerable.

Necesito apoyo moral.

Jonny:

Es el puto dentista, no una operación a corazón abierto.
Y tienes casi veintitrés años.

El del Rolex:

¿Vienes o no?

Jonny:

Voy, voy, joder.

Dramas.

El del Rolex:

Te paso la ubicación.

Ubicación

Cuando llegué a la consulta del dichoso dentista, Blake me esperaba en el portal, apoyado en la pared, con la cabeza gacha. Detuve el coche de Elliot, encendí las luces de emergencia y pité varias veces. Blake me localizó y caminó despacio hacia mí, con pasos torpes, sujetándose la mandíbula. Abrió la puerta del copiloto, se dejó caer en el asiento y se apoyó en el reposacabezas, con un suspiro tan largo que podía haber empañado la luna. Tenía la mejilla izquierda inflamada y la piel más pálida de lo habitual.

—Joder —exclamé. Me incliné un poco para verlo mejor—. ¿Qué te han hecho ahí dentro?

—Me han *quitazo* la *mola* del *juzio* —murmuró, arrastrando las palabras. Tuve que morderme la lengua para no reír. Estaba muy mono, si he de ser sincero. Un hilillo de saliva le caía por el mentón, y todo. Ahora que lo recordaba, llevaba semanas quejándose de que le dolía—. Me *huele* como el alma.

—¿Y no han usado anestesia?

—*Zí*, pero la *mola* no quería *zalir*. Han *tenizo* que partírmela. He oído el crac. He *zentido* el crac. Ha *zido hodible*. La *peod ezpediencia* de mi vida. No *pienzo* volver nunca…

Lo dudaba mucho. Siendo jugador profesional de hockey…, raro era que no hubiera perdido ya algún diente.

—… y de fondo *zonaba* la banda *zonora* de *Mizión impozible*. Creo que tengo un trauma de por vida.

Dejé escapar una carcajada.

—No te *ríaz* —me recriminó.

—No pidas milagros.

—*Imézil*.

—¿Perdona? —Me puse la mano en la oreja, fingiendo no haberle entendido—. ¿Qué has dicho?

—*¡Imézil!*

—¿Cómo?

—*IMÉZILLL.*

—Ah, ¿imbécil?

—*Zíí́í.*

—Dramas.

—*Delizcuente*.

—Pijo.

Blake bufó y cerró los ojos. Yo apenas podía aguantarme la risa. Arranqué el motor y me incorporé a la carretera.

—¿A dónde te llevo?

—A la *pizta*.

—¿Vas a entrenar así?

—El entrenador *noz* ha *convocazo* a una reunión. Por *ezo* Leo no ha *podizo* venir.

—OK.

Conduje en silencio durante un buen trecho. Blake seguía con la cabeza apoyada en el respaldo, pero se le había caído ligeramente hacia mí. Su pelo me rozó el hombro. No me atreví a moverme. Parecía dormido. No iba a enterarse de nada en la reunión.

Y entonces los vi: la policía.

—Mierda —exclamé.

Giré el volante y viré en sentido contrario.

—¿Qué *hazez*? —preguntó Blake, medio dormido—. La *pizta eztaba* por ahí.

—Y la policía.

—¿Y?

—No tengo carné.

Blake abrió mucho los ojos. Se incorporó.

—¡¿*Pezdona*?! ¿Qué *quierez* decir?

—Que no tengo carné. No es tan difícil de entender.

—¿Carné de conducir?

—Ajá.

—¿Cómo… cómo *puedez* no tener carné de conducir?

—Porque cuesta una pasta. Paso.

—¡Pero *estáz* conduciendo!

—Desde los quince.

—¡No *puedez* conducir *zin* carné!

—Por eso he dado la vuelta.

—*Joer*, Jon —dijo, y se apoyó de nuevo en el respaldo.

Jon.

Fue la primera vez que me llamó así. Nunca nadie me había llamado así. Seguro que lo hizo porque su nivel de pijerío no le permitía juntarse con un Jonathan. Con un Jon se sentiría más cómodo. Y dormiría mejor por las noches.

20

BLAKE

Noviembre

Con el paso del tiempo, fue inevitable que ambos nos hiciéramos preguntas sobre el otro. Y sobre nuestras familias. Jon nunca hablaba de la suya. Una vez, le pregunté por sus padres.

—No tengo —me dijo.

—¿Desde cuándo?

—Desde los nueve años.

—¿Y con quién te quedaste? ¿Quién cuidó de ti?

—Nadie.

21

JONATHAN

Diciembre

Hacer un sesenta y nueve en los asientos traseros de un Porsche Panamera 4s no fue nada fácil. El habitáculo era tan pequeño que, cuando intenté estirarme, me di en la nuca con la bandeja trasera. Ay. Blake trató de recolocarse y terminó llevándose un rodillazo en las costillas. Yo intenté moverme, él intentó moverse, y acabamos chocando pantorrillas y codos. Al final, nos quedamos enredados, con las piernas cruzadas en ángulos imposibles y mi brazo atrapado bajo su espalda. No sé ni cómo nos corrimos. Supongo que porque me encantaba correrme en su boca. Y ver mi semen en su lengua.

BLAKE

—Bájate los pantalones.

—Bájamelos.

Joder, con Jon era una lucha constante.

22

JONATHAN

Esas navidades, por primera vez, acepté la invitación de Elliot y Benji para pasarlas con ellos y los Donnelly en casa de la abuela. De locos, lo sé. Me suplicaron de rodillas. Y me pillaron con hambre. No sé.

Fue Axel el que abrió la puerta, en el preciso instante en que Benji estornudaba.

—¡Achís!

—Yo también te quiero, Benji —respondió. Yo me encontraba a la izquierda de Benji, fuera del campo visual de Axel, así que no me vio —. El hermanastro y el hermano del hermanastro han llegado — anunció hacia el interior de la casa, decepcionado, como si la esperanza de que, no sé, un cohete espacial los hubiera secuestrado y mandado a Marte acabara de escurrírsele entre los dedos.

—Tarde, como siempre —murmuró alguna de las chicas.

—¿Me echabas de menos, Número Uno? —preguntó Elliot.

Oh. Sofía. Era la única a la que yo no había conocido aún.

—Tanto como una colonoscopia.

—Te gustan cosas muy raras, Soph —dijo Benji.

—Y tú lideras la lista.

Se respiraba un aire familiar de la hostia. Y tensión.

—¡Achís!

—¡Jesús!

—En fin —Elliot dio un par de pasos hacia el interior—, tenemos algo que contaros.

—Sofía trae a su novio de turno cada año y Gari no se pierde una Navidad en familia —explicó Benji—. Si ellos pueden traer a sus ligues, nosotros también.

—¿Te has traído un ligue, Benji? —preguntó Brandon—. Pensé que solo te las tirabas, y a otra cosa. ¿Y qué te pasa en la nariz? ¿Te ha picado un *avisporro*?

—Dos.

—Aquí no se permiten ligues —dijo Blake—. Dadle veinte pavos para el taxi de vuelt…

Entonces entré yo en escena y…

—Zas, en toda la boca —dijo Elliot.

… se quedó congelado. En realidad, todos se quedaron congelados (excepto Fallon, que no se congelaría ni en Siberia). Incluso yo. Un calor suave, casi antiguo, me envolvió, en contraste con la frialdad con que todos se trataban. Como si la casa respirara paz por ellos. Olía a galletas recién horneadas y a sopa hirviendo en una cocina que llevaba toda la mañana encendida. Yo jamás había olido nada igual.

—Joder, vosotros sí que sabéis elegir los regalos del amigo invisible —comentó Fallon—. ¿A cuál de los dos le ha tocado Blake?

—¿Este el famoso novio? —preguntó Gari—. Porque lo imaginaba más alto.

Lo miré de arriba abajo. Joder, él era alto de cojones. Y rubio, de ojos claros. Parecía más nórdico que vasco.

—Es la gravedad —respondí—, que me tiene manía. Y no soy su novio.

Blake extendió las palmas, como si empujara algo hacia el techo. Fruncí el ceño.

—¿Qué se supone que significa ese gesto? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Nada.

—De *nada* —le susurró Elliot a Blake al oído.

Yo me sentí observado. *Muy* observado. Busqué los ojos que me estaban atravesando y me di de bruces con los de Sofía. Deduje que se trataba de ella porque era la única cara que no me sonaba. Era la versión adulta de Chloe, pero con más mala hostia. Tenía los brazos cruzados en el pecho y el cerebro a pleno rendimiento. Nos sostuvimos la mirada hasta que Axel rompió la burbuja.

—¿Eso es un gato? —me preguntó, y se acercó a mí para examinar la bolsa que yo llevaba colgada en el hombro. El gato se revolvió al instante.

—Benjamín es alérgico a los gatos —afirmó Cannon.

—Es verdad. De ahí lo de su nariz.

—Oh, qué divertido. Sacad al gato de esa mochila.

—¿Entonces no ha sido un *avisporro*?

—Miau.

Chloe también se acercó y deslizó la cremallera. El gato salió disparado y empezó a bufar a diestro y siniestro, como siempre.

—Ostras, qué mala leche. Un gato normal se habría escondido.

—Este es igual que su dueño.

—¿Qué sabrás tú?

—¡Achís!

—Las alergias no son ninguna tontería. Debemos tener cuidado.

—Ya salió el médico precoz.

—Es que todo son risas y diversión hasta que…

—Lo sabemos, Bran.

—Vale, vale, luego no vengáis llorando.

—Ese gato es el demonio reencarnado.

—Miauuu.

—¿Tanto lo conoces, Blake?

—Hemos coincidido un par de veces.

—Los gatos naranjas son los peores.

—¡Achís! Joder…

—Este hoy no lo cuenta.

—¿Cómo se llama? —me preguntó Chloe.

—No tiene nombre.

—¿Cómo que no? —protestó Blake—. Me dijiste que era Tutankamón.

—Ehhh…

—¿Tutankamón? No le pega nada.

—Pobre animal.

El *pobre animal* ya se había tumbado en el centro del salón, como si le perteneciera. Y toda la tensión previa había desaparecido.

—Oh, pero mira qué mono es.

—Y qué achuchable.

—¿Qué es este alboroto? —preguntó alguien de pronto, a mi espalda. Me giré. Era una mujer de unos sesenta años, con el cabello rubio claro a la altura del hombro, perfectamente peinado, y una pose elegante como pocas. Supuse que era la abuela de Elliot—. ¿Y tú quién eres? —me preguntó.

—Jonny, señora.

—Oh, el famoso Jonathan.

Sonreí.

—¿Tanto hablan de mí? —dije, y miré a Elliot y Benji.

—Ellos no. —Se acercó a mí y me giró la cabeza, con un toque suave, hasta que mis ojos tropezaron con los de Blake—. Él.

—Para nada. —Blake bufó y dio media vuelta.

—Ponte cómodo —me invitó la abuela, y yo lo hice.



—Llevo el día entero llamando al gato por su nombre y ni me mira. ¿No estará sordo?



Esas navidades, contra mi voluntad, aprendí varias cosas sobre los Donnelly. Como que a Fallon y a Brandon no les gusta el hockey o

que a Chloe le entran arcadas con el olor de la cebolla. Que Axel estaba enganchado a la misma serie de anime que Benji y que idolatra a Brandon, aunque finja lo contrario. Que a Sofía yo no le gustaba un pelo y que Cannon… La verdad es que de Cannon poco aprendí. Que era la más reservada, sin duda. Y que Blake y ella se adoran. De Blake supe que odia la piña en la pizza, a diferencia del resto de sus hermanos, y las navidades. Lo que no supe fue el motivo.

Por la noche, cuando nos disponíamos a subir las escaleras, de camino a las habitaciones (a mí me tocaba dormir con Elliot), vi que Blake se quedaba atrás, él solo. Me detuve. Se tumbó en el sofá y puso una película. En la pantalla apareció un niño escondido dentro del tronco de un árbol caído, con el título sobreimpreso. *Pete's dragon*. Don Chaffey. 1977. No había oído hablar de ella en mi vida. Al lado del niño había un manzano agitándose, no por la fuerza del viento, sino como si alguien lo estuviera sacudiendo. Pero ahí no había nadie más. «Qué cosas más raras le gustan a este chico», recuerdo que pensé. Y encima, en versión original.

El salón estaba en penumbra y la luz del televisor le pintaba la cara de azul. El brillo de las luces del árbol, tras él, lo recortaba como una sombra difusa. Me acerqué. Apenas habíamos cruzado un par de frases durante todo el día. Su hombro subió un centímetro, o menos, cuando me oyó llegar. No giró la cabeza, pero me escuchó. Me sintió.

—¿Qué estás viendo? —pregunté.

—¿Qué te importa? —respondió, seco, sin apartar la vista del televisor.

—Guau. ¿Otra vez se te ha metido un palo por el culo?

—Tú gestionas tus mierdas a tu manera y yo gestiono las mías a la mía —me parafraseó—. *No es tan difícil de entender*.

Suspiré. Y me marché. Porque si algo había aprendido con el paso del tiempo era que cuando Blake tenía el día tonto, era mejor dejar que se le pasara solo. Pero, antes de pisar el primer escalón, me di la vuelta y lo observé en silencio. Porque si algo había aprendido con el paso del tiempo era que cuando Blake tenía el día tonto, a mí no me gustaba que se le pasara solo. «Los *pijos* también

tenemos sentimientos. Lloramos, sufrimos, fracasamos y nos asustamos. También somos personas. Dale una pensada», recordé entonces. Aunque era algo que recordaba a menudo.

—No te molestes —me dijo Sofía, que apareció de la nada—, no se va a meter en la cama. Siempre ve esa película en Navidad, en bucle, él solo, en el sofá, hasta que se queda dormido.

—¿Por qué?

—Pregúntaselo a él. Pero pregúntaselo de verdad. Como si te importara.

—¿Y si no me importa?

—No me lo estarías preguntado a mí, ¿no crees? —Me clavó el dedo índice en el pecho—. Escúchame bien, Ojos Azules. No le rompas el corazón o tú y yo tendremos más que palabras.

Desapareció por las escaleras. Yo me senté en el segundo escalón y escuché la película desde ahí. La escuché dos veces seguidas. Me dolían el culo y la espalda, pero no me moví. Blake se quedó dormido al principio de la tercera vez. Me acerqué a él y, conteniendo el impulso de rozarle el pelo o la mejilla, lo tapé con una manta.

BLAKE

Esas Navidades yo no estaba preparado para responder a sus preguntas. Así que fui yo quien erigió el muro. Hoy por mí y mañana por ti.

JONATHAN

A la mañana siguiente, cuando bajé las escaleras, Blake y Elliot mantenían una bronca de la hostia a causa del mando de la tele. Fue surrealista. Jamás había visto a Elliot tan fuera de sí. Y mucho menos a Blake. Cuando Elliot le arrojó el objeto de la disputa a la cara, con una puntería que incluso me dio miedo, tuve que ponerme en medio a la velocidad de la luz para que no acabaran matándose. Mi cerebro no sabía a quién proteger, si a Blake o a Elliot, pero mi cuerpo se movió hacia Blake como si obedeciera a un impulso, más que a mi voluntad. Apoyé las palmas en su pecho y luego me di la vuelta para ponerme de cara a Elliot. Blake quedó parapetado detrás de mí. Benji sujetó a Elliot, y el resto de los Donnelly nos rodearon. Chloe y Cannon tenían una mano en la boca. Axel y Brandon estaban pálidos. Gari los miraba con los ojos como platos. Fallon parecía preparada para lanzar una silla por la ventana. Sofía rechinaba los dientes, como si reprimiera las ganas de llorar.

—Vale ya, chicos —les pidió.

—¿Estás loco o qué coño te pasa? —le gritó Blake a Elliot—. ¡Casi me das en la cara!

—¡Dales las gracias a tus reflejos! Pero no siempre van a salvarte.

—¿Vas a dejar de comportarte como un puto niño mimado en algún momento?

Elliot lo apuntó con el dedo.

—¡No sabes una mierda!

—¡Pues, explícamelo! Porque estoy hasta los cojones de caminar sobre cristales a tu puto alrededor.

—¡He dicho que basta ya! ¡Los dos! —gritó Sofía—. ¿No podemos tener ni unas navidades tranquilas?

—Las tendríamos —respondió Elliot, con la mandíbula apretada— si tu padre no se hubiera metido en una cama que no era la suy…

Blake se tensó detrás de mí. Noté su pecho contra mi espalda, rígido. Entonces fue él quien apuntó a Elliot con el dedo.

—No metas a mi padre en esto. No te atrevas.

—Meto lo que me da la gana donde me da la gana. Igual que él.

—¡No hables así de mi padre!

—Elliot —lo llamó Cannon, suave pero con una firmeza que yo no le había oído nunca—, para.

Pero Elliot no la escuchó. Él solo miraba a Blake. Y Blake, detrás de mí, respiraba cada vez más fuerte. Y más rápido. Le estreché el muslo con mis dedos y luego busqué su mano.

—Te has levantado con el pie izquierdo —le dijo Blake, más calmado—; vale, lo entiendo. Pero no voy a permitir que hables así de mi padre.

—Tú no tienes autoridad para prohibirme nada.

La abuela de Elliot apareció al final de las escaleras, con una bata de terciopelo y la melena, de nuevo, perfecta.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

Y eso fue, sorprendentemente, lo que desbarató el altercado. Elliot agachó la mirada y se marchó por la puerta trasera, la que daba al jardín. Blake me empujó y, sin decir nada, desapareció escaleras arriba. Yo me quedé ahí, sin comprender qué acababa de pasar. Pero intuía que no tenía nada que ver con un mando de la tele.

—Coge a Blaky, Jonny —me dijo Benji, emocionalmente exhausto —. Nos vamos.

Cogí en brazos a mi gato, que dormía en el sofá, ajeno a todo, y…

—¿Blaky? ¿Ha dicho «Blaky»?

… oh, mierda.

BLAKE

Había días en los que no soportaba a Elliot. Días en los que le bastaba una mirada para sacarme de quicio, como si respirara únicamente para llevarme la contraria, y aquel fue uno de ellos. Luego había momentos (dos segundos contados, casi inexistentes) en los que parecía más herido que gilipollas. Y entonces yo me preguntaba si ese que veía era el verdadero Elliot o si solo se trataba de un espejismo entre pelea y pelea. Fuera como fuese, no sabía descifrarlo. Y me reventaba no poder hacerlo.

Justo cuando cerré de un portazo la puerta de mi dormitorio, Julián me mandó un mensaje.

Julián:

¿Qué tal ayer la comida de Navidad?

Lo llamé por teléfono, presa de la rabia.

—¿Blak…?

—Mal —escupí, con los nervios aún a flor de piel—. ¡Muy mal! Y estoy harto de esta mierda. ¡Estoy tan harto de esta mierda! Para mí tampoco fue fácil. Ni para mis hermanos. ¡Y mucho menos para mi padre! Fue un puto cisma familiar. Y yo fui el primero que le echó mierdas en cara. Todas las que te puedas imaginar, y más. Y mi hermana Sofía. Y Fallon. Y Cannon. No lo entendíamos. Yo no lo entendía. Tenía dieciséis años. Mi madre había fallecido diez años antes, dejando un vacío tan grande como el puñetero universo. Y seguía echándola muchísimo de menos. ¿Cómo podía hablar mi padre de amor con otra mujer? ¿Cómo? ¡Y nada menos que con la madre del mejor amigo de una de sus hijas! Me enfadé. Y grité. Gritamos. ¡Todos gritamos! Rotos de dolor. Pero mi padre nos lo explicó. Y aunque no estuviéramos de acuerdo con cómo lo manejaron Lili y él, lo escuchamos. ¡Lo intentamos al menos! ¡Eso es lo que no ha hecho Elliot! No escucha. Solo juzga. No le he partido la cara hace cinco minutos porque los demás se han puesto en medio. Pero te juro que lo habría cogido por el cuello y…

—¿Está bien? —me interrumpió Julián, preocupado—. ¿Elliot está bien?

Yo cortocircuité.

—¿Perdona? ¡¿Perdona?! —grité, enajenado—. Pero ¡¿qué coño me estás contando?! Te abro mi puto corazón y lo único que se te ocurre preguntarme es cómo está Elliot. ¡Que le den por el culo a Elliot!

—Blake…

—¡Me ha lanzado el puto mando de la tele a la cara y lo he esquivado de milagro!

—Blake…

—Ya no tiene catorce años. Tiene veinte, joder. ¿Por qué lo defiendes? ¿Por qué siempre das la cara por él? ¡No lo entiendo! ¡No tiene razón! No es más que un niñato de mierd…

—¡Porque estoy enamorado de él, Blake! —soltó, de golpe—. Porque estoy loco por él. Por eso me preocupo.

Me quedé en blanco durante unos segundos, procesando lo que acababa de escuchar.

—Mierda, joder —exclamó Julián al otro lado, con tono arrepentido—. ¿Puedes olvidar lo que acabo de decir, por favor? Se me ha escapado. Ayer el combinado navideño de mi padre se me fue de las manos.

Reí, sin poder evitarlo. En medio de toda la mierda, que nos llegaba hasta el cuello, por lo menos reí. Y até cabos. Até *muchos* cabos. Joder, ¿cómo no me había dado cuenta antes?

—Es él —afirmé—. Elliot es el menor que se te insinuó.

—Sí —aceptó tras unos segundos de silencio.

—¿Cuándo?

—Cuando él tenía quince y yo, dieciocho.

—¿Y qué hiciste?

—Apartarlo de mí. Dejar de besarlo. Rechazarlo, con todo el dolor de mi corazón. Era lo correcto. Y no va a perdonármelo jamás. Y, joder —bufó—, no sé por qué te estoy contando esto precisamente a ti. Tú y yo ni siquiera nos caemos bien.

—Creo que la fase en la que no nos caíamos bien pasó a mejor vida hace un tiempo.

Entonces fue él quien rio.

—Supongo que sí.

—Además, ahora estamos en paz. Yo me he abierto en canal y tú te has abierto en canal.

—Ni de coña estamos empatados. Dime qué sientes por Jonathan.

Solté una carcajada.

—Más quisieras.

—Vale, entonces dime que Elliot está bien.

Suspiré.

—Elliot está bien.

—Y ahora cuéntame por qué te ha lanzado el mando de la tele a la cara. No es su estilo. ¿Qué le has hecho?

Emití un bufido y…

—Por eso lo reclutaste para tu equipo —susurré, pensando en voz alta—. No porque tuviera problemas, sino porque estabas enamorado de él. Joder…

Julián no me respondió y yo lo tomé como un sí.

No supe hasta años más tarde que esa no había sido la razón. Ni de lejos.

23

JONATHAN

Enero

—Ahhh, joderrr… —grité, tan fuerte que Blake tuvo que taparme la boca con la mano.

Lo hizo sin apartar sus labios de mi cuello, sin dejar de empaparme la piel con besos húmedos, mientras me follaba desesperado, con embestidas secas y urgentes contra la pared. Me rodeó la cintura con los brazos y se hundió hasta el fondo dentro de mí. Gemí. Y vi las estrellas. Una puta constelación entera, y eso que estábamos bajo techo. Blake retiró la polla casi por completo y volvió a deslizarla dentro. Cada empujón, más rápido y feroz que el anterior. Más animal. Yo iba de lubricante *hasta el culo.* Resbalaba más que un puto tobogán. Grité de nuevo, embargado por el placer. Apenas podía pensar en nada. Blake había aprendido a leerme y sabía cuándo lo quería sucio o supersucio. Y ese día lo quería supersucio. Sus labios seguían en mi oreja. Su respiración era un gemido constante. Mi dormitorio desapareció. Yo también. No veía. No pensaba. Estaba al borde del desmayo.

Blake volvió a salir casi entero, ajustó las caderas y embistió hacia dentro, una vez más. Bajó uno de sus brazos y me agarró la

polla. Me masturbó al ritmo frenético de sus embestidas, fuera de control, y…

PUM. PUM. PUM.

Escuchamos unos golpes violentos en la puerta.

—¿Podéis dejar ya de follar como un cajón que no cierra? —gritó Freddy—. ¡Son las once de la noche y mañana tengo que levantarme a las cinco, joder!

Me corrí en el acto, sin previo aviso. A lo bestia. Cinco disparos y llené de semen la pared de mi dormitorio mientras Blake seguía follándome como si su vida dependiera de ello. Un segundo después, se corrió dentro de mí. Bueno, dentro del condón, pero aún dentro de mi culo. Dejó escapar un gemido ahogado al tiempo que su cuerpo caía sobre el mío, temblando, atrapado en los últimos espasmos de su clímax.

—¿Voy a tener que matar a alguien? —susurró más tarde, todavía sin aliento.

—¿Qué? —pregunté. Mi capacidad auditiva seguía mermada a causa del orgasmo, de modo que no entendí nada.

—El moretón en tu mejilla, Jon. Te pregunto si al final voy a tener que matar a alguien.

Resoplé.

—No digas chorradas.

No respondió. Salió de mí, se vistió en silencio y se marchó a Barcelona.



El maldito gato se ha colado en la despensa y ha abierto el bote de mantequilla. Lo sé porque ha dejado sus huellas dentro. Hasta que no llegue la remesa nueva, no habrá mantequilla en los desayunos. Si lo pillo, a la cazuela que va. Último aviso

@Comedor

Pero ¿cómo abre un gato un bote de mantequilla?

@Víctor.Cañas

Con las patas

@Elliot.Schmidheiny

Confirmo que lo acabo de ver corriendo por el pasillo de las taquillas con un churro en la boca

@Cristian.Montaño

Un churro. ¿De dónde ha sacado un churro?

@Dorita.Aroca

Del desayuno de hoy, que AHORA MISMO NO INCLUYE MANTEQUILLA GRACIAS A ÉL

@Comedor

Freddy, devuelve el churro

@Jonathan.Ros

Yo no he sido

@Frederick.Christensen

Pero tu gato sí

@Álvaro.StClaire



@Frederick.Christensen

Frederick Christensen. Cuenta bloqueada por infringir el código de conducta

@Administrador

Si alguien ve al gato, que lo lleve a Dirección

@Administrador

Y, Freddy (esto para cuando te desbloqueen la cuenta), como vuelva a escaparse, el que irá a la cazuela serás tú

@Comedor

24

JONATHAN

Febrero

Álvaro, Elliot, Benji, Blaky y yo abandonamos la residencia del CAR y nos fuimos a vivir juntos al centro del pueblo, frente a la playa, a una casa pintada de azul con la puerta principal amarilla. Era perfecta. Tenía cuatro habitaciones, una de ellas con baño incorporado (lo echamos a suertes y le tocó a Elliot); una cama enorme en la mía, donde entrábamos Blaky y yo de sobra; un salón ideal para fiestas, y una cocina con una mesa en el centro, donde desayunábamos juntos cada mañana. Había deportivas tiradas por el suelo, estornudos de Benji a todas horas, un montón de imanes que Álvaro pegó en la nevera, y ni Dios hacía la colada. Pero despedía un aroma único a vida propia. A libertad. Y a rutina escogida.

25

JONATHAN

Marzo

Ese día mi abuelo estuvo más psicópata de lo normal. Casi me hizo saltar un diente. Yo agarré con fuerza la medalla que llevaba colgada al cuello.

Su cuenta bancaria debía de ser diferente a las demás, porque cuanto más le ingresaba yo, más crecía la deuda. Y debería ser al revés, ¿no?

Blake me mandó un mensaje justo cuando yo salía del portal.

Blake:

Tengo un par de horas libres.

¿Estás en casa?

¿Me paso?

¿Y que volviera a verme la cara reventada y a hacerme preguntas? No, gracias.

Blake:

Jon…

He visto que has leído los mensajes.

Jon…

¿En serio no me vas a contestar?

Muy bien, Jon. Muy bien.

Ese día acudí al despacho de Fernando de manera voluntaria. Y le conté algunas de mis mierdas. Solo algunas. Como, por ejemplo, que ni uno solo de los días en que visitaba a mi abuelo salía de su casa sin desear desprenderme de mi propia piel.

26

JONATHAN

Abril

Regresábamos al CAR tras un partido en Valencia. El paisaje pasaba tan rápido detrás del cristal del autobús que apenas era una mancha junto a la autopista. Yo tenía la mirada perdida en la pantalla del teléfono, leyendo sobre lesiones en el hombro, cuando Elliot, en el asiento del otro lado del pasillo, se revolvió y se llevó la mano al vientre.

—Juls…, socorro —gimoteó.

—¿Qué te pasa ahora? —suspiró Julián, y miró hacia atrás desde el asiento delantero. Nos obligaba a sentarnos tras él para tenernos vigilados. Como si fuéramos a prender fuego al autobús, o algo por el estilo. Pero le cambió el semblante en cuanto vio la cara compungida de su Elliot, digo de Elliot—. ¿Elliot?

—Me muero.

Julián frunció el ceño y se levantó, con esa paciencia exasperante suya.

—¿De qué? —le preguntó al llegar a su lado.

—De la tripa. Me duele y tengo ganas de vomitar.

Alcé la mirada. Elliot no es de los que se quejan por un dolor de tripa. Debía de estar muriéndose de verdad. Guardé el teléfono en el

bolsillo y me incorporé. Benji, a su lado, lo miró con preocupación. Julián hincó una rodilla en el suelo.

—¿Crees que puede ser por el golpe que has recibido en el partido? —le preguntó, y le puso una mano en el abdomen—. ¿O es otra cosa?

—No lo sé. Pero necesito bajarme *ya* del autobús.

—¡Carmen! —Julián llamó a la conductora—. Para en cuanto puedas, por favor. Elliot no se encuentra bien.

—Ahora mismo. Dadme un par de minutos.

Cogió la siguiente salida y detuvo el autobús en cuanto fue seguro. Elliot se levantó de inmediato y se apeó, doblado sobre sí mismo, como alma que lleva el diablo. Julián, Benji y yo lo seguimos. Nuestros compañeros también se levantaron, Caylin la primera, pero Julián, antes de desaparecer por las escaleras, les ordenó, tajante, que no se moviesen. Todos se sentaron. Las órdenes tajantes de Julián no son ninguna tontería.

Encontramos a Elliot en la acera, con el cuerpo inclinado y las manos apoyadas en las rodillas.

—¿Estás bien?

—No.

—¿Sigues teniendo ganas de vomitar? —Julián le extendió una mano en la frente—. No tienes fiebre.

—Creo que me he mareado.

—Tú nunca te mareas. Ha debido de ser por el golpe del partido.

—O una gastroenteritis —sugirió Benji.

—Vamos al hospital —dijo Julián.

—Ni de coña. Solo necesito tomar el aire.

—Vale, tranquilo. —Julián le acarició la cabeza, creo que de manera inconsciente, emborronando la frontera entre el entrenador y el *novio* sobreprotector—. Tómate el tiempo que necesites.

—Id yendo al CAR. Luego voy yo.

—¿Qué? Ni de coña voy a dejarte aquí.

—Solo estamos a una hora y media de distancia. Voy a dar un paseo y en cuanto me encuentre mejor, cogeré un taxi.

—No voy a dejarte aquí solo, Elliot. Ni lo sueñes.

—No puedes retener a todo el equipo. Están agotados y tienen ganas de llegar a casa.

—Pues que se vayan. Yo me quedo contigo.

—No puedes quedarte conmigo. Debes ir con ellos. Eres el entrenador, ¿recuerdas?

—Nosotros nos quedamos con Elli —propuso Benji.

—Claro —acepté.

—Joder —exclamó Julián, y observó el paraje que nos rodeaba. Estábamos en una de las entradas a Sitges. Había un *camping* y poco más—. No. Ni de coña os dejo aquí tirados.

—No nos dejas tirados —aseguré yo—. Vamos a descansar un poco y luego cogemos un taxi.

—Sois mi responsabilidad.

—No te flipes —respondí—. Tenemos veinte años.

—Como si tenéis cincuenta. Seguís siendo mi responsabilidad.

—Te juro que estaré bien —le prometió Elliot, con cara de cervatillo recién nacido. De. Cervatillo. Recién. Nacido. Elliot jamás ha sido un cervatillo recién nacido. ¡Ese era yo! Fruncí el ceño. O se estaba muriendo o estaba fingiendo—. Dame veinte minutos —insistió.

—Confía en nosotros —le pidió Benji.

Julián suspiró.

—Está bien —aceptó por fin—. Pero os quiero de vuelta en media hora. Ni un minuto más. Llamadme en cuanto os pongáis en camino. ¿Lleváis los teléfonos encima? —Saqué el mío del bolsillo y se lo enseñé—. Bien. Si no sé nada de vosotros en media hora, llamo a los Mossos. Y no queréis averiguar cuáles serían las consecuencias para vosotros de semejante despliegue de medios.

—Sí, señor —dijimos Benji y yo a la vez, pero Julián ni nos escuchó, solo tenía ojos para Elliot.

—No hagas que me arrepienta, Elliot.

—No, señor.

—Cuidad de él —nos pidió entonces a Benji y a mí.

—Seguro que solo necesita tomar el aire. Ve tranquilo.

Julián suspiró de nuevo y regresó al autobús, renuente. Se quedó de pie en las escaleras incluso cuando las puertas se cerraron frente

a él y el motor arrancó. No dejó de observar a Elliot hasta que el vehículo desapareció en la siguiente curva. Entonces, Elliot levantó los brazos.

—¡Por fin!

—¡Lo sabía! —exclamamos Benji y yo al unísono.

Elliot sonrió en respuesta.

—Joder. —Benji le dio un ligero empujón—. Al principio me he preocupado, imbécil.

—Lo siento.

—Eres idiota.

Benji saltó a su espalda y comenzó a revolverle el pelo y a hacerle cosquillas.

—¡No! —gritó el otro—. ¡Cosquillas, no!

Los miré y negué con la cabeza.

—¿Y cuál es tu plan, rubio? —pregunté, observando el puto *camping*—. ¿Qué hacemos ahora aquí, en medio de la nada?

Elliot, sin dejar de sonreír, se desembarazó de Benji.

—¿En medio de la nada? ¡Tíos, estamos en Sitges! Lejos del CAR, lejos de Julián y ¡lejos de todo el puto mundo!

Visto así…

—Joder, eres un genio. —Benji le tomó la cara entre las manos y le dio un sonoro beso en la frente—. ¿Cómo Julián no se ha dado cuenta?

—Su cerebro colapsa cuando Elliot está enfermo, y no ve más allá de sus narices —respondí yo.

—Es una bala que no había usado nunca —dijo Elliot—. Estaba esperando el momento adecuado. Y ese momento era hoy.

—¿Por qué hoy?

Elliot me guiñó un ojo.

—A lo mejor te lo cuento luego. ¿Vamos?

—¡Esperad! —nos pidió Benji.

—¿Qué?

—¡Las mochilas! Nos hemos dejado las mochilas en el autobús.

Elliot y yo nos palpamos el cuerpo en un gesto inconsciente. Mierda.

—Joder —exclamó Elliot—. Ese era vuestro curro. Yo no puedo hacerlo todo. Vale, vaciaos los bolsillos. Vamos a hacer recuento.

Los tres a la vez dimos la vuelta a los bolsillos de nuestros pantalones de chándal. Estaban vacíos. Si acaso, un par de pelusas.

—Joder.

—El recuento es cero.

—Esperad —dije yo, y le quité la carcasa al móvil—. Tenemos mis veinte pavos de emergencia.

—¿No tienes la tarjeta de crédito vinculada al teléfono? —me preguntó Elliot.

—No. Y aunque la tuviera, no habría millones, como en la tuya.

—Vale, que no cunda el pánico. Nos apañaremos.



Tardamos veinticinco minutos en llegar al centro. Las calles estaban abarrotadas de gente; había terrazas y comercios por todas partes y el aire olía a mar y a libertad. Los tres vestíamos el chándal del equipo —pantalones azul marino y camiseta blanca con el escudo bordado en la pechera—, a diferencia de lo *vestida* que iba la gente, pero no desentonábamos. Allí nadie desentonaba. Eran las seis de la tarde, el sol de abril pegaba con fuerza y la suave brisa apenas nos rozaba la cara. Hacía calor. Me enrollé las mangas cortas de la camiseta hasta los hombros. Elliot se puso la gorra del revés. Benji comenzó a silbar una melodía. Cogí el teléfono; apenas me quedaba un diez por ciento de batería, así que mandé un mensaje rápido a Julián para que supiera que Elliot estaba mejor y que *enseguida* volveríamos a casa.

Julián:

OK.

Avísame cuando estéis en casa.

Elliot nos llevó a un pequeño supermercado, con un neón en la entrada que indicaba su apertura veinticuatro horas, regentado por una mujer en la sesentena. Se acercó a la estantería de los licores y cogió tres botellas del vodka más barato.

—Nos sobran cinco pavos para unos regalices —señaló.

—Dale.

La señora nos escrutó de arriba abajo, creo que asegurándose de que éramos mayores de edad, y no cogió el dinero hasta que se quedó convencida. Metimos las botellas en una bolsa y salimos del súper. Giramos a la derecha y caminamos rectos hacia el paseo marítimo, donde se preparaban para celebrar algún evento. Estaban montando un escenario; *Cuando zarpa el amor*, de Camela, sonaba a través de un par de altavoces gigantes. Bailoteando, nos mezclamos entre la gente y subimos unas escaleras. Aparecimos en la plaza de una iglesia. Nos encaramamos al muro de piedra del paseo marítimo, dispuestos a evadirnos del barullo, y comenzamos a cantar mientras caminábamos.

—«Diiime que sieeentes lo mismo que yo. ¡Dime que me quieres, dímelooo!».

En cuanto nos alejamos un poco, sacamos de la bolsa la primera botella de vodka. Elliot la descorchó con los dientes, dio un trago y me la pasó. Estaba caliente, malísimo y quemaba al tragar. Y bajaba demasiado lento por la garganta. Se la pasé a Benji, que tosió al primer trago, ganándose la risa de Elliot.

—Qué puto asco, joder.

El paseo avanzó entre carcajadas y Camela, a pesar de que nos encontrábamos demasiado lejos como para escuchar la música. Para cuando llegamos al final, ya nos habíamos pimplado una botella y media, y el sol comenzaba a inclinarse hacia el horizonte. Nos dimos de bruces con el puerto. Era enorme y estaba repleto de veleros de escándalo. El acceso estaba cerrado, así que caminamos por encima del muro que lo rodeaba, que era una calzada en sí misma.

—¿Y si saltamos? —sugirió Elliot.

Nos acercamos al borde.

—Hay una altura de tres metros —respondió Benji, midiendo a ojo—, por lo menos.

—Tres metros no es nada. —Elliot sonrió—. Yo he saltado cosas peores.

—Sí, como tu sentido común.

—¿Y si hacemos una cadena humana? —propuso.

—¿Una qué? —preguntó Benji.

—Una cadena humana. —Nos miró, convencido de que era la idea del siglo—. Uno sujeta a otro y el último salta. —Elliot me señaló—. Tú, abajo, que eres el más fuerte. Bajaremos por esa espalda tuya de boxeador.

Nos miramos los tres. Se produjo ese silencio previo a toda idiotez importante. Aun así, lo hicimos.

—¡Yo primero! —se pidió Benji.

Me arrodillé y descendí por el muro hasta quedar colgado, sujetándome solo con los brazos, que tenía apoyados en la calzada. Benji se colocó encima de mí y comenzó a bajar.

—Hostias, es más difícil de lo que parece —dijo.

—¡Y pesas como un muerto! —respondí, agarrándome con más fuerza al bordillo.

—¡No peso tanto! —protestó, y se balanceó peligrosamente sobre mi cuerpo. Se agarró a mi cintura y noté que se me resbalaban los pantalones hasta más allá de las caderas. Los brazos me ardían—. ¡Te toca, Elliot! —gritó.

Elliot se colgó la bolsa del supermercado al hombro y repitió el proceso de Benji, por encima de este. Dios. Íbamos a matarnos.

—¡No aguanto! —advertí—. ¡Pesáis un huevo los dos juntos!

—¡Espera, casi lo tengo!

—¡No aguanto! —insistí.

—¡Casi estoy!

—¡No aguant…!

Caímos al suelo los tres a la vez. El golpe fue ridículo. Como saltar de un puto escalón. Joder. Durante unos segundos, solo se escuchó el sonido de nuestras respiraciones agitadas. Luego Elliot rompió a reír.

—Podíamos… —jadeó— haber saltado sin más.

—A lo mejor no son tres metros —añadió Benji—. A lo mejor son dos y medio. Y teniendo en cuenta que con los brazos estirados

medimos más de dos metros, era un saltito de nada.

Lo miré y reí yo también.

—Eres imbécil.

El eco de nuestras carcajadas se mezcló con el rumor del mar y el tintineo de los mástiles de los barcos. El vodka nos seguía ardiendo por dentro. Nos pusimos en pie y nos colamos en un velero blanco y azul, de esos que parecen de postal, amarrado con dos sogas flojas. Subimos con cuidado de no hacer ruido, pero los maderos crujieron bajo nuestros pies. El mar ya brillaba a la luz de la luna. Olía a madera y a dinero. Nosotros olíamos a vodka y desobediencia.

—Y no nos hemos mojado ni un pelo —dijo Elliot, una vez en cubierta.

Lo vi tan cerca del borde, tan cerca… que no pude evitarlo. Le propiné un empujón y cayó al agua. Plaf. Joder, creo que no me había reído tanto en mi vida.

—Eres imbécil —me parafraseó cuando emergió, totalmente empapado y con el pelo sobre los ojos. Parecía un pollito recién duchado—. Ayúdame a subir, joder.

Me incliné y le tendí la mano, sin dejar de reír. Tiró de mi brazo y me lanzó al agua. Mierda. ¿Cómo había podido caer en una trampa así? Culpé al vodka.

Me quedé sumergido un segundo más de lo necesario. El mundo se volvió líquido. Cada burbuja que afloraba de mi boca parecía arrastrar consigo las preocupaciones, los ruidos y los recuerdos. Por un momento, floté en mi propia dimensión, a solas con el agua. Luego emergí despacio. Subimos de nuevo y…

—Ni se os ocurra —nos dijo Benji, con los brazos en alto.

Quizá si hubiera echado a correr antes, no lo habríamos pillado tan pronto. Lo cogimos entre los dos, por las piernas y los brazos, y lo arrojamos al agua. Volvimos a reír como si nada más existiera. Mientras él subía de nuevo, jurando en varios idiomas, Elliot y yo tomamos asiento en el suelo, entre los bancos que había en cubierta, uno frente a otro. Las luces de Sitges titilaban al fondo. Sacamos la botella y media que quedaban, las entrechocamos y bebimos en silencio.

—Sois unos cabrones —se quejó Benji cuando se unió a nosotros.

—Hoy estabas triste —me dijo entonces Elliot, y clavó su mirada azul en la mía.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A que hoy estabas triste, en el partido. Los últimos días del mes normalmente estás enfadado, frustrado, lo cual nos viene de puta madre cuando jugamos, pero hoy estabas triste. Por eso he fingido que me dolía la tripa. —Se encogió de hombros—. No sé, tío. Para que no estuvieras triste.

Lo miré con sorpresa y esbocé una sonrisa.

—Ya no estoy triste.

—Perfecto.

—Le doy a mi abuelo todo el dinero que gano con el equipo —dije—. Por eso nunca tengo un puto euro.

—¿Lo necesita? —me preguntó Benji.

—Qué va. Le sobra. Igual que yo. Y ya no puedo más. —Rompí a llorar, sin esperármelo. Me nació de lo más profundo y no pude evitarlo. Puto vodka—. Joder, no puedo más.

Elliot y Benji me abrazaron con fuerza y permanecimos así un buen rato. Y fue ahí, justo ahí, en el suelo de aquel velero, donde me di cuenta de que había encajado con ellos como con nadie. También de que, al final, sí me había acercado *tanto* a ellos. Un imperdonable fallo en la matriz. «Tú matas, hijo. Destruyes todo lo que tocas». Pero ellos siguieron sosteniéndome. Y yo me dejé sostener.

Poco después suspiré y nos separamos lentamente, dejándonos llevar por un silencio cómodo. Porque con ellos todo era cómodo. Seguimos bebiendo, en nuestra burbuja de tranquilidad, hasta que…

—¡Eh! —gritó un hombre—. ¡Vosotros tres! ¿Qué coño hacéis ahí? Me cago en todo.

Los tres giramos la cabeza. Había dos pavos en el muelle. Dos pavos con cara de muy pocos amigos. Altos. De unos cincuenta años. Uno, que llevaba el pelo corto, tenía pinta de segurata de

discoteca, y el otro, el de la melena, de surfista retirado. ¡No me jodas que nos habíamos colado en su barco!

—¡Bajad de mi puto barco!

Pues sí. Nos habíamos colado en su barco. Mierda. Y todo podía haber acabado en una anécdota divertida, en la que nosotros nos disculpábamos y ellos nos aconsejaban que no volviéramos a hacerlo, pero el segurata de discoteca era un gilipollas de manual e insistió en llamar a la policía. A la puta policía. ¡Y no estábamos haciendo nada!

—Técnicamente, no hemos roto nada.

—Ni robado.

—Así que no hemos cometido ningún delito.

—Probad con allanamiento, payasos.

—Eh, a mi amigo no lo insultes.

—Tú cállate. Tienes más pinta de delincuente que ellos dos juntos.

—Vuelve a la discoteca, anda.

—¿Has visto lo que me ha dicho? —le preguntó el segurata al surfista retirado—. Hay que joderse. Jodidos niñatos. Nos allanan el barco y encima se ponen chulos. Manda huevos. No puedo con la juventud de hoy en día.

La patrulla llegó en menos de diez minutos, mientras discutíamos. Nos pidieron los documentos de identidad y, claro, no los llevábamos encima. Así que acabamos en comisaría, declarando. Empapados de pies a cabeza, con la ropa pegada al cuerpo, borrachos e indocumentados.

—Bueno… —dijo Elliot cuando terminamos de declarar—, primera vez en comisaría. Tiene su encanto.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó Benji.

—¿Indocumentados? —respondió uno de los polis, uno bajito—. No. Tiene que venir alguien que os identifique.

—¿Me estás vacilando?

—¿Tengo cara de estar vacilándote, hijo?

—No podemos llamar a Julián —sollozó Elliot, y se dejó caer sobre una de las sillas de plástico, derrotado. Apoyó la cabeza en la

pared—. Me mataría. Me mataría, me resucitaría y volvería a matarme. Todo, antes de su desayuno de copos de avena.

—No dramatices, Elli.

—No dramatizo, Ben.

—Ya no tiene tanto encanto la comisaría, ¿eh? —dije yo, y me senté a su lado. Le di una palmada en el muslo—. Bueno, ¿qué hacemos? ¿A quién llamamos?

Ambos me miraron y arquearon una ceja en sincronía, como los buenos hermanos que son.

No.

No, no.

Ni de coña.

27

BLAKE

Escuché el sonido del teléfono y lo ignoré. Sonó de nuevo. Y una vez más. Fuera quien fuese, no iba a rendirse. Desorientado, estiré la mano y lo palpé. Leí en la pantalla la hora y el nombre de la persona que me llamaba.

—Más te vale que estés moribundo o algo por el estilo —respondí.

—Joder, por fin —respondió Jon al otro lado—. Soy yo —me aclaró.

—Ya sé que eres tú. ¿Qué quieres? Son las dos de la madrugada y mañana tengo entrenamiento a primera hora.

—Necesito tu ayuda.

¿A las dos de la mañana? Ni de coña.

—Va a ser que no. Llama a otro.

—No puedo. Solo tengo derecho a una llamada.

Me incorporé en el acto.

—Dime que estás de coña y no en la cárcel.

—Podría decírtelo, pero seguiría en la cárcel y sin opciones para otra llamada. ¿Puedes venir a buscarnos?

—¿Con quién estás?

—Con tus hermanos.

—Sé más preciso. Tengo un montón de hermanos.

—Elliot y Benji.

—Joder —suspiré—. ¿En qué comisaría estáis?

—Sitges.

—¿Qué coño hacéis en Sitges?

—Es largo de contar. Y no me queda batería.

—Dadme una hora.

—Trae ropa seca —me pidió en el último momento—. Estamos empapados y empieza a hacer un frío que flipas.

Colgué.



Cuando llegué a la comisaría de Sitges, me los encontré a los tres sentados en los escalones de la entrada. No había un alma más en la calle.

—Por fin —exclamó Jon al verme, y se puso en pie—. ¿Has traído la ropa seca?

—*Hola, Blake. ¿Qué tal te encuentras?* Bien, Jon. Gracias por preguntar. ¿Y tú? *Yo también estoy muy bien*. Me alegro. —Jon alzó los ojos al cielo. Ya. Que los alzara lo que le diera la santa gana, pero lo cierto era que llevábamos más de un mes sin saber el uno del otro, desde que él había dejado en «visto» mi último mensaje. ¿Acaso un saludo era pedir demasiado?—. La ropa está en el maletero —dije entonces, y señalé la parte trasera de mi coche con la cabeza—. De nada, por cierto. Solo estaba durmiendo plácidamente en mi cama tras un día de entrenamiento la hostia de duro.

—Últimamente dices mogollón «la hostia» —constató Benji, lo cual me jodió «la hostia», porque significaba que *últimamente* pasaba demasiado tiempo con ellos.

—Eso te pasa por acostarte tan temprano —replicó Elliot.

No habíamos vuelto a hablar desde la movida de Navidad. Y era el Elliot de siempre, pero también el amor de Julián. Y yo empezaba

a apreciar a Julián. Y a llamarlo cuando me pasaba algo. Sus mensajes estaban los primeros en la lista de chats. No voy a decir que vi a Elliot con otros ojos, pero, no sé, fue raro. Y noté cierto balbuceo en su voz. Fruncí el ceño.

Los tres se acercaron al coche. Sí que estaban mojados. El pelo ya lo tenían casi seco, pero la ropa no dejaba lugar a dudas. ¿En qué lío se habrían metido esta vez? Qué puto peligro tenían juntos.

Jon abrió el maletero, cogió la bolsa de deporte y…

—¡Aquí solo hay chándales de las ratas! —exclamó Elliot.

—*Demonios* —aclaré—. Y es lo que hay. Si no te gusta, te quedas como estás. Pero que sepas que ni de coña vas a subir a mi coche con la ropa húmeda. Así que, tú mismo.

—Joder, qué puto borde.

—De verdad que dices un montón de palabrotas últimamente, Blaky.

—Como vuelvas a llamarme como al gato, te quedas en tierra, Benjamín.

Sí, resultó que el puto gato no se llamaba Tutankamón, sino Blaky. Otro regalito que agradecerles a mis hermanastros.

—Eh, solo hay dos camisetas.

—Yo me pido una.

—Yo, la otra.

—Te quedas con la sudadera, Jonny.

—Podías haber cogido ropa normal del armario —me recriminó Benji.

—Claro, ¿y una mamada no queréis? —Señalé a Jon *ipso facto*—. Tú no contestes.

Levantó los brazos en señal de paz. Comenzaron a despojarse de la ropa y a lanzarla al suelo. Yo no pensaba recogerla, así que ellos verían. Benji se puso a la pata coja para meterse una pernera y perdió el equilibrio. Benji nunca pierde el equilibrio. Fruncí el ceño de nuevo.

—¿Estáis borrachos?

—No —contestaron los tres a la vez.

Me acerqué a Jon y lo olisqueé. Le apreté las comisuras de la boca. Olía a destilería que tiraba para atrás.

—Estáis borrachos.

—Solo hay un par de calcetines y dos pares de deportivas —manifestó Benji, ignorándome.

—No pensé que también necesitaríais calzado. Apañaos con lo que hay.

—Me pido unas deportivas.

—Y yo, las otras.

—Te quedas con los calcetines, Jonny.

—Joder, qué rápidos sois. Por cierto, Blake, creo que tienes que entrar. —Jon apuntó hacia la comisaría con la barbilla.

—¿Por qué?

—A identificarnos.

—¿Perdona? ¿Por qué?

—No llevamos los carnés de identidad encima.

—Joder.

—¿Has traído el tuyo?

—Lo he traído.

—Pues de la misma manera que has cogido la documentación, podías habernos traído ropa decente.

—A ver, decente… —rebatió Benji—. Sigue siendo su ropa.

Suspiré y me abrí paso hacia la comisaría, preguntándome por qué coño los estaba ayudando. Elliot subió al coche y cerró su portezuela de un portazo, cabreado. Retrocedí sobre mis pasos y la abrí de nuevo.

—Como vuelvas a dar un portazo en mi coche, te pongo de patitas en la calle.

Elliot miró a Jon.

—¿Hace cuánto que no folláis?

Me dirigí de nuevo hacia la comisaría. Ellos tres comenzaron a tararear en bajito, al unísono. Me paré en seco. Giré la cabeza hacia atrás.

—«Tan, tan. Tan, tan, tan, tan. Tan, tan, tan, tan. Tan, tan, tan, tan. Tan, tan. Tirorí, tirorí, tirorí, tiri. Tan, tan. Tan, tan, tan, tan. Tan, tan, tan, tan. Tan, tan, tan, tan. Tan, tan, tan, tan. Tan, tan».

Me tensé. Era la melodía de *Misión imposible.* Odio esa musiquilla. Sonaba en la consulta del dentista cuando me quitaron la

muela del juicio.

—¡¿Se lo has contado?! —le eché en cara a Jon.

Él se encogió de hombros. Y rio. Todo ello, sin dejar de tararear. Me entraron unas ganas apremiantes de cargármelos a los tres, pero, en su lugar, entré en la comisaría. Dos de los tres policías de guardia eran aficionados al hockey y me reconocieron al instante. Les expliqué que dos de los delincuentes, el rubio y uno de los morenos, eran mis hermanastros. Y que el otro moreno era su amigo del alma. Al parecer, se habían colado en un barco y el dueño los había pillado. Además de delincuentes, eran gilipollas. Tuve que prestar declaración, o tomar filiación, o como narices se llame.

Cuando salí, veinte minutos después, estaban los tres dentro del coche y en el suelo no quedaba ni rastro de la ropa mojada. Abrí la puerta del conductor, dispuesto a echarles la bronca del siglo, pero se habían dormido. Por un segundo, pensé que me estaban vacilando, pero no. Elliot y Benji estaban despatarrados en los asientos de atrás; Jon, en el del copiloto, permanecía encogido en posición fetal, mirando hacia mí, en calcetines y con mis pantalones de chándal y la sudadera del equipo. Fue un *shock*. Nunca lo había visto dormido, a pesar de llevar dos años follando con él de forma regular. No teníamos ese tipo de relación. Y por eso no me quedé observándolo, advirtiendo los detalles, reparando en lo largas que eran sus pestañas, por ejemplo. Porque no teníamos ese tipo de relación. En su lugar, me incliné hacia él y le abroché el cinturón de seguridad. Salí del coche, abrí la puerta de atrás y até también a Elliot. Tuve que meterme dentro para abrochar el de Benji.

Cinco minutos después, me incorporé a la carretera, rumbo a la Costa Brava. Me esperaba una hora y media de camino por delante, así que puse música a un volumen considerable, para que no me entrara sueño. Saltó una de las canciones favoritas de mi madre: *My favorite things*. Formaba parte de la banda sonora de una de sus películas más queridas: *Sonrisas y lágrimas*. Esbocé una sonrisa y tamborileé con los dedos sobre el volante. Después tarareé. En el estribillo comencé a cantar por inercia. Siempre cantaba las canciones favoritas de mi madre por inercia. Y siempre la sentía a ella a mi lado, de alguna manera.

—¿Qué coño es eso? —escuché.

Giré la cabeza. Jon se había despertado y me miraba con los ojos entrecerrados por el sueño.

—«*Girls in white dresses with blue satin sashes*» —canté, sin dejar de sonreír. La música me había puesto de buen humor. También obraba esa magia—. «*Silver-white winters that melt into springs. These are a few of my favorite things*» —continué.

—Cállate, joder. —Y se tapó los oídos con las manos.

Yo canté más alto.

—«*When the dog bites!*».

—Blake.

—«*When the bee stings!*».

—¡Blake!

—«*When I'm feeling sad!*».

—¡Para ya! —gritó, pero se le escapaba una sonrisa.

Yo acerqué mi rostro al suyo, aprovechando que nos habíamos detenido en un semáforo, y canté más alto. Todo lo que me daba la voz.

—«*I simply remember my favorite things and then I don't feel so baaad*». —Y alargué la «a» hasta el infinito.

JONATHAN

Blake era un gilipollas, pero qué acento más bonito tenía, joder. Se notaba a leguas que era mitad irlandés. Y qué guapo estaba esa noche, recién levantado de la cama, con el pelo disparatado. Su boca, aún abierta tras cantar, y con esos hoyuelos en las mejillas, se encontraba tan cerca de la mía que me entraron unas ganas locas de besarlo. No supe por qué. A saber lo que se me pasaría por la cabeza. Solo sentí que debía hacerlo. Besarlo para que cerrara la boca. O porque me apetecía, sin más. Tenía sus labios ahí, tan cerca que me moría por reclamarlos con mis dientes y aplastar mi boca contra la suya. Pero no lo hice. Necesité hacer acopio de toda mi voluntad, pero no lo besé. Habría sido raro. No éramos ese tipo de pareja. No éramos pareja.

Pienso a menudo en ese momento. En ese beso que no le di, y que jamás regresará. Le he dado cientos de besos, pero ese no se lo di. Y me rayo. Y no quiero rayarme. ¿Por qué me rayo por un puto beso que no le di?

BLAKE

El semáforo se puso en verde, de modo que pisé el acelerador y me incorporé a la autopista. Miré de reojo a Jon y vi que se le caían los párpados contra su voluntad, hasta que se le cerraron del todo. Y yo debería haber tenido los ojos clavados en la carretera, no en él, lo sé.

Una hora y media después, aparqué el coche justo enfrente de su casa. Apenas hacía un par de meses que se habían mudado. Casi no tenían muebles, pero ya habían organizado cuatro fiestas épicas. Juls iba a quedarse calvo de un momento a otro. Y yo iba a echar en falta a Freddy. Y su pelazo.

Jon seguía profundamente dormido. Salí del coche y abrí su puerta. El aire fresco de la noche se coló en el interior y le agitó el pelo. Tenía un remolino en el flequillo. Solo le pasaba cuando dejaba que se le secara al aire, sin peinarlo. Era un poco adorable.

—Vamos, Boo —murmuré, y apoyé una mano en su hombro, pero no reaccionó. Metí los brazos por debajo de sus axilas y tiré de él. Gimió—. Agárrate a mi cuello —lo insté, en voz baja.

Tardó un segundo, pero obedeció. Sus brazos se aferraron a mí y lo aupé. Me rodeó la cintura con las piernas y su cuerpo cayó contra el mío, rendido. Desprendía ese olor salobre que deja el agua de mar cuando se seca. Ese que se pega a la piel y no se va. Pero también olía a ese algo que era solo suyo, y que me hacía querer acercarme una y otra vez. Cargué con él hasta la puerta, escuchando el leve roce de su respiración en mi cuello, y por un momento me pareció que respirábamos al mismo ritmo.

No me molesté en meter las manos en sus —*mis*— pantalones en busca de la llave. Fui directo a la maceta que había junto a la puerta, donde guardaban la de repuesto. Tuve que hacer malabares para cogerla sin soltar a Jon. Y para insertarla en la ranura sin soltar a Jon. Y para abrir la puerta sin soltar a Jon. Y para cruzar el salón sin soltar a Jon. Y para no tropezar con el puto gato, al tiempo que discutía con él. Y para dejar a Jon en el sofá con suavidad. Joder, me sentía agotado; sí que pesaban esos músculos suyos. Aun así, me

incliné y en un movimiento *involuntario*, le di un suave beso en la boca. Estaba a punto de poner distancia cuando sentí que sus labios se estiraban en una sonrisa contra los míos. ¡¿Estaba despierto?!

—Eres un gilipollas —le dije.

Carcajada.

—Casi me rompo la espalda cargando contigo.

Carcajada.

—Ya vale.

Carcajada.

—¡Jon!

Carcajada.

Me lancé sobre él y le hinqué una rodilla en el estómago, pero solo conseguí desatar una carcajada más estentórea, de esas que nacen del pecho, como si por la boca brotara vida. Y resulta que esa risa de Jon es terriblemente contagiosa, así que no pude evitar reír yo también. Hasta que me quedé sin aire. Bajé la cabeza, le mordí el labio inferior y tiré de él con los dientes. Jon gimió.

—Hoy tengo ganas de ti —le confesé. Echémosle la culpa a su risa.

—¿Sí? —susurró, y enredó sus manos en mi pelo.

—Sí.

Lo besé un tanto desesperado. Solía preguntarme si algún día me cansaría de él. De follar con él. De sus ojos. Si dejarían de robarme el aire de tanto mirarlos. Si me acostumbraría a ellos.

Metí las manos dentro de sus pantalones y se los quité. Lo agarré por los muslos y tiré hasta que su entrepierna quedó cerca de mi rostro. Le clavé los dientes en la parte interna del muslo; mordí lo bastante fuerte como para saber que iba a tener un moretón al día siguiente. Jon exhaló con ímpetu. Abrí la boca, saqué la lengua y le lamí la polla desde la base hacia arriba. Lento. Muy lento. Llegué a la punta, la rodeé con los labios y succioné. Jon gimió. Echó la cabeza hacia atrás, la apoyó en el respaldo del sofá y se hundió en mí, metiéndomela hasta la garganta. Me aferró el pelo por la nuca, con ese brazo tatuado que me volvía loco, y tomó el control. Comenzó a follarme la boca. Le encantaba follarme la boca. Y yo me había hecho un experto en mamadas, tras dos años de experimentación.

Músculos relajados. Ni una sola arcada. Y un montón de saliva deslizándose fuera. Eso lo volvía loco. Jon tenía fijación por mi saliva.

Me retiré y su polla cayó sobre su estómago, empapada. Se sacudió varias veces antes de calmarse. Colé las manos por debajo de su sudadera y mi mirada acarició sus abdominales, sus pectorales, hasta que se recaló en sus iris. El calor se propagó por todo mi cuerpo. Moví las manos con lentitud hacia abajo. Ingle. Muslos. Rodillas. Llegué a su culo. Nos miramos a los ojos. Rocé su agujero con uno de mis pulgares y se le cortó la respiración. Le levanté las piernas. Jon se estremeció al primer contacto de mi lengua y gimió, suave. Después metí la punta. Entonces gimió, fuerte.

—No puedes correrte hasta que yo esté dentro —le advertí.

Masajeé su entrada con el dedo índice, sin dejar de chupar y de meterle la lengua una y otra vez. Moví el dedo en círculos hasta que entró con suavidad. Con la otra mano, comencé a masturbarlo.

—Más —susurró—. Dame más. Necesito más.

Me arrodillé entre sus piernas, me saqué la polla de los pantalones y la alineé en su entrada. Froté. Presioné. Froté. Presioné. Y me hundí en él. Ambos gemimos. Oh, joder. Llevé las caderas hacia atrás y dejé que la saliva cayera nuevamente de mi boca, esta vez sobre mi polla. La punta, resbaladiza, presionó de nuevo contra él. Jon se mordió el labio inferior y yo me tragué otro gemido. Contuve la respiración, sosteniéndole la mirada mientras balanceaba las caderas hacia delante y empujaba hacia dentro. Jon atrajo mis caderas, obligándome a penetrarlo más. Y cuando no fue suficiente, me tiró del pelo hacia abajo, golpeando nuestras bocas. Gemimos, pero también nos besamos. Y follamos más duro.

Me separé de su boca para respirar y Jon estampó la suya en mi cuello. La succión fue brutal. Grité y lo embestí en venganza, y él succionó más fuerte, jadeando en mi oído. Y mientras yo lo empalaba, él me destrozaba el cuello. Envolvió mi cintura con las piernas y clavó los talones en mi culo. Ambos gemimos de nuevo. O quizá no habíamos dejado de hacerlo. El corazón me latía con fuerza

contra él. Y supe que Jon podía sentirlo, dado que yo sentía el suyo. Ambos respirábamos con dificultad, nuestras narices tocándose.

—Me corro —me avisó, un par de segundos antes de que un gemido reventara en su garganta, contra mi boca, y un montón de semen se le derramara sobre el estómago.

Fue el grito más satisfactorio que yo había escuchado jamás. Y él, lo más sensacional que yo había visto en mucho tiempo. Lo besé y gemí en su boca. Su culo se apretó tanto que grité. Y mi polla latió tan fuerte que la sentí a través de mi cuerpo. O del suyo. Ya no sé. Me hundí profundamente y me corrí dentro, sin dejar de gritar, en un orgasmo que parecía no tener fin. No me había corrido así en mi vida.

—Joder —jadeé al terminar, y me dejé caer encima de él.

Escondí la cabeza en su cuello y permanecí ahí un buen rato. Estaba agotado. Mis respiraciones eran superficiales. Y estaba ardiendo. Me ardía cada célula del cuerpo. No me había quitado una sola prenda de ropa. Seguía totalmente vestido. Y la cabeza me palpitaba al compás del corazón. Su piel caliente me hacía sentir cosas. Cosas que no había experimentado con nadie más. Por eso me separé de él y, sin quitarle los ojos de encima, le pasé la lengua por el abdomen, recogiendo parte de su eyaculación. Su sabor, embriagador, explotó en mis papilas gustativas. A continuación lo besé en la boca e introduje una mano entre nuestros cuerpos para limpiar el resto de su semen. También recogí parte del mío, que salía de su culo. Llevé los dedos a su cara y comencé a pringarlo entero. Se le escapó una carcajada. Y a mí, otra. Me llamó imbécil. Yo me desplomé de nuevo sobre él y cerré los ojos.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que mi cuerpo se apaciguó. Entonces alcé la cabeza, dispuesto a decirle que se había corrido sin que le tocara la polla, pero Jon ya estaba medio dormido. Apenas abrió los ojos cuando mis labios se apretaron contra los suyos, llenos de semen. Sin embargo, su lengua salió a encontrarse con la mía, perezosa, en una intimidad que acojonaba un poco, la verdad.

Cuando se sumió en un sueño profundo, me puse en pie y me arreglé la ropa. Todavía tenía la respiración desacompasada y el

corazón acelerado, como si no hubiera terminado de aterrizar del todo. Me encontraba mareado.

Me pasé una mano por el pelo y exhalé. Le puse los pantalones a Jon, lo tapé con una manta que encontré por ahí, discutí con el gato, que volvió a aparecer de la nada, y me dirigí a la salida. Cerré la puerta despacio, tratando de no hacer ruido. El aire fresco de la madrugada me golpeó la cara. Guardé de nuevo la llave en la maceta. Me acerqué al coche y, justo cuando iba a abrir la puerta del conductor, vislumbré dos siluetas dentro.

—No me jodas…

Benji estaba encogido, con la camiseta enrollada hasta las orejas y la boca entreabierta. Elliot roncaba tan fuerte que el cristal podría haber vibrado. Me había olvidado de ellos. Suspiré y abrí la puerta de atrás.

—Vamos. Arriba los dos. ¡Elliot! ¡Benji! —grité, pero no me hicieron ni caso. Ni se inmutaron—. ¡Eh! ¡Despertaos, joder!

Resoplé. Malditos niñatos. Me incliné, cabreado, y agarré a Benji por las axilas. Me lo subí al hombro como si fuera un saco de patatas. Murmuró algo ininteligible, pero, por lo demás, se dejó caer como un peso muerto. Pesaba una tonelada.

Entré de nuevo en casa, crucé el salón y dejé a Benji sobre el otro sofá. Rebotó en el cojín, pero siguió durmiendo como si nada. Me froté la cara, suspiré y volví afuera. Abrí la puerta del otro lado. Elliot seguía en la misma postura, con la cabeza ladeada y roncando.

—Podrías, no sé…, abrir un ojo y ayudarme un poco —mascullé al tiempo que le agarraba los brazos y tiraba de él hacia fuera—. Vamos, venga, un pie detrás del otro; no es tan difícil, joder.

Elliot tropezó al bajar, medio dormido, y acabó con la cabeza apoyada en mi hombro. Lo arrastré por la calzada. Me cagué en todo, porque me estaba cargando mis propias deportivas. Con un último tirón, lo conduje hasta el sofá y lo solté. Cayó al lado de Benji, o más bien encima. El impacto hizo que este protestara en sueños.

—Repartíos el espacio —dije, y les coloqué las piernas, más o menos—. Si os ahogáis, no pienso reanimaros. —Entonces los miré a los tres, vestidos con mi ropa del equipo, durmiendo la mona. Jon no

se había movido un ápice. Seguía como un tronco. Hundido en el colchón del sofá, bocarriba, el pelo hecho un desastre y la sudadera torcida a la altura del pecho. Tenía la boca entreabierta y respiraba despacio. El semen no se le notaba desde tan lejos—. Qué puta ruina sois, joder.

—Miau.

—Tú cállate.

Di varios pasos hacia la puerta, pero retrocedí y saqué el teléfono del bolsillo. Les hice un par de fotos, para la posteridad. Los tres gatitos, dormidos como ceporros, vestidos con el chándal de los Demonios. Épico.

Compuse una sonrisa satisfecha y, entonces sí, me marché.



Blake: Imagen
Sofía: Dime que es un montaje.
Blake: No es un montaje.
Chloe: ¿Se han puesto esa ropa voluntariamente?
Blake: Sí.
Axel: Estoy orgulloso de ti.
Cannon: Elliot y Benji se van a asfixiar.
Fallon: ¿Y?
Cannon: Nada. Eso.
Brandon: No se van a asfixiar.

28

JONATHAN

—¡Jonny! ¡JONNY! —Alguien me sacudió como si quisiera simular un puto terremoto. Gruñí. Mmm, olía bien—. ¡Despierta, tío! ¡Benji! ¡Elliot! ¡Arriba! Mi familia está a punto de llegar.

Intenté abrir un ojo, pero la luz me atravesó el cráneo como un cuchillo. Tenía la boca seca, la lengua hecha una lija y… me dolía el culo. ¿Por qué me dolía el culo? Fruncí el ceño y me noté la cara pegajosa. Pero olía de puta madre. ¿Blake?

—Mátame, camión —murmuré.

—Estoy a punto. ¿Y qué haces olisqueándote? Deja de soñar con tu novio y despierta, tío.

Álvaro, recién duchado y oliendo a jabón, me zarandeó. Escuché a Benji quejarse en el sofá de enfrente. Abrí los ojos del todo y vi la cara de Álvaro encima de la mía, con esa expresión suya de «te despiertas *o te mato*». Benji tenía un brazo colgando por fuera del sofá. Elliot seguía desmayado, con el pelo tapándole media cara. Blaky bajó de mi regazo de un salto y se dirigió a la cocina.

—¡Achís!

—Joder, ¿qué coño hicisteis ayer? Parecéis tres cadáveres —dijo Álvaro, y se alejó hacia la cocina—. Voy a prepararos un café. ¡Espabilaos y ventilad esto, que huele que apesta!

Me quedé mirando el techo unos segundos e intenté recordar cómo había llegado hasta ahí. Y por qué olía tan bien.

—¡ARRIBA, JODER!

Mierda. Me sobresalté, y todo. Benji se incorporó de golpe y Elliot rodó del sofá al suelo. Cayó con un ruido sordo.

Cogí el café que Álvaro me tendía.

—¿Has dicho que tu familia está a punto de llegar? —pregunté antes de llevármelo a la boca, aún con la voz ronca. ¿Había estado gritando?

—¡Sí! Os avisé el otro día.

Hice memoria.

—Mis tíos han aprovechado que este fin de semana mi tía Álex participa en una regata cerca de aquí para hacerme una visita. En realidad es una excusa. Mi madre los envía para que inspeccionen la casa. Y a nosotros. Así que comportaos.

Pues sí que nos lo había dicho. Mierda.

—¿Y era este fin de semana? —insistí.

—¡Sí! Joder, si ven este desastre, me mandan de nuevo a la residencia del CAR. ¿Qué coño hacéis con esa ropa? Y más te vale que eso que tienes en la cara no sea semen, Jonny.

¿Qué ropa?

¿Qué semen?

Ring. Ring.

—¡Oh, mierda!

Me ojeé de arriba abajo. Llevaba el pantalón de chándal rojo y la sudadera de los Demonios de Barcelona, con la rata estampada en el centro. Me toqué la cara. Y entonces me acordé. Blake había venido a buscarnos a la comisaría. Nos dio ropa seca, nos trajo a casa, y él y yo acabamos follando en el sofá. Se correría en mi cara, el muy gilipollas. Espera. No. Se corrió dentro de mí. Metí una mano dentro del pantalón. Toqué el semen seco. Saqué la mano y la miré, justo cuando la familia de Álvaro hacía acto de presencia.

Elliot acababa de levantarse del suelo, con la melena rubia que parecía una fregona, la marca de un cojín cruzándole la cara y una

erección monumental. El aspecto de Benji, a su lado, era casi igual, con el extra de una mancha de vómito en la ya no tan impoluta camiseta de Blake. Yo seguía con la mano extendida, manchada de semen seco. Álvaro sostenía dos tazas de café. Y esa escena podría haber sido lo peor. Pero no lo fue. Porque delante de nosotros, con los ojos como platos, se encontraban el segurata de discoteca y el surfista retirado, los dueños del velero en el que nos habíamos colado. También había una mujer rubia. Oh, y Dylan Carbonell, el tío famoso de Álvaro.

Cerré los ojos. Debía de ser una alucinación.

—Joder. —Álvaro se llevó los dedos a los lagrimales. Lo hacía a menudo. Claro, que con dos cafés en la mano… Vamos, que se cayó todo al suelo.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —nos preguntó el segurata de discoteca.

—¿*Qué hacéis vosotros aquí*? —replicó Elliot, despierto por completo.

—¡Nos han encontrado! —gritó Benji.

—¿Os conocéis? —preguntó Álvaro, alucinando.

—¡Son el segurata de discoteca y el surfista retirado! —gritó Elliot.

—¿Qué?

—¿Ha dicho «surfista retirado»?

—No escuches, *babe*. —Dylan Carbonell, aguantándose la risa, tapó los oídos del surfista y… Oh, joder, ¿el surfista retirado era Hugo? ¿Uno de los tíos favoritos de Álvaro, y marido de Dylan Carbonell? Joder.

—¿Qué mierda está pasando aquí? —preguntó la rubia, que, por cierto, estaba muy buena.

—Son los tres delincuentes que ayer se colaron en el velero de Álex —explicó el segurata.

—¡Son los dos imbéciles que nos denunciaron! —gritó Elliot a la vez.

Dylan Carbonell se dejó caer en el sofá como si estuviera en una sala de cine y estiró los brazos en el respaldo.

—Esto va a ponerse muy interesante —dijo.

—¡¿Alguien me lo puede explicar, por favor?! —pidió Álvaro. Miró a su ¿familia? (oh, Dios) y nos señaló—. Porque ellos son mis amigos y compañeros de piso. ¡Vivimos los cuatro aquí juntos! Y ellos —entonces nos miró a nosotros y señaló a los recién llegados— son mis tíos. ¿Qué mierda hicisteis ayer?

—¿El segurata de discoteca y el surfista retirado son tus tíos? —preguntó Benji—. Joder, no los recordaba tan mayores.

—¿Esos son tus compañeros de piso? —inquirió el segurata, a la vez.

—¿Qué ha dicho de mayores?

—¡Los oídos, *babe*! ¡Tápate los oídos!

—¿Vives con delincuentes, Álvaro?

—¡No son delincuentes!

—¡Ya lo creo que lo son! Ayer allanaron el velero de tu tía —insistió el segurata—. Hay cámaras de videovigilancia en el puerto. Los pillamos in fraganti.

—¿Los pillaste in fraganti mientras hackeabas las cámaras del puerto, tío Marcos?

—Mientras *accedía* a las cámaras del puerto. Para verificar que todo estaba en orden.

¿«Tío Marcos»?

—Ya.

—Iban indocumentados. Empapados. Y borrachos. El moreno de ojos azules —me señaló— se me puso chulo. Tiene pinta de ser el jefecillo de la banda. ¡Reconozco el perfil!

¿Perdona?

—¡Tú te me pusiste chulo! —repliqué.

—¡¿Qué perfil, tío?! ¡¿Qué perfil?!

—¡No hay más que mirarlo a la cara!

—¿Esta cortina es nueva? —preguntó la rubia. Paseaba por el salón y examinaba cada esquina, ajena al drama.

—¿Qué? —respondió Álvaro, perplejo.

—No combina con el sofá. Voy a tener que cambiarla. Tu madre no lo aprobaría.

Álvaro sacudió la cabeza.

—Espera. Tiene que haber un error. ¿El barco de la tía Álex no está en Sitges? —preguntó, con la frente arrugada.

—Correcto.

—¿Qué hacíais en Sitges? —nos preguntó a nosotros.

—Es una larga historia —respondió Benji.

¡Oh, el tío Marcos! Ya sabía de qué me sonaba. Álvaro me había hablado mucho de él. De toda su familia, en realidad. La adoraba. Yo solo conocía en persona a sus padres y sus hermanos, de un par de veces que habían venido a visitarlo al CAR.

—¡El poli! —grité, y lo apunté con el dedo.

—¿Qué poli? —me preguntó Elliot.

—¡El tío de Álvaro que es poli!

—¿El exgeo? Mierda. —Elliot se derrumbó en el sofá, junto a Dylan—. Mi padre va a matarme.

—Una mala noche, ¿eh? —le dijo el cantante.

—Ni te lo imaginas.

—¡Se lo voy a contar todo a tu madre! —Marcos se cruzó de brazos, como si efectivamente estuviera en la puerta de una discoteca.

—¡Qué? ¡No! Tío Marcos, por favor —suplicó Álvaro. Después clavó su mirada en mí—. Te voy a matar —me amenazó. Y él nunca amenaza en vano.

Dylan rio otra vez.

—Por favor, no paréis. —Se reclinó en el sofá—. Esto es mejor que la regata. Veréis cuando se lo cuente a Paris. O quizá la llamo ahora, y que lo viva en directo. Retransmitido, siempre pierde. Como los partidos de vóley playa de los Cabana.

Entonces oímos un portazo. Y apareció Julián. Vino directo hacia nosotros, con la mandíbula apretada y los ojos más encendidos que nunca. Elliot se puso en pie en un acto reflejo. Benji se cuadró, juro que se cuadró. Yo me acojoné un poco.

—No sé ni por dónde empezar. ¡NO SÉ NI POR DÓNDE COÑO EMPEZAR! —nos gritó, fuera de sí, apuntándonos a los tres con el dedo índice, sin ser consciente de que la estancia estaba llena de desconocidos. Sospecho que solo nos veía a nosotros—. Pero ¿qué os parece si me explicáis la foto que han publicado en las putas

redes sociales de los Demonios? Así, como colofón. —Nos enseñó la pantalla de su teléfono. Había una foto de nosotros tres, dormidos en los sofás, con la equipación de los Demonios. «Mis queridos hermanos y su amigo del alma también son fanáticos del equipo. Dulces sueños, gatitos», rezaba el pie. Hijo de p…—. Vosotros me oléis, ¿verdad? —continuó Julián—. ¡Me oléis y esperáis el momento perfecto para darme por el culo! ¡Y no en el buen sentido! ¡Cállate, Elliot! No quiero una sola réplica. Y ni se te ocurra ponerme esa cara de bueno, porque hoy no va a colar. ¡La has cagado a lo grande! Me has mentido a lo grande, y te has cargado uno de los momentos más dulces de nuestra trayectoria. Yo confío en vosotros. Os defiendo cuando os critican. Doy la cara cuando las cosas van mal. Y esto es lo que me devolvéis. Engañarme. Fingir que estáis enfermos. ¿Para qué? ¿Para emborracharos y compartirlo en las redes como si nada? ¿Sabéis lo que significa vestir la camiseta de los Jaguars? Significa compromiso. Significa que cuando uno cae, el resto tira de él. Pero si no puedo confiar en vosotros fuera de la pista, ¿cómo diablos queréis que os deje hacer dentro de ella? ¿Cómo queréis que crea en vosotros, si ni siquiera vosotros mismos creéis en lo que hacemos aquí? Sois un equipo, no una panda de críos sin rumbo. Tenéis talento, pero el talento, sin cabeza, no sirve para nada. Estoy cansado de excusas, de mentiras y de veros arrojar por la borda todo lo que podríais llegar a ser. A partir de ahora, se acabaron las tonterías. ¿Queréis respeto?, ganáoslo. ¿Queréis confianza?, demostradla. Porque la mía, hoy, la habéis perdido. ¿Y sabéis lo que más me duele de todo esto? No que os hayáis ido de fiesta. No que hayáis mentido. Lo que me duele es veros empeñados en mandar vuestra carrera al garete, como si todo esto no valiera nada. Lleváis años entrenando, sacrificando fines de semana, soportando lesiones, frío y presión. Y todo eso, ¿para qué? ¿Para hacer el idiota una noche y joderlo todo? ¿Para que la gente diga que sois un chiste? Hay miles de chavales que darían lo que fuera por estar en vuestro sitio. Que matarían por ponerse vuestro uniforme y por tener esta oportunidad. Y vosotros… vosotros la despreciáis. Por una noche. Esto no es solo un deporte. Es vuestra vida. Vuestro futuro. Y lo estáis tirando por el retrete, poco a poco, con cada decisión estúpida

que tomáis. No estoy enfadado. Estoy decepcionado. Profundamente. Pensad bien en lo que queréis. Porque o empezáis a comportaros como profesionales o todo acabará antes de que os deis cuenta. Y entonces no habrá marcha atrás.

Dios. No sé cómo no se quedó sin aire.

«Díselo, Elliot», le pedí con la mirada. «Cuéntale el motivo por el que te bajaste de ese autobús. Dile que fue por mí».

Él negó con la cabeza, serio. «Ni se te ocurra abrir la boca».

Joder, la relación de esos dos era de todo menos fácil.

—Guau —exclamó Dylan, interrumpiendo mi breve conversación telepática con Elliot—. Qué nivel. Ni siquiera Hugo grita así. A ver, hubo un día en que enloqueció, cuando Paris y yo redecoramos las paredes del salón con rotuladores permanentes, porque ¿qué gracia habría tenido si hubieran sido de los que se borran? También se volvió un poco loco el día en que nos encontró en la cocina con una montaña de gofres, la sartén ardiendo y nosotros discutiendo sobre quién había olvidado el azúcar. Oh, esperad. El día en que metimos en casa a una colonia callejera de gatos. Ahí se le fue de las manos. Le salió la vena en el cuello. Y eso que es veterinario. El mejor del mundo. Lo de la vena en el cuello no fue porque sea veterinario, sino porque estaba enfadado. Pero nada como esto.

Todos lo miramos. Incluso Julián, que reparó de pronto en que estábamos rodeados.

—Sí que tiene que haberte sorprendido para que lo llames Hugo y no *babe* —le dijo la mujer rubia. Creo que era Cata, otra de las tías favoritas de Álvaro—. No sucedía desde la partida al *Monopoly* hace cinco años.

—No saquemos el *Monopoly* a colación, por favor —pidió Marcos —. No es el momento.

—¿Te refieres a que no saquemos a colación tus trampas de la última vez, gracias a las cuales mamá nos lo ha vuelto a confiscar? —le echó en cara Hugo.

—Estas navidades lo recupero, te lo juro, Hug.

—¿Vuestra madre todavía os castiga?

—Cállate, Elliot.

—Tienes cara de tramposo, sí —dije yo.

Marcos me señaló con el dedo.

—Te tengo en mi punto de mira, Jonathan.

Le guiñé un ojo en respuesta. ¿Qué puedo decir? Me va la marcha.

—Bueno, ahora que ha quedado todo aclarado —comenzó Benji—, vais a retirar la denuncia, ¿no?

—Ni de coña.

—¡Tío Marcos!

Entonces a Julián le sonó el teléfono. Respondió en el acto.

—¡Te mataría ahora mismo! —respondió, a quienquiera que fuese—. ¡Con mis propias manos! ¿En qué puto momento has pensado que era buena idea subir la foto a tus redes sociales? Se ha hecho eco toda la LEH. No, no tiene gracia, Blake. —Vale, era Blake—. Hablo en serio. Bórrala. ¡Ahora mismo! Ha corrido como la pólvora. ¡Somos el hazmerreír de la liga, y ni siquiera estamos en la liga! Muchas gracias, Blake, pero la próxima vez te agradecería que dejaras fuera del hockey tus problemas de matrimonio con Jonathan. ¡Sí sé de lo que hablo! Dejad de mearos el uno al otro si no quieres que sea yo el que empiece a mearos a los dos. Te aseguro que voy a llegar más lejos que nadie. —Colgó y nos miró a los tres—. Os quiero mañana en la pista. Al alba. Buenos días a todos.

Y se marchó.

Pum.

El portazo fue histórico.

Se hizo el silencio. Hasta que Dylan lo rompió.

—Joder, *babe*, creo que hemos encontrado a tu alma gemela. —Hugo elevó los ojos al cielo. Dylan le cogió la mano, tiró de él y lo sentó encima de sus muslos—. Que es broma, tonto. Yo soy tu alma gemela.

—¿Y la tía Álex? —preguntó Álvaro.

—No ha podido venir —respondió Cata—, tenía no sé qué concentración a cuenta de la regata de mañana. Te manda muchos besos.

—El fin de semana pasado estuve cogiendo espuma —nos dijo Hugo—, así que sigo siendo surfista, para vuestra información.

—Muy bien dicho, nene. Mételes caña, aunque sea con efecto retardado. Y diles que yo lo hice contigo. Y que he mejorado un montón. Estoy al nivel de Adrián. *Babe* —lo llamó, al ver que el otro no contestaba—. *¿Babe?*

—Eso vas a limpiarlo tú —le dijo Benji a Álvaro, y señaló el café derramado en el suelo.

—Miau.

—Oh, qué mono. —Cata se agachó para acariciar a Blaky—. ¿Y tú qué mierda tienes en la cara? —me preguntó a mí.

Me limpié con la manga, ignorando las conversaciones barra discusiones que se iniciaron a mi alrededor, y puse a cargar mi teléfono. Iba a cantarle las cuarenta a Blake. En cuanto el móvil se encendió, vi el mensaje que me había mandado unas horas antes.

El de la muela del juicio:

Buenos días, Boo.

Ayer follamos sin preservativo.

Jonny:

Archivo

Eran mis analíticas. Para que viera que estaba limpio. Julián nos las hacía cada dos por tres.

El de la muela del juicio:

No me refería a eso.

Jonny:

¿Y a qué te referías?

El de la muela del juicio:

Olvídalo.

Nos hemos despertado de mal humor, ¿eh?

Jonny:

Ni te lo imaginas.

El de la muela del juicio:

Sí que me lo imagino.

Jonny:

Borra la puta foto.

El de la muela del juicio:

Pídemelo por favor.

Jonny:

¡YA!

No hubo respuesta. Borró la foto, pero fue demasiado tarde. La imagen, tal y como dijo Julián, había corrido como la pólvora.



A la mañana siguiente, al alba, Julián nos dio la gran noticia: los Jaguars entrábamos en la LEH. Su padre, un empresario con mucha pasta, nos había comprado una franquicia meses atrás. Iban a construirnos una pista de hielo nueva. Iban a cambiarnos la equipación. Íbamos a ser profesionales. Y un equipo exclusivamente masculino.

—La LEH al completo sabe que Blake y tú estáis liados, como bien recordarás, gracias a vuestro momentazo en el fotomatón —me dijo Julián al terminar, tras arrinconarme en una esquina—. Entonces no tuvo la menor importancia, pero ahora sí la tiene. Ahora sois rivales directos. Habrá mil ojos puestos en vosotros, ya nos lo han advertido, así que lo personal se queda fuera del hielo, ¿OK? Perfil bajo, Jonathan. No hagáis que tomen cartas en el asunto.

—OK.



El gilipollas:

No tenía ni idea de lo de la LEH.

No habría subido la foto de haberlo sabido.

Lo siento.

¿Me perdonas?



Los Cabana volvieron a casa y Álvaro se quedó a vivir con nosotros, así que entendimos que el segurata de discoteca y el surfista retirado no se chivaron.



Caylin y el resto de las chicas tuvieron que dejar el equipo. En la LEH no se permitían equipos mixtos. Julián contrató a jugadores nuevos (profesionales de verdad, no perturbados como nosotros), y Caylin, tras seis años en el CAR, regresó a Edimburgo, con su familia. Aún la echo de menos. Y Álvaro, mucho más.

Los CAR Jaguars debutan en la Liga Europea de Hockey: del compromiso social al más alto nivel deportivo

Marta Villaseñor, *Diario Deportivo Europa*

La Federación Europea de Hockey ha anunciado la incorporación de los CAR Jaguars a la Liga Europea de Hockey (LEH) para la próxima temporada, lo que marca un hito histórico tanto para el hockey europeo como para un equipo que nació con un propósito muy distinto al del éxito deportivo.

Fundado por Julián Alcalá, promesa de esta disciplina hace ya casi una década, CAR Jaguars surgió como un proyecto social para ayudar a jóvenes con problemas personales y brindarles una segunda oportunidad a través del deporte. Lo que comenzó como una modesta iniciativa en el Centro de Alto Rendimiento de la Costa Brava se ha convertido, siete años después, en un club que ha conquistado tres títulos consecutivos en la Liga Española de Hockey y se ha ganado el respeto dentro del panorama europeo.

El equipo se ha caracterizado por su estilo de juego intenso, físico y emocional, y por estar constituido por un grupo humano donde cada jugador cuenta su propia historia. El capitán, Jonathan Ros, lidera una plantilla que ha sabido equilibrar juventud y experiencia bajo la firme dirección de Alcalá. Entre sus figuras más destacadas se encuentran los hermanos Elliot y Benji Schmidheiny, hijos del embajador sueco en España, Viktor Schmidheiny, conocidos ambos por su gran energía y lealtad en el vestuario y por representar mejor que nadie la esencia que distingue a los Jaguars.

«La entrada en la Liga Europea supone un reconocimiento al trabajo y a la fe en un proyecto que siempre ha situado a las personas por delante del resultado», ha declarado el entrenador, de veinticuatro años de edad. «Somos un equipo que nació para dar oportunidades, y ese sigue siendo nuestro mayor triunfo».

Los Jaguars llegan a la liga tras la adquisición de una nueva franquicia por parte del empresario Eduardo Alcalá, padre de Julián.

El debut europeo de los CAR Jaguars promete levantar pasiones. Competirán contra los Demonios de Barcelona, así como los Coliseos

de Roma y los Quebrantahuesos de Ginebra, entre otros grandes clubes, llevando consigo no solo el emblema del CAR de la Costa Brava, sino también la historia de una generación que transformó el hielo en una nueva oportunidad vital.

🎙️ Programa *Hockey al límite* – Emisión en directo (Canal Sport Europa)

Adrián Riera:

Y ahora vamos con la noticia que está dando la vuelta al mundo: los CAR Jaguars se estrenarán en la Liga Europea la próxima temporada. Además, su debut trae una trama digna de un telefilme de sobremesa. Hablamos, por supuesto, de los hermanos Schmidheiny y de la inminente confrontación en la liga profesional con su hermanastro, Blake Donnelly, capitán de los Demonios de Barcelona y niño dorado de la liga, no solo por su pelo rubio. Para hablar de ello hoy nos acompañan Carlos Méndez y Sara Doménech, periodistas especializados. Carlos, Sara, bienvenidos. ¿Podríais compartir con nuestros espectadores qué opinión os merece este tema?

Carlos Méndez: *(Ríe.)*

Es que no podría haberse escrito un guion mejor. Por un lado, tenemos a Elliot y Benji Schmidheiny, formados en la cantera solidaria de Julián Alcalá, y por otro, a Blake Donnelly, estrella europea, capitán de uno de los clubes más potentes de la LEH y, para más inri, hermanastro de los anteriores. Y, atención, porque los Jaguars y los Demonios serán los dos únicos equipos españoles que formen parte de la Liga Europea. El morbo está servido.

Sara Doménech:

Totalmente. Además, no olvidemos que, hace apenas una semana, Donnelly subió a sus redes sociales una foto de sus hermanastros junto al capitán de los Jaguars, Jonathan Ros, vistiendo la equipación de los Demonios de Barcelona. A pesar de que la eliminó un par de horas después, la imagen suscitó todo tipo de comentarios. Algunos hablaban de apoyo familiar, pero otros ya lo interpretan como una provocación, sobre todo ahora que los Jaguars entran en la Liga Europea.

Carlos:

Sara, seamos honestos: Blake Donnelly no da puntada sin hilo. Es uno de los jugadores más mediáticos del continente, sabe la

expectación que genera cada uno de sus movimientos, y subir esa foto justo antes de que se hiciera oficial el anuncio de la incorporación de los Jaguars… huele a mensaje, ¿no?

Sara:

Sí, un mensaje muy claro. «Bienvenidos al hielo europeo, pero aquí mando yo». Blake tiene carácter, y si a eso le sumas que los Demonios vienen de arrasar la temporada pasada en su división, está claro que no van a recibir con los brazos abiertos a los novatos.

Carlos:

A eso hay que añadir que el entrenador de los Jaguars, Julián Alcalá, es hijo de Eduardo Alcalá, el nuevo propietario del equipo… Vamos, que entre los Alcalá, los Donnelly y los Schmidheiny, la LEH tiene drama para rato.

Sara:

Literalmente. Hay talento, sí, pero también historia. Y te digo una cosa: el primer partido entre los CAR Jaguars y los Demonios de Barcelona va a tener más audiencia que una final. Por el morbo, por las conexiones familiares y porque en el hielo todos estos vínculos actúan como combustible.

Carlos:

Y mientras tanto, Blake Donnelly sube una foto e incendia internet.

(Risas en el plató.)

Sara:

Así es Blake. Siempre sabe cómo calentar el ambiente antes de un partido.

Adrián:

Bueno, pues ya lo saben: hermanastros enfrentados y redes sociales echando humo. Si la Liga Europea buscaba una narrativa para enganchar al público, los CAR Jaguars acaban de servírsela en bandeja.

29

JONATHAN

Una semana después

La noticia de que los Jaguars entraban a formar parte de la LEH entusiasmó a mi abuelo. Me dio una paliza a modo de felicitación. De esas que te estampan contra el suelo sin necesidad de empujarte. De las que te hacen sangrar por dentro, donde nadie lo ve. De esas que te dejan sin aire, como si una mano invisible se cerrara alrededor de tu cuello.

—No te creas que eres alguien, hijo —me espetó—. Porque no lo eres. Ni lo serás.

Le encantaba hundirme cuando más a flote me veía, como si pudiera oler mi esperanza. Y la aplastaba antes de que creciera. Yo me llevé la mano al pecho y me aferré a la medalla de mi madre, fría, como siempre, a pesar de que mi piel ardía por el dolor.

Cuando por fin pude irme, llegué a casa a una hora en la que ya todos dormían. Todo estaba en penumbra. Y en silencio. Comencé a subir las escaleras, con la cabeza a punto de estallar, pensando únicamente en alcanzar mi cama antes de caer redondo. Pero tropecé con un bulto. Me desequilibré, y casi me dejo los dientes en el borde del escalón. Por segunda vez en el día.

El bulto era Elliot.

—¿Qué coño…? —gruñí, agarrándome a la barandilla.

Él se levantó y me observó en la oscuridad. No dijo nada al principio. Solo me miró. Y entonces me dio un toque rápido, aparentemente suave, en el estómago. Yo me doblé como si me hubiera atravesado una bala.

—Ah, joderrr… —siseé.

—¿Ha sido tu abuelo? —preguntó—. ¿Siempre ha sido él? Porque he sumado dos más dos, Jonny. Desde lo del velero he sumado dos más dos y todo apunta hacia él.

Suspiré.

—No es asunto tuyo.

—¿Lo sabe Blake?

Reí sin ganas.

—No es asunto suyo.

Y entonces Elliot me abrazó. De súbito. Con fuerza. Con una torpeza tierna, como si no supiera si hacía bien o mal, pero intentando tapar las grietas que yo tenía en el alma. Intentando recolocar los huesos que el otro me había roto. Su aroma a Hugo Boss, familiar y jodidamente reconfortante, me inundó. Yo me quedé quieto, rígido. Pero él no se apartó. No se rindió. Y me rompió un poco más por dentro.

—Tienes que permitir que te queramos —murmuró contra mi hombro.

Tragué saliva. Un segundo. Dos. Tres. Entonces mis brazos, por puro instinto, se movieron solos y, temblando, le devolvieron el abrazo.

—Perdóname por no haberme dado cuenta antes —me pidió—. Cuando entraste en el CAR… —Elliot suspiró—. Hoy en día es difícil ocultar el pasado. Todo se sabe. Todo se graba. Todo se comparte. Apenas llevabas un par de semanas con nosotros cuando empezaron a rular vídeos tuyos peleándote por dinero en un callejón. Yo asumí… Asumí, Jonny. Perdóname.

🎙️ Programa *Hockey al límite* – Segunda semana de debate (Canal Sport Europa)

Adrián Riera:

Y continuamos con el tema que sigue copando titulares en toda Europa: el enfrentamiento entre los CAR Jaguars y los Demonios de Barcelona. Hace una semana hablábamos de la foto que había compartido en sus redes Blake Donnelly, en la que sus hermanastros y Jonathan Ros aparecían vistiendo la equipación de los Demonios. Pues bien, ha habido respuesta desde el banquillo de los Jaguars.

Sara Doménech:

—Sí. Ayer Elliot Schmidheiny subió una historia a su cuenta, donde se lo veía en el gimnasio, luciendo la nueva equipación de los Jaguars, y el texto: «Nueva camiseta lista para debutar con los Jaguars. Tejido técnico, corte limpio, clase. No es lo mismo sudar en una camiseta de verdad que parecer parte de un zoológico. No seas *rata* y compra algo mejor».

Carlos Méndez: *(Ríe.)*

Elliot nunca ha tenido filtro. Y lo que más me gusta es que no le hace falta nombrar a Blake para que todos sepamos de quién está hablando.

Sara:

Claro, es una referencia obvia al parecido entre el demonio de Tasmania, emblema de sus rivales, y una rata. Por cierto, Blake contestó con una frase lapidaria: «Nos vemos en el hielo con tu ropita nueva, pastelito». Se volvió tendencia en redes en cuestión de minutos.

Carlos:

A mí lo que me alucina es cómo este conflicto familiar se ha convertido en el eje narrativo de la nueva temporada de la Liga Europea. Hay más tensión que en una final olímpica.

Sara:

Y, ojo, que desde los Jaguars ya se ha filtrado que Julián Alcalá ha ordenado silencio absoluto a sus jugadores. No quiere

distracciones. Dice que «los Jaguars no juegan en redes, sino en el hielo».

Carlos:

Claro, el problema es que Elliot es hielo puro. Y Blake se alimenta de presión.

Sara:

Lo curioso es que Benji Schmidheiny ha intentado mediar. Subió una publicación muy neutral, diciendo algo como: «Pase lo que pase, seguimos siendo familia, bollito de crema».

Carlos:

¿Neutral? ¿Mediar? A mí me parece una provocación en toda regla.

(Risas.)

Sara:

Puede ser. Las redes se han llenado de los *hashtags* #TeamDonnelly y #TeamSchmidheiny.

Carlos:

Las redes lo han convertido en un derbi familiar. Y la LEH, encantada. Porque el primer partido entre los Demonios y los Jaguars ya tiene fecha: 22 de octubre, y las entradas volaron en dos horas.

Sara:

Una temporada que promete golpes, declaraciones cruzadas y, si somos sinceros, una historia que trasciende el deporte. Porque esto ya no es solo hockey: es orgullo, sangre y hielo.

Carlos:

Y un poco de ego, no lo olvides.

Sara: *(Ríe.)*

Eso siempre. En el hielo europeo, el ego patina más rápido que nadie.

30

JONATHAN (veintiún años)

Cinco meses después. Septiembre

Mi hombro derecho llevaba años jugando a la ruleta rusa.

Todo empezó una noche cualquiera, en una pelea cualquiera. No fui al médico. Me puse hielo y seguí adelante. Con los años, el hockey hizo el resto. El hombro me había avisado, por activa y por pasiva, de que ya había tenido suficiente. Pero yo no prestaba atención a las señales. Hasta que un día, una semana antes de empezar la pretemporada en la LEH, durante un entrenamiento, un mal golpe al tablero me provocó una subluxación completa. Sentí que mi hombro se rompía del todo. Ya no había infiltración ni venda que lo salvara. Tuvieron que operarme de inmediato. Estaba aterrorizado, pero Blake se mantuvo conmigo en todo momento. Él fue quien me tomó de la mano y me retiró el pelo de la frente.

BLAKE (veintitrés años)

Julián me cogió la mano cuando Jon entró en quirófano. Solo era una lesión en el hombro. Una intervención rutinaria. Yo no entendía por qué me sentía tan asustado.

31

JONATHAN

Octubre

Era nuestro primer partido contra los Demonios de Barcelona, nuestro primer partido oficial contra ellos dentro de la LEH, y yo lo estaba presenciando desde el banquillo. Y no me refiero al de los reservas, sino al de los espectadores. Aún me quedaban un par de meses de rehabilitación. Y juro que no he odiado más a Patrick que en aquel momento.

El estadio de los Demonios estaba a reventar. No cabía ni un alfiler. Las entradas se habían agotado dos meses atrás. Había una expectación de la hostia. Y yo estaba sentado en la tribuna, rodeado de desconocidos.

Apenas llevábamos veinte minutos de partido, con el marcador sin estrenar, cuando me sonó el teléfono. Se trataba de un número desconocido, así que ignoré la llamada. Pero insistieron, de modo que suspiré y respondí.

—¿Sí?

—¿Jon? Soy Chloe.

¿Chloe? ¿Había escuchado bien? Había un ruido fortísimo en las gradas —aplausos, silbidos, bocinas, risas—, así que tuve que agachar la cabeza y taparme el otro oído.

—¿Chloe?

—Donnelly —me aclaró, aunque no era necesario. Giré la cabeza y escruté a los Donnelly, sentados unos metros más allá. Habían acudido en masa a ver el partido. Chloe no se encontraba entre ellos, ahora que me fijaba bien—. Lo siento, no sabía a quién llamar —continuó—. Toda mi familia está en el partido y… es un partido importante para Blake. Y para Elliot y Benji, supongo. Si aviso a mi padre, va a salir pitando de ahí, y Blake en algún momento va a percatarse de su ausencia y va a preocuparse. Elliot y Benji se darán cuenta de que Blake está preocupado y… No es que les importe el estado emocional de mi hermano, pero quizá piensen que ha pasado algo grave y… no quiero agobiarlos. Es un partido importante —repitió. No sé si era a causa del ruido o de que ella hablaba en voz muy baja, pero lo cierto es que yo apenas la escuchaba—. Sé que tú no juegas hoy, por lo de tu hombro, y…

—¿Qué te pasa?

—¿Puedes… puedes venir a buscarme? Por favor —suplicó, con la voz rota.

Me puse en pie al instante.

—¿Dónde estás? —le pregunté mientras subía los escalones de dos en dos hacia la salida.

—En una pista de hielo, a veinte minutos del estadio. Me he… me he caído y… me he hecho daño. —Rompió a llorar, y a mí algo se me estremeció dentro del pecho. Chloe solo tenía dieciséis años en aquella época.

—Tranquila, voy de camino.

Corrí por el pasillo hacia la salida.

—No sé si… —Chloe rompió a llorar de nuevo.

Alguien cogió su teléfono.

—¿Hola? —Era la voz de una mujer.

—Sí. ¿Quién es?

—Hola, me llamo Teresa. Trabajo en la pista de hielo. Chloe ha caído mal y se ha hecho daño en la muñeca. No sé si se ha roto algún hueso; no me deja ni acercarme. Y tampoco quiere ir al hospital.

Por fin llegué al aparcamiento. Como yo estaba fuera del equipo temporalmente, no había ido con ellos en el autobús, sino en el coche de Elliot. Tomé asiento y arranqué el motor. Salí cagando hostias. El teléfono enseguida se conectó al *bluetooth* del coche.

—No hagas nada —ordené. A esas horas el tráfico era una locura, pero por suerte yo conocía Barcelona como la palma de mi mano. Pillaría un atajo—. No la toques. Es patinadora sobre hielo. Necesita que la vea un médico.

—Sí, me lo ha dicho.

—Llego en diez minutos.

—Vale. Estamos sentadas en el banco junto al acceso principal a la pista. Nos verás enseguida.

—No cuelgues. Pásame con Chloe.

—Claro.

Transcurrieron un par de segundos.

—Jon.

—Estoy de camino, Chloe. Llego enseguida. ¿Aguantas?

—Sí.

—¿Quieres que me quede al teléfono?

—Por favor.

—Cuéntame por qué no estabas viendo el partido. Ah, espera, ya lo sé. Es porque no jugaba yo, ¿verdad? —bromeé, y conseguí arrancarle una risita.

—Me has pillado.

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo.

Llegué a la pista ocho minutos después. Aparqué el coche en doble fila, con las luces de emergencia encendidas, y entré corriendo.

—Ya estoy aquí —le dije, y colgué.

La localicé rápido. Estaba sentada encorvada, sujetándose la muñeca. La chica, Teresa, intentaba consolarla. Chloe tenía la cara descompuesta. Rompió a llorar en cuanto me vio. Me senté a su lado y la abracé.

—Shhh, tranquila. Ya estoy aquí. Shhh.

—La semana que viene tengo una competición —sollozó—. He preferido venir a entrenar en lugar de ir al partido. Estaba a punto

de entrar en un giro y no he visto venir a un patinador; he tratado de esquivarlo, pero he perdido el equilibrio, he caído de frente y he puesto la mano para amortiguar.

Alcé la cabeza y busqué al otro patinador en el hielo.

—No ha sido culpa suya —me aseguró Chloe, intuyendo mis intenciones—. Ha sido mía. Jon —me llamó, al ver que yo no contestaba.

—Déjame ver esa muñeca.

La tenía pegada al vientre. No vi una mierda.

—¿Crees que está rota? —me preguntó, los ojos muy abiertos.

—No tengo ni idea, así que nos vamos al hospital.

—No ha querido ni que le quitara los patines —me explicó Teresa.

—Yo me encargo. ¿Puedes traerme sus cosas?

—Claro. Ahora mismo.

—Gracias.

Me agaché y comencé a desatarle los patines. Para cuando le descalcé ambos, Teresa ya había vuelto con su mochila. Saqué las deportivas y se las puse. Guardé los patines y me colgué la mochila al hombro.

—¿Lista?

Chloe asintió con la cabeza.

—Espero que vaya todo bien —me dijo Teresa conforme Chloe se ponía en pie. Rodeé los hombros de esta con un brazo y ella me pasó el suyo sano por la cintura—. Puedo darte mi número de teléfono por si, no sé, necesitáis algo.

No me molesté en responder. Salimos de la pista y ayudé a Chloe a montar en el coche, en el asiento del copiloto. Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Encendí la radio y sintonicé el partido antes de arrancar y salir del aparcamiento. Íbamos perdiendo. Mierda.

—Últimos segundos del segundo tiempo… Los Demonios presionan en la zona ofensiva… Donnelly recupera el disco tras el rebote; lo controla con el stick, pivota sobre el eje izquierdo… Esquiva a Elliot Schmidheiny, el delantero ala derecha de los Jaguars… —El comentarista alzó la voz, con la cadencia acelerada de

quien huele el gol—. *¡Donnelly avanza!, ¡Donnelly dispara desde la línea azul… y GOOOL! ¡Golazo de Blake Donnelly! ¡Qué misil! Entró directo por la escuadra, imposible de detener para el portero de los Jaguars.*

—Mierda, joder —exclamé—. Puto Blake.

Vi que a Chloe se le dibujaba una sonrisa, aún sin abrir los ojos. Chasqueé la lengua.

Unos minutos después, aparqué en el área de urgencias del hospital más cercano. Ayudé a Chloe a salir del coche y entramos juntos.

—Hola —saludé al recepcionista.

—¿Qué ha pasado? —respondió, seco. Era un chaval de veintipocos. Debe de ser una asignatura troncal en la universidad ser un puto borde.

—Se ha caído patinando sobre hielo. Le duele mucho la muñeca.

—¿Te has mareado o te has golpeado la cabeza? —le preguntó, en modo automático, a Chloe.

—No, solo la muñeca.

—¿Tienes la tarjeta sanitaria o el DNI?

—Sí, en mi mochila.

Abrí la mochila y localicé su cartera. Saqué el DNI y se lo tendí.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciséis años.

—Vale, entonces necesito saber quién eres tú —me dijo, todo borde.

—Eh…

—Es mi cuñado —respondió Chloe, y yo casi me ahogo con mi propia saliva.

—Perfecto. Siéntate por allí con ella; enseguida la llaman. Si el dolor empeora o te mareas, me lo dices, ¿vale?

—Vale.

—¿Y si me mareo yo? —pregunté, un poco en broma. Lo de «cuñado» me había revuelto el estómago.

—A ti te doy un vaso de agua.

—Perfecto.

Le guiñé un ojo y el chaval sonrió. ¡Por fin!

Nos dirigimos a la sala de espera y nos sentamos, en silencio. Chloe seguía con el brazo inmovilizado contra el pecho, los ojos rojos y las mejillas húmedas.

—Tengo miedo —susurró, y clavó sus pupilas en las mías. Estaba a punto de llorar otra vez.

Le aparté un mechón del flequillo, que se le había pegado a la mejilla, y se lo remetí detrás de la oreja.

—Todo va a salir bien.

—¿Tú no sentiste miedo? Por lo del hombro.

—Un poco. Pero me cogieron de la mano y enseguida se me pasó.

—¿Quién te cogió de la mano?

—El idiota de tu hermano.

Mi comentario le sacó otra sonrisa, pero se le borró demasiado rápido.

—¿Y si no puedo volver a patinar?

—Claro que vas a volver a patinar. —Le limpié una lágrima con el pulgar, delicadamente—. Te has caído mil veces. Y siempre te levantas. Esta no va a ser diferente.

—¿Y si los huesos han hecho crac?

—Te arreglan el crac y vuelves al hielo. Por cierto, ¿de dónde has sacado mi número de teléfono?

—De la nube familiar. Hace unos años papá nos obligó a todos a subir nuestras agendas. Por si había alguna emergencia. He entrado en la de Blake y… te he llamado. Te tiene guardado como «Boo». Así es como lo llamaba mi madre a él. ¿Lo sabías?

No, no lo sabía. Y se me instaló un nudo en el estómago. Saqué mi teléfono y los auriculares del bolsillo. El partido aún no había terminado.

—¿Quieres uno? —le pregunté, y le cedí un auricular.

—Sí.

Se lo puse yo y vimos juntos el tercer tiempo, mudos. Íbamos perdiendo por tres goles. Y visto desde fuera, la supremacía de los Demonios era clara. Nosotros mejorábamos cada día, pero la LEH no era la liguilla a la que estábamos acostumbrados. Sin embargo, lo haríamos. Nos adaptaríamos. Solo era cuestión de tiempo.

El partido terminó y la cámara enfocó a Blake. Se quitó el casco y echó un vistazo a las gradas. Frunció el ceño.

—Te está buscando a ti —afirmó Chloe.

Iba a responderle que su hermano no me había buscado en la vida, pero el médico de turno eligió ese momento para llamarla.

—¿Chloe Donnelly?

—Sí. Soy yo.

—Ven conmigo.

Nos pusimos en pie a la par.

—¿Me alcanzas mi móvil? Está en la mochila, en el bolsillo pequeño.

—Claro.

Saqué el teléfono y se lo entregué. Lo cogió con la mano sana y llamó a su padre. Debió de saltar el contestador.

—Papá…, estoy en el hospital —dijo, a medida que nos acercábamos al médico—. No te asustes, ¿vale? Me he caído en la pista y me he hecho daño en la muñeca. Acaba de llamarme el médico. Te mando la ubicación. Te quiero.

—Hola, Chloe —saludó el doctor, bastante simpático. Era joven. Le calculé unos treinta años—. ¿Y tú eres…? —me preguntó a mí.

—Ehhh…

—El novio de mi hermano —respondió Chloe.

Ya estábamos otra vez…

—¿Quieres acompañarla?

—Me gustaría, sí.

—Claro. Venid los dos conmigo. —Nos adentramos por un pasillo largo. El médico no dejaba de mirarme con aire suspicaz. Me ojeé de arriba abajo. Tenía que dejar de vestir con chándales oscuros—. Cuéntame qué te ha pasado, Chloe.

—Estaba entrenando en la pista de hielo, me he caído y me he hecho daño en la muñeca. Yo… patino sobre hielo. Tengo una competición la semana que viene. ¿Podré asistir?

—Vamos a ver esa muñeca y hablamos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

El médico me miró de reojo y empecé a mosquearme.

—Perdona, eres Jonathan Ros, ¿verdad? El capitán de los CAR Jaguars. —Abrí mucho los ojos, sorprendido—. Soy un fanático del hockey. Os sigo desde hace años. Enhorabuena por el ascenso a la LEH. Qué subidón, ¿eh? ¿Qué tal el hombro, por cierto?

BLAKE

—Chloe Donnelly —le dijo mi padre, nervioso, al recepcionista de urgencias—. Es mi hija. Se ha caído patinando y ha venido aquí.

—Sí. Está con el médico. La están enyesando.

—¿Enyesando? —Todos nos miramos—. ¿Cómo que la están enyesando?

—Se ha fisurado el radio.

—Pero… tiene dieciséis años. ¡Es menor de edad! ¿Cómo es posible que nadie me haya avisado de esto?

—Venía acompañada por un familiar. Un adulto.

—¿Qué? Los únicos familiares adultos que tiene mi hija en Barcelona somos nosotros —nos señaló a Brandon, Cannon, Fallon y a mí.

—Alto —dijo el chico, y levantó la mano por encima de su cabeza —, moreno, ojos azules. Sentido del humor cuestionable. Le prometí un vaso de agua si se mareaba.

Mi padre frunció el ceño. A mí el corazón me dio un vuelco. Brandon me golpeó el pie con el suyo.

—Ningún familiar de mi hija cumple con esas características.

Fallon carraspeó.

—Papá…

—Dijo que era su cuñado.

Oh, Dios.

—¿Su cuñad…? Oh.

El recepcionista alzó ambas cejas.

—¿Ahora sí?

¿Qué hacía Jon con mi hermana?

—Sí. Ahora sí —aceptó mi padre.

—Bien. Porque parecían cercanos. Oh, mire. —El chico señaló a nuestra espalda—. Ese es el médico que ha atendido a su hija. Él podrá darle más información.

Nos desplazamos todos en masa.

—Perdone —lo interceptó mi padre—, soy el padre de Chloe Donnelly. ¿Está bien?

—Hola; sí. No se preocupe. Es una chica muy valiente y se ha portado fenomenal. Tiene una fisura en el radio, justo por encima de la muñeca. No es una fractura completa, pero necesitaba inmovilización, así que le hemos puesto un yeso para que el hueso suelde bien. Le dolerá un poco durante los próximos días, sobre todo al mover los dedos o si intenta apoyar la mano, pero es una lesión leve, sin desplazamiento, y con el tratamiento adecuado, se recuperará completamente. Eso sí, necesitará llevar el yeso unas cuatro o cinco semanas. Si nota dolor intenso, hinchazón o entumecimiento, que venga enseguida. Puede tomar el analgésico que le hemos recetado para el dolor. No se preocupe, está bien. Antes de que pueda darse cuenta, estará patinando de nuevo.

—¿Dónde está?

—Le están haciendo una radiografía para corroborar que todo está bien. Ahora vienen. El novio de su hijo está con ella. No le ha soltado la mano en ningún momento. —El médico sonrió y fue posando los ojos en nosotros, uno a uno, hasta que llegó a mí—. Oh. ¡Oh! —exclamó—. Blake Donnelly. Claro, Donnelly. Perdona, no caí en la cuenta. No es que sea un apellido muy común, es que no me imaginé que se trataba de tu hermana. Antes de que pienses que estoy loco —levantó los brazos—: soy un gran aficionado al hockey. He reconocido a Ros en cuanto lo he visto. —Entonces entrecerró los ojos y nos miró de nuevo, a mis hermanos (varones) y a mí. A Axel lo descartó enseguida; tan solo tenía catorce años. Dudó entre Brandon y yo. Dudó cuál de los dos sería el novio de Jon.

—Normalmente no huele tan mal —dijo Brandon, señalándome —. No le ha dado tiempo a ducharse después del partido.

El médico sonrió.

—Ahí vienen —anunció Cannon.

Chloe y Jon aparecieron por el pasillo del fondo. Venían hablando. No, riendo. Venían riendo. Chloe tenía el brazo derecho escayolado hasta el codo y le brillaban los ojos. No sé qué me estrujó más por dentro, si el alivio por que mi hermana estuviese bien o ver a Jon sonreír así.

—¡Chloe! —la llamó mi padre, y corrió a su encuentro.

Ella alzó la mirada. Jon también. Y se cruzó con la mía, como un golpe sordo en el esternón.

—¡Papá!

Nos reunimos todos a medio camino. Mi padre abrazó a mi hermana, con cuidado. Jon y yo no dejábamos de mirarnos.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Tengo una fisura en el radio. —Jon y yo seguíamos mirándonos. «Gracias», le dije, moviendo los labios, aunque mi mensaje no pasó desapercibido para nadie. Fallon nos miraba. Cannon nos miraba. Brandon nos miraba. Axel nos miraba. Incluso el médico nos miraba—. No voy a poder competir.

—No te preocupes ahora por eso.

Mi padre rompió el abrazo y miró a Jon.

—Gracias, Jon. —Y sonrió.

Me gustaba que mi familia lo llamara Jon. No recordaba cuándo había comenzado yo a llamarlo así. Supongo que un día lo hice y ya no pude dirigirme a él de otra manera.

—De nada —respondió él, incómodo.

Entonces mi padre lo abrazó y Jon flipó en colores. Casi se le salieron los ojos de las órbitas. Yo también flipé. Y sonreí sin remedio.

—No quería que abandonarais el partido todos a la vez —nos explicó Chloe—, para no distraer a Blake. Por eso recurrí a Jon.

—Hija…

—Veo que ya la has estrenado. —El médico señaló el garabato en la escayola de mi hermana.

Decía: «*Go*, Jaguars, *go*».

—Lo he puesto en inglés, que sé que os gusta —alegó Jon, y carraspeó—. En fin, os espero fuera.

—No te preocupes —me aseguró el médico—. No diré nada.

—Gracias.

—No hay que darlas. Es vuestra vida privada. Y usted, señorita —se dirigió a mi hermana—, a seguir todas mis instrucciones, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Espero verte pronto dando guerra en una pista de hielo.

—Cuenta con ello.

Nos despedimos y abandonamos el hospital. Atardecía. Jon nos esperaba en el aparcamiento, apoyado en el BMW de Elliot, con los brazos cruzados y las piernas entrelazadas a la altura de los tobillos. Ordené a mi familia que se metiera en el coche de mi padre y me aproximé a él. Me dejé caer a su lado.

—Hueles fatal —se quejó.

Se me escapó una carcajada. Tras el partido, mi padre me había llamado para avisarme de que me esperaban en el hospital, y quise ir con ellos, así que me cambié de ropa a toda prisa y sin pasar por la ducha.

—No dirá nada —le aseguré—. El médico.

—Bien.

Le di un empujoncito en el costado, suave. Él me revolvió el pelo, hacia un lado y hacia el otro (le encanta mi pelo, aunque no lo quiera reconocer), y yo meneé la cabeza hacia un lado y hacia el otro, con los ojos cerrados y la lengua fuera, sin dejar de sonreír. A veces Jon tenía el día juguetón.

—¿Qué tal va el hombro?

—Bien.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—El partido ya ha acabado, así que… ir a casa, supongo.

Me incorporé y extendí la mano.

—¿Qué? —me preguntó.

—Las llaves.

—Estoy bien. Puedo conducir.

—No, no puedes. No tienes carné.

—Conduzco mejor que tú.

—Es ilegal. Dámelas. Ahora.

—Estás agotado.

—Sobreviviré. Además, quiero enseñarte algo.

—¿El qué?

—Es una sorpresa. Vamos.

Reticente, me lanzó las llaves y se dirigió al asiento del copiloto. Buen chico. Me despedí de mi familia con la mano. Tomé asiento y encendí el motor.

En cuanto llegamos al primer semáforo, vi el coche de mi padre justo al lado. Brandon, en el asiento del copiloto, bajó la ventanilla.

—Te has dejado la mochila en el maletero. ¿La necesitas?

—Mierda. Sí.

Me apeé y abrí el maletero de mi padre. Cogí la mochila y la guardé en el del BMW. Regresé a mi asiento. El semáforo aún estaba en rojo.

—¡Pasadlo bien! —gritó mi padre. Subí la ventanilla.

Una hora después, ya de noche, llegamos a la Costa Brava. Yo estaba nervioso, lo reconozco.

—Mi casa quedaba por ahí —señaló Jon cuando me salté el desvío.

—No vamos a tu casa.

—¿Y a dónde vamos?

—A la mía.

—¿Perdona?

Cinco minutos después aparqué frente a mi flamante adquisición. Uno de mis bienes más preciados, incluso hoy. Es una vivienda unifamiliar sencilla, de piedra clara y tejado a dos aguas, pero de la que parte una pasarela de madera que se adentra en el mar. Y a través de las ventanas, el horizonte se ve inmenso. Por la mañana, la luz entra directa y baña las paredes con un resplandor cálido. Por la tarde, el sol cae detrás del campanario de la iglesia y el cielo se vuelve cobre. De noche, solo se oye el mar y, a veces, las campanas del pueblo. Y se encuentra a diez minutos a pie desde la casa de Jon. Fue… amor a primera vista. Aunque yo no creo en el amor a primera vista.

Jon bajó del coche a todo correr. Yo lo hice detrás de él.

—¿Es tuya? —me preguntó, alucinado, dirigiéndose a la entrada.

—Sí.

—¿Me has comprado una casa? —bromeó.

—No, imbécil.

Rio.

—¿Desde cuándo la tienes?

—Desde hace una semana. Estoy harto de tener que conducir a las tantas hasta Barcelona. O de dormir en el sofá de Juls. Es una

buena inversión.

—¡Es una pasada! ¿Vamos dentro?

Se me curvó la boca en una sonrisa. Se lo había tomado bien. Parecía un niño con una bicicleta nueva. Me recordó a mí, de niño, con una bicicleta nueva. Y se me calentó el corazón. A saber por qué.

—Guau —exclamó al ver la casa por dentro, sobre todo la cristalera que daba al mar—. Qué increíble.

Subió las escaleras y yo lo seguí. Inspeccionó todas las habitaciones, hasta que llegó a la única que estaba amueblada. Y la cama, hecha. Oh, la cama hecha. Sentí de golpe el cansancio de todo el día. Entré y me desplomé en ella, bocarriba, derrotado. Cerré los ojos. Noté que el colchón se hundía a mi lado, y el olor de Jon me inundó las fosas nasales.

—No te marches todavía —susurré—. Dame cinco minutos y preparo algo de cena.

—No me iré, a pesar de que sigues oliendo fatal —respondió, y gruñí en respuesta—. Descálzate, al menos.

No lo hice. Creo que lo hizo él por mí. Después, colocó una pierna encima de la mía y se acurrucó en mi costado, con su brazo tatuado sobre mi cintura y la barbilla en mi hombro. Coló una mano por debajo de mi camiseta y sus dedos vagaron, distraídos, por mi pecho. Luego, por mi estómago. Fue tan perfecto que me quedé dormido. En momentos así pensaba que Jon estaba hecho para mí. Que cada parte de él estaba hecha para cada parte de mí. Luego lo desechaba. Qué tontería.

Me desperté horas más tarde; algo me hacía cosquillas en la nariz. Parpadeé y abrí los ojos. Una masa de cabello moreno eclipsaba mi campo de visión. Una sonrisa tiró de mis labios mientras escuchaba sus ligeros ronquidos. Jon estaba tendido de espaldas, casi encima de mí, con la cabeza hacia el otro lado. Sin empujarlo, me moví debajo de él y lo observé mientras dormía. Extendí la mano, despejé el cabello de su frente y le di un suave beso en la mejilla.

Fue la primera vez que dormí con Jon. Si hubiera sabido que el secreto para que él y yo durmiéramos juntos era comprarme una

casa cerca de la suya, quizá lo habría hecho antes. Solo quizá. Y porque era mucho más cómodo, logísticamente hablando.

JONATHAN

Chloe añadió a Jonny

Brandon: ¿Perdona? Si entra Jon, entra Gari.

Fallon: Ni de coña. Nada de novios. Esto es un grupo familiar.

Brandon: ¿Y Jon qué es?

Cannon: Tu cuñado, según el recepcionista del hospital y el médico de tu hermana.

Brandon: Pues eso.

Fallon: ¿Estás admitiendo POR FIN que Gari es tu novio?

Chloe: ¡Pillado!

Fallon: Ahora solo falta que lo reconozca el otro…

Chloe: ¿Gari?

Fallon: ¡Blake!

Chloe: Pues ya puede darse prisa… Ayer una de las monitoras de la pista le pidió el número de teléfono cuando vino a buscarme, y luego el recepcionista de urgencias le puso ojitos.

Fallon: Blake, ¡que te lo quitan de las manos!

Brandon: ¿Y le dio el número de teléfono a la chica?

Brandon: Jon, pronúnciate.

Sofía: El hermanastro y el hermano del hermanastro jamás han dicho una sola palabra en este muro. No creo que Ojos Azules se pronuncie tampoco.

Brandon: Me gusta Ojos Azules.

Chloe: Por supuesto que no le dio el teléfono a la chica.

Fallon: Aclárate, Brandon. O uno u otro. No puedes tenerlos a todos.

Brandon: Me refiero a que me gusta el mote.

Brandon: Hoy lo ha hecho bien.

Brandon: Me ha ganado un poco.

Cannon: A mí también.

Sofía: Flojos.

Oskar Donnelly: Hoy Jon lo ha hecho muy bien.

Oskar Donnelly añadió a Abuela (mamá Lili)
Abuela (mamá Lili) añadió a Axel

Abuela (mamá Lili): Portaos bien.
Abuela (mamá Lili): Os veo a todos en Navidad.
Abuela (mamá Lili): Y que no me entere yo de que alguien sale de aquí.

Abuela (mamá Lili) abandonó el muro
Brandon añadió a Gari

Brandon: 😁
Sofía: 🤦‍♀️
Sofía: ¿Vamos a hablar del partido de hoy, o qué?
Fallon: ¿Hockey? Pereza.
Brandon: Ya te digo. Yo paso.
Axel: POR FIN.
Axel: Holaaa.
Gari: Eh…, ¿hola?

32

BLAKE

La noticia de mi nuevo hogar sí que se propagó como la pólvora. Y me encasquetaron al gato. Al parecer, Benji estaba a punto de morir de un momento a otro. Encerrar al gato en la habitación de Jon, Álvaro o Elliot cuando Benji se encontraba en casa no estaba funcionando. Quién lo iba a decir, ¿eh? Ya, bueno, *yo* se lo dije. Repetidas veces. Y tenía su gracia que el *gatito* mayor fuera alérgico a los gatos.

El minino de verdad bufó en mi dirección en cuanto entró por la puerta. Me odiaba con todas sus garras.

—No le gusta la gente —me explicó Jon, como si yo no lo supiera ya, la hostia.

Suspiré. Entonces reparé en la cara de Jon. Estaba triste como pocas veces lo había visto. Joder, estaba desolado. Parecía un animalillo indefenso. Me entraron ganas de abrazarlo. Y Benji, unos metros detrás, no lucía mucho mejor. La culpabilidad lo corroía. Me dio hasta pena. Y yo no sentía pena por Benji.

—Eh —le dije a Jon, y le di un beso en la cabeza—. Estará bien. Te lo prometo.



Una semana después

Blake:

Tu gato es lo más chungo que hay en este barrio.

Ha hecho pandilla.

Tiene controlada hasta a la Roomba.

Boo:

Es un ángel.

Blake:

Sí. Del infierno.

33

JONATHAN

Noviembre

Por alguna razón que tampoco alcancé a entender, me quedé dormido de nuevo en la cama de Blake. Parpadeaba en mi casa y aparecía en la suya. Y sucedió un par de veces más a lo largo de la siguiente semana. Y otras tres, la siguiente. No era la idea inicial, ni muchísimo menos. Pero cada noche que terminaba allí, con su respiración tranquila rozándome la nuca y su calor pegado a mi espalda, algo dentro de mí se aflojaba. Me gustaba cerrar los ojos cuando él dormía a mi lado. Cerrarlos de verdad. El colchón de Blake transmitía una calma especial, como una especie de refugio silencioso que yo no había encontrado en ningún otro sitio; tenía la absurda sensación de que ahí, justo ahí, nada malo podía tocarme. Blake no decía nada cuando veía que me quedaba, solo levantaba la manta y abría hueco.

BLAKE

A pesar de lo grande que era mi cama nueva, solía despertarme a menudo con el pelo de Jon cosquilleándome en la nariz. O con su cuerpo hecho un ovillo junto al mío.

Una de esas mañanas, afiancé mi brazo alrededor de su cintura y me pegué a su cuerpo, tibio.

—Que corra el aire, Blake —murmuró, adormilado, con voz profunda y suave.

—Lo siento, no te oigo. Estoy dormido —respondí, estrechando más el abrazo. Me incliné y besé la parte posterior de su cuello, justo donde sabía que se le erizaba la piel.

—Estás sudando y hueles fatal.

—Yo también te quiero.

Se rio, con esa risa suya baja, y empujó su trasero hacia mí.

—Aparta —insistió, sin un gramo real de convicción.

Yo lo besé una vez más en la nuca y le masajeé el hombro. Era algo que solía hacer. Después, me di la vuelta, dándole el espacio que decía necesitar. Y entonces fue él quien se giró y me abrazó. Me puso la mano sobre el estómago, donde la ponía siempre. Apoyó la frente en mi clavícula y su respiración se apaciguó, hasta que se durmió de nuevo.



Fallon: Te he visto en la rueda de prensa, Blake.

Fallon: Tenías un arañazo que te cruzaba el cuello.

Blake: Ha sido el puto gato.

Brandon: ¿La pasión se os ha ido de las manos a Ojos Azules y a ti?

Blake: Ese *gato* no. El otro. El de verdad.

Sofía: ¿Te refieres a Blaky?

Blake: Cállate.
Gari: Os adoro a todos, pero os silencio, ¿vale? Estoy petadísimo.

34

JONATHAN

Diciembre

Regresé al hielo.

Jugábamos en casa; mi primer partido en la LEH. Y aunque había intentado convencerme de que no estaba nervioso, el nudo bajo mi esternón decía lo contrario. El estadio nuevo rugía, no como las gradas familiares del antiguo. Esto era otra cosa. Un sonido más grave, más denso, como si miles de voces retumbaran en mi pecho y no en los oídos. El vestuario rebosaba de emoción cuando terminé de ponerme el equipo. El peso de las hombreras me devolvió a una especie de normalidad que llevaba semanas echando de menos. El clic del casco al cerrarlo. Respiré hondo. Otra vez. Y una más.

—… ¿Y qué es lo más importante? —preguntaba Julián, en medio de su discurso—. El puck. Os pueden hacer de todo, pero el puck no se pierde. Me da igual si os arrancan los brazos; lo cogéis con los dientes.

«¿Listo, capitán?», me preguntó Elliot en código morse, a mi lado.

Asentí. Benji me golpeó el casco con el suyo.

—Vas a estar bien. Y nosotros, contigo —añadió, en voz baja. Durante un segundo, la presión en mi interior cedió.

Noté que el móvil me vibraba. Era Blake.

Blake:

¿Por qué tu gato actúa siempre como si no hubiera comido en la vida?

Me paso el día alimentándolo y, aun así, me salta al cuello (literalmente) cada vez que me ve acercarme con las croquetas.

Por cierto…

Suerte.

Y bienvenido al hielo de nuevo.

Poco después salimos del túnel. El aire helado me golpeó la cara, y cuando mis cuchillas tocaron el hielo, algo en mí se recolocó. Como si el cuerpo recordara antes que la mente quién era yo antes de la lesión. El primer deslizamiento fue inseguro. El segundo, firme. En el tercero, ya sentía de nuevo la pista como una extensión de mis piernas.

La megafonía anunció nuestros nombres y el público rugió. Cuando dijeron el mío, me temblaron las manos dentro de los guantes. Entonces uno de los árbitros —el más joven, un recién llegado al que ya conocíamos porque se había enrollado con Elliot en un par de ocasiones—, nos indicó a Di Marco —capitán del equipo rival— y a mí que nos acercáramos para el face-off.

—Hola. Yo soy Jordi —se presentó, disimulando, y esbozó una sonrisa—. Bienvenido a la LEH, Ros.

Levantó el brazo y el puck cayó. Y yo corrí. O patiné. O volé. No sé. Solo sé que el hombro respondió. Que el cuerpo me siguió. Que la afición estalló. Que Elliot y Benji me cubrieron la espalda en todo momento. Y que la velocidad me arrancó de cuajo el miedo y me dejó solo el dulce vértigo de estar… ahí.

Jonathan Ros: la nueva joya del hielo europeo

Carlos Méndez

La llegada de Jonathan Ros ha puesto patas arriba la LEH. Con apenas veintidós años, ha irrumpido en la Liga Europea como un vendaval. Su estilo de juego combina velocidad, precisión y una lectura táctica que parece impropia de su edad. Su puntería es excepcional. El público aplaude. Los porteros se lamentan. Los periodistas no dan abasto. Los analistas ya lo comparan con Blake Donnelly, con quien mantiene una rivalidad tan visible como electrizante.

Jonathan Ros: el jugador que no conoce el error

Sara Doménech

En la Liga Europea hay buenos delanteros, y luego está Jonathan Ros. Cada vez que alza su stick, las gradas contienen el aliento. Porque Ros no dispara: sentencia. Los porteros lo estudian, los defensas lo siguen, pero nadie logra anticiparse a él. No hay error, no hay margen. Solo el instante exacto en que el puck sale propulsado de su stick y el estadio se congela antes del rugido. Sus estadísticas son inverosímiles (registra uno de los porcentajes de acierto más altos de toda la competición) y su sangre fría ante la portería roza lo clínico. Lo más inquietante es su consistencia: Ros no improvisa, sino que ejecuta. No tiembla, no duda. Los rivales ya lo saben: si Jonny Ros apunta, el puck va dentro. Ni los reflejos de los porteros ni las defensas más férreas logran detenerlo.

35

JONATHAN

No fue hasta las segundas navidades que pasé con los Donnelly cuando supe que Cannon no solo era estudiante de Matemáticas, sino una especie de as en la materia, y que no le gustaba la gente, en general, y Benji, en particular; que Sofía cambiaba de novio como de abrigo; que Brandon odia el chocolate caliente, pero que Chloe se lo preparaba con nubes y él se lo tomaba sin rechistar; que a Fallon no le gusta volar en avión; que Axel cocina fatal, como Blake, pero insistía en hacer el desayuno cada mañana; que Chloe admiraba a Núria, la misma con la que yo había hecho un trío con Blake, y que Blake no solo se quedaba dormido viendo la película de *Pedro y el dragón Elliot* (así se titula en castellano), sino que lo hacía llorando. En esa ocasión, no me limité a taparlo con una manta. También me tumbé a su lado, como pude, y me quedé dormido.

A la mañana siguiente puse a punto su Porsche. Abrí el capó y me manché las manos. ¿Para qué gastar en un taller?

36

JONATHAN

Enero

Hoy queremos compartir con vosotros una noticia que marca el final de una etapa y el comienzo de otra.

Nuestro compañero Víctor Cañas, referente del taekwondo durante tantos años, se retira como deportista. Víctor no se va debido a una lesión, ni por una mala racha. Se va porque ha llegado ese momento que tarde o temprano llega para todos: el de reconocer que ha cumplido un ciclo, que ha dado todo lo que tenía y que es hora de dejar paso a las nuevas generaciones.

Víctor ha sido un ejemplo de constancia, disciplina y nobleza dentro y fuera del tatami. Ha peleado combates épicos, ha ganado medallas, ha sufrido derrotas que lo hicieron más fuerte y ha acompañado a muchos de vosotros en vuestros primeros pasos dentro de este deporte. Su cuerpo, con el paso de los años, le ha ido pidiendo tregua, y él ha tenido la lucidez y la humildad de escucharlo.

No es fácil despedirse de lo que uno ama, y menos cuando se trata de algo que ha definido tu vida durante tanto tiempo. Pero Víctor lo hace con la serenidad de quien sabe que deja un legado sólido: el de un atleta que siempre luchó con corazón, que compitió limpio y que nunca perdió el respeto por su rival, ni por el esfuerzo de sus compañeros.

Aunque se retire de la competición, Víctor seguirá formando parte de esta casa, como entrenador de una nueva remesa de taekwondistas que viene pisando fuerte.

Así que hoy no celebramos una despedida. Celebramos una carrera completa. Una vida dedicada al tatami.

Gracias, Víctor, por cada combate, cada lección y por cada día que has hecho de este centro un lugar mejor

@Dirección

Felicidades, tío

@Tadeo.Jenaro

Gracias. Estoy blandito

@Víctor.Cañas

Hoy no dices eso de que no repitamos las felicitaciones, ¿eh?

Felicidades, Vic

@Carla.Santiago

🤭

@Víctor.Cañas

Cuántos cambios. Yo aún estoy asimilando que nuestros queridos gatitos hayan abandonado la residencia

@Ana.Mínguez

Qué tranquilo se ha quedado esto, ¿verdad?

@Pedro.Núñez

POR FIN

@Comedor

¿También ha desaparecido el gato? El de verdad, me refiero

@Dorita.Aroca

Eso parece…

@Cristian.Montaño

¿Vamos a seguir fingiendo que no sabíamos de quién era?

@Tadeo.Jenaro

🙄

@Víctor.Cañas

Freddy ha quedado huérfano

@Mélani.Hernández

Por fin

@Frederick.Christensen

Ayer me mandó un mensaje para decirme lo mucho que me echa de menos. Deja de fingir, tontorrón

@Jonathan.Ros

🖕

@Frederick.Christensen

El amor está en el aire

@Mikel.Ayesta

En este centro, siempre

@Saida.Molina

Frederick Christensen. Cuenta bloqueada por infringir el código de conducta

@Administrador

37

JONATHAN

Marzo

Cada día entrenábamos más duro. En el hielo y fuera de él. Primero con Julián y luego, con Patrick. Cada vez nos dejábamos más la piel. Y me encantaba enfrentarme a Blake en los partidos. Me encantaba que nos empotráramos el uno al otro y que después nos prometiéramos al oído una mamada. A veces pensaba que en el hielo nos entendíamos mejor que en la cama, pero luego nos acostábamos y dejaba de pensarlo.

—Dad por seguro que Blake Donnelly va a anticipar nuestras jugadas —nos decía siempre Julián—. No nos va a dejar llegar a la portería.

—Yo me ocupo de Blake —solía responder yo.

Y me ocupaba.

38

BLAKE

Mayo

Blake:

Imagen

La abrí. Era un meme de un gato naranja, como Blaky. Estaba sentado, erguido, y sostenía un libro abierto con sus patas delanteras, como si estuviera leyéndolo, con una concentración absoluta. El título del libro rezaba: *Cómo portarme mal y que aun así me den todo el pollito que yo quiera*.

Se me escapó una carcajada.

Blake:

Nos vemos en el hielo.

🎙️ *Hockey al límite* —Retransmisión en directo

¡Y otra vez Ros! ¡No puede ser! ¡No falla ni una! Cada vez que levanta el stick, el puck acaba en la red. Lo sabe el público, lo sabe el portero y lo sabe Donnelly, que ya ni siquiera intenta disimular la frustración. Ros está a otro nivel.

Ros *versus* Donnelly: el duelo que está reescribiendo la historia del hockey europeo

Carlos Méndez

En apenas unos meses, Jonathan Ros ha pasado de promesa a fenómeno. Su manejo del stick es quirúrgico y su instinto, letal. Pero lo que realmente enciende las gradas es su tensión con Blake Donnelly, el rey indiscutible del hielo hasta ahora. Cada choque entre ellos supone un espectáculo de orgullo, talento y pura adrenalina. Cada vez que se enfrentan, el hielo arde. Si pensabas que la Liga Europea había visto todo, prepárate para Ros *versus* Donnelly, porque esta rivalidad acaba de empezar y nadie sabe quién va a salir intacto la próxima vez.

39

JONATHAN (veintidós años)

Septiembre

Los CAR Jaguars nunca llegamos a tener un vídeo de presentación. Con la música de *We will rock you* tronando desde los altavoces y las bocas de nuestro público mientras salíamos al hielo, fue suficiente. Siempre fue suficiente. Esa era nuestra presentación. Y estaba de puta madre.

40

BLAKE (veinticuatro años)

Octubre

Entramos en casa a trompicones y caímos en el sofá, en un lío perfecto de brazos y piernas, Jon encima de mí. Empujé mis caderas hacia las suyas y una punzada placentera me atravesó de lado a lado. Gemí. Estaba muy cachondo. Jon me besó la garganta. Yo levanté la barbilla para darle mejor acceso, sin dejar de apretarme contra él. Tiró de mi camiseta hacia arriba y arrastró los labios por mis abdominales.

—¿Quieres usarme para correrte? —susurró, con ese tono de voz que solo empleaba conmigo en la cama y que hacía que mi polla se volviera loca. No respondí. Solo elevé las caderas y gemí de nuevo. Él comenzó a embestirme—. Restriégate en mí, vamos. Restriégate hasta que estés al borde del orgasmo. Estás tan jodidamente guapo cuando estás al borde del orgasmo… No eres consciente de cuánto.

»Para cuando quieras darte cuenta, ya te habré bajado los pantalones y metido la polla por el culo. —Sus embestidas se aceleraron—. Así es como vas a correrte. Con mi polla dentro de tu culo. Y luego me correré yo. —Se inclinó y hundió sus dientes en mi mandíbula—. ¿Dónde lo quieres? Dime dónde quieres mi semen.

—Por toda mi cara —respondí, a duras penas.

Estaba muy cachondo. Joder, estaba tan cachondo que gemí, gemí, gemí… y me corrí. Jon se frenó al instante. Alzó la cabeza.

—Dime que no te has corrido. Joder, dime que no te has corrido.

—Me he corrido.

—¡Blake! No me jodas.

—Ya no.

Se apartó de mí, bufando. A mí me entró un ataque de risa. Uno de esos en los que te doblas por la mitad. En los que tienes que agarrarte la tripa. Uno de esos en los que las lágrimas brotan sin permiso. En los que tratas de hablar pero no puedes, porque cada intento es otra carcajada que te deja sin aire. Uno de esos en los que la risa te duele. En los que te quema el abdomen.

—No te rías, joder —bufó Jon una vez más, y comenzó a masturbarse. Estaba duro como una roca, y visto lo visto…

Yo no solo no podía parar. Cada vez me reía más. Y más. A pesar de que la imagen de Jon masturbándose con la mano derecha, la del brazo que tiene tatuado siempre me ponía cachondísimo, esa tarde la risa ganó la batalla. Me reí tanto que a Jon se le bajó la erección. Me miró con ganas de querer matarme. O fingiendo querer matarme, porque en el fondo se estaba aguantando la carcajada. Quizá mi risa también fuera contagiosa.

—Te odio —me dijo.

Mentira. Reí más fuerte. Y cuando, minutos después, por fin pude respirar, me quedé quieto, con Jon a mi lado, los ojos rojos y una sonrisa que todavía me temblaba en la boca. Hacía tiempo que no me reía así. De hecho, no recordaba haberme reído así nunca.

Jon agarró mi camiseta y me acercó a él. Presionó sus labios contra los míos, sin lengua, para que me callara, creo, pero fue dulce. Su cuerpo era cálido y sus besos eran dulces. No creí que él fuera consciente de ello.

41

JONATHAN

Noviembre

Una tarde cualquiera, en la Costa Brava, besé a Blake en medio de la calle.

Él llevaba una chaqueta vaquera que le quedaba corta de mangas y, no sé, supongo que sentí el impulso. En lugar de decirle que estaba haciendo el ridículo, lo besé en la boca. Me acojonó un poco lo fácil que surgió, pero me sentí bien. Porque Blake me hacía sentir bien. Dios, ¿por qué?

42

JONATHAN

Diciembre

Esas navidades aprendí que a Brandon sí le gusta el cacao en polvo, a cucharadas, directo del bote, como si fuera azúcar; Axel le gritaba que era asqueroso y él le guiñaba un ojo, siempre. Aprendí que Fallon renegaba de todo y de todos, pero que le encantaba envolver los regalos de Navidad. Que Sofía dormía con tapones en los oídos y que, cuando eran pequeños, Blake solía robárselos por la mañana, para molestarla. Que Chloe lloraba con los anuncios de Navidad. Que Cannon odiaba los villancicos, pero se sabía las letras de todos de memoria. Que Axel coleccionaba tazas con frases estúpidas. Que Blake se sentía responsable de todos. Y que lo adoraban. Desde Sofía hasta Axel. Lo adoraban por encima de cualquier otra cosa. Para ellos, también era su niño bonito. Aunque estuve seguro de que no tanto como para mí.

Ese año, el día después de Navidad, asistí de casualidad a un concierto en homenaje a Mecano, junto a Blake y Sofía. Les sobraba una entrada y Blake me la ofreció. Me extrañó, dado que yo no era santo de la devoción de Sofía. Creo que Blake se sintió obligado a invitarme. Por esa costumbre mía de pasar las navidades solo. O esa costumbre suya de cuidar de los demás. Con los años, yo había

entendido a lo que se refirió Blake, la mañana que discutimos en su vestuario, cuando me enteré de que fue él quien me metió en el CAR, con eso de «lo que se espera de mí, supongo». Blake había comenzado a cuidar de todos cuando falleció su madre. Se proclamó un segundo padre. Y algunas costumbres se convierten en leyes, así que… A eso se refería.

Yo no esperaba gran cosa del concierto, pero cuando las luces se apagaron y sonó *Héroes de la Antártida*, Blake y Sofía empezaron a cantar como locos, desafinando, riendo y gritando cada palabra como si intentaran devolverle algo al pasado. Su madre —lo supe más tarde— era fanática de Mecano.

Cuando sonó *Me colé en una fiesta*, Sofía se rompió.

Y cuando sonó *Barco a Venus*, se rompió Blake.

Se abrazaron muy fuerte y lloraron juntos, rodeados de cientos de personas. Yo los observé sin saber cómo actuar. Hasta que Blake se alejó de su hermana y clavó sus ojos, rojos, en los míos. Entonces supe cómo. Me acerqué y le di un empujón en el hombro, suave. Nos quedamos mirándonos. Luego lo abracé. También muy fuerte. Tanto que podía haberle dejado marcas. Tanto que me quedé sin aire. Le rodeé el cuerpo con mis brazos, escondí su cabeza en mi cuello y le acaricié el pelo. Me embebí de su olor, a jazmín y a naranja, y le di un beso en el pelo. Quería que él me sintiera. Que sintiera que yo estaba ahí, sujetándolo, y que no iba a dejarlo caer.

Fue la primera vez que lo vi llorar, la primera vez que se mostró vulnerable conmigo (nada que ver con el drama de la muela del juicio), y, no sé, me pareció más valiente que nunca. Y brutalmente bonito.

43

JONATHAN

Febrero

Blake:

Imagen

La abrí. Era una foto de Blaky. Blake tenía el dedo índice extendido sobre su cabeza a rayas blancas y naranjas, como si lo estuviera bendiciendo, y Blaky fruncía el ceño.

Blake:

A continuación paso a transcribir nuestra conversación.

Yo: Te voy a llamar Rayitas.

Gato del demonio: Humano miserable. Me llamo Máximo Décimo Garricuellos, soberano bigotudo de los Ejércitos del Sofá, general de las Legiones de la Garra Nocturna, leal servidor del emperador Pelusio Sexto, y alcanzaré mi venganza en esta vida o en la otra.

Yo: Yo también te quiero, Rayitas.

me mete un zarpazo en toda la cara para demostrarme su amor

No pude retener la carcajada. De verdad que Blake a veces tenía su gracia.

Jonny:

No tienes ni medio gramo de instinto de supervivencia al meterte con él.

Blake:

Le perdí el miedo la tercera vez que rodó sobre sí mismo en el suelo de mi salón.

Jonny:

Qué descuido por su parte.

Blake:

Imperdonable.

Jonny:

¿Y tú, qué? ¿Estás nervioso por el partido de hoy?

Blake:

Solo por ti.



Horas más tarde, en la pista, Blake me cerró el paso con el stick.

—No vas a pasar —me aseguró, con una sonrisa en los labios.

—Luego voy a abrirte las piernas y follarte hasta que pierdas el conocimiento —le prometí, y avancé, aprovechando su estupor fugaz

—. Siempre paso, Boo —grité, sin mirar hacia atrás, ya lanzado hacia la portería contraria.

—¡Promesas, promesas! —gritó, a mi espalda.

Reí. Puto Blake.


99
26

44

JONATHAN

Mayo

Llegué tarde a casa. Demasiado tarde. Intenté ir directo a mi habitación, sin hacer ruido, pero al subir las escaleras y enfilar el pasillo, me encontré a Elliot sentado en el suelo, con la espalda apoyada en mi puerta y una botella de agua en la mano, como si llevara ahí horas. Alzó la vista en cuanto me oyó, y se incorporó sin decir nada. Me agarró de la muñeca antes de que yo pudiera esquivarlo y tiró de la manga de mi sudadera hacia arriba, lo justo para dejar al descubierto el moretón que ardía debajo. Su mandíbula se tensó. Negó con la cabeza, como si la mera visión le doliera físicamente.

—Esto tiene que parar. De verdad —me dijo—. O lo haces tú o lo hago yo.

—No te metas —le advertí, y aparté su mano de un tirón—. O te juro que me largo y no vuelves a verme el puto pelo. A la mierda el hockey, a la mierda el equipo y a la mierda todo. Dime que lo entiendes, Elliot. Dime que entiendes lo que te estoy diciendo.

—Me estás amenazando con largarte si vuelvo a sacar el tema.

—Muy bien, rubio.

—Pero Blake merece saberlo —susurró.

Mi pecho se contrajo al oír su nombre. Me tensé.

—No.

—Sí —insistió, sin alzar la voz.

—¿Ahora te pones de su parte? Porque prefiero la versión donde no puedes verlo ni en pintura.

—Jonny, Blake…

—¡Blake no quiso saberlo, Elliot! —lo interrumpí—. Así que respetemos sus deseos.

Lo aparté de un empujón y entré en mi dormitorio.

45

BLAKE

Septiembre

A veces Jon se quedaba dormido encima de mi pecho después de un entrenamiento largo, y cuando su respiración se volvía lenta y profunda…, comenzaba a murmurar. Al principio pensé que eran palabras inconexas, que afloraban desde el sueño, pero una noche distinguí claramente: «Entra por la izquierda, cambia el ángulo y no te pongas delante del defensa». Casi me atraganté de la risa. Desde entonces, me quedaba despierto un poco más de lo deseable, acariciándole el pelo con la excusa de contemplar lo mono que estaba, esperando en realidad que volviera a largar sus secretos tácticos en voz baja. Y cuando lo hacía, cuando su voz ronca y somnolienta encadenaba una jugada con otra, yo sonreía en la oscuridad y…

—Cuéntamelo todo, Boo.

Lo mejor es que un día lo puse en práctica. Fue en un partido contra los Jaguars, con las gradas llenas y él enfrente de mí, con esa cara suya de «te voy a destrozar». Venía en mi dirección; sus patines cortaban el hielo. Recordé su voz dormida: «Si amaga por la derecha, métete por dentro y cambia el ritmo». Y lo hizo. Exactamente como lo había susurrado en sueños. Le robé el puck

con una facilidad casi insultante y me lancé hacia la portería. Cuando marqué, levanté la mirada y lo vi fruncir el ceño, confundido, intentando descifrar qué demonios había pasado. Yo me encogí de hombros con expresión inocente.



Octubre

Entré en el vestuario de los Jaguars como un vendaval.

—¿Podéis salir y dejarnos solos? —les pedí a todos, sin apartar la mirada de Jon.

—Es nuestro vestuario, Donnelly —protestó alguien.

—Por favor —insistí, sin pestañear.

Algo en mi voz, o quizá la manera en que yo miraba a Jon, hizo que se levantaran, a medio vestir. La puerta se cerró tras ellos y me acerqué a él, despacio. Le rocé la ceja partida con la yema del dedo, con delicadeza, temeroso de hacerle daño. La tenía en carne viva. No era una secuela del partido.

—Al final sí voy a tener que matar a alguien, ¿eh? —le dije—. ¿Me lo vas a contar?

No respondió, así que lo interpreté como un no. Pero su manera de mirarme, de suplicarme de forma involuntaria… Me incliné y lo besé. Porque necesitaba curarlo.

El beso no fue más allá. No se acaloró ni se convirtió en una batalla de lenguas luchando por el dominio. Fue solo un contacto de nuestros labios. La única manera que hallé de decirle: «Estoy aquí, te tengo, no estás solo». Porque cuando los suyos rozaban cualquier parte de mi cuerpo, era la mejor sensación que yo hubiera conocido. Y pensé que quizá también le sucediese a él.

46

BLAKE (veintiséis años)

Un año después. Octubre

Me desperté y lo primero que noté fue el frío en el lado de Jon. Luego me di cuenta de que era día de partido; yo tenía entrenamiento temprano y me había quedado a dormir en Barcelona. Me incorporé lentamente y, todavía amodorrado, caminé por el pasillo, rascándome la nuca. Llegué al salón, pensando tan solo en el café, y —¡pum!— me dejé los dedos del pie contra una maleta y una mochila que no estaban ahí la noche anterior. Maldije entre dientes, a punto de perder el equilibrio. Las observé con atención. No eran mías. Tampoco de Jon. Pero ¿qué…?

Blake: Imagen

Blake: Me he despertado y casi me estampo de morros contra el suelo con esta maleta y esta bolsa de patines que han aparecido de la nada. Estoy flipando.

Fallon: ¿Estás flipando porque has tropezado?

Blake: Estoy flipando porque hay una maleta y unos patines en mi casa que han aparecido de la nada.

Fallon: Eso tiene más sentido, sí.

Axel: ¿En tu casa de Barcelona?

Brandon: Y necesitabas compartirlo con nosotros porque…

Blake: Porque no son mías.

Sofía: ¿Estás seguro?

Blake: Bastante.

Sofía: ¿Y del amor de tu vida?

Blake: *saca el dedo corazón*

Fallon: A mí esa maleta me suena un montón.

Chloe: A mí, la bolsa de los patines.

Cannon: La maleta y los patines son míos. Los he dejado esta mañana a primera hora.

Blake: ¿¿¿Has estado en mi casa??? No te he sentido.

Cannon: Estabas roncando que flipas; se oía desde el salón. No habrías sentido ni un terremoto.

Axel: *Like usual…*

Blake: Yo no ronco.

Axel: ¿Se lo preguntamos al amor de tu vida?

Blake: *saca el dedo corazón*

Blake: ¿Y cómo has entrado?

Cannon: Papá me ha dejado su llave. Y he cogido tu coche, por cierto. Por si bajas al garaje y no lo ves… Necesitaba trasladarme por las carreteras de este sanguinario y desalmado mundo nuestro.

Blake: ¿Algo más? No sé, ¿me has abierto en canal y quitado un riñón?

Cannon: Iba fatal de tiempo…

Brandon: POR FAVOR, no abráis a nadie en canal sin contar conmigo.

Fallon: Hablando de sanguinarios…

Fallon: ¿Nadie va a preguntar por qué Cani ha dejado una maleta en casa de Blake?

Axel: Yo estaba a punto. Más que nada porque ayer cenamos juntos en casa, en MADRID, y Blake vive en BARCELONA. ¿Cómo has llegado tan rápido, Can?

Cannon: Volando.

Fallon: Ja, ja, ja, ja, ja. Cuando te pones…, te pones.

Cannon: Me refiero a que he venido en avión. LITERALMENTE volando.

Brandon: Yo me lo he imaginado…
Sofía: Hombre, tú. El listo de la familia…
Cannon: Luego os lo cuento todo.
Blake: Casi me mato.
Axel: Sea lo que sea, lo superarás. No tomes decisiones precipitadas.
Blake: Casi me mato CON LA MALETA DE CANI.
Brandon: ¿Tú no eres deportista de élite?
Blake: A las siete de la mañana, no.
Fallon: Flojo.
Blake: Empollona.
Fallon: Ese adjetivo calificativo está fuera de lugar en esta conversación, ceporro.
Blake: Me suda la polla.
Sofía: Tápate los ojos, Chloe.
Chloe: Tengo diecinueve años.
Sofía: ¿¿¿Ya???
Sofía: Tápate los ojos, Axel.
Axel: ¡Tengo diecisiete!
Sofía: ¿¿¿Ya???
Sofía: *carita de flipada*
Oskar Donnelly: ¿Podéis dejar el tema de los genitales para cuando habléis por privado? Este muro lo lee todo el mundo.
Oskar Donnelly: Y, Cannon, llámame cuando puedas.

Me quedé con la mosca detrás de la oreja, ¿qué hacía Cannon en Barcelona?, así que le mandé un mensaje.

Blake:

Oye, enana, ¿todo bien?

¿Te has peleado con papá?

Ya sabes que yo te acojo en mi casa encantado, pero dime que estás bien.

Cannon:

Todo bien. Me han ofrecido un trabajo aquí y me lo estoy pensando.

Blake:

¿Un trabajo? ¿Qué trabajo? ¿De mates?

Cannon:

Es largo de contar…

Blake:

Y yo tengo un día de locos, como puedes imaginarte. Hablamos luego. ¿Te veo en casa esta noche?

Cannon:

Sí.

Blake:

Genial. Cocino yo.

Ya que estaba, mandé también un mensaje a Jon.

Blake:

Hoy es día de partido, Boo.

Boo:

🖕

Blake:

Yo también te quiero.

Miauuu.

Boo:

Ñic, ñic.

Blake:

¿Qué coño es eso?

Boo:

El ruido que hacen las ratas.

Iiiiiik.

Blake:

Las ratas no hacen así.

Boo:

Lo sabrás tú bien.

🐁🐁🐁

Blake:

Eres imbécil.

Boo:

Yo también te quiero.

Se me escapó una risa de camino a la ducha.

Me preparé para lo que creí que sería un partido *rutinario* contra los Jaguars. Jon y yo nos amenazaríamos de muerte en el calentamiento y nos empotraríamos contra las vallas durante los sesenta minutos siguientes. Porque dentro del hielo, él y yo éramos rivales. Y nuestro pique me daba la vida. Sin embargo, no ocurrió así. Porque, *sin querer*, Leo tiró a Benji de un empujón, después de que este evitara un gol. Elliot, en represalia (que Dios nos libre de tocar a su hermano), empujó a Leo. Yo fui a detener a Jon, que iba directo hacia Leo (que Dios nos libre también de tocar a Timón y Pumba, o de que Leo respire en su presencia, ya que estamos); le golpeé los brazos con el stick, en una clara advertencia para que lo dejase estar, y él me lo devolvió dándome un stickazo en toda la entrepierna. Caí al suelo y me sujeté las pelotas, fingiendo que me dolía horrores, para que lo sancionaran, porque… ¿en serio? Él giró sobre sus patines, lanzó al hielo el stick, los guantes y le asestó un puñetazo en la mandíbula a Leo. Uno de mis compañeros saltó sobre la espalda de Jon y otro de los suyos acudió en su ayuda. Benji se

puso en pie y… nos liamos a hostias todos con todos mientras el público, en las gradas, entonaba *Sweet Caroline.*

Para rematar la jugada, después de que los árbitros nos separasen, divisé a Cannon en el banquillo de los Jaguars. En. El. Banquillo. De. Los. Jaguars. A mi hermana Cannon, que llevaba años sin pisar una pista de hielo, desde su gran bronca con Elliot. Al parecer, era la flamante segunda entrenadora. Menos mal que su *jefe*, la persona que la había contratado a mis espaldas, era mi *mejor amigo*. No sé qué habría pasado si Julián hubiera sido mi enemigo.

Fuck my life.

Me duché a la velocidad de la luz, me vestí de igual manera y me senté frente a la puerta de su vestuario, con la espalda pegada a la pared. Estaba cabreado con Juls. ¿Cómo se le ocurría contratar a mi hermana, sabiendo la movida que aún había en mi familia con Elliot y Benji? ¿De qué cojones iba? Mis orificios nasales habrían echado fuego si no fuera porque, a causa de la pelea en el hielo, aún llevaba papel higiénico en uno de ellos.

—Donnelly —me llamó Jordi, uno de los árbitros, cuando pasó por mi lado, vestido con ropa de calle, listo para largarse a su casa.

—¿Qué? —respondí, seco.

—No he pitado penalti cuando tu novio te ha dado con el stick en los huevos porque sé que no lo ha hecho con intención de infligirte daño, dado que tus huevos son importantes para él. Pero dile de mi parte que no dudaré en expulsarlo la próxima vez. ¿OK?

—Díselo tú.

—¡¿OK?! —insistió, en un tono más alto.

—OK —mascullé.

Unos minutos más tarde, los Jaguars salieron del vestuario. Todos sabían de sobra que Jon y yo llevábamos mil años *juntos*, así que no mostraron sorpresa. Como de costumbre, les enseñé el dedo corazón a todos. Después salió Elliot, apresurado. Ni siquiera reparó en mí. Y luego vino Jon. Él sí me vio.

—Cuídate esa nariz, Donnelly —me dijo, condescendiente—. No tiene buena pinta.

—Que te jodan —respondí, y él pasó de largo. Me levanté del suelo, cabreado—. ¡Eres un gilipollas, Jonathan! —grité a su espalda.

Ni siquiera se dio la vuelta. Se marchó sin más. Me senté de nuevo, más frustrado que la primera vez, y exhalé un suspiro áspero. A veces no lo soportaba.

Más tarde hablé con Julián y con mi hermana. Julián me prometió que Cannon iba a estar bien. Y me pidió que confiara en él. A esas alturas, yo apenas podía negarle nada a Julián. Se había convertido en una de las piezas fundamentales de mi vida, y ni me había dado cuenta. Así que lo hice. Confié en él.



Boo:

¿Qué tal esa naricita, Boo?

¿Ha dejado de sangrar?

Blake:

Vete a la mierda.

Boo:

Dime quién ha osado hacerte daño, para que pueda batirme en duelo con él.

Blake:

Pues ahora que lo dices, creo que fue Elliot.

Boo:

chasquea la lengua

Chico malo.

Ha firmado su sentencia de muerte.

Blake:

Sí, seguro…

Boo:

😉

Por cierto…

Me quedo a dormir en casa con los chicos.

No ha sido un buen día para Elliot.

Por lo de Cannon.

Blake:

No me digas.

Boo:

¿Nos hemos levantado con el pie izquierdo?

Blake:

No, Jon.

Resulta que quizá tampoco ha sido un buen día para mí.

Boo:

Oye, ¿quieres que me pase un rato?

Blake:

No hace falta.

Boo:

Vale.

¿Me mandas un vídeo de Blaky?

Blake:

Está ocupado con la banda del patio.

LITERALMENTE.

Ha hecho las mejores migas con el loro de unos vecinos y el gallo de otros.

Boo:

OK.

Hasta mañana.



Esa noche dormí en la Costa Brava. Cannon regresó a Barcelona; yo estaba demasiado cansado para volver.

Jon apareció al cabo de media hora. Abrió la puerta con su llave.

—¿Cómo va esa nariz, Boo? —gritó desde la entrada. No respondí—. Oh, ¿seguimos enfadados? —preguntó al verme en la cocina.

Un segundo después, se cernió sobre mí. Enredó los dedos en mi pelo y empujó su cuerpo contra el mío, su boca contra la mía. Mis labios se abrieron por instinto mientras él me introducía su lengua. Y yo la quería más profunda, la necesitaba más profunda, pero Jon se alejó de mi boca para besar mi cuello. Y mis pezones, por encima de la camiseta. Y mi vientre. Y mi polla. Se la tragó entera. Gemí, y me corrí apenas unos minutos después. Jon se levantó, acercó su rostro al mío y rozó mi nariz con la suya. El cabreo que yo llevaba encima se había disipado. Así de fácil.

—No puedo quedarme a dormir —me dijo—. Quiero estar en casa cuando Elliot se despierte.

—OK.

47

JONATHAN (veinticuatro años)

Diciembre

Vivía con la sensación constante de tener un cóctel molotov dentro del pecho. Cannon había entrado en el equipo. Benji y ella, que, se suponía, se odiaban a muerte por movidas de su pasado en común, estaban liadísimos. Era solo sexo, claro, sin sentimientos de por medio. A ver, Benji no tenía sentimientos. Bueno, en realidad constituía un reto en el que Benji se vio envuelto y que Cannon aceptó. Uno que, si no conseguían, perjudicaría a los Jaguars, supersticiosamente hablando. Benji y yo éramos muy supersticiosos, así que me alegraba de que lo llevaran a cabo, pero por otra parte, yo estaba ocultándoselo a Blake, con premeditación y alevosía, y… Prefería no pensar en ello. Porque cuando lo hacía, sentía en el estómago un puto nudo que apenas me dejaba respirar. Y no me gustaba una mierda.

Sacudí la cabeza y me concentré en el arduo panorama que tenía delante: la casa de Blake en la Costa Brava estaba repleta de *ratas*. Era la víspera de Nochebuena, el día anterior había sido su veintisiete cumpleaños y lo estaba celebrando con sus amigos.

Vielleicht Vielleicht, de MilleniumKid, se escuchaba a máximo volumen desde la calle.

—¡Los exterminadores han llegado! —gritó Elliot en cuanto entramos y nos abrimos paso hacia el salón.

Dentro casi todos saltaban y cantaban como si les fuera la vida en ello; un par lo hacía encima del sofá. Habían apagado las lámparas e instalado una luz estroboscópica, como las de las discotecas. Los pijos siempre lo llevan todo a otro nivel. Reconocí a Núria. Ella formaba parte del núcleo de amigos de Blake, y solían verse cuando sus ajetreadas agendas deportivas se lo permitían. Núria se había lesionado en el último campeonato de patinaje, así que últimamente se veían mucho. La estampa me recordó a la Nochevieja en que Blake y yo nos conocimos. No solo porque Fantoni y Núria bailaban a su lado, sino porque él saltaba como el que más; movía la cabeza al ritmo salvaje de la música, hacia un lado y hacia el otro, y su pelo bailaba en todas direcciones. También recordé aquella Nochevieja porque vestía una camiseta blanca de manga corta, unos pantalones vaqueros y unas deportivas blancas, de esas que sirven para todo menos para hacer deporte. Y porque era el más guapo del lugar. Pasaban los años y él seguía siendo el niño más bonito de cualquier lugar.

Elliot, Benji y yo nos miramos y, en un acuerdo tácito, comenzamos a saltar, uniéndonos a la fiesta.

«*Und vielleicht, vielleicht, vielleicht*».

—¡Que alguien saque a los perros! —gritó una rata, sin dejar de menear la cabeza al ritmo de la música, al salir de la cocina. Pasó por nuestro lado con un paquete de seis cervezas—. ¡Unos gatos callejeros se han colado en casa!

Nosotros seguimos saltando, a lo nuestro.

—¿Creéis que se han perdido? —preguntó otro.

—¿O que tienen pulgas?

—A mí ya me pica todo.

—Veníamos siguiendo el olor a derrota —respondió Elliot—. Nos ha traído hasta aquí.

—Cuidado con esas cervezas —añadió Benji—; no queréis ir más ciegos de lo normal.

«*Und vielleicht, vielleicht, vielleicht*».

Bailando, habíamos llegado hasta Blake. Por azares de la trayectoria, él y yo acabamos bailando costado con costado. Noté su calor.

—Al final, que encontréis la portería va a ser todo un reto —dije yo, y miré a Blake, pero este seguía enfrascado en su lucha por saltar más alto.

—¿Has dicho «un reto», Boo? ¿Quieres uno? —me preguntó otro de sus compañeros.

Lo miré y lo empujé. No me gustaba una mierda que el entorno de Blake me llamara Boo.

—Yo quiero una cerveza —dijo Benji—. Y ver quién distingue primero la boya del fondo.

—¿La qué?

—La boya en la playa. —Elliot señaló la puerta de cristal que ocupaba una pared entera y daba a la terraza—. No es tan difícil de entender. Gana el primero en verla.

—¿Qué gana?

—Orgullo —dijo Benji.

—Satisfacción —añadió Elliot.

—Y resaca —remató una rata.

—Vale —aceptó otra—. Al que la vea primero, lo invito a una ronda de chupitos en la cocina.

Yo pasaba mucho del reto, me apetecía seguir pegado a Blake, pero Elliot me cogió de la mano y me arrastró hasta la terraza. Tampoco es que Blake se diera cuenta. Seguía a lo suyo, con Núria, Leo y varios más del equipo. Quizá no me quería en su fiesta. La verdad era que no me había invitado. Elliot, Benji y yo nos habíamos dejado caer por allí tras el entrenamiento por tocarles un poco la moral.

Deslizamos la puerta y el frescor de la calle se coló dentro de la casa. Era diciembre, pero hacía un frío inusual, de esos que te calan los huesos. Nos asomamos a la barandilla, decorada con tiras de luces cálidas. Las habíamos puesto Blake y yo unos meses atrás.

—Ahí está —dijo uno de ellos, apuntando hacia la oscuridad.

—No, no, ahí —dijo otro, apuntando al mismo sitio.

Puse los ojos en blanco.

—Yo no veo nada, tíos.

—Os digo que está ahí.

—¿Qué hacéis? —preguntó entonces Fantoni, uniéndose a nosotros, con esa sonrisa suya que pedía a gritos un puñetazo.

—Buscar la boya de la playa —le explicó uno de sus colegas—. El primero que la vea gana.

—Tíooos, está amañado. Él —me señaló— vive aquí. Sabe perfectamente dónde está la boya.

Elliot estalló en una carcajada y yo no tuve la oportunidad de desmentir que no vivía ahí, que solo follaba ahí.

—Joder —dijo Elliot—, ¿cómo va a verse la puta boya si es de noche? ¡Era coña, ratas!

Los tres chocamos los cinco.

—Sois imbéciles —respondió una rata, y empujó a Elliot y rio al mismo tiempo.

Negué con la cabeza y volví dentro. Sonaba *Irgendwie, Irgendwo, Irgendwann*, de Nena. Alguna rata alemana debía de estar ejerciendo de DJ esa noche. Eché un vistazo alrededor y enseguida localicé a Blake. Ya no bailaba como si le fuera la vida en ello. Ahora estaba tumbado en el sofá, todo lo largo que era, con la cabeza recostada encima de las piernas de Núria. Él reía a carcajadas y ella apoyaba una de sus manos en la frente de Blake, sujetándole el pelo para que no le cayera sobre los ojos. El pelo. El. Pelo. Pues no tenía yo ya suficiente con Fantoccini revoloteando en torno a él, que ahora se sumaba Núria. Mis pies se movieron solos y me llevaron hacia ellos. Sin embargo, cuando estuve delante, me quedé en blanco, paralizado. Blake me miró y sonrió.

—Hola, Boo —me dijo, con esa sonrisa con hoyuelos que siempre me desarma, pero que esa noche me tocó los huevos.

Y se me fue la olla. Se me fue del todo. Se me fue como nunca. Se me cruzaron los cables de la peor manera. Núria solo le estaba tocando el pelo, pero sentí un nudo en el estómago. O una puta puñalada. Y un calor que me ascendió hasta la garganta.

—Me voy —afirmé, cabreado. Joder, no podía respirar ahí dentro.

Blake se incorporó al instante.

—¿A dónde?

—A mi casa.

Me miró con cara de «esta es tu casa». Ya. «Y ese pelo también es mío y has dejado que ella te lo toque».

—¿Por qué? —me preguntó, y se puso en pie.

—Porque me aburro.

—No parecías muy aburrido en la terraza.

—Tú tampoco aquí dentro.

—¿Qué mierda significa eso?

—No significa nada, Blake. Qué más te da que me vaya. Has pasado de mí desde que he llegado.

—¿Que yo he pasado de ti? Ni te has dignado a saludarme.

Núria también se levantó.

—Chicos, chicos, vamos a calmarnos. ¡Estamos de celebración! ¿Qué os parece si vamos arriba, los tres solos, y repetimos el trío de hace seis años? —Clavó su mirada en la mía—. Sigues teniendo los ojos más azules que he visto. ¿Qué me dices?

Que si se trataba de una puta broma, eso fue lo que estuve a punto de decirle. La miré cabreado, con mis putos ojos azules. No iba a hacer un trío con ella y con Blake, ni loco, pero entonces Blake me miró con duda y… ¿En serio se estaba planteando hacerlo? Me entraron ganas de reír, de pura incredulidad. Y de matarlo.

—Vale —respondió mi boca antes de que mi cerebro le diera la orden adecuada.

Blake abrió mucho los párpados. Luego tuvo el valor de mirarme como si acabara de propinarle una patada en los huevos. Y finalmente…

—Vale —aceptó, sin retirarme la mirada.

—Vale —repetí, sin retirarle la mirada.

—Vale —insistió, aún sin retirarme la mirada.

—Vaaale. —Núria se interpuso en medio de los dos y rompió nuestro contacto visual—. Seguidme.

Los seguí por las escaleras, sin tener ni idea del motivo. No era porque quisiera hacer un trío con ellos, eso seguro. El corazón me latía a toda velocidad y se me había secado la garganta. Joder, no podía ni tragar saliva. Me sentía incluso mareado, como si fuera a desplomarme en cualquier momento.

Entramos en la primera habitación del pasillo. No era en la que Blake dormía —y en la que nosotros follábamos—, por lo que el aire se aligeró un poco, pero mi corazón seguía latiendo a toda leche. La música, había dejado de escucharla.

Blake tenía los ojos clavados en mí. Yo miré fijamente a Núria mientras se situaba en el centro y, directa al grano, se sacaba el vestido por la cabeza. Dejó que cayera al suelo, como la otra vez, solo que esta no hizo plof. El vestido. Mi estómago, sí. Juro que se me desplomó.

Núria se quedó en bragas, medias y sujetador. No fue sexi. Fue perturbador.

¿Qué mierda estábamos haciendo?

—¿Os desnudáis, o qué? —nos apremió.

Yo podría haberme quitado la ropa en un par de segundos, puesto que solo vestía el pantalón de chándal y la sudadera del equipo, pero estaba paralizado. Paralizado como pocas veces en mi vida. Núria se acercó a Blake, también inmóvil como una estatua, y le acarició el pecho por encima de la camiseta blanca.

Me entraron ganas de vomitar. Y no pude soportarlo. Ese fue mi límite. Que lo tocara. A la mierda todo. Di media vuelta y me largué. Ignoré la llamada de Blake y bajé las escaleras a todo correr. Vi a Elliot y Benji en medio del salón, enfrascados en una coreografía al ritmo de *Adrenalina*, moviendo los brazos arriba y abajo, a derecha e izquierda, lo que dejaba al descubierto su abdomen y la cinturilla de su ropa interior (la pelvis, en el caso de Elliot, ya que los pantalones le quedaban muy flojos de cintura). Los Demonios al completo los vitoreaban, todos ajenos al terremoto que se había desatado en mi interior en la habitación de arriba, así como a las sucesivas réplicas. Porque tras la gran sacudida, el suelo seguía temblando. Las grietas eran más visibles que nunca, y temí caer en ellas.

Pasé de largo. Encontré la puerta principal, no sé ni cómo, y salí a la calle, desierta. Llovía a cántaros. Eché a andar bajo el aguacero y la ropa se me empapó en cuestión de segundos.

—Jon. ¡Jon! —me llamó Blake, pero hice oídos sordos. Hasta que me alcanzó y me asió por el brazo—. ¡Para, joder! —Me liberé de un

movimiento brusco—. ¿Qué coño acaba de pasar? ¿Puedes explicármelo? Porque no entiendo nada.

Él también estaba empapado. La camiseta blanca de manga corta, totalmente adherida a su cuerpo. Seguro que tenía frío, y yo no quería que pasara frío. Fijé la vista en el punto donde Núria lo había tocado. El lugar que había profanado. Me entraron náuseas de nuevo. Blake debió de darse cuenta, porque se rascó esa zona.

—Apenas me ha tocado —susurró—. ¿Boo? —Adelantó una mano, pero yo retrocedí—. ¿Eso te ha molestado? ¿Que me tocara el pecho te ha molestado? Porque estás en todo tu derecho a que te molest…

Me tragué las náuseas.

—No estoy de humor para tríos, Blake. Fóllatela tú solo.

Se inclinó hacia atrás, como si hubiera acusado un puñetazo en el estómago.

—¿Que me la folle yo solo? ¿En serio eres capaz de mirarme a la cara y decirme que folle con alguien que no seas tú? ¿Eso es lo que quieres?

—Eso es lo que quieres tú.

—¡No! Yo lo que quiero es que cuando entres en casa, te acerques a mí y me saludes como haría una persona normal.

—Iba a saludarte, pero Elliot me cogió del brazo.

—O mejor aún —continuó, sin escucharme—: quiero que cuando entres en una habitación, en general, y me veas dentro, te acerques a mí y me saludes como haría un *novio* normal. Podrías incluso darme un beso y un abrazo. Y no se va a acabar el mundo.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —pregunté, a la defensiva—. Si yo no soy tu novio.

Blake rio sin ganas.

—Claro, es verdad que tú y yo no somos nada, perdona. ¿Cómo he podido olvidarlo? Un descuido imperdonable por mi parte. Y por eso, como no somos nada, si te pregunto qué te ha pasado en la cara, si te pregunto por qué tienes un moretón en el ojo, o por qué lo tenías el mes pasado, o el anterior, o el anterior, ¡o los anteriores durante los últimos putos cinco años!, sé que no vas a contestarme. ¡Y he contado veintisiete, Jon! ¡Veintisiete putos puñetazos que no

tienen nada que ver con el hockey! ¡Y yo estoy aquí! Llevo cinco años aquí. Habla conmigo, joder. ¡Habla conmigo! Estoy justo aquí.

Me acerqué mucho a él, hasta que nuestras bocas casi se rozaron. Ambos estábamos empapados. Nos resbalaba agua por la cara y nos goteaba la nariz.

—Eso es saberlo todo sobre mí —observé—. ¿Y Blake?
—¿Blake, qué?
—¿También lo sabe todo sobre mí?
—No.
—¿Por qué? ¿Por qué? —insistí, al ver que no respondía.
—Porque no quiso saberlo.

—A lo mejor —susurré contra su boca, y, enfadado, parafraseé a su hermana Sofía, tantos años atrás— si me lo preguntases como si te interesara de verdad, te lo contaría. —Él se quedó callado, y esa fue toda la respuesta que necesité. Blake y yo llevábamos cinco años follando, de todas las maneras y en todas las posturas imaginables, pero yo seguía siendo un chaval criado en la calle, en el peor barrio de Barcelona, y él era uno de los niños consentidos del puto universo. Y los niños consentidos no se juntan con los críos callejeros. Mucho menos, se enamoran. Negué—. Ya. Eso me parecía —dije, y giré sobre mis talones.

—¡Sí! ¡Sí quiero saberlo!

—¡Tarde!

—Jon. ¡Jon! ¿No será que no quieres contármelo y que esto es solo una excusa? ¡Apenas he tardado dos putos segundos en responder! ¡Jon! ¡Jon, joder!

—¡Que corra el aire, Blake! —grité, a pesar de que cada centímetro de mí me gritaba que no lo dejara marchar. Una voz en el fondo de mi cabeza me decía que no tenía por qué ser así. Que podía tenerlo. Que él era mío. Y que yo era suyo.

BLAKE

No me dio tiempo a responderle. O mejor dicho, Jon no me concedió ni cinco segundos para confesarle que sí quería saberlo. Que me moría por saberlo. Y por matar con mis propias manos a quien le estuviera haciendo daño. Me quedé clavado en el sitio. Parálisis emocional. No sabía si ir detrás de él o si eso solo lo empeoraría. Y al final, no hice nada.

Regresé a casa, empapado. La música seguía tronando y mis invitados seguían bailando, dándolo todo. La casa estaba a oscuras. Parecía una discoteca a las cinco de la mañana. Me descalcé las deportivas en la entrada y subí las escaleras como un autómata. Nadie me vio. En el pasillo me encontré con Núria; me esperaba apoyada en la pared, completamente vestida. Me ardían las manos por arrancarme del pecho la huella de sus dedos. Se incorporó en cuanto reparó en mi presencia. Yo entré en mi habitación y me desprendí de la camiseta. La tiré al suelo.

—Blake. ¡Blake! —Moví la cabeza y salí de mi ensimismamiento —. ¿Y Jon? —me preguntó—. ¿Dónde está?

—No sé. En su casa, supongo.

—¿Supones? ¿Qué estás haciendo, Blake? ¿Qué *estáis* haciendo? —La miré, sin entender. O sin querer entender—. Jon y tú, ¿qué coño estáis haciendo? ¿Qué lleváis haciendo los últimos cinco años?

—Nada, al parecer —respondí, entumecido.

—¿Nada? Pues debe de tener una polla la hostia de buena para que sigas pegado a él —dijo, con ironía.

—Dímelo tú, que ya la has probado —respondí, de la misma manera, y me senté en la cama. Agaché la cabeza y me froté los ojos.

—Cuando tenía diecisiete años, Blake. Ahora tiene veinticuatro. —Núria suspiró—. No os veis, ¿verdad? No os veis como os vemos los demás. Sois pura química. Cuando uno de los dos entra en una habitación donde esté el otro, los demás desaparecemos. Apenas os dais cuenta de que hay alguien más alrededor.

»Y aun así, miráis hacia otro lado. No lo entiendo. Ojalá yo tuviera lo que tenéis. Ojalá hubiera encontrado a alguien que me mirara como Jon te mira a ti, y al que yo mirara como tú lo miras a él. Joder, ojalá el mundo entero se mirara como vosotros os miráis. Sería infinitamente mejor. Pero no es así de fácil. Y no ocurre siempre. Y sin embargo, vosotros miráis para otro lado. Espabila, Blake. Joder, espabila de una vez. Porque al final os vais a perder. Y sería una pena. —Tomó asiento a mi lado—. Lamento haberos puesto en esta tesitura. Lo he hecho a propósito. No quería meterme en la cama con vosotros, Blake. Jamás te haría algo así. Y a él, tampoco. Solo quería que os dierais cuenta de lo que os queréis.

—Pues te ha salido de puta madre —susurré.

—¿Os lo habéis dicho, Blake? ¿Os habéis dicho que os queréis?

Reí sin ganas.

—No. No nos lo hemos dicho.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Por qué?

—Es complicado, Núri.

—No, no lo es. Te quiero. ¿Ves?

—Jon siempre tiene el muro levantado.

—¿Y tú?

—Yo quizá también —confesé.

—¿Vais a seguir así? Follando hasta que tengáis… ¿qué? ¿Cincuenta años? ¿Sesenta? ¿Setenta?

—No creo que sigamos follando ahora, Núri. Mucho menos, a los cincuenta.

—Oh, Blake —susurró, y me abrazó—. Lo siento mucho. ¿Te acuerdas de la noche en que lo conocimos?

Volví a reír sin ganas. Como para no acordarme.

—Te dije que encontraríamos a un tío tan guapo que no podrías resistirte ni tú. Y lo encontramos. Creo que fue cosa del destino.

Suspiré. Y recordé.

—Hoy he estado a punto de mandarlo todo a la mierda —me dijo Núria mientras compartíamos un cigarrillo en la terraza del

monstruoso ático de su padre, minutos antes de que sonaran las campanadas. No soy de fumar, pero me gustaba dar un par de caladas de ciento en viento.

Nos habíamos conocido un par de años atrás, cuando entré en los Demonios, y habíamos conectado, como amigos.

Ella estaba de espaldas a mí, apoyada en la barandilla que nos separaba de la celebración que tenía lugar en la ciudad, bajo nuestros pies, y yo acababa de acomodarme en una de las tumbonas, con los brazos cruzados detrás de la cabeza y los talones encima de una mesa de cristal llena de confeti de colores y copas de champán vacías.

—¿A qué te refieres?

Se giró hacia mí.

—A dejarlo. Me duele el pecho cada vez que respiro, Blake. Me duele el puto pecho cada vez que respiro.

—Lo estás haciendo mejor que nunca. Tus puntuaciones en las últimas…

—Nunca son suficientes.

—¿Para quién?

Núria dio otra calada. Me levanté y me acerqué a ella, que me pasó el cigarro.

—Antes creía que para él —no hizo falta que señalara a su padre, dentro de la casa—, pero la obsesa empiezo a ser yo. Empiezo a ser yo, Blake, y no sé cuándo ha pasado. Cada día quiero ser mejor, y no dejo de pensar en el techo. Porque hay un techo encima de nuestras cabezas y voy a estrellarme contra él de un momento a otro. Y no sé qué haré cuando eso suceda. No sé si voy a saber gestionarlo, porque… una vez que estás en lo más alto, solo puedes bajar. A veces tengo la sensación de que me estoy perdiendo los mejores años de mi vida, y no sé si todo este esfuerzo descomunal merece la pena.

—No tomes esa decisión ahora. Este último año has estado sometida a mucha presión y aún la acumulas en el pecho. Necesitas sacártela. Ya decidirás después, con la mente fría, si merece la pena.

—¿Y cómo lo hago? ¿Cómo la saco? Tú manejas la presión como nadie, así que dime, ¿cómo lo hago? Porque me he quedado sin

ideas.

—Con ayuda. Pide ayuda, Núria. Ayuda profesional. Y pídela de verdad. No les digas lo que quieren oír. Diles lo que sientes de verdad.

Asintió.

—¿Y esta noche?

—¿Esta noche, qué?

—¿Cómo me quito la presión esta noche, para poder disfrutar de una maldita Nochevieja como el resto del mundo?

—Pide un deseo. Uno real. Uno banal. De esos que harían clamar al cielo a los defensores de la paz en el mundo y la redistribución de la renta.

Ella soltó una carcajada y yo sonreí de medio lado.

—Esos siempre son los mejores deseos.

—Exacto.

—Me gustaría…

—Concedido.

Rio de nuevo y me dio un golpe en el brazo.

—¡No sabes lo que iba a decir!

—No importa. Concedido.

—¿Me lo vas a conceder tú?

—¿Quién más?

Me dirigió una mirada seductora y… traviesa. Oh, oh…

—Quiero hacer un trío —me dijo, y me atraganté con el humo que acababa de inhalar—. Sexual.

—Lo he entendido —respondí, sin dejar de toser. Puto humo. Núria y yo nos habíamos acostado un par de veces, sin que ninguno quisiera ir más allá. Ella estaba buena. Yo estaba bueno. Match*.*

—Contigo y con otro chico —añadió—. Un desconocido al que nos encontremos por la calle y que sea tan jodidamente guapo que no puedas resistirte ni tú.

Entonces fui yo el que lanzó una carcajada.

—No sé si existe esa clase de chico.

—Claro que existe. Solo hay que buscarlo.

La puerta de la terraza se abrió, y nos envolvió el sonido de la fiesta que se celebraba dentro. Los cánticos de YMCA*, de Village*

People, se mezclaban con la cuenta atrás para las campanadas.

—¡Atentos, que vienen los cuartos!

—Eh, tíos —nos dijo Leo, mi mejor amigo del equipo—. ¿Nos movemos?

Fui yo el primero en coger impulso.

—Vamos.

Volví al presente. Núria se había marchado. Me tumbé en la cama en posición fetal. Blaky eligió ese momento para salir de su escondite y tumbarse a mi lado. Lo acaricié y comenzó a ronronear. Me rodó una lágrima por la mejilla. O quizá solo fuera agua de lluvia.



Al día siguiente le mandé un vídeo a Jon en el que se veía a Blaky corriendo como un lunático, subiéndose por las paredes de casa, como cada mañana. Yo, de fondo, le ponía voz: «¿Alguien ha invocado al Justiciero Naranja, Protector de los cojines y Guardián del pasillo? Porque aquí estoy. Lo veo todo. Lo escucho todo. Lo huelo todo. Nadie puede esconder de mí una lata de atún. Mi instinto gatuno nunca falla. Espera, noto una perturbación en la fuerza felina. ¡Algo se mueve! ¡Peligro! ¡Injusticia! ¡Voy para allá! Ágil como el viento, letal como una siesta interrumpida, nadie puede pararm… ¡Mierda, un perro! ¡Retirada estratégica! ¡Repito: retirada estratégica!».

Jon no respondió.

48

JONATHAN

Esas navidades no las pasé con los Donnelly, a pesar de la insistencia de Elliot y Benji. Pero cuando se hizo de noche, visualicé a Blake viendo *Pedro y el dragón Elliot*, solo en el sofá, y durante unas milésimas de segundo, me arrepentí de no haber ido.



Al día siguiente Elliot y Benji tardaron más de lo habitual en llegar a casa. Me senté en la acera a esperarlos, con los codos apoyados en las rodillas, las manos entrelazadas y la vista clavada en la esquina, esperando a que apareciera el coche de Elliot. Pero no aparecía. Hacía un día de mierda, el aire frío me soplaba en los huesos, pero no me moví. Los llamé a ambos por teléfono y ninguno respondió. Me froté la cara, frustrado, presionando los párpados con los dedos, y suspiré. Mandé un mensaje a Blake.

Jonny:

¿Todo bien?

Blake:

Hombre, feliz Navidad. ¿Qué tal has pasado la velada?

¿Bien? Me alegro. ¿Yo? Mal. Fatal. Pero gracias por preguntar.

Yo también te quiero.

Jonny:

¿Qué ha ocurrido?

Blake:

¿Respecto a quién?

Jonny:

Respecto a todos.

Blake:

Pregúntamelo como si te importara.

Jonny:

¿Qué ha ocurrido, Boo?

Blake:

Eres rápido, eso tengo que reconocértelo.

¿Que qué ha ocurrido?

Gari y Bran discutieron por teléfono porque Gari no venía a pasar la Navidad con nosotros.

Bran se emborrachó a lo grande.

Elliot y yo tuvimos una bronca de la hostia. Otra vez.

Sofía está embarazada.

Gari apareció por sorpresa, pero Bran estaba dormido.

Esta mañana Bran lo ha llevado al aeropuerto y ha vuelto devastado. La distancia los está haciendo papilla.

Cuando mi padre y Lili han llegado a casa, Elliot y Benji aún no se habían ido.

Lili ha abrazado a Elliot, que estaba dormido en el sofá.

Creo que eso es todo.

Jonny:

Joder.

¿Estás bien?

Blake:

De lujo.

Elliot y Benji acaban de salir de casa, así que enseguida los tendrás por ahí.

Jonny:

OK.

Blake:

¿Por qué no has venido?

Me congelé. Había tantas respuestas para esa pregunta… Pero solo escribí:

Jonny:

No me apetecía.

Blake:

OK.

Adeu, Jon.

Jonny:

Adeu.

Apagué la pantalla. A veces me daba por pensar que Blake y yo no nos enfadábamos por lo que decíamos, sino por lo que callábamos. Por lo que se quedaba enquistado en el fondo, allí donde no llegaban ni el valor ni el orgullo. Y ojalá no fuera tan difícil. Ojalá no me diera tanto miedo quererlo. Exhalé despacio y escribí a Brandon.

Jonny:

¿Cómo va esa resaca, Ojos Azules?

Brandon:

Qué rápido vuelan las noticias. ¿Elliot, Benji o mi hermano?

Jonny:

Tu hermano.

Brandon:

Por supuesto.

¿Por qué no viniste ayer?

Jonny:

Cosas de adultos.

Brandon:

Discutir con mi hermano y romper la tradición de celebrar la Navidad con nosotros no me parece muy adulto.

Chasqueé la lengua. Qué listo era ese chico. Y cómo sabía dónde pinchar.

Jonny:

Ahí tengo que darte la razón.

Brandon:

Entonces, ¿has discutido con mi hermano?

Era solo una suposición.

Jonny:

Cuéntame lo de Gari y quizá te cuente lo de Blake.

Brandon:

Es largo.

¿Puedo llamarte?

Jonny:

Puedes llamarme siempre que quieras, Bran.

El teléfono sonó un segundo después. Hablé con Brandon hasta que el coche de Elliot, por fin, dobló la esquina.

49

JONATHAN

Enero

Observaba el partido con atención, a la espera de que Julián me ordenara salir al hielo de nuevo, cuando Cannon, a mi lado, rio con suavidad. Íbamos perdiendo, así que… la miré.

—¿De qué te ríes?

—De ti.

—¿Perdona?

—Me tocas un montón, Jon. —Rio de nuevo—. El hombro. El brazo.

En efecto, una de mis manos se clavaba en su hombro. La retiré en el acto.

—Lo siento. No me he dado cuenta.

—No me pidas disculpas. Te sale de manera inconsciente. Y haces que me sienta bien. Menos sola. Más protegida. Solo quería que lo supieras.

Se me subieron los colores. No sabía cómo manejar ese tipo de confidencias. No sabía cómo recibir cariño sin levantar un muro. Así que me limité a asentir, envarado, y devolví mi atención al hielo. Pero mi mano, traicionera, volvió a rozar su brazo unos segundos después.

Echaba de menos a Blake.

50

BLAKE

Febrero

Sofía:

Mirad quiénes han aparecido en el restaurante donde yo había quedado con Cannon:

Imagen

Era una foto de Jon. De fondo se veía también a Elliot y Benji. Sentí algo parecido a un golpe en las costillas. Llevábamos dos meses sin vernos. Estaba guapísimo.

Julián:

Monísimo.

Sofía:

Ha salido en la conversación que hoy es tu cumpleaños, Leo, y Jon te manda saludos.

Fantoni:

No puede vivir sin mí.

Julián:

Pero se pasan el toque de queda por el forro de los cojones y empiezo a cabrearme.

Sofía:

Mierda.

Siempre se me olvida que estás aquí.

Por otro lado…, cabreado es tu tono habitual, to be honest.

51

JONATHAN

Marzo

En marzo la vida de Benji saltó por los aires. Su madre biológica y su tía fallecieron en un incendio. No eran buena gente; aun así, Benji quedó devastado. Y como las malas noticias nunca vienen solas, la banda que había reclutado a Benji para vender droga diez años atrás, y a la que él había dejado tirada de la noche a la mañana, regresó buscando venganza. Le habían concedido una semana para que se entregara, y amenazaron con hacer daño a Cannon si no obedecía. Así que había que sacar a esta de la ecuación, con efecto inmediato. O dicho de otra manera: había que alejarla de Benji a toda costa. Él quiso dejarnos al margen, para protegernos, e intentó escabullirse, pero lo pillamos in fraganti a punto de coger el BMW de Elliot.

—No voy a dejarte solo ni a sol ni a sombra —le aseguró Elliot—. Hazte a la idea.

—Estamos juntos en esto y no vas a deshacerte de nosotros —añadí yo—, por mucho que suspires y te cagues en nuestros antepasados. Además, nadie se caga más que yo en mis antepasados. Es una batalla perdida para ti.

—¿Y si Toni nos vigila? No quiero qu…

Toni era el jefecillo de la banda.

—Lo perderemos de vista, no te preocupes —le aseguré, y le arrebaté las llaves del coche—. Conduzco yo.

—A mí no me importa que nos siga —dijo Elliot, de camino al vehículo—, así le digo por dónde puede meterse su mierda de amenaza.

Nos montamos y arranqué el motor. Cannon vivía en Barcelona, en casa de Blake, y yo no tenía ni idea de cómo llegar; por increíble que parezca, jamás había estado ahí, de modo que…

—¿Alguno de vosotros sabe la dirección? —pregunté.

Elliot bufó y Benji elevó los ojos al cielo.

—¿En serio no te sabes la dirección?

—No, no me sé la puta dirección.

—Flipo.

—Joder, esperad —nos pidió Benji, y comenzó a escribir en su teléfono—. Vale, la tengo —dijo unos segundos después.

Y allá que fuimos.

52

BLAKE

Supe casi desde el principio que me ocultaba algo. Pero no me explotó en la cara hasta el mes de marzo.

Estaba liada con Benji. Con el hermano del hermanastro, sí. El mismo al que se suponía que no podía ver ni en pintura. Lo entendí cuando Benji apareció esa noche en mi casa —todo borde— para hablar con ella.

—¿Desde cuándo está pasando esto? —Exigí a ambos que me lo explicaran.

—No es asunto tuyo —respondió Benji.

—Ya lo creo que es asunto mío.

—¿Por qué no te largas a comprar un bollo de esos rellenos de crema que tanto te gustan y te lo comes sentado en un banco?

Me acerqué mucho a él. Pues estaba yo para que me tocaran los huevos…

—A ver si consigues convencerme de que no te dé dos hostias aquí y ahora, soplapollas —le dije.

—Guau, Blaky. Todo se pega, ¿eh? —respondió, haciendo referencia a mi *relación* con Jon.

—Ya vale —terció Cannon, y se interpuso entre ambos, separándonos con los brazos—. Déjanos solos, Blake.

—No.

—Por favor.

Suspiré. Me costaba mucho decirle que no a Cannon.

—Son más de las doce de la noche. ¿A dónde queréis que vaya? —me quejé.

—¿Tengo que repetirte lo del bollo y el banco?

—Pero ¿a ti qué coño te pasa hoy? —solté, cabreado de verdad —. Estás más tonto de lo normal. ¿Ganas una apuesta si te doy las dos hostias, o qué?

Cannon intercedió, haciendo más fuerza entre los dos para que no llegáramos a las manos.

—Vete, Blake —me pidió—. Ya.

—Te estoy vigilando, gilipollas —advertí a Benji antes de irme dando un portazo.

Cuál fue mi sorpresa cuando al salir del portal, vi a Elliot y a Jon, apoyados en el coche del primero con los brazos y las piernas cruzados. Jon llevaba el pelo más largo de lo habitual y el flequillo casi encima de los ojos. Con el casco de hockey puesto, apenas se le notaba. Hacía tres meses que no hablábamos, excepto en los dos partidos que nos tocó disputar, donde casi me saltó a la yugular. Tres meses sin vernos no era muy diferente al tiempo que solíamos pasar separados, entre sus viajes y los míos, pero dolía no escribirle mensajes o hablar con él. Yo sentía un vacío enorme en la boca del estómago. Intentaba no pensar en ello. Dolía demasiado.

Al verlos juntos, esperando por su amigo del alma, sumé dos más dos, claro. Jon lo sabía. Sabía lo de Cannon y Benji. Y me lo había ocultado. Desde el principio, supuse. Me vino a la memoria un recuerdo de unos meses atrás.

Jon y yo nos escabullimos por el pasillo sin dejar de besarnos. Jon acabó inmovilizado contra la pared mientras mi lengua buscaba la suya como si quisiera comerlo vivo. Benji pasó cerca de nosotros y nos gritó que nos fuéramos a un hotel y que nada de sexo en su bar, pero lo ignoramos y seguimos a lo nuestro. Besé a Jon más fuerte, si acaso era posible. Hasta que noté que se tensaba, justo cuando una segunda persona pasó por detrás de nosotros. Todo el mundo sabía que estábamos juntos. ¿Qué ocurría?

Abrí los ojos. ¿Cómo podía estar tan bueno tras comerle toda la boca? Joder, más que nunca. Vi que él también tenía los ojos abiertos. Jon nunca abría los ojos cuando tenía mi lengua dentro de su boca (yo lo hacía a veces; me gustaba ver lo guapo y concentrado que estaba). Dejé de besarlo.

—¿Qué ocurre? —susurré contra sus labios.

—Nada —respondió, y me estrechó más fuerte contra él.

—¿Quién acaba de pasar?

—Benji.

—Después.

—Una chica.

—¿Qué chica?

—Una chica de Benji.

—Te has puesto nervioso. Lo he notado.

—¿Sí? A ver si notas esto.

Jon metió de nuevo su lengua en mi boca. Me lamió. Me mordió. Arrastró la lengua hasta la comisura de mis labios. Y luego, hasta mi mandíbula. Y hasta el cuello. Lo besó. Lo mordió. Y lamió todo el camino hasta mi pecho. Hizo girar la lengua alrededor de uno de mis pezones, por encima de la camiseta, y el pulso se me desbocó.

Después cayó de rodillas, me bajó los pantalones y… me olvidé de todo.

—No te debo nada —me dijo Jon, y yo volví a la realidad de golpe.

Que no me debía nada, ¿eh? Pues muy bien. El cuerpo me pedía que chasqueara la lengua, incluso que riera de incredulidad, pero no moví un solo músculo. Me apoyé en el coche, junto a Elliot. Miré hacia el frente, hacia un punto indeterminado en el portal de mi edificio, y me mantuve en silencio.

—No tengo que justificarme —insistió.

—Si no me debes nada y no tienes que justificarte, ¿qué coño me estás contando? —repliqué.

—Tú crees que sí te lo debo. Te lo veo en los ojos.

Entonces sí reí.

—No ves una mierda.

—Veo que estás mosqueado conmigo porque, según tu criterio, tenía que habértelo dicho. Y no llevas razón.

—¿No?

—No. Tú y yo no somos nada, ¿recuerdas? No te debo nada.

—Es bueno saberlo.

—¿Qué coño significa eso?

—Significa que es bueno saberlo.

A partir de ahí permanecimos en silencio. O yo permanecí en silencio. Ellos comenzaron a cuchichear, como de costumbre. Estaba muy quemado de toda esa mierda.

JONATHAN

—¿Por qué no le cuentas que Cannon te obligó a jurarle que no ibas a decir nada *a nadie*? —me susurró Elliot al oído mientras yo miraba de reojo a Blake. Se había cortado el pelo. Y estaba más delgado—. Vamos, Boo. Díselo. Lo estás deseando. ¿Vais a enfadaros más de lo que lo estáis ya? ¿Por una tontería?

Suspiré. Y recordé la promesa que le había hecho a Cannon una mañana meses atrás, cuando la pillé saliendo de la habitación de Benji.

Ella pasó de largo, echando humo —muy a lo Donnelly—, pero retrocedió y me clavó el dedo en el brazo.

—No quiero ni una sola palabra de esto, Ros. A nadie. O te la cargas.

—Sí, señor. Digo señ…

—Júramelo —me interrumpió, y yo tragué saliva. «A nadie» significaba «a Blake». Y este adoraba a Cannon. Y yo… yo…—. Júramelo —insistió al verme dudar.

—Te lo juro.

Unos días después, Cannon y Benji comenzaron a enrollarse. Intenté no pensar demasiado en ello.

—No me da la gana decírselo —susurré de vuelta—. ¿Por qué no le contaste tú a Julián el verdadero motivo por el que te bajaste del autobús en Sitges?

—Porque no me dio la gana.

—Pues eso.

—No es lo mismo.

—Ya lo creo que lo es.

—No, no lo es.

Blake chasqueó la lengua.

—¿Estáis cuchicheando? ¿Qué tenemos, cinco años?

Benji eligió ese momento para salir del portal de Blake, con la cara desencajada. Blake se incorporó y se acercó a él.

—¿Qué le has hecho? —preguntó, con la mandíbula apretada, a punto de darle un par de hostias.

Me coloqué en medio y posé la palma en el pecho de Blake. Hacía tres meses que no lo tocaba, y sentí un chispazo.

—Blake, déjalo estar, ¿vale? —le pidió Elliot.

—¿Y por qué tendría que hacerlo?

—Porque te lo pido yo.

—¿Y crees que es suficiente?

—Vamos, Blake. Nunca te he pedido nada.

—Eso no es cierto. Me pediste mi bici con cambio de marchas automático cuando tenías nueve años. Y condones a los trece, fantasma. Y que fuera a buscarte a comisaría a los diecinueve.

—Yo no te pedí que vinieras a buscarme a comisaría. No te he pedido nada en los últimos diez años; desde que mi madre se trasladó a tu casa y nos convertimos en hermanos.

—¿Ahora somos hermanos?

—Ahora te estoy pidiendo que lo dejes estar. Por favor.

Blake negó, apartó mi mano de malas maneras y se recluyó en el portal, regalándonos un portazo de los buenos. Benji se metió en el coche, en la parte trasera, echó la cabeza atrás y cerró los ojos.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—No.

—Sobreviviremos, Ben —le prometió Elliot—. Como siempre hemos hecho.

Benji rompió a llorar y Elliot y yo nos apresuramos a abrazarlo, cada uno desde un lado del coche.

—Lo he dejado con Cannon —nos anunció, con un hilo de voz—. Y duele. ¿Por qué duele tanto? ¿Qué me pasa?

—¿Qué te pasa? Joder, Ben —masculló Elliot—. Mierda. Te lo dije. Te dije que esto iba a pasar. Te dije que Cani y tú erais más compatibles de lo que ambos creíais. Si es que lo sabía…

—¿En serio, Elli? —le reproché yo—. ¿Crees que este es el mejor momento para echarle eso en cara?

—¡Pues sí, joder! ¿Lo dije o no lo dije?

Era cierto que lo dijo. Desde el principio.

—Lo dijiste —acepté.

—Joder… —Benji se llevó los dedos a los lagrimales. Un segundo después rompimos a reír los tres al unísono—. Dios, esto es de locos.

—Hay que ser muy gilipollas para enamorarse —farfullé.

Es que, joder…



Una semana después, Benji intentó escabullirse de nosotros *de nuevo* para entregarse a Toni. Con nocturnidad y alevosía. Y digo que lo intentó porque lo pillamos, claro. De hecho, lo estábamos esperando en la cocina. Nos confesó que había quedado con Toni en las antiguas pistas de baloncesto del pueblo, y nos fuimos con él. Antes, mandé un mensaje a Álvaro, con el plan y la ubicación, por si acaso.

Llegamos al punto de encuentro. Eran nueve contra tres, así que el resultado fue el esperado. Y no hay que ser matemático, como Cannon, para resolver la ecuación. Benji acabó en el hospital, con una puñalada en el estómago, y Elliot y yo, llenos de contusiones en la cara y el cuerpo.

Blake y la abuela de Elliot fueron los primeros en llegar al hospital; eran los que vivían más cerca. Blake vestía el chándal de los Demonios, así que supuse que acababa de salir del entrenamiento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, sin apenas mirarme.

—Nada que un niño pijo como tú pueda entend… —empecé, con mala leche. A ver, que acababan de arrearme un paliza de las buenas, pero…

—Ahora no, Jonathan —me interrumpió. Pero también se dignó a mirarme. Me vio la cara destrozada y reculó, con el horror impreso en su rostro—. ¿Qué coño ha pasado? —susurró, como si se hubiera quedado sin voz.

Ya, bueno. Que se lo contara otro. Me di media vuelta y entré en la habitación de Benji.

BLAKE

—Benji está bien —me aseguró Julián—. Ha perdido mucha sangre y han tenido que hacerle una transfusión, pero la herida no ha afectado a ningún órgano vital. Está dormido, descansando.

—¿Qué ha pasado? —insistí. Tenía grabadas en las retinas las heridas en la cara de Jon.

—Un ajuste de cuentas.

—¿Un ajuste de cuentas de Jon?

—No. De Benji. Elliot y Jon solo intentaban defenderlo.

—¿En la pista?

—No. En el pueblo.

—¿En el pueblo? ¡¿Han ido al pueblo a liarse a hostias con alguien y lo has permitido?! —sermoneé a Julián.

—¡No lo sabía! No lo sabía, joder. Ben y Jon no han venido esta mañana a entrenar y me he preocupado. He llamado a Álvaro para ver si sabía algo y…

—¿Y qué?

Julián suspiró.

—Qué más da. Ya están a salvo y eso es lo importante.

—Y una mierda. Has llamado a St. Claire para ver si sabía algo y…

—Jon le había mandado un mensaje, con una dirección, por si… les pasaba algo.

Asentí con la cabeza. Jon había mandado un mensaje a Álvaro. A Álvaro. No a mí. De mí pasaba como de la mierda. Fenomenal.

—Qué noble por su parte —mascullé.

—Blake, escuch… —comenzó, pero mi familia irrumpió en el hospital y Julián enmudeció.

Cannon se puso en pie a todo correr y se arrojó a los brazos de mi padre, donde rompió a llorar.

—¿Estás bien? Dime que estás bien —le pidió mi padre, y la tocó para cerciorarse.

—Duele, papá.

—¿Dónde? Dios, Cannon. ¿Dónde?

—En todas partes. El amor duele. Duele mucho.

—Cariño, oh, cariño. Duele, claro que duele, pero merece la pena. Te lo aseguro. Es un viaje increíble. El más increíble de tu vida.

—Y Benji es gilipollas —añadió mi hermana.

Todos reímos y nos unimos al abrazo.

—Todo va a ir bien, Cani.

—Papá ha hablado con los médicos. Le han dicho que Benji está bien.

—Sí. Y en cuanto pase toda esta mierda vas a explicarnos en qué momento te has pillado por él.

—Yo aún lo estoy asimilando.

—Sofía te manda recuerdos, por cierto. No ha podido venir.

—El amor es una mierda.

—Qué me vas a contar —concluyó Brandon—. Bienvenida.

—¿De verdad merece la pena?

—Sí.

No estaba yo tan seguro, pensé, sin dejar de observar la puerta por donde Jon había desaparecido. Odiaba estar enfadado con él. Joder, lo odiaba con toda mi alma. Era superior a mí. Y llevábamos un año de mierda. El peor de nuestra historia juntos. Echaba muchísimo de menos a Jon. No podía estar un minuto más sin él. No *quería* estar un minuto más sin él. Así que… a la mierda todo. A la mierda las razones por las que estábamos enfadados.

Esperé a que todo el mundo saliera de la habitación de Benji y, cuando fue a hacerlo Jon, lo acorralé dentro, bloqueando la salida con mi cuerpo.

—Pero ¿qué haces? —se quejó, al tiempo que salían Brandon y Fallon. Eran los últimos—. Déjame pasar.

—Veintiocho —dije.

Frunció el ceño, confuso.

—¿Qué?

—Van veintiocho veces que te veo con la cara llena de golpes sin que el hockey tenga la culpa. —Di un paso hacia él y le rocé la mejilla con las yemas de los dedos, muy despacio. Jon se tensó al principio, pero no huyó. El moretón bajo su ojo estaba caliente; la

brecha del labio, reseca. Y sentí cómo se me constreñía la garganta —. Me entran ganas de matarlos —confesé.

Jon no respondió. No hacía falta; sus silencios siempre han constituido otra forma de comunicación. Él también quería lanzar por la ventana las razones por las que seguía enfadado. Porque se moría por estar conmigo, igual que yo con él. Esas cosas se saben.

—Eh —nos llamó Benji, desde su cama—. Eh, eh, no vayáis a enrollaros aquí. Ya es lo que me faltaba.

Ambos lo ignoramos.

—Ven aquí, Boo —le pedí, con la voz que solo me salía cuando lo quería más que a nada.

Y él vino. Sin dudarlo. Dio un paso, y luego otro, y en cuanto estuvo a mi alcance, lo agarré por la cintura como si me fuera la vida en ello. Él apoyó la frente en la mía. Respiró hondo. Y entonces nos besamos. Se me desbocó el corazón. En serio. Me golpeó contra el pecho como si quisiera fugarse con él. Jon gimió muy suave, agarrándome la camiseta, y caímos sobre la cama, a los pies de Benji, que juró en todos los idiomas conocidos.

—Podríais haberme avisado de toda esta mierda del amor, por cierto —nos dijo, indignado—. Muchas gracias a todos. Es como si… te partieran en dos, joder. Como si te abrieran en canal y te arrancaran el corazón de cuajo.

—Lo sentimos, Benji —susurré entre beso y beso, de cachondeo, sin apartarme de Jon.

—Imbécil —masculló Benji, y nos dio una patada—. Eh. ¡Eh! Que dejéis de enrollaros en mi cama, joder.

Jon y yo seguimos enrollándonos en su cama. Y todo encajó de nuevo. Todo volvió a la normalidad. O a *nuestra* normalidad.



Le mandé a Jon un vídeo con siete momentos de Blaky despatarrado bocarriba, en diferentes rincones de la casa, uno para cada día de la

semana. La canción de fondo decía: «*Monday, I have nothing to do. Tuesday, I have nothing to do… Friday, Saturday, nothing to do. Sunday, come on, I have nothing to do*».



Dos semanas más tarde, los CAR Jaguars jugaron el último partido de la temporada, y su rendimiento fue irregular.

Benji ya se había recuperado de la puñalada y Julián lo convocó —no quería que se lo perdiera—, advirtiéndole que apenas jugaría unos minutos. Cannon eligió el calentamiento para declararle amor eterno. Delante. De. Todo. El. Mundo. De locos.

Yo aproveché la conmoción general para gastarle una broma a Jon: congelar su ropa. Literalmente. Algo común en los jugadores de hockey. El proceso es sencillo: se empapa la ropa en la ducha, se ata en nudos imposibles, se mete en una bolsa dentro de las cámaras de frío durante unas horas… ¡y listo! Me encantaba tocarle los huevos, literal y figuradamente.



La pared del bar del pueblo donde los gatitos celebraban el fin de la temporada estaba fría en mi espalda (no tanto como la ropa de Jon), y este, a pesar del mosqueo por «la bromita de los huevos» y de haber prometido venganza (luego siempre se le olvidaba), me besaba como si el universo fuera a desintegrarse, porque soy así de irresistible. Me aferró por la cintura, me atrajo aún más hacia él y yo reí en su boca. Entonces invertí nuestras posiciones y lo empotré contra la pared antes de volver a besarlo. Sus manos se colaron por debajo de mi ropa y me agarraron el culo. Las mías se enredaron en

su pelo. Estábamos tan abstraídos que no notamos el destello. Ni escuchamos el clic.

Chloe: Imagen

Sofía: OSTRASSS. ¿CÓMO LA HAS CONSEGUIDO?

Chloe: Pico y pala. Algún día tenía que pasar.

Chloe: 😉

Axel: Y yo la he ayudado…

Fallon: El trabajo en equipo siempre ha sido el fuerte de esta familia.

Oskar Donnelly: ¿Podéis dejar de hablar de vuestras intimidades en público, por favor? Y DE SACAR FOTOS. Hay cosas que un padre no necesita saber.

Axel: Si con un simple magreo en un rincón oscuro te asustas, mejor no te digo lo que han hecho Cannon y Benji en el baño hace un rato…

Fallon: Son solo sospechas…

Chloe: Yo le he visto el culo a Benji.

Sofía: Tápate los ojos, papá.

Elliot: Sois conscientes de que este muro es familiar, en plan Schmidheinys y Donnellys, porque la abuela nos obligó a crearlo juntos, ¿verdad? *Just in case*…

Sofía: Hombre, el hermano pródigo ha vuelto siete años después.

Fallon: ¿Has estado en el Tíbet?

Elliot: 🖕🏻

Chloe: ¿Familiar en plan Schmidheinys y Donnellys? ¿Eso quiere decir que Benji y tú habéis estado leyéndonos siempre? Joe, y nosotros sin saberlo.

Elliot: Y tu querido Jon también.

Chloe: 😱

Elliot: 🖕🏻

Chloe: 😘

Elliot: 🖕🏻

Fallon: El amor está en el aire… Que no se diga.

Chloe: Como el culo de Ben.

Sofía: Y el de Blake… ¿Es el de Blake? La foto está bastante oscura.

Elliot: Es el de Blake. Y estoy hasta el papo de vérselo.

Axel: Qué gran noche.

Benji: Es todo mentira, señor Donnelly.

Axel: Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Elliot: 🖕🏻

Me jodió que nos sacaran esa foto a Jon y a mí. Soy tremendamente celoso de nuestra intimidad. Pero debo admitir que, a partir de ese momento, y tras años de disputas, Schmidheinys y Donnellys empezamos a fluir como familia, más o menos, así que supongo que no fue tan inoportuno.

53

BLAKE

Mayo

Mi hermana Sofía dio a luz a un bebé precioso. Lo llamaron Beau. Y lo lamento por el padre, pero es un Donnelly de pies a cabeza.



Septiembre

Julián:

¿Dónde estás?

¿Por qué no me coges el teléfono?

Blake:

En el dentista.

Revisión.

Hay un cartelito en la sala de espera que nos pide que no hablemos por teléfono, por favor y gracias.

Y adivina.

De fondo suena MÚSICA DE SALA DE ESPERA DE DENTISTA.

Algo suave, de hace mil años.

Uno pensaría que siempre es así, pero… ERROR.

Mientras yo escribía, la señora mayor que estaba sentada a mi lado me miró por encima de sus gafas y señaló el cartelito con la barbilla, como si fuera la guardiana oficial del silencio. Yo alcé las manos en señal de paz. Ella inclinó la cabeza hacia mi móvil, descaradísima.

Julián:

Tú y los dentistas…

Tengo una buena noticia.

Y otra mala.

No quiero que te enteres de la buena por otra vía, así que necesito contártelo ya.

Blake:

Te has enrollado con Elliot.

La señora abrió un poquito la boca. Yo casi sonreí.

Julián:

No.

Idiota.

La señora bufó. Creo que se sentía decepcionada.

Blake:

Has sobrevivido toda una mañana sin pajearte en la ducha pensando en Elliot.

La señora tosió tan fuerte que hasta el recepcionista levantó la mirada. Y me fulminó con ella. *A mí*. Alcé las manos de nuevo y la señora se inclinó hacia mí. Notablemente. Sin vergüenza. Yo aproximé el móvil a mi pecho, como si contuviera secretos gubernamentales. Ella volvió a su revista, pero la sostenía del revés.

Julián:

Eres muy gilipollas.

Y no.

He fichado a un nuevo jugador para el equipo.

Blake:

Mmm. Casi.

Julián:

Y es tu hermano Axel.

Blake:

¿Mi hermano Axel, qué?

Julián:

Es el jugador nuevo que he fichado para el equipo.

Blake:

Dime que es una broma.

Julián:

No es una broma.

Acabo de cerrar el acuerdo con él y con tu padre y Lili.

Blake está escribiendo...
Blake está escribiendo...

Blake está escribiendo…

—Ay, hijo, eso no pinta bien —murmuró la señora.

Julián:

Vamos, suéltalo.

Blake:

¿Lo haces por Elliot?

¿Para acercar posturas con Lili, al igual que hiciste con la contratación de Cannon?

Julián:

Lo hago por Elliot.

Para acercar posturas con Lili.

Y lo hago por ti.

Porque te quiero.

Y él es tu hermano.

Así que lo aprecio.

Además, tiene talento.

He estado observándolo y quiero darle una oportunidad.

¿Te parece bien?

—Ay, qué bonito —susurró la señora, y se puso una mano sobre el pecho.

Blake está escribiendo…

La señora se acercó un centímetro.

Blake está escribiendo…

La señora se tapó la boca.

Blake está escribiendo…

La señora ya estaba justo al lado, leyéndolo todo.

Julián:

Blake…

Blake:

Has dicho que me quieres.

Y no sé si hemos llegado a ese punto en nuestra relación.

Estoy confuso.

Julián:

Eres muy idiota.

La señora soltó una risita. Una. Risita.
—Señora, por Dios.
—Ese chico es un borde, pero te quiere.
—Señora…
—No seas tímido, hijo. Continúa.

Blake:

Yo también te quiero.

—Muy bien, hijo, muy bien.

Julián:

Entonces, ¿te parece bien?

Blake:

Sí.

Julián:

Bien.

La señora asintió, con lágrimas en los ojos. Seguro que ya se imaginaba la boda.

Julián:

Y no se lo cuentes a Jon.

Quiero hacerlo yo.

—¿Quién es Jon?
—¡Señora, por Dios!

Blake:

OK.

¿Y la mala noticia?

Julián:

Mi hermano también entra en el equipo.

Por mandato expreso de mi padre.

Quiere que lo meta en vereda.

—Uy, eso sí que no —terció la señora—. Los hermanos siempre dan problemas.

Blake:

Tu hermano no juega al hockey.

—Pues que se quede en casa, entonces.

Julián:

Será el responsable del material.

Blake:

¿Y tú qué opinas?

Julián:

Que no soy su niñera, eso opino.

Puede que mi padre sea el dueño del equipo, pero no puede imponerme a la gente con la que trabajo. Las cosas no funcionan así.

Blake:

Que te toca los huevos, vaya.

Oye, ya que estamos hablando a corazón abierto, dime: ¿echas de menos jugar al hockey?

—Seguro que sí —murmuró la señora—, pero los hombres sois idiotas.

Justo en ese momento, la enfermera salió y me llamó. La señora y yo levantamos un dedo a la vez, pidiéndole un minuto. Leímos el último mensaje de Julián.

Julián:

No me obligues a tararearte la melodía de Misión imposible, Blake.

—¿*Misión imposible*? —me preguntó la señora.

—Es una larga historia.

—Ve tranquilo, hijo. Pero luego me cuentas qué pasa con el hermano ese.

Cogí aire. Me puse en pie y me dirigí al matadero.



Lo peor de que mi hermano entrara en los CAR Jaguars es que se mudó a mi casa. Y no me refiero a la de Barcelona, como en el caso

de Cannon. No. Vino a la Costa Brava. A mi casa con Jon.



Chloe creó el grupo «A ver lo que aguanta Axel el entreno de Julián antes de desplomarse en el suelo»
Chloe añadió a Boo
Chloe te añadió
Chloe añadió a Fallon
Chloe añadió a Brandon
Chloe añadió a Benjipollas

Brandon:

Una semana.

Fallon:

Dos.

Chloe:

Tres.

Blake:

Media.

Benjipollas:

Un martes.

Boo:

Por la mañana.

Benjipollas:

High five!

Boo:

🙏

Fallon:

Ese emoji no es de chocar los cinco.

Boo:

¿Quién lo dice?

Fallon:

Yo.

Benjipollas:

Sí que lo es.

Fallon:

Ya está el amigo del alma sacando cara por él. Qué pereza dais.

Blake:

En verdad sí que lo es.

Fallon:

Ya está el novio del alma sacando la cara por él. QUÉ PEREZA DAIS.

Chloe:

Yo también creo que lo es.

Brandon:

Y yo.

Fallon:

Joder, me rindo.

Benjipollas:

High five!

Boo:

🙏



Axel: Jon tiene un *piercing* en la 🍆

Axel: 😳

Chloe: 😳😳😳

Chloe: Ostras.

Chloe: Qué sexi, ¿no?

Brandon: Ay, no. Eso tuvo que doler.

Sofía: Ahora entiendo muchas cosas. Qué Ojos Azules ni qué Ojos Azules.

Blake: ¿En qué momento le has visto la polla, Axel?

Axel: ¡En el vestuario! No ha sido aposta, lo prometo. Pero estaba desnudo, y algo plateado brilló, y he mirado hacia abajo, INEVITABLEMENTE, y lo he visto.

Fallon: ¿Aro o bolitas?

Blake: Ni se te ocurra responder, Axel.

Fallon: ¿Tenemos foto?

Oskar Donnelly: ¡FALLON!

Fallon: Era broma…

Oskar Donnelly: DE VERDAD QUE NO NECESITO ESTE TIPO DE INFORMACIÓN.

Fallon: Aunque… ¿en serio ni siquiera nos vais a decir si es aro o bolitas?

Cannon: Bolitas.

Blake: ¡Cannon!

Oskar Donnelly: ¡CANNON!

Cannon: Iban a estar meses especulando y al final saldría por alguna parte. No tengo tanta paciencia.

Fallon: ¿Os acordáis de la ortodoncia de Blake? El metal también brillaba. Queda claro que están hechos el uno para el otro.

Jonny: ¿Cuándo ha llevado Blake ortodoncia y por qué no me he enterado antes?

Brandon: ¿Quieres ver una foto, Ojos Azules?

Fallon: Te la cambiamos por una de tu 🍆

Jonny: Imagen

Blake: Ni se os ocurra abrir esa foto.

Fallon: Claro que no…

Sofía: ¿Por quiénes nos tomas?

Chloe: 🤭

Brandon: 🙄

Axel: Yo ya se la he visto, así que…

Cannon: Y yo.

Benji: Y yo.

Elliot: Y yo.

Brandon: Toma la foto de Blake con aparato, Ojos Azules. Te la has ganado.

Brandon: Imagen

Jonny: Me lo como.

Benji: Asco.

Elliot: Tío… 🤢

Oskar Donnelly: Dios…

Benji: Tápate los ojos, Oskar. Es mi consejo.

Oskar Donnelly: Gracias, Benji.

Benji: A mandar.



Dos semanas después. Martes

Jonny: Imagen

Benji: Que alguien traiga una carretilla y recoja al niño del suelo, por favor.

Sofía: Flojo.

Fallon: Brandon, paga.

Brandon: Estoy en clase.

Fallon. Y yo. Paga.

Cannon: Tú eres la profesora, Fallon.

Fallon: ¡Brandon, paga!

Benji: ¿Otra vez habéis vuelto a apostar? No me parece.

Jonny: Se lo vamos a decir a vuestro padre.

Fallon: ¡Vosotros también habéis apostado! Y he ganado yo. Así que, apoquinad.

Fallon: Y tú también, Chloe.

Chloe: No sé de qué me estás hablando.

Sofía: ¿Habéis apostado todos y no me habéis avisado?

Sofía: Flipo. 😑

Jonny: ¿Perdona?

Ben: ¿Nosotros?

Jonny: Jamás.

Benji: De los jamases.

Jonny: 😇

Benji: 😇

Jonny: Y en el caso hipotético de que hubiéramos apostado, esta imagen no te concedería la victoria, pequeña Fallon.

Benji: Nos la concedería a nosotros, de hecho.

Brandon: Creo que tienen razón.

Fallon: Cállate, Brandon.

54

JONATHAN

Diciembre

Ver a una de las personas más importantes de tu vida ejecutar un perfecto salto mortal hacia atrás mientras escapa de una avalancha no es algo que se olvide fácilmente. Y mucho menos, si la avalancha lo acaba sepultando bajo la nieve. Elliot se salvó por los pelos. Joder, por los pelos.

Al día siguiente, Elliot acudió al entrenamiento, a pesar de las protestas de Benji y mías, pero Julián lo echó en cuanto lo vio en el vestuario. Ni de coña iba a entrenar después de lo que había pasado. Elliot se marchó enfadado y Julián nos metió más caña que en toda su puta vida.

Horas más tarde, Álvaro y yo estábamos tirados en el sofá, yo machacándolo a la videoconsola, cuando llamaron a la puerta. Era Julián, que quería hablar con Elliot. No se había quedado a gusto en el entrenamiento.

—Benji y él están pasando el día con su padre —le expliqué. Viktor había viajado a la Costa Brava en cuanto se enteró de lo que le había sucedido a Elliot.

—Bien. Esperaré.

Pues vale.

Se quedó de pie en medio del salón. Se lo veía cabreado. Álvaro y yo seguimos a lo nuestro. Hasta que un rato después, los dos que faltaban cruzaron la puerta.

—¿Podemos hablar? —le pidió Julián a Elliot.

Estaba muy cabreado, insisto. Y Julián cabreado es deporte de alto riesgo, así que…

—Yo me piro —dije, y me dirigí a la puerta echando hostias.

—Y yo —añadió Benji, y me siguió.

—¡Esperadme! —nos pidió Álvaro, y corrió tras nosotros.

Y ahí los dejamos, a ver si follaban de una vez por todas.

Fuimos a casa de Blake. No había nadie, y nosotros necesitábamos un lugar donde quedarnos. Abrí la puerta con mis llaves y entramos. Blaky apareció al instante, corriendo hacia mí.

—¡Oh, venga ya! —protestó Benji—. ¡Achís!

Cogí al gato en brazos y lo llené de besos. Álvaro, que apenas había estado un par de veces en esa casa, se internó en el salón y lo observó todo con curiosidad. Cuando acabó, me miró con sorpresa.

—Tío… —me dijo.

A ver, la casa estaba un poco desordenada, pero tampoco era para tanto. Había un chándal mío tirado en el sofá —Dios librara a Blake de meterlo en la lavadora—, dos pares de deportivas en el recibidor —Dios librara a Blake de recogérmelas—, juguetes de Blaky y, oh, ¡mis auriculares encima de la mesa! Los andaba buscando. Me los había debido de olvidar. Dios librara a Blake de avisarme. O a Axel, ya que estamos.

—… vives aquí.

—Llevo meses diciéndolo —añadió Benji.

Dejé a Blaky en el suelo.

—No vivo aquí.

Cogió el marco que Blake había puesto en el recibidor, con una de nuestras fotos del fotomatón, y me la enseñó.

—Y hay cosas tuyas por todas partes —remató.

—Eso es porque Blake no las recoge.

Álvaro entró en el cuarto de baño de la planta baja y salió con mi cepillo de dientes.

—Este cepillo es tuyo —alegó—. Reconozco la marca.

—Es para lavarme los dientes después de chuparle la polla.

—*Gross.* Tío, es el hermano de mi novia —se quejó Benji—. Y mi hermanastro.

—Huele a ti por todas partes, Jonny.

—Huele a Blake.

—Es prácticamente lo mismo. Tío…

—¿Dónde está Axel, por cierto? —preguntó Benji.

—En el dentista —respondí—. ¿Qué? ¿Pedimos unas pizzas para cenar? —propuse, para cambiar de tema.

—Y hablas como Blake.

Empujé a Álvaro.

—Cállate, o te quedas sin pizza.

—¿La pedimos con piña? Aprovechando que Blake no está.

—Hecho. ¡Achís!

A Blake no le gusta la piña. Ni un montón de cosas más. Nunca podíamos compartir comida porque nuestros gustos eran incompatibles. Más o menos como él y yo.

Pedí las pizzas por la aplicación, mientras encerraba a Blaky en la habitación de Blake, y regresé abajo con Benji y Álvaro. Nos sentamos en la cocina a esperar. Estábamos poniendo la mesa cuando de pronto alguien abrió la puerta principal.

—¡Cariño, ya estoy en casa! —gritó Blake—. Y vengo con unas ganas de follar que ni te imagin…

Enmudeció en cuanto nos vio a los tres en la cocina. Le había dado tiempo incluso a bajarse la bragueta. Eso sí, estaba agotado. Se le notaba en la cara.

Álvaro enarcó una ceja. Benji no dejó de devorar la manzana que se estaba comiendo, como si esa situación fuese el pan de cada día.

—¿Cómo coño sabías que estaba en casa? —le preguntó Álvaro, y me señaló.

—Por la luz encendida.

—Podría haber sido Axel.

—Está en el dentista.

Álvaro elevó los ojos hacia el cielo, Blake se subió la bragueta y Benji puso los pies encima de la mesa.

—Ponte cómodo —ironizó Blake, y se adentró en la cocina.

Justo sonó el timbre de casa.

—Hemos pedido pizza —le expliqué.

—Voy yo —respondió él, y se dirigió a la puerta.

Pagó la propina y vino de nuevo a la cocina.

—Joder, huele a piña que flipas —se quejó.

—Se suponía que hoy no venías —me defendí.

Y entonces le sonó el teléfono. Era un mensaje. Cuando lo leyó, su expresión cambió en un segundo, como si le hubieran vertido un cubo de agua helada por encima.

—Mierda —masculló. Se puso en pie tan rápido que la silla chirrió contra el suelo—, tengo que irme.

—¿A dónde?

—A la pista de hielo.

—Pero si acabas de llegar.

—Reunión de urgencia con el entrenador.

—¿Ahora?

—Sí. Me piro. Que os aproveche la pizza.

Lo acompañé a la puerta. Y ya que estaba, lo acompañé hasta su coche. Acababa de llegar y tenía que meterse otra hora de carretera entre pecho y espalda. Se acomodó en el asiento del conductor y bajó la ventanilla. Yo me incliné sobre la portezuela, apoyé los brazos y me quedé mirándolo en silencio un segundo más de lo normal. El mismo segundo que él permaneció mirándome a mí. Sentí la necesidad imperiosa de tocarlo; hacía horas que no lo tocaba. Le agarré la cara con delicadeza y le di un beso suave en la boca. Él deslizó una mano por mi nuca y trató de acercarme más; sentí sus dedos en mi camiseta, tirando de mí hacia el interior del vehículo, pero la puerta nos lo impedía. Me impulsé hacia delante y medio cuerpo mío se asomó por la ventanilla. Blake me besó más hondo, más desesperado, dejándome sin aire.

—Joder —gruñó, separándose apenas un milímetro—. Tengo que irme.

—Lo sé —respondí, sin apartarme. Pero después… Ambos gruñimos cuando tuvimos que alejar nuestras bocas—. Ten cuidado, ¿vale? Ve despacio. Y mándame un mensaje en cuanto llegues.

Sonrió y arrancó. Le di un último beso rápido antes de que el coche se pusiera en marcha. Me quedé observándolo hasta que desapareció al fondo de la calle. Suspiré y entré de nuevo en casa, sintiendo todavía su calor en mis labios. Álvaro y Benji me miraron con sendas cejas arqueadas.

—Os hemos visto por la ventana —explicó Álvaro.

—Callaos.

Comenzamos a cortar las pizzas y Axel volvió del dentista.

—¿Pizza? ¡Me encanta!

Nos comimos las pizzas. Blake me escribió para avisarme de que había llegado bien y, horas después, nos fuimos a casa.

Estaba en penumbra. Y en silencio. Los tres intercambiamos una mirada y subimos las escaleras. Entramos en la habitación de Elliot y los vimos a los dos, a Julián y a él, acostados en la cama, acurrucados. Vestidos por completo, eso sí. Bajé al salón a buscar la manta del sofá, para taparlos. Benji les quitó las deportivas.

A la mañana siguiente, Elliot nos contó que no habían follado. Ni siquiera se habían besado. Pero ¿qué coño les pasaba?

BLAKE

—Siento haceros venir a estas horas —nos dijo el entrenador en cuanto estuvimos todos sentados. Había un hombre junto a él, uno al que yo no había visto nunca. Tenía los brazos cruzados en el pecho y una expresión seria. Le eché unos cincuenta años—. Debo comunicaros algo importante. Dejo el equipo.

Espera, ¿qué? ¿Y lo soltaba así? La sala se llenó de murmullos de sorpresa y de alguna que otra manifestación de ahogo.

—No ha sido una decisión fácil —prosiguió—. Este equipo ha sido mi casa durante muchos años. Os he visto crecer, caer y levantaros. He visto a críos convertirse en hombres y a jugadores convertirse en líderes. Y marcharme ahora…, os juro que duele más de lo que imagináis. Sin embargo, es por una buena causa. Hay trenes que solo pasan una vez en la vida, y este es uno de ellos: me han pedido que sea el seleccionador europeo. —De nuevo la sala se llenó de murmullos—. No podía decir que no. He pasado los mejores años de mi carrera junto a vosotros. Ahora me toca dar un paso hacia delante. Os echaré de menos.

—¡Y nosotros, entrenador! —dijo Leo, a mi lado, arrancando varias risas.

—Lo sé. Quiero que sepáis que cada gota de sudor, cada partido y cada madrugón han valido la pena. Voy a pediros solo una cosa, y es que no bajéis el listón. Que no olvidéis quiénes sois. Lo que hemos construido aquí no depende de un entrenador, depende de vosotros. —Se le quebró la voz—. Él es Marcus —señaló al otro hombre—, Marcus Hale; se ocupará de entrenaros a partir de ahora. Tratadlo de la misma manera en que me habéis tratado a mí y todo irá sobre ruedas. Os quiero, Demonios. Y que sepáis que me marcho con la cabeza alta. Porque me hacéis sentir orgulloso. Muy orgulloso. Y cuando levantéis el próximo trofeo…, sabré que, de algún modo, sigo ahí con vosotros.

Todos nos pusimos en pie en el acto. Lo abrazamos y le deseamos lo mejor. Hubo alguna lágrima. Héctor era un buen

entrenador; el único al que yo había conocido en la liga profesional. Y muy buen tío. Iba a echarlo muchísimo de menos.

—Blake —me llamó, cuando ya nos íbamos—, ¿me permites un consejo? ¿De tú a tú?

—Claro.

Señaló a Marcus.

—Díselo. Ahora.

Suspiré. No me gusta hablar de mi vida privada, y mucho menos de mi relación con Jon, con desconocidos, pero Héctor tenía razón: cuanto antes, mejor. Así que me encaminé hacia el recién llegado.

—Buen chico —escuché a mi espalda.

—Entrenador —llamé al nuevo.

—Donnelly —respondió él, serio.

—Tengo algo que decirle.

—Adelante.

—Mantengo relaciones sexuales habituales con otro jugador de la liga.

Durante los primeros segundos él no reaccionó. No se le movió un solo pelo de la cabeza. Luego…

—¿Es una broma? —preguntó, escéptico.

—Me temo que no, señor.

—¿Quién es? —exigió saber.

—Jonathan Ros.

—¿Ros? ¿Es una puta broma?

—No, señor.

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—No lo sé. ¿Seis años?

Solo decirlo en voz alta me revolvió por dentro. Él abrió mucho los ojos, incapaz de ocultar su sorpresa.

—Eso es mucho. Eso es una relación sentimental.

—Ya, bueno, no se lo diga a Jon. No quiero que le dé un aneurisma.

—¿Lo sabe la LEH?

—Al completo.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace cinco años.

—Hace cinco años los Jaguars aún no habían entrado en la liga.

—No, señor.

—Ya veo… —suspiró—. Supongo que llego un poco tarde para el discurso de «lo personal se queda fuera del hielo».

—Supone bien, señor.

Suspiró de nuevo.

—Gracias por advertirme.

—Me ha obligado él. —Señalé a Héctor.

Marcus esbozó una sonrisa.

—Ya hablaremos largo y tendido.

—Sí, señor.

—Mañana jugamos contra los Jaguars.

—Sí, señor.

—El año pasado Jonathan Ros te chupó la cara en plena jugada.

—Sí, señor.

—No le chupes la cara mañana.

—Intentaré resistirme con todas mis fuerzas, señor.

—Buenas noches, Blake.

—Buenas noches, entrenador.

55

BLAKE

Fue casi poético lo mucho que Jon tardó en darse cuenta de que hablaba en sueños. Y lo pronto que se le transformó la cara cuando finalmente reparó en ello.

Ocurrió en medio de un partido, por culpa del comentarista, quien dijo de mí que «parece anticipar sus movimientos como si estuviera dentro de su cabeza» y que «cualquiera diría que Ros y Donnelly duermen en el mismo colchón». Jon ató cabos y me miró con deseos de estrangularme. Yo le lancé un beso.

—¿Desde cuándo? —me preguntó más tarde, en casa.

—Desde hace un par de años —confesé.

Se indignó muchísimo. Me miró como si calculara cuántas formas había de matarme sin dejar pruebas, y yo… bueno, yo solo pude reír a carcajadas. Él puso cara de traición, una realmente épica. Yo reí más fuerte.



Sofía: ¿La cara de Jon en el partido era de querer matar a Blake o de querer follar a Blake?
Fallon: Me inclino por follar.
Chloe: Matar.
Brandon: Follar.
Sofía: Venga, matar.
Oskar Donnelly: ¡¡¡¿¿¿???!!!
Chloe: ¿Qué?
Fallon: Oh, «follar» es una de las palabras vetadas.
Brandon: Ups.



Julián:

Sabía que jugabas sucio, pero utilizar contra él lo que Jon murmura cuando duerme es caer muy bajo.

Mierda.

Me he equivocado de chat.

Julián:

Eliminó este mensaje

Sofía:

Tardeee.

Fantoni:

¿Que Blake hace qué?

Ja, ja, ja.

Máquina.

Blake:

Jon habla dormido.

Yo escucho.

Equipo perfecto.

😉

JONATHAN

Julián:

¡Deja de putohablar en sueños, Jon!

56

JONATHAN

Elliot y Julián POR FIN se enrollaron. Fue después del partido contra los Demonios, que, por cierto, ganamos nosotros.

Un par de días más tarde, tras el partido contra los Coliseos, cenaron juntos en Roma y volvieron a enrollarse.

Follaron en casa de Julián la noche siguiente. Yo ni siquiera conocía la casa de Julián. Y Julián le pidió matrimonio a Elliot. M-A-T-R-I-M-O-N-I-O.

Se casaron en secreto un par de semanas más tarde. Benji, Álvaro, Cannon, Blake y yo fuimos los testigos. El resto del mundo no lo supo hasta mucho después.

Oh, y resultó que Julián entendía el código morse. *Desde el principio*.

57

JONATHAN

Cuatro meses después. Abril

No todo pueden ser bodas, claro.

La paliza que me dio mi abuelo ese día fue brutal. Me costó ponerme en pie, y aún más sostenerle la mirada. Se me hizo un mundo salir entero de allí. Tuve que detenerme en el descansillo para coger aire, encadenando una tos con otra. La medalla de mi madre me presionaba tanto el pecho que creí que acabaría marcándome la piel. Había aprendido a vivir con la presión. Había aprendido a vivir con el dolor. Pero estaba cansado. Estaba tan cansado…

Para ese momento, yo ya ganaba millones de euros con los Jaguars. Me quedaba con lo justo para pagarme la comida y el techo. Seguía vistiendo chándales raídos. O la ropa del equipo. Casi siempre iba con la ropa del equipo.

58

BLAKE

Cuando llamaron al timbre del portal y vi que era Jon, me extrañé. Nunca venía a mi casa de Barcelona. Y eran más de las diez de la noche. Abrí la puerta en el instante en que él salía del ascensor. El impacto fue brutal. Como si me hubieran asestado un puñetazo en el estómago. O peor. Incluso me subió por la garganta el regusto áspero de la bilis. Jon tenía la cara hecha papilla. El pómulo izquierdo, hinchado. El labio inferior, cortado, con restos de sangre en las comisuras. Una pequeña brecha en la ceja, también con un hilo de sangre seca que le bajaba hasta la sien. Los ojos, rojos, con los vasos rotos. Me lo habían destrozado.

—¿Q-qué te ha sucedido? —le pregunté, sin aliento—. ¿Q-quién te ha hecho esto?

—Fóllame, Blake. Fóllame como si me odiaras.

—Pero ¿qué…?

Estrelló sus labios contra los míos antes de que yo pudiera procesar lo que estaba ocurriendo. El sabor metálico de la sangre invadió mis papilas gustativas. Sus labios estaban muy fríos. Su cuerpo, gélido. Deslizó las manos por debajo de mi camiseta: el hielo de sus dedos me atravesó la piel y el abdomen se me contrajo de golpe.

—Jon —lo llamé, sobre sus labios. Intenté que me soltara y alejé mi boca de la suya, pero él aprovechó el movimiento para sacarme la camiseta por la cabeza—. ¿Qué haces?

—¿Dónde está tu dormitorio? —me preguntó, descalzándose las deportivas.

No respondí, pero él lo encontró igualmente. Nos desplazó a ambos por mi apartamento sin dejar de comerme la boca, desesperado. Caímos en la cama, yo encima de él. Sentía el corazón en la garganta, latiendo más fuerte que nunca. Jon alzó las caderas y se desprendió de sus pantalones de chándal y de la ropa interior. Los lanzó al suelo. Tenía magulladuras en ambos costados. Y en el muslo. Y la mirada perdida, como si no me viera a mí, sino algo que había dejado atrás en las escaleras.

—Dime quién ha sido —insistí—. Dime quién te ha hecho esto. Por favor.

—Luego, Blake.

Siguió besándome, mordiéndome y chupándome, sin tregua, robándome el aliento, tocándome por todas partes; de pronto estábamos desnudos, meciéndonos, retorciéndonos, rozando nuestras pollas, duras. No sé ni cómo me empalmé, la verdad. Supongo que mi cuerpo respondía al suyo. Siempre. Pero solo era cuestión de tiempo que mi cerebro tomara el control y… a la mierda. Mi pulso corría frenético y aterrorizado. Él me pedía sin descanso que lo follara. Yo lo besaba. Enroscó los brazos alrededor de mi cuello y las piernas en torno a mi cintura, instándome a que lo penetrara.

—Déjame que te prepare antes —le pedí.

—No. —Colocó mi polla en su entrada—. Hazlo ya. Vamos, Blake.

Lo penetré, despacio, muy consciente de cada milímetro de mi polla que se abría paso dentro de su cuerpo. No quería hacerle daño. Jon gimió contra mi cuello. Yo escondí el rostro en el suyo. No jadeé. Apenas respiré. Solo lo cubrí de besos, allá donde su pulso latía más fuerte.

—Muévete —me pidió, entre jadeos, cuando estuve dentro del todo.

—¿Estás bien? —pregunté, y la odiosa máscara tras la que se ocultaba esa noche cayó por un segundo. No puedo describir los sentimientos que pasaron por mi pecho en ese instante. Eran demasiados.

—Sí. Sigue.

Comencé a moverme. A entrar y a salir de él, como tantas veces había hecho a lo largo de los años. Mi cuerpo se sabía el procedimiento de memoria.

—No me hagas el amor, Blake —gruñó—. ¿Qué parte de «fóllame como si me odiaras» es la que no has entendido? Hazme daño. Necesito que me hagas daño.

—No puedo.

—Por favor. Te lo estoy suplicando —sollozó.

Y ese fue mi límite. El momento en el que mi cerebro tomó el control. Perdí la erección y mi polla salió sola de su cuerpo. Nos miramos, ambos sin aliento, y fui más consciente que nunca de lo destrozado que estaba Jon. De la argamasa de piezas que era en ese momento, tan frágiles que a punto estaban de romperse del todo.

—No me pidas que vuelva a hacer algo así —le dije, enfadado.

Bajé de la cama y me abrí camino a trompicones hacia mi armario. Cogí unos calcetines, unos pantalones de chándal, una camiseta y me vestí de cualquier manera, de camino al salón. Me calcé con lo primero que vi —más tarde descubrí que eran las deportivas de Jon—, cogí el móvil, abrí la puerta del apartamento y cerré de un portazo. Bajé las escaleras y salí del portal. Eché a correr por las calles de Barcelona, sin rumbo y sin dejar de llorar. Y ni siquiera sabía el motivo. O quizá sí. Porque la verdad, la puta verdad de toda esta historia, era que me había enamorado de Jon desde que mis ojos se posaron en los suyos por primera vez, cuando irrumpió en el bar aquella Nochevieja, enfundado en un chándal negro pasado de moda, con un ojo amoratado y una ceja partida. Esa es la verdad. La misma a la que llevo años dándole la espalda, a propósito. Recuerdo pegarle un buen repaso, de arriba abajo, y forzarme a pensar que tampoco era para tanto, que no era *tan* guapo, hasta que justo un foco de luz alumbró su rostro y… «Oh,

joder. Los ojos». Podrían haberme guiado hasta el fin del mundo. Obtuve ahí mismo respuesta a la pregunta que llevo años haciéndome. ¿Que cuando me acostumbraré a los ojos de Jon? Nunca.

Por eso, cuando Núria puso la opción del trío sobre la mesa, me mostré reacio. Porque cuando conoces a alguien como Jon, que te remueve todo por dentro, no supone tanto una atracción como una revelación. Algo que no pasa por la cabeza, sino por el cuerpo. Un temblor. La certeza súbita de estar vivo. Es sentir que el aire cambia de densidad, que la habitación se vuelve más pequeña y que cada palabra que pronuncias suena ridícula, pues ya nada importa salvo su presencia. Y el miedo, entonces, emana de ti. De la sospecha de que acabas de abrir una puerta que no podrás volver a cerrar. De intuir que esa conexión, esa chispa, puede arrasar con todo lo que eras antes. Es miedo al vértigo. A la posibilidad de que lo que has sentido, tan rápido y tan hondo, sea real. Porque si lo es, todo lo demás cambia de escala. Y no hay nada que resulte más aterrador. Ni más bonito. Yo estaba asustado. Tenía veinte años. Necesité llenarme el estómago de alcohol para calmar los nervios. Cuando Jon me robó el reloj, me cabreé un montón, pero no tanto como debería. O por los motivos por los que debería. A partir de ahí, intenté resistirme, Dios sabe que intenté resistirme, a pesar de presentir que algo grande estaba a punto de sucederme. Lo ignoré. Pero ¿cómo opones resistencia a tu alma gemela? ¿Al amor de tu vida?

Jamás había creído en el amor a primera vista, joder, ni siquiera me lo planteaba como algo que existiera fuera de las películas, pero aquel día miles de mariposas revolotearon dentro de mí. Una atracción brutal, sin ninguna duda. Y *algo* más.

Con el paso de las semanas, los meses y los años, lo deseaba más, lo quería más. Y más. Y más. Llegué a amarlo tanto que me cagué de miedo. Porque la única persona a la que yo había querido con esa intensidad era mi madre. Y el miedo a perder a Jon, como la perdí a ella, me obligó a protegerme. A levantar el muro una y otra vez. Él lo hacía. Yo lo hacía. Como si sirviera de algo.

Pero ya no podía más, así que corrí por las calles de Barcelona hasta que me quedé sin aire y tuve que detenerme. Tomé asiento en el primer banco que me salió al paso y me abracé las rodillas. El pecho me quemaba. Me balanceé adelante y atrás durante no sé cuánto tiempo, pero no remitía.

—También he preguntado por ahí. No imaginas lo que los vecinos llegan a ventilar por un puñado de billetes. ¿Quieres saberlo?

—¿Lo que los vecinos llegan a ventilar por un puñado de billetes?

—Lo de las mierdas jodidas, incluida la que lo lleva a darse de hostias por dinero prácticamente cada sábado.

Cuando me calmé, llamé a Julián. Respondió al sexto tono.

—¿Blake? —me llamó, adormilado. Era casi medianoche—. ¿Estás bien?

—Necesito saberlo.

—¿El qué?

—Todo.

—¿Jon? —intuyó.

—Sí.

—¿Por qué ahora?

—Porque te lo estoy pidiendo ahora —sollocé.

—¿Dónde está Jon?

—En mi casa.

—¿En qué casa?

—En la de Barcelona.

—¿Está bien?

—No.

—¿Qué ha pasado?

—¡Ha pasado que quiero que me lo cuentes ahora! —grité, fuera de mí—. Ha pasado que ya no puedo esperar más a que me lo cuente él. Por favor —supliqué—. Necesito saberlo.

Julián suspiró.

—Está bien, Blake. Siéntate —me dijo—. Y coge aire. Vas a necesitarlo.

Comenzó a hablar, torpe, como si buscara las palabras. Al principio yo no entendía nada. ¿Jon tenía un abuelo? Nunca lo había nombrado en los seis años que llevábamos juntos. Jamás. Fruncí el ceño y pegué el móvil a mi oreja, como si acercándolo pudiera darle sentido a lo que escuchaba. La voz de Julián cambió. Más grave. Más triste. Entonces dijo una frase, una sola frase, y a mí el oxígeno se me quedó atascado en la garganta. Luego vinieron los detalles, los golpes y los insultos, y el cuerpo se me congeló. Se me revolvió el estómago. El impulso de levantarme y salir corriendo cobró vida. Y se hizo más fuerte con cada palabra. Con cada imagen que se proyectaba en mi cabeza. Sentí un calor insoportable, sofocante, una mezcla de rabia e impotencia hacia el mundo y hacia mí mismo. Y asco. Sentí mucho asco. Dolor. No sabía si gritar o si romper algo. El teléfono me temblaba entre los dedos.

Julián terminó y ninguno dijimos nada durante varios segundos. Solo se oía mi respiración agitada. Me pasé la mano por el rostro y me sequé las lágrimas.

—¿Dónde vive? —pregunté, con la voz rota—. Necesito una dirección.

—No. No, Blake. Ni de coña. Escúchame…

—No —lo interrumpí—, escúchame tú, y escúchame bien, porque solo te lo voy a pedir una vez. Si en los últimos años has llegado a sentir por mí una ínfima parte de lo que yo siento por ti, dame la dirección. Si no lo haces, asumiré que solo soy para ti el Blake Donnelly que te llamó por teléfono hace siete años para que fueras a salvar al amor de su vida.

—Blake…

—Calle, número, piso y puerta.

—Está bien. —Recitó la dirección de memoria—. Pero no cometas ninguna tontería, por favor.

—Tranquilo, solo voy a matarlo.

—¿Qué? ¡Blake, espera!

No esperé. Colgué, con el corazón latiéndome tan fuerte que en cualquier momento me rompería el pecho.

JONATHAN

No sabía por qué seguía en casa de Blake, tumbado bocarriba en su cama, desnudo. Ni por qué no había sido capaz de moverme. Tal vez porque olía tan bien, tan jodidamente bien, a naranja y a jazmín, que me era imposible alejarme. Quizá porque, una vez consumida la adrenalina, si hacía el más mínimo gesto, si me movía un milímetro o si me atrevía a inhalar, o a toser, el dolor me atravesaría como un millar de agujas bajo mi piel. O puede que fuera una mezcla de todo.

Nuestro primer encuentro acudió a mi mente. Cuando mis ojos, por azares de la trayectoria, se cruzaron con los suyos. Creo que fue amor a primera vista, si acaso existe el amor a primera vista. Desde luego, no es como en las películas. No es una flecha, ni hay un coro celestial ni un violín sonando de fondo. Es algo mucho más primitivo, físico e incontrolable. Es mirar a alguien por primera vez y que el cuerpo, por alguna razón que la mente no entiende, reaccione antes que tú. Que algo se encienda sin permiso. Que todo el ruido del mundo se calle durante un segundo. No sabes quién es esa persona, ni cómo habla, ni qué piensa. Solo sabes que hay algo ahí. Algo que te reconoce. Después vienen las preguntas, inevitables. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede el cuerpo saber algo que la razón aún no ha procesado? ¿Cómo puede un desconocido hacerte sentir que llevas toda la vida esperándolo sin saberlo? Quizá todavía no sea amor —porque el amor necesita tiempo, heridas y memoria—, pero sí es la semilla exacta de lo que podría llegar a ser. Es el instante en el que el destino, o la química, o lo que sea que maneje esos hilos invisibles, te señala con el dedo y te dice: «Es por ahí». Y tú no puedes explicarlo, no puedes defenderte. Solo lo sientes. Como una corriente eléctrica, como un tirón en el pecho, como un vértigo que te da miedo aceptar. Porque sospechas que si das un solo paso, ya no habrá vuelta atrás.

Sí, Blake era todo eso; sin embargo… Yo no debería haber acudido esa noche a su casa, después de la paliza que me dio mi abuelo. «Tú matas, hijo. Destruyes todo lo que tocas». Blake era

una estrella que brillaba demasiado como para que yo la apagara. Pero no sabía a dónde ir, y él era mi refugio. Cuando estaba a la deriva y necesitaba algo a lo que aferrarme, yo me aferraba a él.

Mi teléfono comenzó a sonar, en algún momento, en algún lugar. Cerré los ojos y lo ignoré. Me concentré en el sonido de mi respiración. Pero el teléfono sonó de nuevo. Me arrastré fuera de la cama como pude, porque mi costado protestó en forma de latigazo agudo, y lo busqué entre la ropa desperdigada por el suelo. Era Julián. ¿Por qué me llamaba a esas horas?

—¿Sí?

—Me lo ha preguntado —dijo, al borde de la histeria—. Blake. Todo. Lo sabe todo. Incluso la dirección. Ha ido a matarlo, Jon. Voy de camino hacia allí, pero estoy a una puta hora de distancia.

Abrí mucho los ojos. El estómago se me desplomó. Sentí un frío instantáneo, como si me hubieran vaciado por dentro. Dejé que el teléfono cayera al suelo y me puse en pie. Me vestí y salí escopetado de la habitación. En la entrada cogí las llaves del deportivo de Blake y me dirigí al garaje.

Pisé el acelerador a fondo y fui en su busca, a toda velocidad, con el corazón en la garganta, sin apenas ver la carretera. Me ardían los ojos, pero era incapaz de parpadear. Rogué por llegar a tiempo.

BLAKE

La suerte se puso de mi lado esa noche.

Lo bueno de los barrios dejados de la mano de Dios es que las cerraduras de muchos de los portales están hechas una mierda. La del abuelo de Jon no fue una excepción, así que pude entrar sin problema. Subí los escalones de dos en dos hasta el cuarto piso y aporreé la puerta de la izquierda. La aporreé hasta que me sangraron los nudillos. Hasta casi tirarla abajo.

—Pero ¿qué coño…?

Lo agarré del cuello y lo arrastré por la casa. Chocamos con una mesilla y la lámpara cayó al suelo. Hasta que su espalda se topó con una pared. Apreté, asfixiándolo, fuera de control. Ni siquiera recordaba en qué momento lo había perdido. El control, me refiero. Lo más probable es que mucho antes de llegar allí. Le sostuve la mirada sin pestañear, mientras lo ahogaba, mientras su rostro cambiaba de color y los ojos se le abrían de más. Intentó hablar, se aferró a mis manos e intentó alejarlas de su cuello, pero yo… yo ya he dicho que estaba fuera de control. Durante un instante, el mundo se detuvo. Y con el pecho ardiendo y las manos rígidas, me di cuenta de que me encontraba a un solo paso de cruzar una línea para la que no habría regreso. Apreté con más fuerza. Sin embargo, no era suficiente. Porque la fuerza no sirve de nada cuando la persona a la que quieres se está desangrando por dentro.

Escuché la voz de Jon en sueños. Me suplicaba que me detuviera. Sus manos incluso me tocaban. Tiraban de las mías para que soltaran el cuello de su abuelo. Me resistí todo lo que pude, con uñas y dientes, porque esa era la única manera de mantenerlo a él a salvo, hasta que me di cuenta de que no era un sueño. Jon estaba allí, en carne y hueso. Me suplicaba que me detuviera y sus manos tiraban de las mías para que liberaran a su abuelo.

—Por favor. —No dejaba de llorar—. Por favor. Blake.

Lo solté. Cayó al suelo, donde se sujetó la garganta con las manos y comenzó a toser. Inspiró con fuerza, llenándose los

pulmones, y me miró con odio. Yo todavía sentía su calor en las manos.

—¿Es tu nuevo novio? —preguntó a Jon, sin apenas resuello—. ¿Cuándo has dejado al moreno?

—Si vuelves a tocarlo —le dije, mis ojos clavados en los suyos—, si vuelves siquiera a girar la cabeza en su dirección o a respirar el mismo aire que él, acabo contigo. —Me agaché y lo cogí de nuevo por el cuello—. Dime que lo has entendido. ¡Dímelo!

—Te he entendido —balbuceó.

—Bien. —Me incorporé y agarré a Jon del brazo—. Vámonos.

—No lo he hecho por ti —le dijo Jon a su abuelo, antes de que nos marchásemos—. Lo he hecho por él.

Salimos de allí sin mirar atrás y llegamos a mi coche, aparcado de malas maneras, cruzado sobre la acera frente al portal. Le pedí las llaves a Jon y me acomodé tras el volante. Él se recostó en el asiento del copiloto y cerró los ojos. Lo vi tragar saliva.

Conduje en silencio durante todo el trayecto de vuelta a mi casa, mirándolo de reojo cada vez que la carretera me lo permitía. Cuando entré en el garaje, las luces se encendieron una a una, bañando el hormigón en un resplandor amarillo. Aparqué en mi plaza y apagué el motor. Llamé a Julián.

—¡Estoy a diez minutos, Blake! Dime que no lo has matado —me pidió, sin esperar a que yo hablara.

—No lo he matado —susurré.

—Gracias a Dios. ¿Estáis bien?

—Sí, tranquilo. Puedes darte la vuelta. Siento haberte asustado.

—Blake…, estoy aquí cerca.

—Ahora… ahora no es el momento.

—Vale. Mañana hablamos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Cuida de él.

—Siempre.

—Y la próxima vez que vayas a matar a alguien, avísame y lo hacemos juntos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Hablo en serio, Blake.

—Lo sé.

Colgué y miré a Jon. Sabía que estaba despierto.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—No.

Salí del coche, rodeé el capó y abrí su puerta. Él no se movió. Caí de rodillas y lo abracé, hundiendo la cara en su vientre, estrechándolo contra mí.

—No puedo más, Boo. No puedo más —sollozó.

Y rompió a llorar. El llanto le sacudió el cuerpo; lo sentí temblar entre mis brazos. Lo abracé más fuerte, como si así pudiera contenerlo, como si así pudiera reparar lo que no se repara, y lloré también. Él enredó los dedos en mi pelo y comenzó a acariciarme, despacio. Él a mí, joder. No sé durante cuánto tiempo permanecimos así. El necesario, supongo.

Después subimos a casa. No encendimos las luces. No llegamos al dormitorio. Nos quedamos en el sofá. Yo me tumbé y él se colocó encima de mí. Su cuerpo, estirado sobre el mío, pecho contra pecho; el suyo todavía temblaba. Encendí el televisor y puse *Pedro y el dragón Elliot*. Tarareé la canción del principio. Me la sabía de memoria. Entonces fui yo el que metió los dedos en su pelo y lo acarició, mientras su respiración se calmaba, hasta que se quedó profundamente dormido.



Jon despertó un par de horas más tarde. Apenas se movió, pero el peso de su cuerpo sobre el mío cambió y poco después, apoyó la barbilla en mi pecho. La medalla de oro que siempre llevaba colgada al cuello cayó también sobre mí.

—Hola, Boo. —Le aparté el flequillo de la cara, con delicadeza—. Dime en qué estás pensando. Háblame.

—Era de mi madre. La medalla. No me atrevo a quitármela. Me la puso mi abuelo cuando ella murió. Fui yo quien la encontró muerta

en la bañera. Eran las 17:07.

Las 17:07. Era la hora que Jon tenía tatuada en el brazo. Tensé la mandíbula.

—Yo sí me atrevo a quitártela.

—No quiero apagar más estrellas —dijo, con esa mezcla de culpa y ternura que yo no he conocido en nadie más, y no supe si hablaba para mí o para sí mismo, pero me partió el alma.

—Tú no apagas estrellas. Tú las enciendes, incluso aunque no sea tu intención.

—Mis padres murieron muy jóvenes —continuó, absorto en sus pensamientos—. ¿Sabes lo que tenían en común?

—¿Qué? —susurré.

—Yo.

Dios. Algo dentro de mí se desmoronaba. Y tuve que apretar los dientes para retener las lágrimas.

—Boo, eso fue casualidad.

Se separó de mí, como si quemara, y se incorporó. Un gesto de dolor le atravesó la cara antes de que pudiera ocultarlo. Se dirigió a la salida. No eran ni las cinco de la madrugada.

—No tienes que irte. Lo sabes, ¿verdad? —Me puse en pie y fui tras él.

—No. No lo sé.

—Boo…, por favor. —Me apoyé en la puerta y le cerré el paso—. No te vayas —le supliqué.

—Se suponía que no tenías que mirarme como me estás mirando —me dijo, con rabia—. Se suponía que no tenías que mirarme como yo te miro a ti.

—¿Y cómo te miro? —le pregunté, aunque ya lo sabía. Lo sabía perfectamente.

—¡Como si me quisieras! —explotó. Y al gritarlo, los ojos se le anegaron de lágrimas.

—¡Será porque lo hago!

Mi corazón dio un golpe, seco. No respiré. Jon tampoco. Después, él retrocedió un paso, horrorizado.

—¡No puedes quererme!

—¿Seis años juntos y sigues sin creer que yo pueda estar enamorado de ti? Estar contigo no es follar contigo. Estar contigo es querer compartir mi vida contigo. Mi puta vida entera. Y mucho más. El amor viene sin avisar, Jon. Y un día, de pronto, te das cuenta de que cada vez que estás con él entras en tu casa como si vinieras de flotar en las putas nubes.

—Estoy roto en un millón de pedazos y destrozo todo lo que toco. Casi matas a una persona por mi culpa, Blake. Joder —su voz se fracturó justo ahí; le resbaló una lágrima por la mejilla, y se llevó las manos a la cabeza—, casi lo matas. Casi mandas tu vida a la mierda. ¡Tú, que eres la estrella más potente del puto universo!

—No habría sido por tu culpa —respondí, y me acerqué lo bastante como para enmarcarle la cara con las manos. Tenía las mejillas húmedas. Creo que las mías también lo estaban. Apoyé la frente en la suya—. No habría sido tu culpa, Boo —repetí—, sino suya. Él te ha metido en la cabeza ideas que no son ciertas. Créeme, por favor. Créeme a mí. No son ciertas. Tú no eres lo que él dice. Tú eres lo más bonito de este maldito mundo. Eres todo lo que está bien. Y mandaría mi vida a la mierda una y otra vez, y mil veces más, por protegerte. Y valdría la pena cada una de esas veces. Porque así es como funciona el amor.

—No sabes lo que dices. ¡Tú no has inventado el amor, Blake! —Me alejó y me apuntó con el dedo—. Tú no lo has inventado. No sabes cómo funciona.

—Sé que eres el amor de mi vida. Sé que eres *mi primer amor*. Mi primer y único amor. Y sé que me muero por ti. Por estar contigo. Por quererte. Y por que tú me quieras. Quiéreme, por favor.

—No puedo —negó, y una lágrima cayó directa al suelo—. Es mejor que estemos separados.

—No. ¡No!

—Lo siento, no puedo. Tengo miedo de convertirme en eso que él no para de decir que soy. Y si me quedo, te arrastro conmigo. Deja que me vaya, por favor. Necesito… pensar.

Y yo lo hice. Me aparté y lo dejé ir. Porque si lo agarraba, si insistía, solo empeoraría todo. Y aunque doliera, aunque cada célula me gritara que lo retuviese, sabía que a veces el amor más grande

es el que se aparta y espera. Jon necesitaba decidir por sí mismo. Y yo… yo tenía que confiar en que volvería, aunque dejarlo marchar supusiera arrancarme un pedazo del pecho. Nos miramos a los ojos un instante. Después Jon abrió la puerta y se marchó.

JONATHAN

Cuando llegué a mi casa al alba, destrozado y con los ojos aún ardiéndome y la garganta hecha trizas, Elliot me estaba esperando, sentado en las escaleras que llevaban al segundo piso, en penumbra y con la espalda encorvada.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó, y se levantó de golpe.

—¿Qué haces ahí? —pregunté yo al mismo tiempo.

—Esperarte. Blake ha llamado a Juls y…

Y no terminó la frase. Me vio los ojos inyectados en sangre. Y los golpes. Bajó los tres peldaños que nos separaban, casi de un salto, y me envolvió entre sus brazos. Rompí a llorar de nuevo, sobre su hombro. Sin resistencia.

—Ya está. Ya está… —murmuró, acariciándome la nuca con los dedos—. No digas nada. No hace falta. No quiero que me cuentes nada. Solo quiero que sepas que estoy aquí, que te quiero y que todo va a salir bien.

Me guio hacia mi dormitorio sin soltarme y bajó las persianas. Nos metimos juntos en la cama. Su respiración contra mi frente, constante, fue aplacando las sacudidas de mi pecho. Me quedé dormido poco después.

BLAKE

Tardé media hora en darme cuenta de que podía darle el espacio que necesitaba, sí, pero no por eso tenía que dejarlo solo. Jamás. Así que fui a buscarlo a su casa.

Elliot estaba sentado en el bordillo de la calle, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza baja. Se puso en pie en cuanto me vio aparecer. Salí del coche y lo empujé con fuerza. Quizá demasiada.

—¿Por qué no hiciste nada para impedirlo? —grité, desgarrándome la voz—. ¡¿Por qué coño no hiciste nada para impedirlo?! ¡Tú lo sabías! ¡Sabías lo del mierda de su abuelo y has mirado hacia otro lado! ¿Y tú te consideras su amigo? —Él no dijo nada. Ni un intento de excusa. Ni un «lo siento». Nada. Solo tragó saliva mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Y eso solo me encendió más la sangre—. Eres una puta decepción, Elliot. Una y otra vez. Y ahora, o te apartas o te aparto.

—Álvaro perdió la llave de la maceta hace un par de semanas —me dijo, frío—. No habrías podido entrar sin llamar al timbre. Jonny se ha quedado dormido. Y tú puedes irte a la mierda.

Entonces se apartó, y yo entré en casa. Subí las escaleras hasta la habitación de Jon. Estaba profundamente dormido. No quise despertarlo, pero lo necesitaba como el respirar, así que me tumbé a su lado, sin tocarlo, y velé su sueño. Tenía la cara destrozada, su preciosa cara destrozada, y me pregunté por qué yo no había acabado con el abuelo. Le conté las pestañas y memoricé su respiración.

Unas horas después, Benji y Álvaro asomaron la cabeza y luego entraron. Se quedaron quietos, observándonos. Cruzamos una mirada. Había preguntas, reproches, alivio…, un poco de todo. Pero nadie abrió la boca. Sin embargo, entendí que Jon no estaba solo. Me incorporé despacio, sin hacer ruido, eché una última mirada a su perfil dormido y me marché antes de que se despertara.

JONATHAN

Cuando desperté, noté a alguien tumbado junto a mí. Abrí los ojos. La habitación seguía en penumbra, pero reconocí a Álvaro. Me miraba en silencio.

—¿Qué hora es? —pregunté, adormilado. Me dolía todo el cuerpo.

Álvaro me pasó una mano cálida por el cabello, apartándomelo de la frente.

—Olvídate de la hora.

—Tengo entrenamiento.

Traté de incorporarme, pero un latigazo en las costillas me obligó a fruncir el ceño.

—No, no tienes —intervino otra voz, desde un rincón.

Parpadeé hasta distinguir la silueta. Elliot estaba sentado en el suelo, apoyado en la pared junto a la puerta, las rodillas dobladas, los codos sobre ellas. Parecía no haber dormido en toda la noche. Al girarme, también vi a Benji sentado en mi silla, con los brazos cruzados y una expresión que mezclaba preocupación y furia contenida.

—Vosotros tenéis entrenamiento —les dije.

—No, no tenemos —respondió Benji, sin mover un músculo.

Álvaro me sujetó del antebrazo cuando intenté moverme.

—Dame un motivo para no ir a la policía y denunciar a tu abuelo de una santa vez —me dijo.

—Blake se ha ocupado de ello.

—¿Cómo? —preguntó Benji.

—Ayer casi lo mata. Luego me dijo que me quería.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que no podía quererme.

Los tres bufaron. Habría sido gracioso si yo no hubiera tenido ganas de morirme.

—¿Por qué no aceptas de una vez que Blake es el amor de tu vida y que lo quieres con locura? —me preguntó Benji.

«Tú matas, hijo. Destruyes todo lo que tocas».

—Porque no puedo. Porque él no es para mí. ¿Lo habéis visto? Y ¿me habéis visto a mí? No podríamos estar más lejos el uno del otro.

No sé cuándo me había jurado que Blake no podía enamorarse de mí. Solo sé que lo hice. Él merecía a alguien entero.

Álvaro se apoyó sobre un codo y me obligó a mirarlo.

—Yo lo único que veo es la forma en la que él te mira, te trata y te toca. Y en cómo tú lo miras, lo tratas y lo tocas.

Suspiré.

—Jamás funcionaría.

Benji negó.

—Ya está funcionando, Jonny. Lleva años funcionando. —Se levantó de la silla y señaló la habitación—. Abre los ojos. Mira a tu alrededor. Tú ya no vives aquí. Está todo vacío. Apenas tienes cuatro cosas para sobrevivir y la mayoría de las veces nos quitas las nuestras.

—La casa de Blake está llena de ti —añadió Álvaro—. Ya te lo dije. Estás por todas partes.

—Todo empezó porque un día necesité lavarme los dientes, así que dejé un cepillo allí —murmuré—. Luego necesité un pantalón y una camiseta para acudir al entrenamiento. Luego ropa interior y…

—Y ahora todas tus cosas están allí —concluyó Álvaro.



Esa tarde fui al despacho de Fernando. Llevaba tiempo acudiendo a él por voluntad propia. Se lo conté todo.

BLAKE

Tres días después, Jon falló su primer gol. A pesar de ello, los Jaguars se clasificaron para los play-off por primera vez desde que jugaban en la LEH.

Unas horas más tarde el padre de Elliot falleció a causa de un infarto.

59

BLAKE

Se habla mucho de a qué huele un hospital. A desinfectante. A látex. A lejía. Ya, bueno. Ninguna de las anteriores es correcta. Los hospitales, en realidad, huelen a angustia. A tristeza. A «yo no quiero estar aquí». Huelen a gente que contiene la respiración en los pasillos, porque si la sueltan se rompen. A manos apretadas. Huelen a lo que se pierde y a lo que se intenta salvar. Yo lo sé. Porque ese olor se me quedó pegado en la piel a los doce años, cuando falleció mi madre. Y ahora cada vez que cruzo unas puertas automáticas y ese olor me golpea, todo vuelve. El miedo. La rabia. La sensación de estar derrumbándote por dentro. Y aun así, te quedas. Por los tuyos. Aunque todo te grite que corras, tú te quedas. Estar ahí no trata de ti. Trata de ellos. De los que no tienen a nadie más.

Elliot y Benji estaban destrozados. Elliot apenas había abierto la boca. Solo lloraba. Lo que le dije no era cierto. Él no era una decepción. Solo fue mi saco de boxeo esa madrugada de abril. Necesitaba descargarme con alguien y él fue ese alguien. Sin embargo, no fue justo, y me arrepentiré durante el resto de mi vida.

Me senté a su lado mientras esperábamos a que nos entregaran el certificado médico de defunción. Mi familia al completo se encontraba allí. Y Jon, sentado justo enfrente de mí. No dejábamos de mirarnos. Yo me moría por acercarme a él. Preguntarle cómo

estaba. Abrazarlo. Entonces me sonó el teléfono. Era Brandon. Dios, Brandon. Estaba en Nueva York, visitando a Gari, y no sabía nada. Tenía que decírselo.

—Bran —respondí, casi en un susurro, para no molestar a Elliot —, escucha, ha pasado algo. Viktor…

—Blake… —sollozó mi hermano, y rompió en llanto—, no sé qué hacer.

—¿Bran? ¿Qué te pasa?

Me puse en pie, como si así fuera a escucharlo mejor. Había mucho ruido de fondo, al otro lado de la línea. Voces. Un claxon que parecía impaciente. El chirrido de un autobús al frenar. Jon levantó la cabeza y me miró de nuevo.

—He discutido con Gari —me explicó mi hermano, de manera atropellada—. Apenas he hablado con él en la fiesta tras el partido. Estaba ocupado con los suyos; han ganado y necesitaba atenderlos a todos; lo entiendo y no quería molestar. Sé lo que es ganar un partido importante. Mis hermanos juegan al puto hockey desde que tengo uso de razón. Así que he deambulado por ahí y entonces me dice que para qué he ido si lo he ignorado. Y apenas he bebido, pero no tenía lógica nada de lo que me estaba diciendo, porque…

—Bran —lo interrumpí—, habla más despacio; no te entiendo.

—Gari y yo hemos roto.

—¿Qué?

—Hemos roto, Blake. Y ahora no sé qué hacer…

—Tranquilo. Tranquilo, Brandon. ¿Dónde estás?

—Fuera. En la calle. Me he ido corriendo.

—Ve a casa.

—¡No puedo ir a su casa!

—¿Por qué?

—¡Porque hemos roto, Blake! Estoy en la calle, en una ciudad que no conozco, a miles de kilómetros de mi casa, con el corazón en pedazos, y no tengo a dónde ir. No tengo dinero. Ni pasaporte. No tengo nada. Ni siquiera sé dónde he dejado el abrigo. ¿Qué hago, Blake?

—Bran… No puedo ir a buscarte ahora. —Jon se levantó y se situó frente a mí. Yo miré a Elliot: tenía los ojos, rojos, clavados en

algún punto del suelo, la mirada perdida. Benji entrelazaba las manos, como si así pudiera sujetarse el alma para que no se le escapara—. Joder —mascullé.

—¿Qué pasa? —me preguntó Julián.

—Es Brandon. Estaba en una fiesta y creo que se ha peleado con Gari. Joder, no lo sé. Está en la calle, solo, y no sabe a dónde ir. No quiere volver a la fiesta y tampoco a casa de Gari.

—Ve a buscarlo.

—Juls…, está en Nueva York.

—Ve a buscarlo.

—No puedo irme ahora. —Miré a Elliot, que seguía ido. Y a Benji, destrozado. No. No podía irme—. Ni de coña. No quiero dejar a Elliot. Ni a Ben.

—No estarán solos. Escúchame: voy a llamar a la compañía de aviación privada que utilizamos los Jaguars para los partidos. Ve a Nueva York y tráelo. Serán solo unas horas. Si te vas ya, mañana por la tarde estaréis de vuelta. Llegaréis a tiempo para el… —Julián enmudeció.

«El funeral. Llegaréis a tiempo para el funeral».

—No lo sé, Juls.

—Ve. Confía en mí.

La mano de Jon subió hasta mi antebrazo. Creo que no pudo evitarlo. Casi me arranca una sonrisa. Habría sido triste, pero una sonrisa, al fin y al cabo.

—Brandon —le dije a mi hermano, nada convencido—. Voy a coger un vuelo chárter. Ve al aeropuerto, a… —Miré a Julián.

—Teterboro. En Nueva Jersey.

—Ve al aeropuerto de Teterboro, en Nueva Jersey, y espérame ahí. Llegaré en unas nueve o diez horas, depende de lo que tardemos en salir. Te llamo desde el avión y te doy las indicaciones. Tranquilo, Bran. Tranquilo. Ahora voy. Gracias —le dije a Julián tras colgar, y nos fundimos en un abrazo. Miré de nuevo a Elliot y a Ben. Y a Jon, a quien dije «adiós» con los labios—. Cuida de ellos.

Le di un beso a Elliot en el pelo y salí apresurado. Apenas había doblado la esquina cuando *él* me llamó. Jon.

—¡Blake! —Me giré—. ¿Puedo ir contigo? —preguntó.

Sonreí.
—Claro que sí.

JONATHAN

Podía repetirme cien veces, o mil, que lo mejor era mantener las distancias, que Blake merecía a alguien que no arrastrara lo que yo arrastraba, pero en el momento en que lo escuché decir: «Tengo que ir a Nueva York a buscar a Brandon», supe que no iba a dejarlo ir solo. No fue una decisión. Fue un impulso. Un reflejo. Igual que no respirar cuando te sumergen en el agua.

BLAKE

Tras más de dos horas de papeleo con la policía para conseguirle un pasaporte provisional a Brandon, monté en el avión y tomé asiento en la segunda fila, junto a la ventanilla. Jon se sentó justo enfrente. Sonrió.

—¿Por qué sonríes? —le pregunté mientras me abrochaba el cinturón.

—Se me hace raro verte aquí —se abrochó el suyo—, en el avión de los Jaguars.

—No se lo digas a nadie —le pedí, medio en broma, medio en serio.

Sonrió otra vez, más tenuemente.

—Y te has sentado en mi sitio —me dijo.

Lo miré, confuso.

—¿Este es tu sitio? —Él asintió, divertido—. Ya. Pues debe de ser cosa del destino o algo por el estilo.

—Debe de ser. —Se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y me miró directamente. Tenía los ojos muy azules. A ver, Jon siempre tiene los ojos muy azules, pero ese día me traspasaron más de lo habitual. Tal vez por la luz artificial del avión, que le resaltaba el iris, o por las horas que llevaba sin dormir. O porque yo estaba especialmente sensible. O porque lo quería demasiado—. Dime qué te pasa.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A que, obviando la cantidad de mierda que nos rodea, algo más te pasa. Y quiero saber qué es.

Suspiré, hundiéndome un poco en el asiento. El movimiento del tren de aterrizaje preparándose para despegar nos envolvió.

—Fui a buscarte a tu casa. Cuando dejaste la mía, en Barcelona. Necesitaba asegurarme de que habías llegado bien.

»Elliot me estaba esperando en la acera. Las llaves de la maceta no estaban y…

—Álvaro perdió las suyas —me interrumpió—. Y luego perdió las de repuesto.

Nos quedamos mirándonos. En silencio. Como si los dos estuviéramos haciendo un repaso mental a todo lo que había ocurrido esos días. El avión empezó a rodar por la pista, y la luz tembló un poco a causa del movimiento.

—Lo empujé —proseguí— y le… le eché en cara que hubiera mirado hacia otro lado contigo. Le dije un montón de barbaridades. Y ahora no sé cómo pedirle disculpas sin que parezca que lo hago porque acaba de fallecer su padre.

Me miró con afecto.

—Ya te ha perdonado. Elliot no es rencoroso, aunque pueda parecer lo contrario.

Chasqueé la lengua, dudando mientras el avión se detenía un instante antes del despegue.

—¿Tú qué tal estás? —pregunté, casi en un susurro.

Respiró hondo.

—He estado mejor. ¿Tú?

—Yo también.

—¿Y Bran?

—No lo sé.

Suspiré, reclinándome en el reposacabezas. El avión vibró más fuerte bajo nuestros pies. Cerré los ojos.



Cuando llegamos a Teterboro, Brandon nos estaba esperando, sentado en una de las sillas de la sala de espera, con las rodillas encogidas y los brazos alrededor de estas. Yo tenía un montón de mensajes de Gari en el teléfono. Y veinticinco llamadas perdidas.

—Bran —lo llamé.

Levantó la cabeza y, en cuanto me vio, se puso en pie. Corrió hacia mí y me abrazó con fuerza. Lo estreché entre mis brazos.

—Gracias por venir —murmuró.

—Siempre vendré, Bran, pero… ¿estás seguro de que quieres marcharte? Porque todavía estás a tiempo de hablar con Gari e intentar arreglar las cosas. Tengo mil llamadas perdidas suyas.

—Me ha dejado, Blake. Ha sido él quien me ha dejado.

—No me habría llamado mil veces si no quisiera hablar contigo.

—Solo quiero irme a casa.

Suspiré.

—Vale. Pues vámonos a casa.

Le rodeé los hombros con mi brazo y caminamos juntos hacia el *jet*. Jon nos esperaba en la puerta, apoyado en el marco.

—Hola, Ojos Azules —saludó a mi hermano, y esbozó una tímida sonrisa.

—Hola —susurró Brandon.

Tomamos asiento, de nuevo en la segunda fila: Brandon al lado de Jon, y yo, enfrente.

—¿Qué ha sucedido, Bran? —le pregunté a mi hermano—. Porque lo último que supe fue que venías a Nueva York a disfrutar de unos días con tu novio y a asistir a su último partido de la temporada. Y de pronto, me llamas para decirme que lo habéis dejado. Y Gari y tú os queréis muchísimo. No me entra en la cabeza, así, de un día para otro…

—No ha sido de un día para otro —me interrumpió—. Llevamos unos años muy jodidos. La distancia es una mierda y creo que… creo que Gari ha dejado de quererme.

—Bran…, eso es imposible. ¿Tú has dejado de quererlo?

—No, claro que no. Pero desde que he llegado, apenas lo he visto. Y lo entiendo, porque ha estado a tope con el entrenamiento. En la fiesta apenas hemos coincidido. Él estaba a lo suyo y yo no he querido molestarlo. He estado charlando con sus invitados y con sus compañeros de equipo, y para cuando he querido darme cuenta, me estaba reprochando que para qué me había molestado en venir si no iba a hacerle ni caso. Hemos comenzado a discutir y le he dicho, sin pensar, que a lo mejor deberíamos dejarlo.

—Entonces has sido tú el que lo ha dejado —intervine.

—Ha sido un resbalón. Un impulso. O un mecanismo de defensa, no lo sé. Pero él ha respondido que sí, que deberíamos dejarlo. Y eso ha sido todo. Yo he salido corriendo y te he llamado. Después he venido al aeropuerto a esperarte.

—A lo mejor su respuesta también ha sido un resbalón —alegó Jon—. Un impulso. O un mecanismo de defensa. ¿Has intentado aclararlo con él?

—No. He apagado el teléfono.

—Bran…

—Vámonos a casa, por favor.

Jon y yo cruzamos una mirada.

—Ha pasado algo en casa, Bran —le dije.

—¿Qué?

Hay mil maneras de dar una mala noticia, pero ninguna que haga que duela menos. Así que respiré hondo y se lo dije sin más:

—Viktor ha fallecido.

Vi cómo se le encogía el gesto, como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago. Parpadeó. Creo que necesitaba corroborar que había oído bien.

—¡¿Qué?!

—Hace unas horas, de un infarto.

—¿Por qué no me lo habéis dicho antes? —susurró.

—Te lo estoy diciendo ahora.

—Elliot… Oh, Dios, Elliot. ¿Y cómo está Ben?

Sus hombros perdieron tensión y la respiración se le quedó atorada en el pecho. Apoyó la cabeza en el respaldo y las manos en los reposabrazos, como si necesitara una sujeción física para no caerse. Todos hemos discutido con Elliot y Ben mil veces, pero todos los queremos de una forma que a veces ni entendemos.

—Van a necesitarnos, Bran. Mucho. Ahora intenta descansar. ¿Quieres comer algo?

—No.

—OK.

Me puse en pie de todas formas y fui a preguntarle a la auxiliar de vuelo si me podía preparar algo. Aproveché que aún no habíamos despegado para mandarle un mensaje a Julián. Cuando volví a mi

sitio, Brandon se había dormido con la cabeza encima del regazo de Jon, que le acariciaba el pelo. Subí las piernas de mi hermano al asiento contiguo y sustituí las de Jon por un cojín. Jon quedó libre y ambos nos sentamos enfrente de Bran, uno al lado del otro.

Jon apoyó la cabeza en mi hombro y… poco a poco fue resbalando hasta que se quedó adormilado en mi regazo, igual que había hecho Bran en el suyo minutos antes. Jon era tan perfecto. Y tan mío, en ese instante.

Deslicé la yema del dedo por su cara, siguiendo el recorrido de los huesos, cada milímetro que me sabía de memoria. Le acaricié los pómulos, las cejas, la suave curva de los labios. Y cuando el cuerpo me lo pidió —porque a veces el cuerpo decide primero—, me incliné para besarle la mejilla.

—Te quiero —susurré, muy bajito—. Llevo media vida diciéndotelo, aunque no te dabas cuenta.

Porque cada vez que le decía: «Yo también te quiero», lo decía de verdad.

Él abrió los ojos, somnoliento.

—Hola —lo saludé, y le recorrí la línea de la barbilla.

—¿Ya hemos llegado?

—No.

Mi mano bajó hasta su cuello, hasta la cadena de oro de su madre. La sujeté entre los dedos. ¿Cómo algo tan pequeño podía pesar tanto? Era… cruel. Jon se tensó, de un modo casi imperceptible, pero yo lo noté. Y supe lo que tenía que hacer. Quitársela de una vez por todas.

Llevé ambas manos al broche.

—¿Qué haces? —me preguntó Jon.

—Quitarte este maldito peso de encima. Y llevarlo yo.

Me miró con los ojos como platos, asustado. Yo me la puse. Sentí el metal frío contra mi pecho. Joder, pesaba. Sí que pesaba. Pero a mí no me lastraría de la peor manera posible. Ni de coña.

Jon seguía mirándome, frágil, vulnerable y precioso, y lo besé en la boca. Primero, despacio. Luego… Jon me agarró del cuello, empujó su lengua contra la mía y me arrancó un gemido que no pude ni quise disimular. El beso fue desordenado, desesperado,

torpe y magnífico. Tan nuestro que yo podría haber llorado. O quizá estaba llorando. Quizá los dos lo hacíamos.

Comencé a murmurar tonterías, entre beso y beso. Él rio y yo sentí que mis propios labios se estiraban junto con los suyos.

Todo iba a salir bien.

60

BLAKE

Nada salió bien. El funeral fue horrible. Y dos días más tarde, Elliot sufrió una sobredosis. Casi se nos muere. Yo ni siquiera sabía que tenía problemas con las drogas. Desde los catorce años, al parecer.

Catorce.

Catorce.

No podía parar de repetir ese número.

«¿Cómo coño no nos dimos cuenta?».

—Nunca me dijiste nada —le eché en cara a Julián en los pasillos del hospital, mientras Elliot descansaba. Estábamos sentados en el suelo, con las rodillas flexionadas y la espalda apoyada en la pared.

—Porque no era mi secreto —respondió, como un autómata. Su mirada se perdía en un punto indeterminado de la pared.

—O porque era el secreto de tu niño bonito.

Entonces me miró, roto, como yo no lo había visto nunca.

—¿Mi niño bonito? —repitió, y le cayeron dos lágrimas de golpe —. ¡¿Mi niño bonito?! Mi niño bonito me ha mentido durante once años. Se suponía que lo había dejado. ¡Yo lo ayudé a dejarlo! Pero era mentira. ¿Y sabes qué es lo peor? Que esa mentira podía haberle costado la vida. Yo podía haberlo perdido. Y he jurado quererlo y protegerlo hasta el final. Pero ¿cómo voy a hacerlo si me miente a la

puta cara? ¿Cómo voy a hacerlo si no dispongo de toda la información? ¡¿Cómo?!

Lo abracé. Con todas mis fuerzas. Y él se rompió aún más en mis brazos.

—No sé si estoy más enfadado con él por mentirme o conmigo por creerle.

—Shhh… Él está bien, Juls. Elliot está bien.

—¿Durante tanto tiempo? —Sorbió por la nariz, temblando—. Dios, estoy tan enfadado, Blake. Estoy tan enfadado con él que no sé cómo actuar. Acabo de decirle mierdas muy chungas a la cara. Jamás habíamos discutido así. Y Elliot y yo hemos discutido mucho. Pero esta vez le he tirado la piedra al pecho y me he ido, con la firme intención de poner la máxima distancia posible con él. Y aquí estoy: a un metro de su puerta, porque… ¿y si le pasa algo? ¿Y si le pasa algo y yo no estoy? ¿Qué voy a hacer, Blake? Dios, ¿qué voy a hacer?

Yo no sabía de qué piedra hablaba, y tampoco tenía una respuesta coherente, así que lo estreché con más fuerza.

Julián lloró durante horas. Tanto que temí que le explotaran las córneas. Permaneció sentado en el suelo, junto a la puerta de Elliot, durante días. Hasta que Elliot salió, recuperado. No de la adicción, claro. De la sobredosis. Ambos lo vimos salir, desde la máquina de café. Él no nos vio. Lili, que lo acompañaba, sí.

Lo ingresó en una clínica de rehabilitación. Julián y yo los seguimos en mi coche, en silencio. Y aguardamos en el aparcamiento a que Lili saliera. Se derrumbó en cuanto nos vio. La abracé. Y lloré con ella. Porque también era mi madre. Y Elliot, mi hermano. Y Julián, mi mejor amigo. Y todo aquello era una puta mierda.

Ojalá Julián hubiera reclutado a Elliot solo porque estaba perdidamente enamorado de él, como yo pensaba. Ojalá Elliot solo hubiera sido un niño rico malcriado y enfadado con su madre, como yo pensaba. Joder, ojalá. Pero no.

—Se pondrá bien —les dije, y también me lo dije a mí mismo—. Lo superará y estará sano antes de que nos demos cuenta. Vámonos a casa y os preparo un chocolate caliente. A mi madre le encantaba

el chocolate caliente. Siempre decía que era el mejor remedio para cualquier mal.

Di varios pasos hacia el coche, junto con Lili, pero Julián no se movió. Estaba anclado al suelo, observando la puerta del centro como si fuera a abrirse de un momento a otro. O como si la sola fuerza de su mirada pudiera salvar a Elliot.

—No puedo irme —susurró—. No sé cómo irme.

—Aquí no puedes hacer nada.

—Aquí estoy cerca de él. ¿Y si le pasa algo?

—Vas a tener que confiar en los profesionales que trabajan en este lugar y asumir que no puedes ser tú el que esté siempre para él. No puedes acampar aquí, en el puto aparcamiento.

—¿Quieres apostar?

Suspiré.

—Podemos venir todos los días, Juls. Y sentarnos en el capó de mi coche y contemplar el edificio hasta que nos duelan las cervicales.

—¿Sí? —preguntó, esperanzado.

—Sí. Te lo prometo.

—Vale.

Entonces sí nos fuimos. Pero volvimos al día siguiente. Y al siguiente. Y al siguiente. Y los siguientes durante dos semanas consecutivas, hasta que Julián aceptó que Elliot estaba en buenas manos y que no iba a pasarle nada.



Cuatro partidos después, tanto a los Demonios como a los Jaguars nos descalificaron de los play-off. No podría haberme importado menos.

Esperé a Jon a la salida de su estadio, donde acababa de disputar su último partido de la temporada. Para cuando salió, el último, como siempre, el aparcamiento estaba casi vacío, silencioso,

con ese extraño eco que persiste en un pabellón una vez que todo el mundo se ha marchado ya.

—Eh, Ros —lo llamé.

Él alzó la mirada. No habíamos vuelto a besarnos desde el viaje de vuelta en el avión. Pero sí habíamos hablado. Cada día. Cada noche. Y yo aún llevaba la medalla de su madre en el cuello.

—¿Qué? —preguntó.

—Ven aquí un segundo.

Levanté la botella de agua mediada que sostenía, como si quisiera brindar. Pero no quería brindar, claro, y él lo comprendió de inmediato. Me conocía demasiado.

—Ni se te ocurra —me advirtió.

—Tarde.

El chorro le dio de lleno en el pecho. Jon me miró, incrédulo.

—Eres un imbécil.

Sonreí.

—Sí, pero un imbécil hidratado. Igual que tú ahora.

Jon corrió al coche de Elliot, abrió la puerta del copiloto y sacó otra botella. La proyectó hacia mí sin piedad y el agua me salpicó la cara, el cuello y la camiseta.

Y comenzó la guerra.

Corrimos alrededor del coche, riendo. Era como si de repente yo volviera a tener once años y me estuviera enfrentando a muerte con alguien en el patio de recreo. Y mientras él me acosaba a chorros, me percaté de que Jon no había tenido infancia. De que se la habían arrebatado antes de que pudiera olerla siquiera. Y quise fabricarle una, aunque fuera tarde, aunque fuera improvisada, aunque fuera con dos botellas de agua en un aparcamiento casi vacío.

El suelo se llenó de charcos. Yo me escondí tras el maletero. Jon saltó por encima y me caló de pies a cabeza. Me dejé caer al suelo, de espaldas, empapado. Jon se tumbó junto a mí, con el pecho todavía subiendo y bajando. Ninguno de los dos dijo nada. Solo escuchamos nuestras respiraciones entremezclarse. El sol se hundía detrás del recinto, lento. El cielo lucía ese color que no es del todo naranja ni del todo rosa, sino una combinación de ambos, como una herida que empieza a cicatrizar. Giré la cabeza hacia Jon y me quedé

mirándolo. Los dos con la ropa pegada al cuerpo, las pupilas dilatadas y las mejillas encendidas a causa de la risa. A él le cayó una gota desde el flequillo a la clavícula. Y aunque todo lo demás estaba patas arriba —mi hermano Brandon, deprimido por la ruptura; Elliot, ingresado en una clínica de rehabilitación; Julián y Lili, sufriendo más que nunca—, ese instante fue perfecto, de alguna manera. Así que lo besé. En la boca. Porque hay instantes que no se pueden dejar pasar.

—Tu premio por ganarme —le expliqué. Él solo sonrió—. Oye, Boo.

—¿Qué?

—¿Quieres pasar el verano conmigo?

Sonrió de nuevo. Y yo supe que no había dicho «conmigo» como quien dice «en mi casa». Dije «conmigo» como quien dice «en mi vida».

61

JONATHAN

Resultó que los Donnelly no eran irlandeses de pega, sino que tenían una casa en Irlanda, concretamente en Cork, frente al lago. Cuando Blake y yo llegamos, no había ni rastro del sol, y el cielo se había teñido de un azul oscuro a juego con sus ojos.

Entramos en la casa, en penumbra, y seguí a Blake escaleras arriba, con las manos en sus caderas. No podía dejar de tocarlo, nunca podía dejar de tocarlo, y en cuanto accedimos a uno de los dormitorios (supuse que era el suyo, aunque apenas me fijé en nada), capturé su boca con la mía. Porque tampoco podía dejar de besarlo. Nunca podía dejar de besarlo.

Caímos sobre el colchón, yo debajo de Blake, su nariz presionando la mía, las bocas unidas, los ojos cerrados. Me hizo el amor sin prisa, con todo el tiempo del mundo por delante, hasta que nos corrimos. Al terminar, nos acurrucamos en la cama. Blake me acarició el brazo tatuado, arriba y abajo, y una de mis piernas se enroscó con la suya. Giré la cabeza sobre la almohada, lo miré y no pude evitar una sonrisa. Tenía el pelo disparado en todas direcciones, pero no creo que fuera ese el motivo de mi sonrisa. De pronto Blake se movió más rápido de lo que yo esperaba y me encontré atrapado debajo de él, otra vez. Se cernió sobre mí, con el pelo rubio cayendo sobre nuestras frentes y cosquilleándome en la

cara. Lo aparté despacio. Él bajó la cabeza y me besó. Me rozó la nariz con la suya, en ese gesto tan característico, que me desarma. Luego pasó la lengua por mi cuello. Y por último me mordió, lo bastante fuerte como para hacerme gemir. Y allá que fuimos, a por la segunda ronda.

Después charlamos durante horas, hasta que Blake se quedó dormido. Yo permanecí mirándolo; escuchando su respiración, todavía irregular, contra mi cuello; pensando que ojalá el mundo se detuviera en ese instante, porque no quería que acabara nunca.

Entonces sonó mi teléfono. Fruncí el ceño. Eran las cuatro de la mañana.

Brandon:

¿Estás despierto, Ojos Azules?

Jonny:

Sí.

Brandon:

¿Y mi hermano?

Jonny:

No.

Brandon:

Vídeo

Vídeo

Jonny:

¿Qué haces despierto a estas horas?

Brandon:

Supongo que lo mismo que tú.

Pensar.

Jonny:

¿Estás bien?

Brandon:

Sí.

Jonny:

¿Qué son esos vídeos?

Brandon:

Échales un vistazo.

Y… de nada.

Fruncí el ceño de nuevo. Me levanté de la cama y bajé al salón; no quería despertar a Blake. Tomé asiento en el sofá y reproduje el primer vídeo. En él se veía a Blake: tendría unos seis años y cantaba encaramado a una mesa mientras veía una película, enfundado en un pijama verde con el dibujo de un dragón estampado en el pecho. Sus hermanos pequeños (supongo que eran Fallon, Cannon y un Brandon de un año, que apenas se sostenía en pie) lo miraban felices, sin dejar de reír. La película era *Pedro y el dragón Elliot*. Para ese momento, yo ya me la sabía de memoria. Dos de los villanos entonaban una canción sobre encontrar al dragón y despiezarlo para venderlo, *Every little piece*, y Blake cantaba con ellos, gesticulando muchísimo con las manos. Todo lo que hacían los personajes en la película, él lo imitaba. «*Every little piece. Every little piece. We could make a million by slicing him, dicing him*».

Rompí en una carcajada sin poder evitarlo. Dios, era adorable. El niño más adorable que yo había visto en mi vida. Tenía el pelo superrubio, y era un tirillas. Cantaba con la típica vocecilla de crío que aún no pronuncia con fluidez. Aun así, su inglés sonaba perfecto. E hipnótico, como siempre.

En un momento de la canción se vino muy arriba: bajó de la mesa de un salto y echó a correr en torno a ella. «*Every little piece, every little piece! All lead me to the dragon*». Sus hermanos lo

seguían con los ojos, pletóricos. Fallon cantaba: «*Can't you hear that jingle jangle sound*»; Cannon: «*It's money, money, money by the pound*», y Brandon intentaba ponerse de pie.

Observé las manitas de Blake y los pies cubiertos por esos calcetines verdes. Lo observé entero. Tan diminuto y tan lleno de vida. Y me invadió la ternura. Un sentimiento que no había tenido antes. O si lo había tenido, lo había olvidado.

Abrí el segundo vídeo: Blake y su madre estaban en la cama. Su padre los grababa a escondidas. Cantaban juntos otro de los temas de la película: *It's not easy*. Blake imitaba la voz del niño protagonista y ella, la de la mujer. La canción hablaba sobre lo difícil que resulta encontrar a alguien que merezca la pena.

'Cause it's not easy to find someone who cares.

It's not easy to find magic in pairs.

—¿Crees que alguna vez encontraré a alguien como el dragón Elliot? —le preguntaba Blake a su madre, cuando terminaron de cantar.

—Bueno, no tendrá forma de dragón, pero sí encontrarás a alguien así de especial, y no hay nada que yo desee más. Porque tú eres muy especial, Blake.

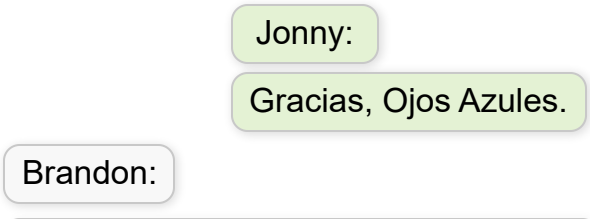
—Cuando lo encuentre, lo querré un montón y no lo dejaré ir jamás —respondió Blake, parafraseando la letra de la canción.

—Y lo atesorarás día a día.

Ahí fue cuando yo rompí a llorar. Blake, en el vídeo, cerró los ojos. Su madre siguió tarareando la canción, «*ooh, oh, ooh*», hasta que él se durmió. Después descubrió a su marido y sonrió a la cámara.

—Será alguien tan especial —aseguró— *que ya estoy deseando conocerlo*.

El vídeo terminó. Sorbí por la nariz y mandé un mensaje a Brandon.



Eh, deja de robarme el mote, cuñado.

Sabía que iban a gustarte.

A mi madre le encantaba esa película.

La veía con mi abuela cuando era pequeña.

Y continuó la tradición con Sofía y Blake.

Ojalá al resto nos hubiera dado tiempo de verla con ella.

Pero se fue demasiado pronto.

Joder, Jon, se fue tan pronto…

Jonny:

Lo siento mucho, Bran.

Brandon:

Lo sé.

Jonny:

¿Por qué has tardado tanto en enviármelos?

Brandon:

Estaba esperando a que estuvieras preparado.

Llevo años esperando a que estés preparado.

Desde tus primeras navidades con nosotros, cuando te tragaste la película tres veces seguidas, sentado en las escaleras, mientras mi hermano la veía tumbado en el sofá.

Todos te vimos, Jon.

Y supimos que Blake había encontrado a esa persona especial.

Blake ve el segundo vídeo cada año, en el aniversario de la muerte de mamá.

El 26 de marzo.

De ahí el número de su camiseta.

Seguro que eso no lo sabías.

No lo sabía, no.

Brandon:

Tenían una relación muy especial.

A ella le habrías encantado.

Mamá lo llamaba «Boo».

Creo que ya lo sabes.

Jonny:

Sí.

Brandon:

Enlace

Ahí tienes el motivo.

Boo no solo significa «cariño» en inglés.

Es algo más.

Buenas noches, Ojos Azules.

Y sigue queriendo mucho a mi hermano.

Nunca dejes de quererlo.

El enlace llevaba a otra de las canciones de la película: *Boo Bop Bopbop Bop*.

Subí de nuevo al dormitorio. Blake dormía en la misma postura que en el vídeo con su madre, la misma postura en que lo he visto dormir siempre: con los brazos extendidos por encima de la cabeza, ocupando toda la cama; con la camiseta torcida y el ombligo al aire; con el pecho subiendo y bajando despacio y el pelo, sudado, pegado a la frente. Siempre suda un montón mientras duerme. A veces uno de sus brazos cuelga por fuera del colchón y la palma se le queda

abierta, completamente relajada. Suele tener una pierna doblada y la otra, estirada. Hay algo cautivador en esa manera de dormir tan despreocupada, tan suya, como si confiara plenamente en que nada malo puede ocurrirle mientras duerme.

Me arrodillé en el suelo, en su lado de la cama, y le aparté el pelo de la frente. Joder, qué cosa más bonita.

—Te quiero —le dije—. Te quiero con toda mi alma.

BLAKE

Cuando desperté, Jon no estaba a mi lado. Me extrañó, porque siempre se despertaba más tarde que yo. Entonces escuché su respiración profunda. Venía ¿del suelo? Repté por la cama y asomé la cabeza. Y ahí estaba él, dormido como un tronco, con la cabeza apoyada en los cajones de la mesita. ¿Qué demonios hacía ahí? ¿Y cómo era capaz de dormir en semejante postura?

Estuve a punto de despertarlo, pero se lo veía en paz, así que salí de la cama con cuidado y lo cubrí con el edredón. Abrí el armario, cogí el primer chándal que encontré y abandoné el dormitorio. Me vestí de camino al salón. Comencé a preparar el desayuno, sin dejar de bailar. No había música, pero mis pies se movían solos. Unos minutos después, Jon me abrazó por detrás y bailó conmigo; había debido de despertarlo el olor a beicon.

—Buenos días —me dijo, y me dio un beso en la mejilla.

—Buenos días. ¿Por qué has dormido en el suelo?

—Es una larga historia, «*bopbop bopbop bopbop bopbop bopbop*» —cantó, y su voz se rompió un poquito al final.

Me quedé congelado, el corazón latiéndome a mil por hora. Era una de las canciones de *Pedro y el dragón Elliot* que yo solía cantar con mi madre. ¿La había escuchado?

—«*I love you too*» —terminé por él, cantando también.

Entonces nos quedamos en silencio.

—Espera aquí. No te muevas —me pidió, unos segundos después, y se separó de mí—. ¡No te muevas!

Fruncí el ceño. Un par de minutos más tarde, me sonó el teléfono. Era Jon. Apenas me había dado tiempo a pensar en qué demonios estaba pasando. Pero ¿qué…?

Respondí.

—Asómate a la ventana —me dijo en cuanto descolgué.

—¿Qué?

—Que te asomes a la ventana.

Le hice caso. Jon estaba en el centro del jardín, en calzoncillos; sus pies dibujaban algo en la hierba, cubierta por el rocío de la

mañana. Yo no lo distinguía bien, era algo grande, así que subí los escalones, de dos en dos. Entré en nuestra habitación y me acerqué a la ventana. Jon no había terminado aún, pero sí había avanzado bastante como para que yo entendiera lo que escribía a base de pisotones, letra por letra.

TE QUIERO

Dejé de respirar. El aire se me atascó en los pulmones. Y me dio un vuelco el corazón. Él, tras cerrar la «o», dibujó dos monigotes de trazo simple, con cabeza redonda, brazos extendidos y piernas abiertas, dándose la mano. Cada uno tenía pequeñas rayas alrededor de la cabeza, como pelos despeinados, hechos a base de pasos cortos y repetidos. Abrí la ventana, temblando de los nervios. Él alzó la vista.

—«*I love you too*» —cantó—. ¿Qué pasa, Donnelly? —gritó, al ver que me había quedado mudo—. ¿Te he dejado sin palabras?

No respondí. Di media vuelta y bajé las escaleras corriendo. Nos encontramos a medio camino. Nos detuvimos, uno frente a otro, y sus dedos rozaron mi mandíbula.

—Te quiero —me dijo—. Te quiero y siento haber tardado tanto en decírtelo.

Sonreí y me lancé a sus brazos. Nos besamos, uno de esos besos que hacen que el mundo deje de existir. E hicimos el amor en las escaleras. Y pensé que… no quería irme nunca de allí.



Dos meses después

No sé cuánto tiempo llevábamos acostados en la cama, explorándonos el uno al otro, con la somnolencia pegada a la piel, cuando escuchamos un ruido proveniente del piso de abajo.

—¿Has oído eso? —le pregunté.

—Sí.

Jon se levantó y se puso un pantalón de chándal. Abrió la puerta del dormitorio en el preciso instante en que mi familia al completo, *mi puta familia al completo*, atravesaba el pasillo, arrastrando maletas consigo.

—Buenos días, Boo —lo saludó Fallon, sin detenerse.

—Boo. —Sofía también pasó de largo, con Beau en brazos.

—*Booooo* —balbuceó mi sobrino, que acababa de cumplir un año.

—Jon —asintió Cannon al pasar.

—Cuñado —dijo Chloe.

—Ojos Azules —remató Brandon.

—Joder —exclamó Axel, asqueado—, huele a sexo por toda la casa.

Jon cerró de un portazo.

—Tu familia está aquí —me informó.

Se quitó los pantalones y volvió a meterse debajo de las sábanas, pero yo me levanté de un salto. Abrí la puerta y casi me estampé contra mi padre.

—¿Qué narices hacéis aquí? —escupí—. Sabías que estábamos nosotros.

—Tranquilo, fiera. Mañana es el cumpleaños de Fallon. Hemos pensado en celebrarlo aquí con vosotros. ¿No has recibido el mensaje? —preguntó, haciéndose el inocente.

—No, no he recibido el mensaje —respondí, con ironía.

—Solo será el fin de semana. No te pongas nervioso, hijo. —Se asomó descaradamente al dormitorio—. ¡Buenos días, Jon!

—¡Oskar! —gruñó el otro, debajo de las sábanas.

—¡Vamos a pasarlo genial! Blake, enciende la barbacoa.

Le cerré la puerta en la cara y me dejé caer en la cama junto a Jon, quien rompió a reír. Le di una patada. La puerta se abrió de

nuevo y entró Benji. Él también se dejó caer en la cama, derrotado. Jon se giró y lo rodeó con los brazos.

—Lo echo mucho de menos —admitió Benji, en referencia a Elliot —, pero sigo enfadado. Muy enfadado.

Jon lo estrechó más fuerte.

JONATHAN

Los Donnelly supusieron un soplo de aire fresco. También llenaron cada esquina de trastos y se escuchaban voces por toda la casa. Mientras preparaban la barbacoa, me abrí paso hacia el embarcadero. Benji estaba allí, recogido en sí mismo. Me senté en la tumbona a su lado y perdí la mirada en el lago. Poco después, escuchamos unos pasos.

—¿Demasiado ruido, chicos? —nos preguntó Oskar, y tomó asiento en la tumbona contigua a la mía—. Cannon te anda buscando, quiere decirte algo —le dijo a Ben.

Benji se levantó, en automático. Oskar le agarró la mano cuando pasó junto a él y la apretó.

—No quería venir —me explicó, cuando Benji ya estaba lo bastante lejos—. Hemos tenido que traerlo a rastras. No quería alejarse tanto de Elliot, a pesar de que sigue enfadado con él. Los dos han sufrido demasiado —añadió, más para sí mismo que para mí. Después me miró—. Me encanta este lugar. Y he querido regalarnos veinticuatro horas de desconexión, por Fallon. Mia y yo veníamos siempre que podíamos. Jon —me llamó, al ver que yo no respondía. Lo miré—. No creo que haga falta que lo diga, pero voy a hacerlo de todas maneras, por si acaso: ellos —movió la barbilla hacia el jardín, donde sus hijos organizaban la barbacoa— son tu familia. No solo Blake. Todos. Y no tienes que demostrar nada. Nos ganaste desde el principio. Uno a uno. Supe desde el minuto uno que Blake no te dejaría escapar. Lo supe incluso antes que él. Desde la noche del fotomatón. Mi hijo había encontrado a su persona especial. Y no siempre ocurre, por mucho que los padres lo deseemos con todas nuestras fuerzas. —Me rodó una lágrima por la mejilla, sin poder evitarla, y Oskar descansó una mano en mi hombro—. Ahora este también es tu lugar; ojalá Mia estuviese aquí para verte. No estás solo, hijo. Ya no estás solo.

Y entonces me abrazó. Largo, cálido y profundo. De esos abrazos que te dejan sin aliento. Que te hacen sentir que en verdad perteneces a algo. Yo rompí a llorar al tiempo que me aferraba a él.

—Gracias —dije poco después, más calmado.

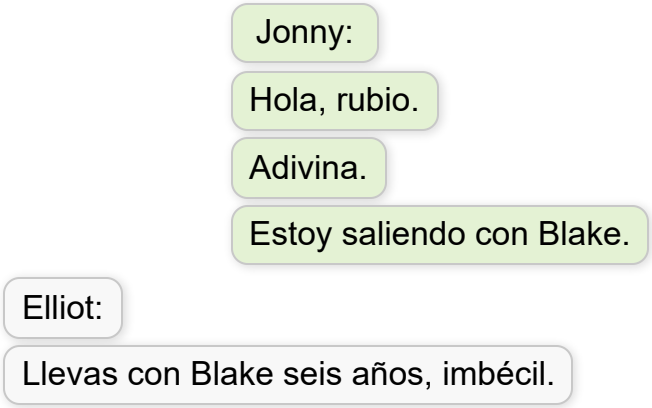
—No hay por qué darlas. Y, además… —sonrió pícaro—, te voy a alegrar el día. Más incluso que con nuestra presencia.

—¿Más? —me burlé.

Él rio.

—He hablado con Lili hace un momento, y Elliot ya puede recibir mensajes del exterior. Por eso Cannon quería hablar con Ben. Lo está haciendo muy bien, Elliot. Podéis estar muy orgullosos. —Se puso en pie, sabiendo lo que yo iba a hacer a continuación—. Tómate el tiempo que necesites. Te esperamos en la barbacoa.

Mandé un mensaje a Elliot. Y podría haberle dicho tantas cosas —que esperaba que estuviera bien, que lo echaba mucho de menos, que lo quería un montón, que era la mejor persona que había conocido, y la más fuerte—, pero lo único que le dije fue:



Estallé en una carcajada. Luego hablamos un rato, nos pusimos al día, y regresé al jardín. Olía a carbón, a hierba y a verano. El humo de la barbacoa ascendía lento entre los árboles. Oskar estaba frente a la parrilla: volteaba la carne con la solemnidad de un ritual sagrado; tenía un delantal del «mejor padre del mundo», una cerveza en la mano y a Benji a su lado. Cada poco, Oskar le apretaba el hombro. Fallon estaba tumbada en el césped, con una corona de flores que Chloe y Beau le habían hecho, y este jugaba sobre sus rodillas. Brandon y Axel discutían sobre no sé qué partida de dardos y Sofía hablaba por teléfono con su novio, que había tenido que quedarse en Londres. Cannon y Blake, en un rincón, los observaban en un silencio cómodo. Entonces los ojos de Blake me

encontraron. Sonrió y me hizo un gesto sutil con el dedo para que caminara hacia él. Se inclinó cuando llegué, y sus labios atraparon los míos.

—¡Eh, nada de besos en la barbacoa! —gritó Axel.

—¡Esto es una comida familiar, por Dios! —rio Chloe.

Blake se separó un poco, con una sonrisa espléndida. Yo no dije nada. Solo lo miré. Y supe que esa imagen iba a quedarse en mi memoria para siempre.

Un par de días más tarde, le pedí que me devolviera la medalla de mi madre.

—¿Estás seguro?

—Sí. Necesito que deje de pesarme. A mí.

BLAKE

Blake:

Buenos días, pastelito.

Julián:

Te noto la sonrisa desde aquí, así que imagino lo grande que es.

Blake:

Puedes pedirme que vuelva si lo necesitas.

Julián:

Pero no quiero que vuelvas.

Quiero que te quedes allí hasta el último día.

Blake:

Te quiero.

Creo que nuestra relación ya ha llegado a ese punto en el que podemos decírnoslo.

Julián:

¿Tú crees?

No sé yo…

Y también te quiero, idiota.

Se me ha ocurrido una cosa.

Blake:

¿Qué?

Julián:

¿Y si Brandon hiciera las prácticas de la carrera con los Jaguars?

Así cambiaría de aires.

Puedo tramitarlo.

Blake:

No puedes dejar de pensar en el bienestar de los demás, ¿eh?

Julián:

No puedo dejar de pensar en el bienestar de los míos y de los tuyos.

El resto del mundo me da igual.

Entonces, ¿qué te parece?

Blake:

Voy a hablarlo con mi padre y con Lili.

Y con Bran.

Julián:

OK.

Blake:

Y ahora dime que no has vuelto al aparcamiento de la clínica de rehabilitación a ver las horas pasar.

Julián:

…

No puedo.

Blake:

Juls…

Julián:

Estoy bien.

Te lo prometo.

Ahora te dejo, que tengo que organizar el papeleo de lo de Brandon.

Blake:

Aún no ha dicho que sí.

Julián:

Pero lo hará.

62

BLAKE

Septiembre

Tres meses después, Jon y yo volvimos a casa. Y Elliot también. Y al CAR. Al equipo.

Nadie sabía lo que había pasado en realidad. Nadie sabía que era un adicto. Julián se encargó de ello. A pesar de seguir enfadado con él, lo protegía con uñas y dientes. Hasta que ya no aguantó más. Se reconciliaron en uno de los primeros partidos de la temporada. Julián amañó la Kiss Cam (ventajas de ser el entrenador) para que los enfocara a ellos. El beso fue épico.

Oh, y Brandon entró a formar parte del equipo. Y Axel y él se mudaron a *Villa Gatitos*.

—Queda inaugurada Villa Donnelly —anunció Axel. Benji torció el morro. Incluso Álvaro torció el morro—. Eh, somos tres contra dos —se defendió, refiriéndose a Cannon, Brandon y él—. Es lo que hay, gatito. Y nadador.



Brandon: Le he visto el *piercing* a Jon, en vivo y en directo.

Blake: ¿Es una puta broma, Bran?

Brandon: No. Lo siento. ¡Ha sido sin querer! ¡En los vestuarios!

Blake: ¿Y qué hacías tú en los vestuarios?

Brandon: Sebastián me ha mandado para tomarles la tensión después del entrenamiento. ¡Justo salían de la ducha! Te juro que no quería mirar, pero es cierto que el metal brilla un montón.

Fallon: ¿Quién narices es Sebastián?

Cannon: El nuevo médico del equipo.

Axel: ¿Quién falta por verle el *piercing* a Boo?

Fallon: Sofía, Chloe y yo.

Axel: Algún día, chicas.

Oskar Donnelly: También falto yo.

Oskar Donnelly: 🙄

Blake: ¡Papá!

Oskar Donnelly: Hijo, al final me habéis creado el *hype*.

Oskar Donnelly: Lo decís así ahora, ¿no?

Chloe: Eres el mejor, papá.

Fallon: EL MEJOR.

Fallon: ¿Nos levantas el veto de las palabras «lengua», «boca», «polla», «mamada», «culo» y «follar»?

Oskar Donnelly: No.

Sofía: Teníamos que intentarlo.

AHORA

63

BLAKE

Noviembre

Es una tarde tranquila de domingo. Jon está en casa, medio muerto tras el entrenamiento, con el resto de sus amiguitos los flojos, y yo me encuentro en su bar favorito del pueblo, el de su amigo Xavi, tomando algo con Julián —más conocido últimamente como «el rey de la Kiss Cam»—, cuando recibo una llamada de teléfono. Es un número desconocido. De Ginebra. Frunzo el ceño.

—No lo cojas —me dice Julián—. Es domingo.

«Borde», le digo, moviendo los labios. Y por supuesto, no le hago ni caso.

—¿Dígame?

—Hola, Donnelly —me saludan desde el otro lado de la línea. Reconozco la voz. Es Héctor Salgado, mi antiguo entrenador—. ¿Cómo te trata la vida?

—No puedo quejarme, entrenador.

—Algo he oído. Oye, ¿no estarás por casualidad con Julián Alcalá? No responde al teléfono.

Pongo los ojos en blanco.

—Pues sí que estoy con él.

—Qué intuición la mía, ¿eh? ¿O será que pasáis demasiado tiempo juntos? Pásamelo, anda.

—Es para ti, tío borde que no responde al teléfono —le digo a Juls, que me mira con extrañeza.

Coge el teléfono y le indico, de nuevo solo con los labios, que active el altavoz.

—¿Julián? —pregunta Héctor—. Me han chivado que estás por ahí.

—Sí.

—Y que no has dejado de jugar al hockey en todos estos años.

Julián cruza una mirada conmigo, una de esas fulminantes. Me encojo de hombros.

—No —responde, cauteloso.

—¿Te apetece volver al hielo? ¿Como jugador?

—¿Perdona? —preguntamos ambos al unísono.

—Te lo expondré formalmente: Julián Alcalá, ¿quieres unirte al equipo de la Conferencia Oeste-Sur que participará el próximo mes en el Torneo de las Cuatro Naciones?

Ahogo un jadeo. El corazón deja de latirme, lo juro, para después hacerlo como si quisiera salírseme del pecho. Juls y yo cruzamos otra mirada. Se ha quedado sin palabras. Inmóvil. Y el corazón también le va a toda velocidad, se lo noto desde aquí.

El Torneo de las Cuatro Naciones es el evento de hockey de más alto nivel en Europa, el más mediático y el que más millones mueve. Se celebra cada cuatro años, a mediados de diciembre, entre las cuatro confederaciones que conforman la liga. A los ricachones que manejan las franquicias se les antojó realizar un torneo donde solo compitiéramos jugadores europeos, fuera cual fuese la liga a la que estuviésemos adscritos. ¿Por qué? Pues porque los ricos son así. Pueden hacer lo que quieran. De paso, ganaban *más* dinero. Porque el deporte mueve dinero. Y nosotros siempre vamos a estar dispuestos, claro. Somos deportistas. Nos gusta ganar incluso a las chapas. Así que cuando toca Torneo de las Cuatro Naciones, lo dejamos todo. La temporada regular de la LEH se pone en pausa y las cuatro confederaciones del continente —Este-Norte, Oeste-Norte, Este-Sur y Oeste-Sur— eligen a sus jugadores.

La mecánica es simple: todos contra todos, cuatro jornadas en una semana, una final entre los dos primeros clasificados, y el bronce, entre los dos últimos.

Julián me mira y yo niego con la cabeza, haciéndole saber que no tengo nada que ver. «Te lo juro». Y empiezo a sentir entusiasmo por él.

—¿Julián? —insiste Héctor—. ¿Qué me dices?

—Ehhh… —balbucea, y traga saliva—. ¿Sí?

Otra vez me quedo sin aliento; no obstante, doy un puñetazo al aire, invadido por la emoción.

—¡Perfecto! —celebra Héctor—. ¿Y tú, Blake? Sé que lo has escuchado todo. ¿Quieres ser mi capitán, una vez más?

Sonrío de oreja a oreja.

—Será un honor.

—Fantástico. Extraoficialmente, os informo de que estoy a punto de llamar a vuestras respectivas parejas y a Benjamín Schmidheiny para que se unan a vosotros. Os espero dentro de tres semanas en Ginebra. Hasta entonces, caballeros.

—Joder —exclama Julián en cuanto se corta la comunicación.

—Juls —digo yo, aún embargado por la emoción—, vas a volver al hielo.

—Joder.

Esboza una sonrisa radiante. Yo me pongo en pie y lo abrazo, fuerte.

—¿Ves como sí echabas de menos el hockey?

Julián suelta una carcajada.

—Eres idiota.

—Yo también te quiero.

NOTICIA DE ÚLTIMA HORA | HOCKEY SOBRE HIELO

La Conferencia Oeste-Sur anuncia su plantilla para el Torneo de las Cuatro Naciones: el regreso de Julián Alcalá marca el titular del año

La cúpula de la LEH ha hecho oficial la lista de convocados para el Torneo de las Cuatro Naciones, que se celebrará en Ginebra del 14 al 21 de diciembre.

La selección del sur de Europa (España, Francia e Italia), que competirá bajo el nombre de Conferencia Oeste-Sur, presenta una alineación con nombres de gran peso y una sorpresa que ha sacudido al mundo del deporte: Julián Alcalá vuelve al hielo.

El entrenador más joven de la historia del hockey mundial volverá a vestir la camiseta de jugador doce años después de su retirada. Su regreso ha generado una ola de expectación mediática y entre los aficionados, no solo por su impecable trayectoria, sino también por el inevitable morbo que suscita verlo compartir vestuario con sus pupilos Jonathan Ros y los hermanos Elliot y Benjamín Schmidheiny. Junto a ellos, entre otros, completan la lista los ya habituales de la selección: Matteo Di Marco, de los Coliseos de Roma, y Leo Fantoni y Blake Donnelly, de los Demonios de Barcelona. Donnelly repetirá como capitán y delantero principal tras su brillante actuación en el último torneo. Como novedad, se les unirá Garikoitz Ibarguren, considerado uno de los mejores defensas de la NHL por su dureza y precisión.

El equipo estará dirigido por Héctor Salgado, seleccionador europeo. «Este torneo no es solo un desafío, es una celebración del hockey europeo. Y contar con Julián es un regalo para el deporte», ha declarado esta mañana.

La noticia del regreso de Alcalá ha acaparado titulares en toda Europa. En redes sociales el *hashtag* #VuelveJulián se ha vuelto tendencia en cuestión de minutos.

El torneo reunirá a los mejores jugadores de las cuatro confederaciones en una semana de enfrentamientos que promete hacer historia.

Tres semanas después. En el hotel donde se concentra el equipo durante el torneo

Estoy en el ascensor con Jon, de camino a nuestra habitación. No pensé que el entrenador fuera a registrarnos juntos, pero lo ha hecho. Supongo que nos considera lo bastante adultos. O no confía una mierda en que no intercambiemos las habitaciones si no lo hace.

Estamos muy juntos, yo detrás de él. Nuestro reflejo se multiplica en las paredes metálicas. Jon lleva una camiseta de rayas verdes, azules y amarillas, y una gorra oscura con la visera hacia atrás. Le rodeo el cuello con el brazo y apoyo la mano en su pecho. Me inclino para darle un beso justo bajo la oreja. Con la otra mano sostengo el teléfono para hacernos una foto en el espejo. Es algo que hacemos a veces. Desde lo del fotomatón.

Jon compone un gesto divertido con los labios, una mueca exagerada para la cámara, poniendo morritos como si fuera a besar a alguien. Clic.



—Dime que soy el dios del sexo —me exige poco después, desnudo y a horcajadas sobre mis caderas, follándome, a pesar de que soy yo el que tiene la polla dentro de él.

—Eres imbécil.



De camino al bar del hotel, donde he quedado con Leo y Julián, me doy de bruces con Gari. Todavía no me creo que estemos todos aquí.

—Hola, Blake —me saluda, pero paso de largo—. Muy maduro por tu parte.

Retrocedo sobre mis pasos, cabreado. Él también se ha detenido. Tiene los brazos cruzados en el pecho, el pelo rubio como si se hubiera frotado la cabeza con frustración y los ojos crispados.

—¿Qué quieres que te diga, Gari? ¿Qué coño quieres que te diga? Dejaste tirado a mi hermano en una ciudad desconocida para él. Sin dinero. Sin apenas batería en el teléfono. Sin pasaporte. Y con el corazón hecho trizas. No sé, podías habérselo roto en el puto aeropuerto. O antes de que viajara hasta allí para verte.

—No has escuchado mi versión. Gracias por eso —añade, con evidente ironía.

—¿Tu versión? ¿No rompiste con mi hermano en una fiesta tras la victoria de tu equipo en el último partido de la temporada?

Aprieta la mandíbula.

—¿Tú crees que yo rompería con tu hermano, al que adoro por encima del resto del mundo, en una fiesta tras la victoria de mi equipo en el último partido de la temporada?

—¿Insinúas que mi hermano miente?

—Insinúo que no has escuchado mi versión. —Descruza los brazos y da un paso hacia mí—. Ni siquiera él ha escuchado mi puta versión. ¡Fue un calentón, Blake! Un puto calentón. ¿Tú nunca has tenido un calentón? Y ahora lleva meses sin cogerme el teléfono.

—Quizá sea lo mejor.

—Quizá tú…

—¡Eh! —nos llama Héctor, al final del pasillo. Debe de haber salido de su habitación. Camina hacia nosotros y nos señala a ambos con el índice—. ¿Va a suponer un problema? —Ambos nos mantenemos en silencio—. Contestadme.

—No, entrenador —dice Gari, sin apartar sus ojos de los míos.

—¿Blake?

—No, señor.

—Bien. Porque las movidas personales se quedan fuera del hielo, ya lo sabéis.

Asiento y echo a andar. Noto que Gari quiere decirme algo más, pero no le doy la oportunidad.



Ginebra huele a invierno. Y a hockey. Durante esta semana, el torneo convierte la ciudad en un hervidero de hinchas. En los bares se mezclan banderas, bufandas y acentos. Y la gente nos para por la calle y nos pide autógrafos.



Al día siguiente, durante la primera reunión del equipo

—El año pasado casi me rompes la nariz, imbécil —le echa en cara Elliot a Di Marco.

—Ohhh, pobrecito —responde el otro, con condescendencia, y hace un mohín—. ¿Aún te duele, pequeño Pony?



Más tarde, entrenando en el hielo

—Basura —dicen Jon, Elliot y Benji al unísono, desde detrás de la barandilla, cuando Di Marco lanza el puck hacia la portería.

—Basura —repiten, cuando lo hace otro jugador.

—Arte —comentan, cuando es Julián el que lo hace.

Elevo los ojos al cielo.



Esa noche

Hemos salido a pasear por la ciudad y vamos camino del edificio de las Naciones Unidas; Benji quiere hacerse una foto en la silla gigante. El tranvía acaba de anunciar la próxima parada cuando Julián, Leo y yo escuchamos al trío calavera, sentado en los asientos contiguos:

—¿Qué me dais si gano? —pregunta Jon, ya poniéndose de pie.

—Un helado. —Benji.

—Y mi respeto. —Elliot.

—No me interesa lo segundo, pero lo primero sí —replica Jon, estirando las piernas mientras el tranvía aminora la velocidad.

Nadie tiene tiempo de reaccionar. Las puertas comienzan a separarse y Jon sale por la rendija antes de que se abran del todo. Echa a correr. Pero ¿qué…?

—¡Jon! —grita Julián, en modo entrenador—. ¿A dónde coño vas?

—Tiene que llegar a la siguiente parada antes que nosotros —nos explica Benji.

—¡¿Qué?!

—No me jodas…

Dios…

El tranvía arranca de nuevo y Benji pega la frente al cristal, como un niño de tres años viendo pasar una excavadora.

—¡Ahí va! —grita.

Entonces todos pegamos la frente al cristal, como niños de tres años viendo pasar una excavadora. Jon corre como si le fuera la vida en ello, esquivando transeúntes con más habilidad que Blaky hasta arriba de atún. El tranvía acelera y Jon también, pero lo adelantamos

y lo dejamos atrás. Más adelante, mucho más adelante, la siguiente parada aparece ante nosotros.

—No llega —asegura Leo.

—Sí llega —responden Benji y Elliot al unísono.

—No llega —repito yo.

—Sí llega —repiten Benji y Elliot al unísono.

—Me lo voy a cargar, joder —añade Julián.

—¡Vamos, Jonny! —Benji golpea la ventanilla con el puño.

Los pasajeros que nos rodean se hacen eco y todos pegan la frente en el cristal, *como niños de tres años viendo pasar una excavadora*. El tranvía reduce la velocidad. Y justo cuando nos detenemos en la parada, Jon aparece de nuevo en nuestro campo de visión, doblando una curva a toda velocidad, brincando por encima de un banco (absolutamente innecesario), para acabar plantándose frente a las puertas antes de que se abran.

No. Me. Lo. Puedo. Creer.

Jon entra en el vagón, sudoroso pero triunfal. Se deja caer en el suelo, jadeante, y sus dos amigotes corren a felicitarlo. Se arrodillan a su lado y lo colman de palmadas y elogios. El resto de la gente aplaude con efusión. Julián niega con la cabeza.

—Ha sido increíble, tío —le dice Benji, orgulloso.

—Como ver un documental del *National Geographic*, pero con más imprudencia —añade Elliot.

—Tampoco ha sido para tanto…

—Helado —dice entonces Jon—. Ahora. ¡Y un beso, Boo! —me pide a mí—. Necesito un beso para recuperar la respiración.

Y yo se lo doy, claro que se lo doy. Me inclino y estampo mis labios en los suyos, a pesar de que es un idiota. Y rápido, joder. También es muy rápido. Me siento hasta orgulloso.

La gente aplaude de nuevo y ambos sonreímos contra la boca del otro.

—Luego voy a abrirte las piernas y a follarte hasta que pierdas el conocimiento —le digo.

—Promesas, promesas… —responde, todo chulo, y yo lo beso de nuevo.



Al día siguiente

Es evidente que no da tiempo a forjar una conexión estrecha entre todos los jugadores del equipo en tan pocos días. Cada uno venimos de un club distinto, con costumbres diferentes y maneras de hablarnos y de movernos que no siempre encajan. Hay momentos en los que las jugadas se tuercen, los pases no llegan o alguien se adelanta cuando no toca. Pero también hay ganas. Todos sabemos que lo único que podemos hacer es dar lo mejor de nosotros. Así que nos empeñamos en conocernos en el hielo, en hablar más y en ajustar lo que no funciona.



Cinco días más tarde. Reunión previa al torneo

—Chicos… —nos dice Héctor, en una de las salas del hotel, tras más de dos horas reunidos—, mañana no jugamos cualquier partido. Mañana empieza algo grande. Y este torneo…, este hielo… será nuestro. No estamos aquí para ser meros espectadores. Estamos para demostrar que el suroeste de Europa no viene a mirar, sino a luchar. Sé que algunos estáis nerviosos. Y eso es bueno. La presión os hace más fuertes.

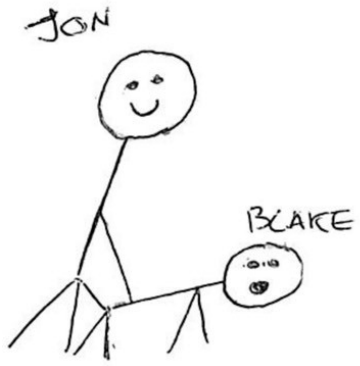
»Hoy no importa quién sea España, Francia o Italia. Hoy importa cómo jugamos juntos. Cada pase, cada bloqueo, cada golpe de stick… todo cuenta. Cada uno de vosotros desempeña un papel que nadie más puede cumplir. No hay excusas. No hay segundas

oportunidades para los que dudan. Quiero que salgáis ahí y juguéis con cabeza, pero también con corazón. Si sentís miedo, que sea miedo a no darlo todo, no a fallar…

Leo me propina un codazo.

—De parte de tu novio —susurra, y me tiende un papel pequeño, doblado en cuatro pliegues.

Desvío la vista al otro lado de la sala, donde está sentado Jon, junto a Elliot y Benji. Me guiña un ojo. Despliego el papel con cuidado.



—… y recordad: los goles no solo se meten con el stick. Se meten con actitud…

Ahogo una carcajada y, sin pensarlo demasiado, comienzo a dibujar mi propia versión en el reverso.

—… mañana salid al hielo, mirad al rival y dadle algo que recuerde toda su vida…

Estoy tan concentrado añadiendo detalles al dibujo, con la cabeza de Leo pegada a la mía, que no me entero de que Héctor, con pasos silenciosos, se ha acercado y se ha inclinado sobre nuestra mesa. Carraspea. Levanto la mirada. Mierda. El silencio en la sala es absoluto, excepto por las risitas del trío calavera.

—Blake… —me dice Héctor—, ¿qué estás dibujando?

—Eh…, es… estrategia táctica, señor.

Julián, sentado en mi otro flanco, ve el dibujo y menea la cabeza. El entrenador me mira con una ceja arqueada. Trago saliva y, en un impulso, doy la vuelta al papel, pero, claro, ahora muestro el dibujo de Jon.

—Estrategia ofensiva, por lo que veo —me dice.

Jon, Elliot y Benji tienen que taparse la boca para no explotar en carcajadas. Y Leo. Maldito traidor. El entrenador frunce el ceño, pero después de unos segundos, un vestigio de sonrisa surge en su rostro.

—Ros… —lo llama—, deja la creatividad para después de la reunión.

—Sí, señor —asiente el otro.

—Bien. ¿Por dónde iba?

Yo exhalo un suspiro de alivio. Julián sigue meneando la cabeza. Miro a Jon y él vuelve a guiñarme un ojo.



La noche previa al inicio del torneo

Las calles del centro están abarrotadas de gente, de luces cálidas y de risas que escapan por las puertas de los bares. Nosotros nos dirigimos a un bar concreto.

En cuanto el semáforo se pone en verde, Elliot comienza a cruzar la calle dando saltitos, los brazos separados del cuerpo, las piernas abiertas y el torso erguido, igual que el monigote luminoso del semáforo. Detrás, Jon lo imita con una seriedad absurda, mirando al frente. Benji hace el mismo movimiento, pero añade un giro de muñeca, como si tuviera estilo propio. Leo suelta un resoplido que es mitad risa, mitad vergüenza ajena.

—Voy a fingir que no los conozco.

—Ídem.

—Ídem.

Cuando alcanzan la acera de enfrente, los tres levantan los brazos como si acabaran de ganar un maratón. Elliot se gira hacia nosotros.

—¡Vamos, Gordi! —grita—. ¡Que este truco me lo enseñaste tú!

¿Perdona? Y entonces Juls, pillándonos a Leo y a mí por sorpresa, cruza lo que nos queda de paso de cebra de la misma manera que ellos. Elliot ríe y lo recibe con un sonoro beso en los labios. Julián lo aúpa y Elliot le rodea las caderas con las piernas. Si es que en el fondo, son tal para cual.

Unos minutos después, los cinco entramos en el Bar du Lac, un local con revestimiento de madera oscura, música ruidosa, banderas colgadas del techo y una barra repleta de jugadores de hockey a los que llevamos años enfrentándonos en las pistas. Charlan animados hasta que Jeremy Crawfold, el capitán de la Conferencia Este-Sur —y jugador estrella de los Quebrantahuesos de Ginebra—, levanta la mirada y nos ve. Copa en mano, se acerca a nosotros con esa sonrisa suya de sobrado. Han transcurrido dos años desde que los Quebrantahuesos lo ficharon de la NHL. Se suponía que un estadounidense no podría participar en este torneo, pero su padre es suizo, así que posee doble nacionalidad, ergo aquí está.

—Mirad quiénes se han dejado caer por aquí —dice, en inglés—. ¡Un aplauso para los españoles!

El bar entero responde con vítores. Y nosotros seis nos inclinamos.

—Señores… —exclama Leo.

—¡Llegáis justo a tiempo! —grita Savard, capitán de las Águilas de Berlín.

—¿A tiempo para qué? —pregunta Benji.

—Nos encontramos en medio de una apuesta —nos explica Jeremy—. Diferentes maneras de decir «polla», cada uno en su idioma. Los que se queden sin opciones pagan la siguiente ronda.

—¡Nos apuntamos! —responde Elliot, y Jon, Benji y él se unen en la barra a algunos de ellos.

Leo, Julián y yo nos mezclamos, en el otro extremo de la barra, con el resto de nuestro equipo, los italianos y los franceses, pero escuchar a Jon, Elliot y Benji resulta inevitable. Al principio los ignoramos. Pero luego…, joder, luego la apuesta se pone interesante. No sé cuántos sinónimos de «polla» existen en español, pero queda claro que ellos se los saben todos.

—¡Pito!

—¡Pene!

—¡Nabo!

—¡Picha!

—¡Miembro!

—¡Tranca!

—¡Cimbrel!

—Joder, con los españoles.

—¡Manubrio!

—¡Nardo!

—¡Miembro viril!

—¡Rabo!

—¡Cola!

—Ahora quiero aprender español.

—¡Colita!

—¡Pilila!

—¡Pepino!

—¡Trompa!

—¡Falo!

—¡Chorra!

—¡Venga ya!

—¡Aparato reproductor masculino!

—¡A ver esa ronda gratis!

—Joder, se la han ganado.

—¡Elliot! Primero confiesa si Alcalá y tú estáis liados de verdad o si fue una pantomima lo de la Kiss Cam.

—Os gustaría saberlo, ¿eh?

—¡Dilo!, ¡dilo!, ¡dilo!, ¡dilo!

—¡Pues os vais a quedar con las ganas!

—¡Yo creo que sí están liadísimos!

—Yo creo que no. ¿Qué pinta Alcalá con el fantasma de Schmidheiny?

—¿A lo mejor quieres que este fantasma te la meta por el culo?

—Uhhh…

—¡Cállate, Elliot!

—¡Dale!, ¡dale!, ¡dale!, ¡dale!

…

En medio de este revoltijo de idiomas y carcajadas, comienza a sonar *Seven Nation Army*. En segundos, el bar entero tararea el «*oh-oh-oh-oh-oh-ohhh*» mientras las cervezas entrechocan.

…

—Mañana no os enfadéis si os metemos cinco goles.

—Cinco te meteremos nosotros si sigues bebiendo así.

—Cinco besos te meto yo, hermano, si ganamos.

…

—¡Esperad! Se me ha ocurrido algo.

—A ver…

—Los tres equipos que pierdan tienen que raparse la cabeza.

—Ni de coña.

—¿Tienes miedo de perder ese pelo castaño tuyo, Crawfold?

…

Los franceses se acercan al tablero de dardos.

—¡Torneo relámpago! —grita uno—. Un jugador por país. El que gane elige la próxima tanda de música.

…

—¡Buuum! —grita Elliot, levantando los brazos.

—No me puedo creer que los españoles hayan vuelto a ganar.

—¡Mañana te rompo las piernas, Schmidheiny, pero hoy te invito a otro refresco de cola!

…

Los minutos se funden entre canciones y acentos. Hay intercambio de camisetas, promesas de «mañana no habrá amigos» y algún que otro discurso improvisado sobre la hermandad europea. Hay algo mágico en este momento. Mañana nos daremos de hostias en el hielo, pero ahora estamos juntos, riendo, compartiendo anécdotas de viajes, lesiones, triunfos y derrotas. No hay banderas,

ni himnos, ni estrategias. Solo deportistas que, por una noche, nos permitimos ser compañeros.

…

Entre el ruido, la puerta del bar se abre, dejando entrar una ráfaga de aire frío. Y a tres chicos. El alto de sonrisa descarada se acerca con paso seguro hacia nosotros.

—¡Julián! —saluda, con acento francés.

—Eh, hola —responde Juls, sorprendido.

—He visto en las noticias que mañana participas en el torneo. ¡Felicidades, tío! —Le da un abrazo y un par de palmadas en la espalda—. No tenía ni idea de que jugabas al hockey.

JONATHAN

Sucede justo cuando la música cambia, en ese segundo en que todo queda en silencio.

—He visto en las noticias que mañana participas en el torneo —le dice un chico a Julián—. ¡Felicidades, tío! —Lo abraza—. No tenía ni idea de que jugabas al hockey.

Elliot, a dos metros, apoyado en la barra junto a Crawfold, Benji y yo, parpadea dos veces.

—Ay, madre —dice Benji, en castellano—. La que se va a liar…

El chico (parece francés, por el acento) sigue hablando, o *empeorándolo*, ajeno al terremoto que acaba de provocar.

—Oye, no he vuelto a verte por Grindr. ¿Sigues soltero o ya te ha cazado alguien por fin? —bromea, y le da un golpecito amistoso en el brazo—. Porque podemos quedar esta noche y…

Julián ni siquiera tiene ocasión de responder. Ni nosotros de evitar lo inevitable, por mucho que tratemos de frenar a Elliot. Antes de que el francés acabe la frase, este avanza entre la multitud con tres zancadas largas, llega hasta ellos, agarra a Julián por la camiseta (el incauto francés aún sonríe), tira de él y le planta un besazo en toda la boca. Le mete la lengua tan adentro que por un segundo temo que Julián se quede sin aire. El bar retumba bajo los vítores, y el chico no sabe dónde meterse.

—¡Lo sabía!

—Hostia, tío…

Elliot le aprieta la cintura con una mano y con la otra le rodea la nuca, enredando los dedos entre su pelo. Julián se queda bloqueado un segundo —solo uno— y luego se derrite. Literalmente, se derrite. Baja los hombros, abre un poco las piernas, para no perder el equilibrio, y hunde las manos en la sudadera de Elliot, agarrándolo por los costados.

—¡Beso!, ¡beso!, ¡beso!, ¡beso!

El beso se alarga.

Y se alarga.

Y se alarga.

—Estoy flipando.

Elliot se lo come vivo. Le muerde el labio inferior. Le inclina la cabeza hacia atrás para seguir ahondando. Julián se deja hacer, pero también lo busca. Sube una mano a la mandíbula de Elliot y lo acerca todavía más. El bar entero suelta un rugido que hace vibrar las paredes. Los vasos chocan. Alguien silba. Elliot se separa un segundo, lo justo para que los dos respiren. Julián tiene los labios hinchados y las mejillas rojas. Y entonces —por si no había quedado suficientemente claro— Elliot vuelve a besarlo, más breve esta vez, pero igual de posesivo. Cuando por fin se apartan, Elliot, con media sonrisa y la respiración agitada, se gira hacia el francés.

—Encantado —le dice, educado—. Soy Elliot, el marido de Julián.

El bar entero se sume en el silencio. Un par de mandíbulas caen al suelo. El francés pestañea, confuso.

—¿Ha dicho «marido»?

—Pero ¿qué me estás contando?

—Flipo.

—Oh…, eh… —balbucea el francés—, no lo sabía. Yo… Felicidades, claro.

Benji palmotea a Elliot en la espalda.

—Madre mía, se acabaron los rumores —le dice entre risas.

El francés, visiblemente incómodo, se disculpa y desaparece entre la multitud. Julián, rojo hasta las orejas, se vuelve hacia Elliot.

—¿Era necesario?

—Totalmente. Así que Grindr, ¿eh? ¿Es una aplicación para tener sexo o para cenar a la luz de las velas?

—¿Es? *Era*.

Elliot gruñe, y Julián sonríe y le da otro beso.

—Y yo solo ceno a la luz de las velas contigo, rubio.

El bar prorrumpe de nuevo en aplausos y silbidos.

BLAKE

Héctor aparece por la puerta del local justo cuando suena *Thunderstruck*, de AC/DC. Nos mira, muy quieto, se lleva una mano a la cara y niega, como si hubiera envejecido tres años solo con vernos.

—Cinco minutos más, chicos —anuncia, resignado—. Mañana quiero veros vivos.

Cinco minutos se convierten en veinte, claro, porque ningún jugador de hockey que esté en un bar donde suene *Thunderstruck* de fondo se va a ir voluntariamente a la cama. Pero al final, uno a uno, empezamos a desfilar hacia la salida. Los franceses se despiden con un «*bonne chance*», los italianos con un «*ci vediamo sul ghiaccio*», y los nórdicos… Bueno los nórdicos hacen ese gesto suyo, inclinando la cabeza de forma casi imperceptible, que debe de significar algo como «te respeto, pero mañana te arrancaré el alma sin pestañear».

Supongo que este es el encanto del hockey. Competimos, nos empotramos contra las vallas, sangramos, gritamos y luego aquí estamos, riendo y charlando como si no fuéramos a intentar matarnos dentro de unas horas. Es una hermandad rara, contradictoria, que solo se entiende cuando has sentido que el hielo bajo tus cuchillas es el único lugar donde el mundo deja de girar demasiado rápido.

Cuando Jon y yo llegamos a la habitación, me asomo un segundo a la ventana para observar las luces de Ginebra reflejadas en el lago. Mañana es el gran día.

Jon se acerca por detrás y me rodea la cintura con los brazos. Percibo su aliento en el cuello, y sus labios empiezan a dibujar besos que me hacen estremecer.

—Aún no me creo que mañana vayamos a jugar en el mismo equipo —susurra, y yo me apoyo contra él.

—Espero que no se te vaya la olla y me empotres contra las vallas.

Ríe, bajo y grave, y su mano se desliza por mi costado.

—Intentaré resistirme —responde.

64

JULIÁN

Ha sido raro entrar en el vestuario y sentarme en uno de los cubículos designados para los jugadores. Más raro aún ver al entrenador abrirse paso. Escuchar su discurso previo al partido, en lugar de darlo yo. Percibir la tensión muscular. El corazón acelerado. Esa energía que antes solo notaba flotar en el ambiente, y que ahora me atraviesa.

Resulta todavía más extraño encontrarme de nuevo en una pista de hielo, junto a Blake, con el número diez serigrafiado en mi espalda y miles de espectadores coreando mi nombre desde las gradas. Siempre pensé que, si jugaba de nuevo, el hueco de Tobías a mi lado me tragaría. Pero no. Tobías y yo jamás volveremos a jugar juntos. Ni siquiera en el infierno.

Y de pronto, todo sucede en un visto y no visto.

El partido comienza; yo me hago con el puck y Savard y dos alemanes más vienen a por mí a saco, bloqueándome la visión. Lanzo sin mirar pero con la certeza de que Blake va a estar ahí. Y está.

…

Blake duda en un pase hacia Gari. Solo un segundo; sin embargo, en ese segundo de duda, perdemos el puck.

—¡Genial, Blake! —le grita Gari, visiblemente frustrado—. Genial.

—Lo siento, joder.

Blake y Gari siempre se han llevado muy bien. Ahora se limitan a interactuar lo justo. Y a veces ni siquiera eso.

…

El capitán del equipo contrario, tras una entrada de Fantoni —cubriéndome las espaldas—, resbala y cae bocabajo, cerca de mí. Se desplaza varios metros por el hielo y queda despatarrado, como un obstáculo imprevisto. Yo patino a toda velocidad; no pienso frenar, mucho menos dudar, así que flexiono las rodillas y salto por encima de su cuerpo. Vuelo sobre su espalda y aterrizo con un golpe seco que me retumba en las espinillas. El puck sigue vivo a mi espalda. Giro ciento ochenta grados y lo engancho con el stick. Levanto y disparo. El puck atraviesa el aire y se cuela entre el guante del portero y el poste, golpeando la red con un latigazo que hace vibrar toda la portería. Gol.

Joder, gol.

El estadio explota. Blake se abalanza sobre mí y me da un beso en la mejilla. Fantoni hace chocar su casco con el mío, rodeándome los hombros con un brazo. Nuestros compañeros vienen a abrazarme también: los que estaban en el hielo y los del banquillo. Noto el aroma de Elliot entre todos ellos.

—¡Cambio! —grita Héctor.

Blake, Leo y yo patinamos hacia el banquillo, mientras que Elliot, Benji y Jon, nuestra segunda línea ofensiva, se quedan en el hielo.

—No te imaginas cómo te follaría —me dice Elliot, y se me suben los colores. Joder, y la polla. Nos rozamos los guantes. Lo besaría ahora mismo.

—¡Suerte, Boo! —le grita Leo a Jon, que le enseña el dedo medio.

—¿Bien? —me pregunta Blake en cuanto saltamos la barrera, con la respiración acelerada y la frente chorreando.

Me retiro el casco, a ver si así alivio el calor.

—Bien.

Cojo mi botella de bebida isotónica y me la bebo casi entera de un solo trago. Blake me ducha con la suya, lanzándomela a la cara. Tomo asiento y observo a mis tres chicos jugar. Incluso aquí

sentado, como un compañero más, el cuerpo reacciona igual. Sé si uno está nervioso, si otro se ha levantado con el pie izquierdo o si al tercero le duele algo antes de que ellos lo admitan. Enseguida me percato de que Elliot y Di Marco no funcionan juntos en el mismo equipo. Se estorban sin querer. Uno entra a por el puck y el otro, también. Colisionan. Ninguno se disculpa. Hay demasiada rivalidad entre ambos. Y no se soportan.

—¡Te he dicho que lo cubrieras! —grita Elliot cuando un rival le arrebata el puck y nos mete un gol.

—¡Si tú no hubieras perdido el puto puck, no habría hecho falta! —responde el otro.

…

—Te lo juro, Di Marco: cada vez que tocas el puck, envejezco.

…

—¡Schmidheiny! Si te aburres, puedes probar a pasarme el puck.

…

El entrenador los saca del hielo. Y siguen discutiendo.

—Si no vas a presionar, avísame, así me preparo para el desastre.

—Si vas a perder el disco, al menos hazlo más lejos de nuestra portería.

—Eh —Héctor los llama al orden—, no me importa si os odiáis fuera del vestuario, pero aquí dentro vais a remar en la misma dirección, ¿entendido?

Ambos asienten. Ya. No se lo creen ni ellos. Elliot se sienta a mi lado y me quita mi botella. Da un sorbo. Le doy un empujón suave. Sonríe.

Unos minutos más tarde, nos toca jugar juntos. Y nos basta una ojeada para saber qué va a hacer el otro. Porque Elliot y yo llevamos años jugando juntos. Nos entendemos sin hablar. Sabemos quién va a cubrir y quién va a atacar con tan solo una leve inclinación de cabeza. Y luego tenemos el morse, claro.

«Sígueme», le indico. Lo hace. Y le hago un pase falso a Jon. Elliot lo recoge y marca gol. Y quizá él y yo lo celebremos más de lo necesario. Unos segundos más de contacto, apenas perceptibles para el resto.

«Bravo, Gordi».

…

—No tienes que echarte el pelo hacia atrás para ponerte el casco, como si estuvieras en un puto anuncio de champú, Schmidheiny —le dice Di Marco a Elliot. Faltan apenas unos minutos para que comience el segundo tiempo.

Todos reímos sin poder evitarlo.

—Eh —me reprocha Elliot.

—Lo siento, pero es que es cierto.

…

Y de pronto, el partido ha terminado. Ya lo he dicho: todo sucede en un visto y no visto. Y me doy cuenta de que el entrenador sufre los partidos, sí, pero el jugador los vive. Se me había olvidado y, joder, ha sido una gozada.

Y hemos ganado.

🎙️ *Hockey al límite* — POSPARTIDO CONFERENCIA OESTE-SUR (ESPAÑA-ITALIA-FRANCIA) vs. CONFERENCIA OESTE-NORTE (AUSTRIA-ALEMANIA-REINO UNIDO)

Adrián:

Bienvenidos a *Hockey al límite*. Primer partido del Torneo de las Cuatro Naciones y primera victoria para la Conferencia Oeste-Sur. Tres puntos para los nuestros, frente a un bloque tan duro como Austria–Alemania–Reino Unido. Sara, Carlos…, ¿habéis sobrevivido?

Sara:

Apenas. He gritado tanto con el gol de Julián Alcalá que todavía me pica la garganta. No recuerdo un regreso con tanta energía. Ha sido como si el hielo llevara esperándolo más de una década. Y el público, también.

Carlos:

Yo sigo en *shock* a causa del gol que ha metido. Ha sido de película. Todavía estoy procesándolo.

Sara:

¿Y qué me decís de la compenetración con sus tres pupilos? Los cuatro han estado impecables. Salta a la vista que forman un equipo.

Carlos:

Sí, sobre todo con Elliot.

Sara:

Exacto. Cuando Julián alza la cabeza, Elliot ya está girando. Y viceversa. Se comunican sin necesidad de mirarse. ¿Será porque hay algo entre ellos fuera del hielo?

Carlos: *(Ríe.)*

Llámalo intuición deportiva, química o como quieras. Pero es innegable. Ahí hay algo.

Sara:

Totalmente. Y en cuanto al resto del equipo… Fantoni hoy parecía una muralla, Blake ha vuelto a demostrar por qué es el capitán y Gari ha tenido un segundo tiempo soberbio.

Carlos:

Aunque también ha habido discusiones. Elliot y Di Marco casi se matan, ¿eh?

Sara:

Conociéndolos, tampoco es novedad.

Carlos:

Esperemos que aprendan a conciliar en estas cuatro jornadas.

Sara:

Esperemos.

Adrián:

En resumen: la Conferencia Oeste-Sur ha comenzado fuerte. Muy fuerte. Yo ahora voy a ver el gol de Julián en bucle, y mañana seguimos aquí para contarlo todo, que esto no ha hecho más que empezar.

ELLIOT

No hay nada peor para un jugador de hockey que empezar el partido en el banquillo. Sin embargo, yo podría quedarme aquí feliz, viendo a Julián ahí fuera, en nuestro hielo, deslizándose como si nunca se hubiera ido. La pista es otra cuando él patina. Joder, el mundo entero es otro cuando él patina. Y el hockey no es solo hockey. Es más.

—Controla esa baba, Schmidheiny —se burla Di Marco—. A ver si vas a resbalarte cuando te levantes.

—Cómeme la polla —respondo, sin apartar la mirada del juego.

Blake sigue a Julián como una sombra y Fantoni los cierra a ambos, protegiéndolos con esa precisión suya que normalmente me desespera, pero que ahora celebro. El público ruge cada vez que el stick de Juls toca el puck.

—¡Vamos, Juls! —escucho a mi espalda.

Me giro. Es el francés de Grindr. No me lo puedo creer. ¿En serio? Está bastante cerca de nuestro banquillo, así que aprieto la botella de isotónica y lanzo un chorro al aire, a ver si le da, con un poco de suerte.

—¡Eh! —grita, en inglés—. Me has salpicado.

Bien.

Benji me da una patada suave.

—Te he visto —susurra. Y procede a hacer lo mismo con su bebida isotónica.

—¡Eh, *putain*! —se queja el francés.

Y como no hay dos sin tres…

—¿Es una puta broma? —dice, cuando debe de darle el chorro de Jonny.

…

—¡Cambio! —grita Héctor poco después—. Elliot, Benji, Jonny. Salís.

Me pongo en pie y accedo a la pista. En cuanto mis patines tocan el hielo, el ruido se desvanece. Solo oigo mi respiración dentro del casco, el golpe del stick contra el puck y la vibración del suelo bajo

mis cuchillas. Jonny se hace con el puck y se abre por la izquierda. Benji y yo aumentamos la velocidad. Jonny me lo pasa. Controlo. Giro. Pero es demasiado pronto y me lo quitan. Mierda. Me lanzo detrás del rival, le robo el puck de un golpe y se lo paso a Jonny. Avanzamos. Me lo devuelve. Lanzo. El portero lo roza con el guante y lo saca, por centímetros, de la zona de peligro. Pero seguimos presionando. Jonny aprovecha un rebote, centra; yo me adelanto, amago y disparo.

Gol.

Grito.

—¡Vamos!

Todos nos abrazamos y, poco después, vuelvo al banquillo, con el corazón desbocado. Me siento al lado de Julián, el pulso todavía en mi garganta.

—Bien hecho, Schmidheiny —dice, y me choca el guante, con la mirada llena de orgullo.

…

El partido se vuelve más arduo en el segundo tiempo. El equipo contrario entra fuerte, con contactos que rozan la sanción. Gari recibe un golpe en la rodilla y cae al hielo. Blake se encara con el culpable. Defensa instintiva, supongo. O no. Porque estos días los he visto buscarse en más de una ocasión, aunque aparten rápido la mirada cuando la cruzan. En el banquillo Gari le ha pedido la cinta a Blake. Y Blake se la ha pasado. Y Gari le ha dado las gracias.

…

Di Marco sigue comportándose como un gilipollas.

…

—¿Vas a cubrir tu zona alguna vez o tengo que hacerlo yo también?

…

—¿Podrías levantar la cabeza antes de pasar el puck?

…

—Siempre llegas un segundo tarde, Elliot. Siempre.

…

—Tranquilo, yo cubro a los tres. Tú disfruta del paseo.

…

El entrenador reorganiza las líneas…

—Elliot, entras con Blake y Jonny.

… y funciona. Joder, funciona. Blake me entiende desde el principio. Me lanza el puck en un pase milimétrico y yo, por instinto, se lo devuelvo tras adelantar a dos de nuestros rivales. Él dispara.

Gol.

…

Julián me ajusta el casco y luego yo tengo que ajustarme los huevos.

…

Cuando termina el partido, tras la prórroga, ganamos por dos goles a uno. Estoy empapado, exhausto y feliz.

🎙️ *Hockey al límite* — POSPARTIDO CONFERENCIA OESTE-SUR (ESPAÑA-ITALIA-FRANCIA) vs. CONFERENCIA ESTE-NORTE (SUECIA-FINLANDIA-NORUEGA)

Adrián:

Bueno…, dos puntos más para los nuestros gracias a una victoria en la prórroga. Partido durísimo, ¿eh?

Sara:

Yo he sufrido mucho.

Carlos:

Pero los nuestros siguen invictos y eso es lo que importa.

Adrián:

Mañana jugamos contra la Conferencia Este-Sur, el equipo que no suda, no se cansa y nunca sonríe. Sara, ¿alguna táctica psicológica?

Sara:

Sí. Que alguien les ponga música española en el vestuario, a ver si los descoloca.

Carlos:

Yo voto por reguetón. Nadie sobrevive a eso.

LEO

—¡Pareces un sapo exaltado celebrando el gol, Boo!

—¡Que te jodan, Fantoccini!

Río. Amo jugar al hockey. Joder, lo amo desde que tengo uso de razón. Cada deslizamiento por el hielo, cada golpe de puck, cada gol. Lo siento como si encajara en mi alma. Cuando estoy en la pista, el mundo de fuera desaparece y solo quedo yo, el hielo y la adrenalina corriendo por mis venas.

Y luego está Blake. Él y yo nos acoplamos desde el primer día en que nos vimos en la pista. Porque entiende el juego como yo, respira hockey como yo. Con él a mi lado, todo fluye. Los pases que cruzamos sin palabras. Las jugadas improvisadas que nos salen perfectas, porque sabemos exactamente qué espera el otro. En el hielo, somos un equipo de dos, aunque estemos rodeados de más jugadores. Y fuera de él… fuera Blake siempre podrá contar conmigo. Y sé que yo también con él.

Y luego está Jon. O mejor, Boo. Ay, Boo, lo que te ha costado darte cuenta, ¿eh? Casi tengo que darte un par de hostias.

Y luego está el Torneo de las Cuatro Naciones.

Donde Blake y Jon siempre se sientan juntos a quitarse los patines, en silencio, hasta que uno dice algo banal y el otro ríe con ímpetu. Donde los empujones, los pellizcos y las zancadillas rozan lo íntimo. Donde se ajustan el cuello del jersey el uno al otro. Donde el tono de voz que usan entre sí es distinto al que utilizan con el resto. Hay un registro que solo les pertenece a ellos. Un sarcasmo más suave. Una risa más baja. Una forma de pronunciar el nombre del otro que nadie más usa.

Donde, después de un partido, se tumban en el suelo del vestuario y respiran al mismo ritmo. Y yo muero de ternura viéndolos a ellos felices.

Donde Blake y Julián se cubren instintivamente. Si alguien va a golpear a uno, el otro se interpone por instinto. Y cuando suena la bocina, se buscan entre la gente.

Donde Elliot, Benji y Jonny comparten sus celebraciones personalizadas —un par de gestos ridículos, que solo hacen ellos después de marcar— y muecas de frustración sincronizadas. Se pasan la mano por el casco al mismo tiempo, niegan con la cabeza cuando algo falla y golpean la portería con los sticks, partiéndolos por la mitad, cuando se cabrean. Cuidan los unos de los otros, ajustándose los patines y el casco cuando lo necesitan.

Donde Blake y Gari empiezan a confiar de nuevo. Cuando el entrenador les da una indicación conjunta, se miran un segundo antes de asentir; si uno comete un error, el otro lo cubre.

Donde Julián y Elliot patinan al mismo ritmo, los mismos giros, como si hubiesen aprendido a moverse leyendo al otro. En medio del caos solo se escuchan entre sí. Incluso entre cientos de gritos: uno llama y el otro responde de inmediato.

Donde Elliot y Di Marco han comenzado con una sincronía forzada, pero a medida que comparten minutos de partido, sus movimientos empiezan a coordinarse y se anticipan al otro, a pesar suyo. De repente, se entienden. De repente, marcan juntos. De repente, el respeto gana, aunque sea a regañadientes. En el banquillo repasan la jugada, hombro con hombro, murmurando.

—Si entras tú por izquierda, yo abro hueco en el centro.

—Perfecto. Lo probamos en el siguiente cambio.

El entrenador deja de vigilarlos porque sabe que ya no es necesario.

—¿Ves, Schmidheiny? Sabía que acabaríamos jugando bien juntos.

—No te emociones. Solo era cuestión de que me siguieras el ritmo.

Ah, el Torneo de las Cuatro Naciones… Donde el cronómetro llega a su recta final y volvemos a ganar el puto partido.

🎙️ *Hockey al límite* — POSPARTIDO CONFERENCIA OESTE-SUR (ESPAÑA-ITALIA-FRANCIA) vs. CONFERENCIA ESTE-SUR (ISLANDIA-SUIZA-CHEQUIA)

Adrián:

¡España consigue otro punto! ¿Estamos soñando o qué?

Sara:

Me da igual si es un sueño. A mí no me despertéis.

Carlos:

Yo solo pido una cosa: que alguien compruebe si el portero rival sigue de una pieza después del golazo que le ha metido Jonny. La puntería de este chico es de otro planeta.

Adrián:

España se clasifica para la final. Repito: ¡España está en la final del Torneo de las Cuatro Naciones!

(El regidor del programa carraspea y le hace una seña al presentador.)

Adrián:

Uy, perdón. Sur-Oeste. ¡Sur-Oeste! ¡La Conferencia Sur-Oeste de Europa está en la final del Torneo de las Cuatro Naciones!

Sara:

Lo voy a poner en mi currículum.

Carlos:

Yo, en mi perfil de Tinder.

JONATHAN

Hay algo en el silencio que precede a un partido importante que siempre me deja sin aire. No el ruido de la grada, ni los gritos del entrenador, ni el chirrido de las cuchillas al calentar. No. Es ese segundo en que tomo consciencia de que está a punto de comenzar un partido importante.

Más tarde, en los primeros minutos de juego, hay un momento que nos pertenece solo a Blake y a mí. Una jugada perfecta donde yo le paso el puck entre dos rivales y él gira sobre el hielo como si flotara. El gol entra y los dos gritamos y chocamos las palmas en medio de la pista. Después nos deslizamos juntos, concentrados, tras Jeremy Crawfold.

—Siempre flexiona la pierna izquierda antes de lanzar —le chivo a Blake.

Jeremy se acerca a la portería, y esa mínima torsión en su rodilla nos da la señal que necesitamos. Blake corta el ángulo con un movimiento rápido mientras yo bloqueo el espacio que Crawfold intenta aprovechar. Lanza, pero… el puck no llega a la portería.

—¡Hijos de puta! —grita, frustrado.

—Y solo estamos calentando —responde Blake, divertido—. Considera esto tu sesión de cardio del día.

—No me digas que vas a llorar —intervengo yo.

Jeremy sonríe.

—Tú llorarás primero, Ros. Te lo prometo. La venganza va a ser épica. Y completamente legal.

—Legal, sí… —bromeo—. Pero hoy no hueles la portería.

—Luego te invitamos a una copa, Jer —añade Blake.

—O a una bombona de oxígeno —remato yo.

Jeremy se aleja riendo y resoplando a la vez. Blake y yo chocamos los cinco y nos preparamos para la siguiente jugada.

El resto del partido transcurre entre carreras, bloqueos y risas contenidas. Cada vez que Jeremy o alguno de los suyos intenta acercarse a la portería, Blake y yo nos anticipamos como dos tortolitos que vuelan sincronizados. El puck corre de un lado a otro,

los gritos del público se mezclan con nuestros jadeos, y en medio de todo sentimos esa armonía absurda y perfecta que nos hace imparables. Nos guiñamos el ojo y, por un instante, el mundo entero desaparece, salvo el hielo bajo nuestros patines y la adrenalina en las venas. Jugar así junto a él, como si fuéramos uno solo…, es de esos recuerdos que no se olvidan y que sabes que siempre querrás repetir.

Y luego está ese otro silencio. El que te paraliza el corazón. El que se instala cuando apenas quedan dos segundos para que acabe y Jeremy embiste con tanta fuerza a Blake que este sale volando hasta estrellarse contra la valla. El impacto me resuena en los huesos. El estadio entero grita. Blake cae bocarriba sobre el hielo, inmóvil. Entonces…, nada. No hay nada. Solo silencio. Como si alguien hubiera apagado el mundo.

Suelto el stick y corro hacia él. Me arrodillo a su lado. No se mueve. Blake no se mueve. Debería levantarme y matar a Crawfold, pero no puedo. No puedo porque Blake no se mueve.

—¡Blake! —grito, con la voz rota—. ¡Eh, mírame! ¡Blake! —Le quito el casco con manos temblorosas. Un montón de personas empiezan a rodearnos. Los árbitros. Héctor, que creo que clama mi nombre. Jugadores. Siento manos que me apartan, voces que me llaman, pero no oigo nada—. Vamos, Boo. Abre los ojos. ¡Vamos! Vamos, por favor —susurro, y le aparto el pelo de la frente—. Vuelve, por favor. Vuelve conmigo —suplico, pero él no responde. Ni un parpadeo.

Siento que me hundo.

Me hundo.

Me hundo.

Y hago la única estupidez milagrosa que se me ocurre. Sin dejar de acariciarle la cara, comienzo a cantar esa canción que tanto le gusta, y que me he aprendido de memoria con el paso de los años:

—«*Girls in white dresses with blue satin sashes*». —Me sorbo los mocos, que apenas me dejan cantar. Y mi voz reverbera en toda la pista, como si estuviera entonando el himno nacional antes del partido. ¿Por qué escucho mi voz en toda la pista como si estuviera entonando el himno nacional antes del partido? Me escucho

demasiado alto, como si el estadio entero hubiera sido muteado, excepto mi voz. Debo de estar cerca de algún micrófono. ¿Y por qué Blake es el único que no me escucha?—. «*Snowflakes that stay on my nose and eyelashes. Silver-white winters that melt into springs. These are a few of my favorite things*».

Entonces Blake abre los ojos. Y yo cierro los míos, aliviado. El aire vuelve de golpe a mis pulmones.

—Una interpretación preciosa, Boo —me dice.

Casi me desplomo sobre él, más aliviado que nunca en mi puta vida, pero Blake se incorpora, hinca una rodilla en el hielo y mete la mano dentro del guante. Y saca algo. Tardo varios segundos en procesar lo que es. Un anillo. Es un anillo. Es un anillo.

—Sí, Boo, es un anillo. ¿Quieres casarte conmigo? —me pregunta, con la voz tomada por la emoción. También le tiemblan las manos. Y yo no sé si reír o llorar. O morir, directamente.

Silencio. Un segundo. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Y el estadio explota.

—¿Es una puta broma? —le pregunto, incrédulo, con el corazón pendiendo de un hilo.

—No —niega, serio, pero con ojos brillantes—. No es una broma.

—Me has dado un susto de muerte, imbécil.

—Estaba todo preparado. No asesines a Crawfold, ¿vale?

—¿Qué? ¡¿Es una puta broma?! ¡Me has dado un susto de muerte! —insisto. Creo que estoy llorando—. Voy a matarte.

—Vale —Blake también está llorando—, pero cásate conmigo antes.

No respondo. Solo lo agarro por el cuello de la camiseta y lo beso. Largo. Fuerte. Frente a miles de personas. El estadio se viene abajo. Uno de los árbitros toca el silbato, en un intento por restablecer el orden y que continúe el partido, puesto que aún faltan dos segundos para que termine, pero es inútil. Nadie lo escucha. El público no deja de corear nuestros nombres. Elliot y Benji me abrazan con fuerza. Y a mí ya me da igual todo.

De alguna manera, consiguen reanudar el encuentro. Y dos segundos después, suena la bocina final. El público ruge. El mundo

se sacude. Y Blake y yo permanecemos abrazados en el centro del hielo.

Y hemos ganado.

🎙️ *Hockey al límite* — POSPARTIDO CONFERENCIA OESTE-SUR (ESPAÑA-ITALIA-FRANCIA) vs. CONFERENCIA ESTE- SUR (ISLANDIA-SUIZA-CHEQUIA)

Adrián: *(Ojos anegados de lágrimas.)*

¡España, campeona de las Cuatro Naciones! ¡Y Blake y Jonny se casan! ¡Entre ellos!

Sara: *(Ojos anegados de lágrimas.)*

No tengo palabras. Os juro que no tengo palabras.

Carlos: *(Ojos anegados de lágrimas.)*

Chicos, si esto no merece una paella nacional, no sé qué lo hará.

Adrián:

Esto merece fiesta nacional y un puto documental. Gracias por acompañarnos, Sara, Carlos, y todos los que habéis creído en el hockey español y en el amor. ¡Nos vemos en la temporada regular de la LEH en *Hockey al límite*!

🎙️ *Hockey al límite* — INFORMACIÓN DE ÚLTIMA HORA

Adrián:

Me informan por pinganillo de que los jugadores de las tres confederaciones que no se han proclamado vencedoras se han afeitado la cabeza. Todos y cada uno de ellos.

Sara y Carlos: *(Ríen.)*

Huele a apuesta.

BLAKE

—Blake, dile a tu hermano que me coja el teléfono —me suplica Gari, casi llorando, antes de volver a Nueva York—. Necesito que me coja el teléfono. Por favor.

—Díselo tú. Sigues en el muro familiar.

Gari frunce el ceño.

—¿Dónde?

—El grupo en el que te metió Bran, y que silenciaste hace años. Sigues ahí.

—No me jodas…

—Jamás se me ocurriría. Adiós, Gari. Buen vuelo.



Gari: Bran…

Gari: Lo siento. De verdad, lo siento mucho. Me dejé arrastrar por el calentón del momento y dije cosas que no debía, que jamás quise decir. La distancia me estaba matando, y volqué toda mi frustración sobre ti. Por favor, cógeme el teléfono. No para que me des otra oportunidad, sino para escucharme. Para que sepas que te echo de menos. Que extraño a mi mejor amigo. Por favor.

Brandon eliminó a Gari

65

JONATHAN

Seis meses después. Junio. Último partido de los play-off de la LEH. Demonios contra CAR Jaguars. Primera final, en años, en la que se enfrentan dos equipos del mismo país

—Me voy a correr —gime Blake.

Afianzo bien mi mano alrededor de su polla y lo masturbo más fuerte aún. Su preciosa cabeza cae hacia delante, contra mi hombro, y yo le agarro la cintura con la otra mano. Comienza a jadear. Le quedan segundos. Conozco bien esos jadeos suyos.

—Córrete por toda mi polla —le digo, y acerco mis caderas a las suyas.

Un segundo después, su cuerpo se tensa. Otro segundo después, se corre, gritando como un desquiciado y pringándome los dedos y *toda mi polla*. Joder. No deja de masturbarme. Y su semen, caliente, sobre mí, me precipita al orgasmo sin defensa posible. Eso sí, en el último instante, apunto y salpico *toda su polla*.

Ambos dejamos caer las manos al mismo tiempo. Y ambos nos quedamos inertes en brazos del otro, estabilizando la respiración, disfrutando de los últimos espasmos. Y mezclando nuestras eyaculaciones, una vez más.

—No te limpies —me pide Blake al tiempo que me sube los pantalones de compresión—. Quiero que juegues con mi semen por toda tu polla.

Río.

—Eres un guarro.

—No te preocupes —se sube los suyos—, yo tampoco voy a limpiarme.

Gimo. Me plantearía una segunda ronda si tuviéramos tiempo. Incluso una tercera. Me plantearía pasarme la tarde entera follando con Blake si no tuviera que *joderlo* a base de bien en el hielo.

Me dispongo a meterle la lengua en la boca, a ver si lo aturdo un poco, pero la puerta del vestuario se abre de sopetón. No nos da tiempo a separarnos. Bueno, al menos nos han pillado con los pantalones subidos. Sin embargo, eso no evita los abucheos de *todo mi equipo*.

—Tíooo —se quejan.

—Joder —Elliot—, en serio que estoy hasta la polla de verle el culo a Blake.

—Súbete bien los pantalones, anda —le aconseja Cannon a su hermano.

—¿Te has equivocado de vestuario, Donnelly? —pregunta Julián, que justo entra junto con su padre. En la pista comienza a sonar *I gotta feeling*, de Black Eyed Peas.

—Eso parece —responde Blake—. Aquí huele a derrota.

—Lárgate —le dice Julián.

—Nos vemos en el hielo, gatitos —azuza él, de camino a la salida, como si fuera el rey del mundo, a pesar de que aún lleva el pantalón arrugado por la parte de atrás. Nos guiña un ojo a todos. Eduardo le estrecha el hombro cuando pasa por su lado. Después se cruza con Benji en la puerta—. Chao, pastelito.

Benji le enseña el dedo corazón en respuesta. Elliot se acerca a Julián bailando al ritmo de la música. «*Monday, Tuesday, Wednesday and Thursday. Friday, Saturday, Saturday to Sunday*». Julián le da un sonoro beso en los labios.

—Chicos… —nos dice entonces—, miradme todos un segundo. Nadie llega aquí por mera suerte. Nadie alcanza una final porque el

destino se despista. Estamos aquí porque lo hemos sangrado.

»Os he visto crecer desde dentro. He visto cómo pasabais de dudar de vosotros mismos a miraros y entenderos sin palabras. Y eso, esa complicidad, esa entrega, es lo que nos ha traído hasta aquí. No os voy a decir que disfrutéis. Las finales no se disfrutan, se sienten. Se sufren. Se muerden. Y luego, si todo sale bien, se recuerdan toda la vida. Cuando salgáis ahí fuera, no penséis en el rival. Pensad en lo que sois. En lo que os ha costado llegar hasta aquí. En las veces en que habéis pensado que no podíais más y, aun así, seguisteis. Y cuando os patine el pulso, buscad una mirada de vuestro compañero. —Elliot entrelaza una mano con la mía, y la otra con la de Benji—. Y recordad por qué empezasteis a jugar. Porque si hoy ganamos, no será por mera suerte. Será porque lo merecíamos desde hace mucho.

»Vamos a escribir lo que nadie creía posible. Vamos a hacer historia. Gracias, papá —le dice a Eduardo, emocionado como nunca lo he visto—, por darnos la oportunidad. Y ahora…, salid ahí y demostradles quiénes somos.

—¡A por las ratas! —grita Cannon, con los ojos encharcados.

—¡A por ellas! —gritamos todos.

El partido transcurre como de costumbre.

Solo que las gradas están más a reventar de lo habitual. Hay espectadores incluso sentados en los escalones, sin un asiento asignado. Y una pantalla gigante en la calle, de veinte metros de ancho por diez de alto, con miles de personas debajo, vestidas de rojo y azul.

Solo que la energía no es la misma. Es otro ruido. Otro aire. Otra electricidad. Los himnos de ambos equipos suenan durante más tiempo. Las luces tardan más en apagarse del todo. Y el silencio que antecede al primer toque de silbato es una respiración contenida.

Demonios y Jaguars no bromeamos en el precalentamiento. Ellos no maúllan, y nosotros no tarareamos la melodía de *Misión imposible*.

Mi pulso late más rápido. Y el pitido en mis tímpanos suena mucho más grave.

Cuando comienza el partido, algunos lloran y otros se abrazan.

Los goles que metemos se celebran como estallidos colectivos. Y los que nos meten los sentimos como latigazos en el pecho.

Apretamos la mandíbula cuando nos vamos a la prórroga. Los guantes pesan el doble.

Y entonces…, entonces simplemente sucede. Un pase medido. Un cambio de línea a destiempo. Y un jugador que patina medio metro de más. Lo veo antes de que ocurra. Antes incluso de que el puck toque mi stick. Lo veo como si alguien hubiera dibujado una línea invisible desde el centro del hielo hasta la portería del contrario. Una autopista limpia, brillante y condenada. El defensa que tengo más cerca gira el cuerpo; el otro malgasta un segundo siguiendo la dirección equivocada y, en ese momento, en ese maldito momento, el hueco se abre. Tan nítido que casi duele. Tan perfecto que parece planeado por un ente superior. Blake viene hacia mí, patinando como si lo persiguiera el mismísimo diablo, con la cara desencajada detrás del casco, pero es demasiado tarde. Oh, Boo, es demasiado tarde. Sonrío. Y le lanzo un beso. Levanto el stick. Lo llevo hacia atrás. Un escalofrío me recorre. Me trepa desde las piernas hasta el pecho. La adrenalina espolea mis músculos. Y todo dentro de mi cabeza grita: «Ahora. Ahora, Jonny». Así que lanzo. Con todas mis fuerzas.

El golpe resuena antes de que mi cerebro procese el movimiento. Después solo queda mirar. Y todo se ralentiza. El ruido del público se apaga. El ruido del mundo entero se apaga. Solo queda una línea negra desplazándose a cámara lenta sobre el blanco, pasando al lado de un Demonio, dos, tres, sin que puedan impedirlo. El portero ni siquiera lo ve venir. El puck golpea la red. Las luces se encienden. El marcador cambia automáticamente. Y el silencio que sigue es brutal. Un segundo suspendido en el tiempo, donde el estadio entero parece dudar de lo que acaba de ocurrir. Y yo dejo de respirar. Y de sentir. No oigo nada. Ni siquiera mis propios latidos. Es como si saliera de mi propio cuerpo. Solo veo el puck quieto al fondo de la portería, todavía girando dentro de mi cabeza.

Pero el mundo explota a mi alrededor. La ola. El rugido. Las bocinas. Los cascos. Los gritos. Los cuerpos abalanzándose sobre mí. Lo he conseguido. Lo he hecho. He hecho algo bueno. Pienso en

mi abuelo. En su voz. En sus palabras. Sí que valgo para algo. Sí que valgo para algo, joder. No soy solo lo que él decía de mí. Y por primera vez, me oigo a mí mismo y me creo. Meto la mano dentro de mi camisa, busco la medalla de mi madre, me la arranco y la tiro al suelo. Se acabó. Se acabó para siempre. Pierdo el equilibrio; no sé si por lo que acabo de hacer o por el peso de la gente que se agolpa a mi alrededor. Sin embargo, alguien me sujeta. Y me habla al oído.

—No voy a dejarte caer —me dice—. Jamás voy a dejarte caer.

Es Blake.

—Sí quiero —le digo.

—¿Sí quieres, qué?

—Sí quiero casarme contigo.

Ríe.

—Más te vale, porque ya aceptaste hace cinco meses. —Me toma la barbilla e inclina la cabeza—. ¿Estás bien?

—Muy bien.

Nos fundimos en un abrazo y todo da vueltas. No sé durante cuánto tiempo. Pero es perfecto. Tan perfecto que podría quedarme así para siempre. Él y yo respirando el mismo aire helado, pegados pecho contra pecho, nuestro sudor entremezclado y el corazón marcando el mismo ritmo desaforado. El rugido del estadio, convertido en un zumbido lejano. Las luces, los flases y los gritos, disueltos hasta esfumarse.

Entierro la cara en su cuello. Huele a casa. A jazmín y naranja. Alguien me ha quitado el casco y ni siquiera me he dado cuenta. Y Blake me aprieta más fuerte, como si temiera que el mundo volviera a irrumpir entre nosotros si afloja un poco.

Entonces vuelvo en mí. La música de *Fix you*, el *spring* final, a todo volumen, me envuelve. Y observo en derredor. Oh, Dios mío. El público ha tirado los cristales abajo. La pista está llena de gente. El equipo al completo. Julián. Patrick. Rubén. Compañeros del CAR. Álvaro. Joder, Álvaro. Todos los Donnelly. Eduardo. Su mujer. Y rostros que no he visto en mi vida. Los árbitros tratan de controlarlo, pero es incontrolable. Hay bufandas de nuestro equipo por todas partes. Y camisetas. Y guantes. Globos. Confeti. Banderines. Es una

puta locura. Y yo estoy llorando. Y Elliot. Y Benji. Hemos ganado. Joder, hemos ganado.

—Hemos ganado —me dice Elliot, y se lanza a mis brazos.

Benji se une. Y Álvaro.

—Sois de lo mejor que me ha pasado en la vida —les digo, sin dejar de llorar—. Os quiero mucho.

—¡Jonny! ¡Jonny! —escucho entonces, entre la multitud enloquecida que me rodea—. ¡Jonny!

Me separo de mi gente. Esa voz me suena un montón. Busco al propietario con la mirada. Y lo encuentro.

—¿Richi?

—Tío. —Nos fundimos en un abrazo y me da un beso en la cabeza—. Eres grande. Eres muy grande. Enhorabuena.

Sonrío como un lunático.

Segundos después, descubro que la copa Titlis pesa más de lo que pensaba. No por el metal ni por la magnitud absurda del trofeo, sino por todo lo que conlleva. Me la entregan con un apretón de manos, los flases explotando a mi alrededor y el pabellón en pie. Durante un segundo no hago nada. La miro. Veo reflejadas las luces, el hielo, las gradas a reventar… y entre todo ello, me veo a mí. Trago saliva, cierro los dedos en torno a la base y alzo la copa por encima de mi cabeza. El rugido es inmediato, salvaje, tangible. Me atraviesa el pecho. La levanto todo lo alto que puedo, con los brazos temblando, y grito.

—¡CAR JAGUARS!

Y entonces aparece Blake. Me rodea la cintura sin previo aviso y me levanta a mí también, como si no pesara nada. El trofeo sigue en alto; yo me río, el público enloquece todavía más. Blake apoya la frente en mi costado y me estrecha fuerte, orgulloso, como si la copa fuera suya y mía a la vez. Y lo es. Porque aunque yo la sostengo, es él quien nunca me dejará caer.



Caylin:

Enhorabuena, mis gatitos.

Jonny:

Este trofeo también es tuyo.

Elliot:

Nos has faltado, rubia.

Benji:

Pero te hemos sentido entre nosotros.



Queridos CAR Jaguars y Julián Alcalá:

Desde la dirección del centro queremos felicitaros de todo corazón por esta histórica victoria en la Liga Europea de Hockey. Haber llegado a la final por primera vez ya era un logro excepcional, pero conseguir el título demuestra la entrega, la disciplina y el talento que os ha caracterizado siempre.

Queremos destacar a Julián, cuya visión, liderazgo y compromiso con el equipo han sido claves para que los jugadores superen cada desafío y alcancen su máximo potencial. La pasión que ha transmitido al vestuario y sobre el hielo se refleja en cada jugada, en cada pase y en cada gol que nos hace vibrar a todos.

Este triunfo no es solo vuestro; es también una inspiración para todos los atletas del CAR. Habéis demostrado que la constancia, la unidad y la determinación pueden convertir un sueño en historia.

¡Enhorabuena, CAR Jaguars! Estamos muy orgullosos de vosotros

@Dirección

Dios, estoy llorando

@Dorita.Aroca

Joder, estoy llorando hasta yo

@Mikel.Ayesta

Estamos llorando todos

@Víctor.Cañas



La noche se difumina, pero conservo algunos retazos.

Yo entrando en el bar de Benji mientras de fondo suena *Amante bandido*, de Miguel Bosé. Blake, guapísimo, al otro lado del local.

Bailar juntos. Toda la noche. O casi toda.

Cerveza. Y muchos chupitos.

Los Demonios celebrando nuestra victoria como si fuera suya.

Más chupitos.

El padre de Blake abrazándome. Y Sofía. Y Fallon. Y Brandon. Y Chloe. Y Axel. Incluso el imbécil de Fantoni. Y Núria.

Más chupitos.

Yo encaramado a la espalda de Álvaro; nos tambaleamos. Él se sienta en el borde de una fuente, pero ambos perdemos el equilibrio y caemos hacia atrás, al agua.

Más chupitos.

Uno de los días más felices de mi vida, a pesar de que apenas voy a recordarlo, por culpa de los chupitos.



Es muy poco probable que alguien lea esto a estas horas, pero lo dejo para cuando os despertéis.

Mañana habrá una concentración en el comedor. ¡Y dónuts para todos! Queremos recibir a nuestros gatitos como se merecen.

Sigo sin poder parar de llorar.

Os juro que no me cabe el orgullo en el pecho.

Porque puede que yo no sea su entrenador, pero los siento tan míos como a mis queridos taekwondistas

@Administrador

¡Víctor, joder!

@Cristian.Montaño

¿Qué?

@Administrador

Estás escribiendo desde la cuenta del administrador

@Nicki.Monteserin

No me jodas

@Administrador

Sí te jodo

@Cristian.Montaño

¿Se puede borrar?

@Administrador

🤦‍♀️

@Nicki.Monteserin

Mañana, reunión de urgencia, Juls

@Cristian.Montaño

Lo siento.

Mierda. Sigo como administrador

@Administrador

Ya

🙄

@Víctor.Cañas

Epílogo

BLAKE

Catorce años después. Octubre

Abro la puerta de casa a las tantas de la noche, con el cuerpo todavía vibrando por el viaje en avión y la cabeza atascada en diez, espera, no, *once* sistemas defensivos que habrían evitado la mayoría de las cagadas cometidas en el partido de esta noche contra los malditos Coliseos. Pensé que ser entrenador sería distinto. Pensé que ser el *entrenador de los Demonios* sería distinto. Pensé que, al dejar de jugar, mi cabeza aprendería a descansar. Pero me equivoqué. Ahora pienso más que nunca. Todo el tiempo. Aun así, me flipa, como diría Mia. Cuidar de un grupo de personas que aún no sabe en qué puede convertirse. Transformar el error en aprendizaje. Enseñar a perder sin romperse. Y a ganar sin volverse imbécil. Ser «casa» mientras permanecen lejos de sus hogares y de su gente. Entrenar para que crezcan, incluso si eso significa que durante un tiempo me odien un poco. No entraba en mis planes ser entrenador; sin embargo, supongo que algunas cosas simplemente suceden. Y las piezas encajan justo donde deberían.

El aroma a madera y a algo dulce que flota en el aire inunda mis fosas nasales. Y el calor de mi hogar. Oh, joder, esto sí que me *flipa*, más que nada en el mundo.

Blaky, como siempre y a pesar de los años que tiene, me recibe en la entrada con un «miau» y una caída dramática, tras la que queda panza arriba. Esbozo una sonrisa y me inclino para acariciársela. Al final, nos hicimos amigos. Yo ya sabía que íbamos por el buen camino cuando comenzó a rodar sobre sí mismo en el suelo de mi casa.

Cierro la puerta principal con cuidado. La tele está encendida y parpadea azul desde el salón. Dejo las llaves en el mueble de la entrada, doy un par de pasos y… la estampa de mi familia me golpea el corazón. Bum. Aún no me acostumbro.

El sofá parece una trinchera, con los dos cheslones abiertos todo lo que dan de sí. Mi marido está en el medio, descalzo, con un pantalón de chándal de color gris y una antigua camiseta mía que le queda perfecta. Una niña se apoya en su pecho. La otra extiende las piernas por encima de las suyas. Los tres respiran desacompasados pero tranquilos. En la pantalla, *Pedro y el dragón Elliot*. Me quedo quieto. No porque tema despertarlos, sino porque no quiero romper esto. Porque llevo días rodeado de caos y aquí, en cambio, todo está en su sitio.

Me acerco y cojo en brazos a la mayor, Mia, de ocho años. Siempre ha sido la más tranquila. Se engancha a mí incluso dormida; sabe quién soy sin necesidad de abrir los ojos. Subo las escaleras despacio, contando los escalones, me adentro en su dormitorio y la poso con cuidado en su cama. La cubro con el edredón.

—¿Papá? ¿Has vuelto ya? —me pregunta. Continúa sin abrir los ojos.

—Sí, cariño.

—Mañana es el gran día.

—Lo sé.

—Hemos hecho galletas.

Sonrío sin remedio.

—Lo he olido.

—Te hemos dejado cuatro.

—¿Tantas? ¡Son un montón! Gracias, Miniboo.

Suspira, satisfecha.

—Te quiero.

—Ya lo sé. Yo más.

Minutos más tarde, repito la operación con la pequeña, Maya, de cinco años. Esta pesa menos, pero se agarra peor. Eso sí, hunde la cara en mi cuello y me olisquea en sueños, como siempre. La tumbo en su cama, junto a la de su hermana, y le acomodo el peluche. Ni se entera. Siempre duerme como un tronco.

Cuando bajo de nuevo al salón, Jon sigue en la misma postura. Me dejo caer encima de él, agotado, y lo *olisqueo* antes incluso de tocarlo. Debe de ser cosa de familia. Le rodeo la cintura. Encajo mi frente en su clavícula. Respiro. Por primera vez en días, no tengo prisa por ir a ningún sitio.

Hogar, dulce hogar.

JON

Me despierto en mitad de la noche. Blake está dormido, en perpendicular a mí; todavía lleva puestos el traje y los zapatos. Tiene el pelo revuelto y una pierna colgando. Ha debido de llegar agotado, para caer rendido así.

Me deslizo sigiloso por debajo de su cuerpo y voy a buscar un pantalón de pijama. No se despierta. Solo suspira, grave, profundo. Cuando regreso, le quito la chaqueta con cuidado. Le aflojo la corbata y se la saco por la cabeza. Le desabrocho los botones de la camisa, uno tras otro. También lo desprendo de ella. Después, de los zapatos, que dejo en el suelo. Le desabrocho el cinturón. Se mueve.

—Jon… —murmura.

—Estoy aquí.

Eso basta para que vuelva a dormirse. Le bajo el pantalón y le pongo el pijama. Me tumbo a su lado y lo contemplo un instante. Tantos años y todavía me parece irreal que sea mío.

Sin poder resistirme, le beso la sien, luego la comisura de los labios, después las mejillas. Entonces sí abre los ojos, a medias.

—¿Ya estoy en casa? —susurra.

—Desde hace rato. Te ha dado tiempo a quedarte dormido en el sofá, y todo.

Me rodea con un brazo y me atrae hacia su pecho. Huele a hockey, a avión, a cansancio y a él. Le beso el cuello. La clavícula. Y arrastro las manos por sus piernas. Siento cómo su respiración cambia. Cómo su cuerpo despierta antes que su cabeza. Blake busca mi boca. Y la encuentra. Nos conocemos incluso en la oscuridad. Incluso medio dormidos. Nos movemos despacio, adaptándonos el uno al otro. Las manos recorren espaldas, hombros y costados. Los cuerpos se buscan, se acomodan, se empujan, se aprietan. Los suspiros se mezclan con tenues gemidos. Los latidos se acoplan. Cambiamos de posición, nos rozamos, nos sostenemos. Y cuando terminamos, nos quedamos quietos, unidos, sudados, con su frente apoyada en la mía y mi mano en su espalda.

—Te he echado de menos, Boo —dice.

—Y yo a ti —respondo.

Y volvemos a quedarnos dormidos, enredados.



—¡Papá!

Abro los ojos justo a tiempo para ver dos siluetas entrar en el salón como dos tornados. Una más alta que la otra, por una cabeza, aunque la pequeña se empeñe en decir que apenas son unos milímetros.

—¡Papá, despierta! ¡Es tarde! —exclama mi hija mayor.

—¡No es tarde! —protesta la pequeña—. Es temprano tarde.

Blake gruñe algo ininteligible y se tapa la cara con el primer cojín que encuentra. Blaky huye hacia la cocina como un cobarde. Adora a las niñas, pero solo a ratos. Y cuando están recién levantadas, no es uno de esos ratos. La verdad es que ninguno en que estén despiertas es uno de esos ratos.

Yo sonrío antes de incorporarme.

—¿Qué hora es? —pregunto, frotándome los ojos.

—¡La hora de mi primer partido de hockey! —Mia se sube al sofá, encima de nosotros, y me hace cosquillas.

—¡Eh! ¿Por qué me haces cosquillas? —pregunto, retorciéndome.

—Porque tú siempre tardas más en despertarte.

—¡Qué mentira!

—¡Qué verdad! —secunda Blake, y se incorpora.

Está despeinado, guapísimo, y yo lo observo y pienso, una vez más, que no tengo ni idea de cómo hemos llegado hasta aquí. Eso no quita que mis manos vuelen hacia su cabeza y lo despeinen más todavía, en venganza por su comentario. Y para que se espabile del todo.

Las niñas ríen a carcajada limpia y se suman a la causa.

—Vale, vale, ¡me rindo! —grita Blake—. Dejad mi pelo en paz. Y vosotras venid aquí, monstruos —les dice a las niñas, y tira de

ambas para abrazarlas.

Las niñas chillan. Yo aprovecho para dirigirme a la cocina, a preparar el desayuno. Veo que tengo un mensaje en el teléfono, olvidado desde la noche anterior sobre la encimera:

Álvaro:

La mejor de las suertes para mi ahijada, aunque no la necesita.

Lo va a petar, como hizo su padre.

Dale un beso muy fuerte de mi parte, ¿vale?

Y otro para la pequeña.

Siento no poder estar ahí.

El próximo no me lo pierdo.

Os quiero.

Jonny:

Dime a qué padre te refieres.

Álvaro:

Ja, ja.

No.

Jonny:

Traidor.

Álvaro:

Yo también te quiero.

Jonny:

Un montón. Lo sé.

Disfruta.

Nos vemos en unos días.

Dejo el teléfono de nuevo sobre la encimera, con una sonrisa. En la casa resuenan pasos, maullidos, gritos y una discusión absurda sobre no sé qué pijama de dinosaurios. Cuando ambas se sientan a comer, me apoyo en el marco de la puerta. Blake me rodea por detrás y posa la barbilla en mi hombro.

—A veces me cuesta creer que sean reales —confieso.

—Son muy reales —responde—. Especialmente cuando te despiertan un domingo.

Sonrío, y Blake me besa la sien.

—¿Recuerdas cuando pensábamos que no sabríamos hacerlo? —le pregunto.

—Todo el rato.

—¿Y ahora?

—Ahora seguimos sin saberlo. —Sonríe en mi cuello—. Pero parece que funciona.

—Ropa —anuncio, una vez que las niñas terminan de desayunar —. Dientes. Cara. Manos. Peinado mínimamente aceptable. No pienso llegar al estadio con vosotras pareciendo dos Gremlins. Bastante tengo con que seáis rubias.

Ambas corren hacia el baño, luchando cada una por llegar la primera. Y entonces…

—¡Papáááá! ¡Maya está usando mi cepillo!

—¡No es tu cepillo, es el azul!

—¡Es *mi* azul!

Blake suspira.

—Voy yo —dice.

Cuando entro en el baño minutos después, las dos están frente al espejo, con la boca llena de pasta de dientes, midiéndose como si fueran rivales históricos. Blake intenta poner orden, sin éxito.

Las observo, con sus camisetas desparejadas, el pelo imposible y los calcetines mal puestos, y pienso en lo que ha cambiado y en lo que no. Pienso en mi abuelo, que falleció hace unos años, solo. Pienso en mi madre. Y en mi padre.

Sigo teniendo miedo a perder lo que amo. Sigo queriendo proteger demasiado. Sigo creyendo que la felicidad es frágil. Pero ahora también sé que el amor puede quedarse. Que puede crecer.

Que puede llenar una habitación de ruido, risas y caos. Que puede llamarte «papá» con la boca llena de pasta de dientes.

—Hoy es un día importante para Mia —afirmo—. Así que vamos a portarnos bien, ¿OK?

—¿Habrá tarta? —pregunta Maya.

—No es un cumpleaños, cariño.

—¿Habrá música?

—Eso sí.

—¿Puedo bailar con la prima Casi?

—Si ella quiere —respondo.

—Ella siempre quiere bailar conmigo.

Sonrío. Es cierto.

—¿Vendrán todos los primos?

—Por supuesto.

—¡No vamos a caber todos en la pista!

—No te preocupes, nos apretaremos.

Al cabo de veinte minutos salimos de casa, tarde, como siempre, rumbo al estadio de los CAR Jaguars. Blake me coge la mano. Catorce años después.



Asumo que es real cuando Mia se ata los patines. No están simétricos. De hecho, uno lo ha tensado más que el otro. Pero lo ha hecho ella sola. Con la lengua asomándole un poco entre los dientes, concentrada como si estuviera desactivando una bomba. Me mira cuando acaba, con el pecho inflado, en busca de aprobación.

—¿Así está bien? —pregunta.

Trago saliva.

—Está perfecto.

No es verdad. Pero no importa. Nada importa salvo que hoy es su primer partido importante. Y que Blake está al otro lado de la pista, hablando con los árbitros, en esa postura suya que no ha

perdido jamás: espalda recta, manos en la cintura, mirada firme. Va a ayudar a arbitrar el partido de hoy. Mia lo ve, claro que lo ve, siempre lo ve, y se queda quieta un segundo, con el casco en la mano, observándolo como si acabara de descubrir un tesoro. El pecho se le hincha de nuevo, y eleva un poco la barbilla. Es tan Blake que yo también me hincho.

—Papá va a arbitrarnos —concluye Mia, en voz baja.

—Sí —respondo.

Asiente, muy seria. Luego mira a su hermana, que está sentada a mi lado balanceando las piernas, demasiado cortas para el banco.

—Mírame bien, ¿vale? —le pide—. Como si estuviera a punto de salir en la tele.

Unos minutos más tarde, la grada empieza a llenarse de gente. Cannon llega la primera, como siempre. Oigo su risa antes de verla avanzar de la mano de sus dos hijos pequeños: Fénix y Hércules. Casiopea camina feliz, saltando por delante de ellos, y corre hacia mis brazos en cuanto me localiza.

—¡Tío Jonny!

Me pongo en pie y nos fundimos en un abrazo, a pesar de que nos vemos casi a diario. Después se sienta junto a Maya, y comienzan a cotorrear. Cannon y los pequeños toman asiento al otro lado de la grada.

Diez minutos después llega el resto de la familia, en bloque. Abuelos, hijos, nietos… No sé cuántos son, dejé de contarlos hace años.

Julián aparece por el pasillo casi en el mismo momento, acompañado de sus dos prolongaciones, con un vaso de café en la mano y esa calma de quien ya ha vivido demasiadas primeras veces como para ponerse nervioso. Con él, también viene su hermano, Rubén, que al final se quedó en el equipo, tal y como vaticinó Blake. Julián se detiene un segundo a hablar con Cannon, le da una palmada en el hombro a Oskar, saluda a mis cuñados los intensos y me busca con la mirada. Cuando me divisa, alza el vaso a modo de brindis silencioso. Yo le devuelvo el gesto. Sigue siendo el entrenador de los CAR Jaguars, aunque ya no es el más joven de la historia. Sus dos prolongaciones se sientan junto a Casi y Maya.

Benji llega primero a mí, con esa cara suya de «esto es importante, tíos». Elliot aparece detrás. Se sientan uno a cada lado de mí, hombro con hombro, como si no hubieran transcurrido los años desde que esta pista fue nuestro sitio natural. Ahora los tres estamos retirados, con cuatro copas Titlis en nuestro palmarés.

—Mírala. —Benji, emocionado, observa a mi hija.

—Es una de los nuestros —añade Elliot—. Está jodidamente preparada.

Entonces el silbato rasga el aire y Blake patina hasta el centro de la pista. Lleva el chándal del equipo querubín de los Jaguars. Le saco una foto y la subo a mis redes sociales, por supuesto. El entrenador de los Demonios de Barcelona vistiendo la equipación de sus máximos rivales. Esto dará que hablar, sin duda. Siempre lo hace.

Las niñas se sitúan frente a él: dos equipos pequeños, nerviosos, con sticks demasiado grandes y ojos enormes. Mia está en primera línea. Blake levanta la mano.

—Acercaos, capitanas.

Ella da un paso al frente. Y yo dejo de respirar. Blake se agacha hasta quedar a su altura. Le dice algo que no oigo. Mia asiente, muy seria; el orgullo la desborda por cada poro de la piel. Luego Blake alza la vista un segundo; busca la grada. Me encuentra. Y sonríe, esa sonrisa que siempre ha sido solo mía.

Me inclino hacia atrás, con Benji a un lado y Elliot al otro. Contemplo el estadio primitivo de los Jaguars; evoco la primera noche que Julián me trajo y entiendo —por fin, sin ruido— que no hay lugar en el mundo donde haya querido estar, más que aquí.

FIN

No, esperad.

Chloe: Qué guapo está Blake con la equipación de los gatitos, ¿no?

Axel: Verás mañana, los sarpullidos.

Julián: Te acogemos cuando quieras, Boo. Ya lo sabes.

Blake: 🖕🏻

Blake: Antes muerto.

Fallon: ¡Pelea de entrenadores!

Sofía: Te recuerdo, querido hermano, que tu hija mayor es una gatita.

Brandon: Y la pequeña va por el mismo camino…

Jonny: No me lo alborotéis, joder. Que nuestro pacto para que las niñas jueguen en los Jaguars pende de un hilo.

Chloe: Muero por saber qué le ofreció Jon para que Blake renunciara a que sus hijas fueran Demonios.

Blake: Nunca lo sabréis.

Benji: Yo lo sé.

Elliot: Y yo.

Cannon: Y yo.

Julián: Y yo.

Oskar Donnelly: Y yo.

Lili: Y yo.

Blake: Joder, qué puta paciencia.

Sofía: ¿En serio lo saben papá y Lili, y nosotros no?

Oskar Donnelly: 😁

Oskar Donnelly: El padre es el padre. Y la madre es la madre. Deberíais saberlo todos ya.

Axel: Alucino.

Brandon: Por dos.

Chloe: Me siento excluida de la familia, como con el *piercing* de Jon.

Brandon: Yo ese lo tengo más visto que el tebeo.

Axel: Y yo.

Fallon: Qué pereza dais todos.

Fallon: Corto y cambio.

Ahora, sí.

FIN

Contenido extra: el administrador

JULIÁN

Dos años y medio antes. Abril. Tras la declaración de amor de Cannon a Benji en la pista de hielo (escena que aparece en Solo un juego más)

Abrí la puerta del despacho de Julia, la directora del CAR, sin molestarme en llamar a la puerta. Estaba sentada tras su escritorio y levantó la mirada.

—Hola, sobrino —me saludó, con cariño—. ¿Llamar a la puerta está sobrevalorado?

—¿Cuándo vas a parar esta mierda de una vez? —repliqué, ignorándola. Le mostraba la pantalla de mi teléfono, donde se leían las últimas intervenciones de los deportistas en el maldito Senticar.

—Que me lo digas tú después de: «Esa camiseta te resalta los ojos, Timón» tiene delito, hijo.

—Eso fue un error de cálculo —me defendí—. Esto es intencionado. Se supone que el Senticar es una aplicación para comentar temas relacionados con el deporte, y ni Dios habla de deporte.

—Permíteme… —Julia cogió mi teléfono y se ajustó las gafas—. Veamos qué es lo que te ha sacado hoy de tus casillas.

—¿Todo?

Entonces fue Julia la que me ignoró. Mientras ella leía, me dejé caer en la silla frente a su mesa.

—Solo están mostrando su alegría por Benji y Cannon. Mmm… «Brandon Donnelly: Montaño siempre lo sabe todo»… —leyó en voz alta—. Oh, pero ¿qué tenemos aquí? «Montaño se ha pasado la noche pegadito a Elliot». —Alzó la mirada—. ¿Es esto lo que te ha irritado tanto, querido sobrino? —No respondí—. Julián…, ¿te estás acostando con Elliot?

Gruñí, me puse en pie y me dejé caer de nuevo, esta vez en el sofá que ocupaba una de las paredes del despacho. Me tumbé, como si fuera un diván, y me tapé la cara con el brazo derecho.

—Ojalá…

—Sí que tienes que estar desesperado para soltármelo así.

—Tú has preguntado.

Se acercó a mí y se sentó a mis pies. Me acarició las piernas con afecto.

—¿Me lo vas a contar?

—¿Qué quieres saber? Ya te he dicho que no nos hemos acostado.

—¿Desde cuándo estás enamorado de él?

—Desde antes de venir al CAR —confesé. De perdidos…—. ¿Me vas a despedir? Porque llegados a este punto —suspiré—, me harías un favor.

—Yo ya no puedo despedirte. Desde que los Jaguars os privatizasteis para acceder a la liga, vuestros puestos dependen de Eduardo. O sea, de tu padre.

—Se me había olvidado por un momento.

—Habla con él, Julián.

—Y tú arregla el Senticar. Deshazte del becario de turno y busca a alguien que los enderece.

—El becario de turno es mi hijo, *tu primo*, y te adora y pasa por alto tus cagadas, señorito «Esa Camiseta Te Resalta Los Ojos, Timón».

—Oh, joder. No me lo recuerdes más —gruñí de nuevo.



Cinco meses después. Septiembre (cuando da inicio la novela Solo un beso más)

Apenas había puesto un pie en el CAR tras las vacaciones de verano y Julia ya me había convocado para una reunión. A mí y a tres entrenadores más: Nicki, Víctor y Montaño. Hockey, natación, taekwondo y atletismo. No era habitual, así que me extrañé. Cuando abrí la puerta de su despacho, ya habían llegado todos.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Bienvenido, sobrino. Llegas tarde.

—Lo siento.

—Qué bien te ha sentado el verano. Hasta estás moreno. ¿Todo bien por Grecia?

—Muy bien.

Eché un vistazo fugaz a Nicki. «¿Qué es esto?», le pregunté con los ojos. «Ni idea», respondieron los suyos.

—Bien. Ahora que estamos todos, os comunico sin más dilación que tras vuestras insistentes quejas y peticiones —clavó su mirada en la mía—, he decidido ponerme seria con el Senticar.

—Aleluya —exclamé.

—Me alegra que estés de acuerdo. Porque sois los nuevos administradores. Los cuatro. Enhorabuena.

—¿Perdona?

—¿Qué?

—¿Es una broma?

—Yo no tengo tiempo para esto —bufé, y me di media vuelta, pero…

—Quieto ahí, sobrino. No vas a huir de esta. ¿No estás de acuerdo con cómo funciona el Senticar? Ponle remedio.

—Pero ¿por qué yo?

—Porque me da la gana a mí. O porque te lo has ganado a pulso. Elige la opción que más te guste.

—Ninguna.

—Ya. Pues es lo que hay. Sé que estáis todos a tope, viajando constantemente, por eso considero que nombraros a los cuatro es la mejor decisión. Turnaos. Mano dura. Y suerte. La vais a necesitar.

—¿Se nos va a remunerar por esto? —preguntó Víctor.

—No. Tomad. —Julia nos entregó un papel a cada uno—. Este es el usuario y la contraseña para que accedáis a la cuenta del administrador. Usadla bien. Y mañana comienza el curso escolar: si yo fuera vosotros, mandaba un mensaje y dejaba clara la dinámica del nuevo Senticar. Podéis marcharos ya.

Genial.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Montaño en cuanto salimos del despacho.

—Empiezo yo —resolvió Nicki. Desplegó el papel que le había dado Julia y comenzó a escribir en su teléfono. Al instante, tanto nuestros móviles como las pantallas del todo el CAR pitaron a la vez.

El Senticar queda restaurado tras la infracción de las normas comunitarias al final de la temporada pasada

Os recuerdo que se trata de un servicio de mensajería instantánea para aspectos deportivos del centro

Esperamos que hayáis disfrutado del verano

Gracias por vuestra comprensión y que los músculos nos acompañen en este nuevo curso

@Administrador

—¿Que los músculos nos acompañen? ¿En serio? —se quejó Víctor.

—Si me tocas *Star Wars*, la tenemos, Vic —replicó Nicki, y Víctor le respondió con el típico gesto de cerrarse la boca con cremallera.

Saqué mi teléfono del bolsillo y tecleé.

El entrenamiento de hockey hielo de mañana comenzará al alba. A las 6

No toleraré ni un minuto de retraso

Venid frescos, como las lechugas del campo de tiro

@Julián.Alcalá

—¿Te has quedado a gusto? —me preguntó Montaño.

—La verdad es que no —respondí, y seguí tecleando.

Por cierto, ¿escucháis eso? ¿No? Exacto. Silencio absoluto. Ni una sola réplica. Música para mis oídos

Bienvenidos de nuevo al CAR

@Julián.Alcalá

—¿Ahora?

—Ahora sí.

—Schmidheiny ha respondido —añadió Víctor unos segundos después, y no necesité mirar la pantalla para saber que era *mi* Schmidheiny.

De todas formas, miré.

¿Respirar, podemos?

@Elliot.Schmidheiny

Joder, qué tocapelotas. Guapísimo. Pero tocapelotas. Tecleé de nuevo.

Cállate, Elliot

Y te quiero el primero mañana a las 6

@Julián.Alcalá

Levanté la mirada y les guiñé un ojo a todos. Intercambiar mensajes con Elliot siempre me ponía de buen humor.

—Que nadie meta la pata, ¿entendido? —dije.

—Claro.

—Antes de enviar algo, revisad siempre que sea la cuenta del administrador o, en su caso, la personal.

—Que sí.

—Sobre todo va por ti, Vic.

—No voy a equivocarme.

—Más te vale.

—Vamos a meterles caña. Van a flipar.

—Voy a crear un grupo de WhatsApp, para que nos comuniquemos entre nosotros.

—OK.

—Joder, estoy de los grupos hasta los cojones.

—Tú has follado poco este verano, ¿eh, Juls? —me picó Cristian.

No me molesté en responder.

Nicki creó el grupo «CAR Training»
Nicki te añadió
Nicki añadió a Víctor Cañas
Nicki añadió a Cristian Montaño



Al día siguiente

Renunciaría a una de mis medallas de oro por haber visto a los gatitos en el entreno de hoy. Ayer iban finos…

@Pablo.Lorenzo

Tío…

@Pedro.Núñez

¿Qué? Querer asistir a un entrenamiento de hockey hielo es un tema deportivo

@Pablo.Lorenzo

¿Están abiertos al público?

@Néstor.Tomé

Pregúntale a Julián

@Ángeles.Alemany

Ni loco

@Néstor.Tomé

Que los músculos nos acompañen

@Víctor.Cañas

Por cierto, ayer organizamos una rifa solidaria y el equipo de hockey salió vencedor… Como contraprestación, nos hemos ofrecido a ayudarlos con la limpieza de sus bolsas de deporte durante la temporada

@Aldrys.Sánchez

Qué buena iniciativa. Solidaridad y compañerismo. Muy bien, chicos

@Administrador



Nicki:

¿Tienes que soltar cada dos por tres lo de «que los músculos nos acompañen», Víctor?

Víctor Cañas:

Sí.

😁

Cristian Montaño:

¿Quién ha puesto lo de «solidaridad y compañerismo»?

Nicki:

Yo.

Cristian Montaño:

No puedes ser tan inocente.

Víctor Cañas:

Las hormonas del embarazo la están ablandando.

Julián:

Una rifa, mis cojones.

Me los voy a cargar.



Varios meses después

He encontrado un condón medio usado en una de las bolsas de hockey. En el fondo, arrugado y pisoteado por los patines. Bloqueadme la cuenta o borrádmela si os da la gana, pero hoy no me callo. QUÉ PUTO ASCO

@Paola.Álvarez

¿Medio usado? ¿Qué significa «medio usado»?

@Mélani.Hernández

Abierto pero no atestado 😉

@Tadeo.Jenaro

Apuesto por Elliot

@Lorena.Naranjo

🤐😇

@Elliot.Schmidheiny

No te calles, Elliot

@Julián.Alcalá

Víctor Cañas:

😳

Julián:

No he sido yo.

Cristian Montaño:

¿Te han hackeado?

Apuesto por el equipo de hockey.

Son lo puto peor.

Víctor Cañas:

Joder, y unos profesionales.

Julián:

No te pases, Montaño.

Estás hablando de mis chicos.

Y no tienes pruebas.

Nicki:

¿No fueron Elliot y compañía los que hackearon el Senticar hace años, para organizar la partida de bolos clandestina?

Julián:

Mierda.

Joder.

Me los voy a cargar.

Víctor Cañas:

Que los músculos te acompañen.

Nicki:

Señor, dame paciencia.

Paola Álvarez. Cuenta bloqueada por infringir el código de conducta

@Administrador

Cristian Montaño:

¿Has sido tú, Juls?

Víctor Cañas:

¿Te has quedado a gusto?

Julián:

No lo suficiente.

La próxima vez que hable de condones medio usados, la expulso del CAR.

Víctor Cañas:

Joder, cómo estamos…

Nicki:

Voy a meter la cuña del viaje a la nieve, para distender el ambiente…

Víctor Cañas:

Mete, mete…

Y os recordamos que, si queréis acudir al viaje anual a la nieve que organiza el centro, deberéis apuntaros a la mayor brevedad posible. Será el próximo 8 de diciembre. Las plazas son limitadas, como cada año

Gracias a todos

@Administrador

Que los músculos nos acompañen

@Víctor.Cañas

Nicki:

¡Víctor!

Víctor Cañas:

😁

¿La palabrota de Julián no infringe el código de conducta?

@Mélani.Hernández

Julián:

¿Qué palabrota?

Nicki:

Has dicho «coño».

«¿Quién coño me ha hackeado la cuenta?».

Víctor Cañas:

Haceos los despistaos…



Más semanas después

La Dirección, junto con la Generalitat, ha aprobado elaborar un calendario para el próximo año con fotos de los deportistas. El dinero recaudado se destinará a mejoras del centro

Interesados, apuntarse en el tablón que hemos facilitado junto al mostrador de la oficina de información

@Administrador

¿A los entrenadores nos consideráis deportistas?

@Víctor.Cañas

A Juls, no. El nivel de azúcar en sus copos de avena no es ni medio normal…

@Elliot.Schmidheiny

Cállate, Elliot

@Julián.Alcalá

Vamos a consultarlo

@Administrador

Y sería conveniente mantener un trato formal con los entrenadores

@Administrador

Víctor Cañas:

¿«Y sería conveniente mantener un trato formal con los entrenadores»?

¿Has sido tú, Juls?

Cristian Montaño:

Claro que ha sido él.

Víctor Cañas:

Mira que te gusta tocarle los huevos a Elliot.



Horas más tarde

¡Buenas noticias! Me comunican que los entrenadores sí se consideran deportistas a efectos del calendario, así que, Juls, os esperamos a ti y a tus copos de avena con los brazos abiertos

@Administrador

Nicki:

¿Juls otra vez?

Cristian Montaño:

Sí.

Víctor Cañas:

¿Perdona?

Cristian Montaño:

Como lo oyes.

Víctor Cañas:

Sin comentarios…

Nicki:

¿Elliot y tú estáis liados?

Julián:

No.

Víctor Cañas:

Estás usando la cuenta del administrador para tus preliminares.

Qué malote…

Julián:

Cállate.

Cristian Montaño:

Y está funcionando.

Mirad el Senticar.

El Senticar es una aplicación de mensajería instantánea para comunicaciones internas relacionadas con el deporte. Pero conozco un par de aplicaciones de citas que funcionan muy bien para que puedas esperar a quien quieras con los brazos abiertos

@Elliot.Schmidheiny

Y sería conveniente mantener un trato formal con los entrenadores

@Elliot.Schmidheiny

Víctor Cañas:

Oh.

😎

Nicki:

Ja, ja, ja.

Verás cuando se entere el rubio de que Juls es el administrador…



Y unas semanas más tarde

Hoy, en el comedor, podréis disfrutar de ensaladas que han sido elaboradas con nuestras lechugas del campo de tiro

@Administrador

Cristian Montaño:

¿Quién ha puesto lo de las lechugas?

Julián:

Nicki.

Víctor Cañas:

Estás de baja preparto, deja de trabajar.

Nicki:

Ha sido Andrés.

Víctor Cañas:

Salúdalo de mi parte.

Nicki:

Claro. En cuanto vuelva a dirigirle la palabra, por transmitir genéticamente a mi hijo aún por nacer su mala hostia y sus ganas de fiesta por la noche.

Cristian Montaño:

La paternidad…

Divino tesoro.

Víctor Cañas:

Preciosa.

Juls, ¿tú no dices nada?

Cristian Montaño:

Está ocupado pensando en sus futuros hijos con Elliot.

Julián:

Cállate.

Víctor Cañas:

Pues conozco una aplicación en la que pones las caras de los padres y te sale cómo sería el hijo. ¿Te la paso?

Julián:

No.

Víctor Cañas:

Te la paso.

Oh, espera, que la pruebo primero.

Imagen

Una monada, vuestro primogénito, ¿eh?

Rubio como Elliot.

Nicki:

Ohhh.

Cristian Montaño:

Pero tiene tus ojos, Juls.

Julián:

No me obliguéis a bloquearos.

Víctor Cañas:

No cuela.

He visto que has guardado la imagen, Juls.

Ahora WhatsApp te da ese tipo de información.

😉

Julián:

¿Perdona?

Es un atentado contra la intimidad.

Víctor Cañas:

Era broma.

Ja, ja, ja.

Pero, vamos, que la has guardado.

Julián:

Eres imbécil.

Cristian Montaño:

Has caído como un principiante.

Nicki:

¿Te estás tirando al rubio, Juls?

Qué grande.

Cristian Montaño:

¿Andrés otra vez?

Nicki:

Sí.



Meses después

Llevo más de un año mordiéndome la lengua y ¿sabéis qué?, ya no puedo más. ¡ME HABÉIS QUITADO AÑOS DE VIDA! Así que allá voy:

¿«Que los músculos nos acompañen»? ¿En serio?

¿Y por qué a Julián nunca lo sancionan? ¿Es caballito blanco?

Y hablando de Julián:

¡LA HOSTIA PUTA!

Ese no se anda con medias tintas. Le ha metido la lengua a Elliot hasta la campanilla. Ídolo

Y para terminar:

¿QUIÉN NARICES ES @Administrador?

Lo de la aplicación de citas me mató 😂

¿Y sabéis qué más me mata?

La curiosidad

¿Apostamos?

¿Os imagináis que soy yo?

Ja, ja, ja, ja.

Dios, qué a gusto me he quedado

@Víctor.Cañas

Víctor Cañas:

😁

Felicidades, Juls.

Me alegro un montón por Elliot y por ti.

Nicki:

Sois la pareja perfecta.

Cristian Montaño:

Llevo años diciéndolo.



Ocho meses después. (Último capítulo de este libro, cuando Víctor mete la pata y escribe desde la cuenta del administrador)

¡Víctor, joder!

@Cristian.Montaño

¿Qué?

@Administrador

Estás escribiendo desde la cuenta del administrador

@Nicki.Monteserin

No me jodas

@Administrador

Sí te jodo

@Cristian.Montaño

¿Se puede borrar?

@Administrador

🤦‍♀️

@Nicki.Monteserin

Mañana, reunión de urgencia, Juls

@Cristian.Montaño

Lo siento.

Mierda. Sigo como administrador

@Administrador

Ya

🙄

@Víctor.Cañas

Al día siguiente

Cristian Montaño:

Al final, la cagó Vic.

Nicki:

Teníamos que haber apostado.

Víctor Cañas:

😬

Julián:

Me pillas de muy buen humor, Vic.

Demasiado, quizá.

Pero en septiembre hablamos.

Víctor Cañas:

😬

Varios minutos después

¿Qué coño significa eso de «mañana, reunión de urgencia, Juls»?

Espero que no sea lo que me estoy imaginando

@Elliot.Schmidheiny

🙄

@Víctor.Cañas

Julián:

Retiro lo dicho, Víctor.

Desaparece antes de que te encuentre.

Víctor Cañas:

😳🏃

Espera.

¿Sancionamos al rubio por la palabrota?

Julián:

ATRÉVETE.

Víctor Cañas:

Mmm… Juls nunca usa mayúsculas para gritar.

No le hacen falta.

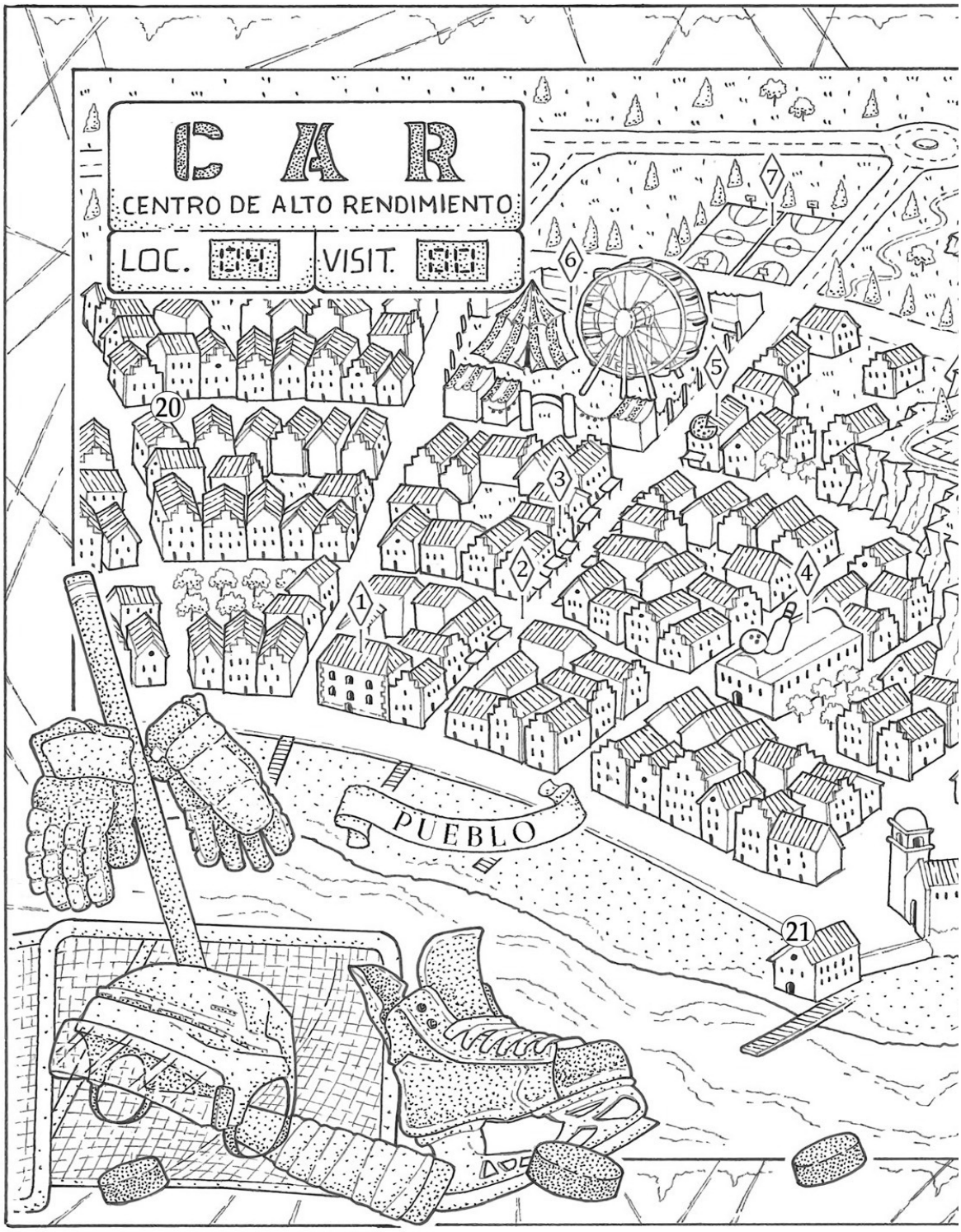
Eres Elliot, ¿verdad?

Julián:

CORRE.

Víctor Cañas:

🏃🏃


C A R
CENTRO DE ALTO RENDIMIENTO
LOC.
VISIT.
PUEBLO
1
2
3
4
5
6
7
20
21

Localizaciones significativas del mapa del pueblo y del car

PUEBLO

1. Vivienda unifamiliar pintada de azul con la puerta principal amarilla, donde viven Benji, Elliot, Jonathan y Álvaro.
2. Calle principal del pueblo. Centro neurálgico de los bares, restaurantes, tiendas y demás comercios.
3. Bar de copas donde trabaja Benji en sus (pocos) ratos libres, de nombre Shoterfugio, pero más conocido como «el bar de Benji».
4. Bolera.
5. Pizzería favorita de los gemelos Claramunt, antiguos deportistas en el CAR (tenis).
6. Feria.
7. Pistas de baloncesto.
20. Casa de Julián.
21. Casa de Blake.

CAR

8. Residencia donde duermen la mayoría de los deportistas del CAR y donde dormían Benji, Elliot, Jonathan y Álvaro antes de irse a vivir juntos.
9. Piscinas interiores. Trampolines y plataformas.

10. Comedor. Tenis de mesa. Gimnasio. Boxeo y halterofilia. Artes marciales. Gimnasia rítmica.

11. Entrada y administración. Psicología, enfermería y rehabilitación.

12. Pabellón de pistas de tenis interiores Claramunt. Resina sintética.

13. Pistas de tenis exteriores. Tierra batida.

14. Piscina exterior. Diez calles.

15. Campo de fútbol.

16. Pistas de vóley y fútbol playa.

17. Antigua pista de hielo de los CAR Jaguars. Ahora la usan para los entrenamientos. Despacho de Julián Alcalá.

18. Estadio nuevo de los CAR Jaguars con capacidad para 20.000 personas donde disputan los partidos. Tienda. Cafetería.

19. Aparcamiento.

Agradecimientos

Pues hemos llegado al final. Cada vez se me hace más duro despedirme de los personajes. Pero todo llega, así que allá voy.

Antes que nada, quiero decir que la historia de Jon y Blake, si hubiera sido fiel a la escaleta, habría terminado en el viaje a Irlanda. Pero, como su historia coincide con el fin del CAR Hockey, he querido escribir un final adicional, de ahí los capítulos del Torneo de las Cuatro Naciones. Espero que los hayáis disfrutado.

Aprovecho también para disculparme por las licencias literarias que me he tomado (escena de la comisaría, el pasaporte de Brandon, longevidad de Blaky…), pero la historia lo requería.

Y , ahora sí, toca dar las gracias.

Lo primero, a los personajes. Gracias por hablarme, por perseguirme mientras salgo a correr, por ducharos conmigo y por meteros conmigo en la cama. No sé qué haría sin vosotros. Sentir un vacío enorme, sin duda. Una mención especial a Jon y Blake, porque no iba a escribir su historia, pero se colaron en mis sueños y me desperté con la mejor de las epifanías. Y es que ellos se conocieron mucho antes de que comenzara la historia de Cannon y Ben. Y me encantó la idea. Porque era como la historia de Chris y Arturo en Quiero vivir en voz alta (una de mis favoritas), pero al revés. Los lectores no sabíais que ellos estaban "juntos", pero los personajes, sí. TODOS lo sabían. Je, je.

Gracias a mi familia y a mi entorno más cercano por compartir la vida conmigo, porque, como siempre digo, soy la escritora que soy porque soy la persona que soy (perdón por el trabalenguas).

Gracias Alicia, por darme las claves para crear el Torneo de las Cuatro Naciones. Vaya lío que tuve con esto, ja, ja, ja.

Gracias, Yesi, por estar ahí cada día y por acompañarme en cada paso. Muchos detalles de este libro son tuyos, empezando por Blaky. Me mueves la escaleta constantemente y ojalá sigas haciéndolo. Y gracias, Yesi, Li, Arantxa y Asunsully, por hacer de Blakony una experiencia tan bonita que nunca olvidaré.

Y gracias a ti, lector, por llegar hasta aquí.

Acerca del Autor

Susanna Herrero nació en Bilbao en 1980. Es licenciada en Derecho Económico y su trabajo la obligaba a pasar muchas horas en el coche. Tantos viajes en solitario confabularon con su gran imaginación para crear a los personajes que, más tarde, se convertirían en los protagonistas de su primera saga: *Los saltos de Sara*. Ahora ha cambiado de manera indefinida los viajes en coche por las letras, desde que su pasión por el mar Mediterráneo y un folio en blanco la hicieron volar sin remedio a la serie Cabana y al CAR. En el año 2020 su novela *Y el mundo no dejaba de girar* ganó el Premio Jaén de Narrativa Juvenil, lo que supuso un gran reconocimiento a sus letras y un punto de inflexión en su carrera. Apasionada de la lectura fantástica desde que a los diez años leyó por primera vez *La historia interminable*, nunca pensó en escribir su propia historia de dioses y dragones hasta que llegó *Donde el silencio se rompe, se esconde el poder,* bilogía publicada por el Grupo Planeta en febrero de 2023 y enero de 2024.



Otras obras de Susanna Herrero

Serie Cabana

Aquel último verano

El chico de la última fila

La última vez que vi llover

El último lugar en la Tierra

El último minuto de nuestras vidas (relato)

Somos el último verano

That Last Summer (Aquel último verano en inglés)

Tetralogía Sara Summers

Los saltos de Sara

Las caídas de Sara

Las decisiones de Sara

Simplemente Sara

Los saltos de Sara, la historia completa (recopilatorio)

No es amor, es diciembre (spin-off Sara Summers)

En cada canción

Y el mundo no dejaba de girar

Bilogía CAR

Quiero vivir en voz alta

Y quererte en estéreo

Bilogía fantasía

Donde el silencio se rompe

Se esconde el poder

Trilogía CAR Hockey (spin-off bilogía CAR)

Solo un juego más

Solo un beso más